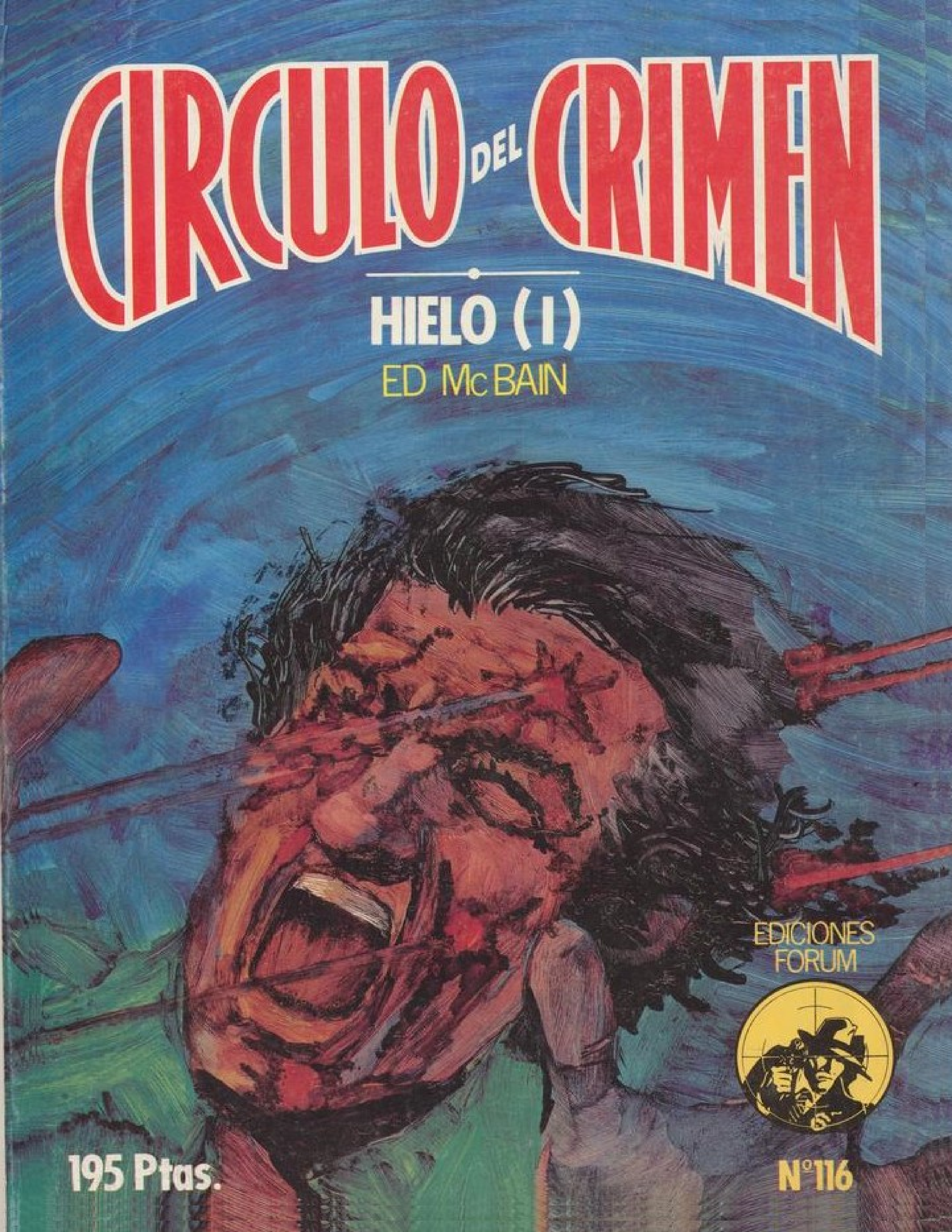

CIRCULO DEL CRIMEN
HIELO (I)
ED McBAIN
EDICIONES FORUM
195 Ptas.
Nº 116

Ed McBain es el seudónimo utilizado por el conocido novelista norteamericano Evan Hunter. Nació en Nueva York, en el año 1926, con el nombre de Salvatore A. Lombino, que cambió legalmente por el de Evan Hunter.

Ha escrito diversas novelas, y ha colaborado en el cine y la televisión. Como Ed McBain, inició una serie de novelas policíacas teniendo de protagonistas a los inspectores de la Comisaría 87 de una gran ciudad imaginaria, llamada Isola, cuyo equivalente pudiera ser Nueva York.

«Hielo», que es su mejor y más ambiciosa novela detectivesca, reincide en la labor de los inspectores de la Comisaría 87 en lucha contra la salvaje ley de las calles, de las vivencias de los hombres y las mujeres que llevan la placa de policía con orgullo y pundonor. En el plazo de escasos días se enfrentan con cinco asesinatos, todos ellos, al parecer, sin relación alguna entre sí. Y como telón de fondo, la nieve que cae profundamente sobre la ciudad, formando como un sudario que envuelve las pasiones, las intrigas y los funestos vicios del mundo actual.

Lectulandia

Ed McBain

Hielo

Distrito 87 - 36

DestinoSuspense - 3

ePub r1.0
Titivillus 11.08.2019

Título original: *Ice*
Ed McBain, 1983
Traducción: Salvador Vives Pérez
Colección dirigida por Antonio Picazo

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1


más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Dramatis Personae

Detectives de la Comisaría 87

PETE BYRNES, teniente
STEVE CARELLA
MEYER MEYER
BERT KLING
ARTHUR BROWN
COTTON HAWES
HAL WILLIS
EILEEN BURKE
MISCOLO
TACK FUJIWARA
RICHARD GENERO
Dave Murchison

Detectives del Departamento de Homicidios

MONOGHAN
MONROE
HARDIGAN
MANDELBAUM
HANRAHAN

Detectives de la Comisaría de Midtown East

HENRY LEVINE
RALPH COMBES

Detectives de la Comisaría de Chinatown

MORRIE ABRAHAMS

MICKEY MCCANN

Miembros de la compañía del espectáculo Fatback

ALLAN CARTER, productor
LEW EBERHART, gerente
MIGUEL ROLDÁN, bailarín
ANTONIO ASENSIO, bailarín
SALLY ANDERSON, bailarina
MOLLY MAGUIRE, bailarina
TINA WONG, bailarina
LONIE COOPER, bailarina
JOEY HART, intermediario
JAMIE ATKINS, coreógrafo

Otros personajes

DOMINICK BONACCIO, vecino de Sally Anderson
HERMANO ANTHONY, falso clérigo
EMMA FORBES, «la Gorda», prostituta
PACO LÓPEZ, delincuente portorriqueño
TIMOTHY MOORE, estudiante de medicina
KARL LOEB, amigo del anterior
JUDITA CUADRADO, novia de López
MARVIN EDELMAN, traficante en joyas
REBECCA EDELMAN, su esposa
HERBIE GOTLIEB, agente artístico
AUGUSTA BLAIN, ex-esposa del detective Kling
SAM GROSSMAN, capitán del laboratorio de la Policía
DORFSMAN, perito en balística
ANDREW FLEET, joven delincuente
CORINE JOHNSON, su amiga
ALONSO CUADRADO, primo de Judita
WILCOX, abogado defensor

«WALKING» WILBUR HARRIS, juez
DANNY GIMP, soplón de la Policía
TURBO, experto en cajas de caudales
SANDY, propietario del bar de su nombre
CHARLIE CHEN, experto en tatuajes

y

TEDDY, esposa de Carella
FANNY KNOWLES, ama de llaves de los Carella
ABRIL, hija de los Carella
MARK, hermano gemelo de la anterior

La acción transcurre en Isola, ciudad imaginaria que podría equivaler a Nueva York o San Francisco.

La ciudad de este libro es imaginaria. Los personajes, los lugares, son ficticios. Solamente la rutina policíaca se basa en técnicas de investigación bien establecidas.

1

Cuando la joven salió del teatro todavía nevaba.

La nieve, impulsada por el viento, le azotó la cara al salir al callejón, cerrando la puerta del escenario tras de sí. Levantó la mirada, movió la cabeza como recriminando a Dios y dirigió un mohín de disgusto a la miríada de dardos blancos que se arremolinaban bajo el resplandor de la bombilla protegida por una jaula de alambre, enroscada sobre la puerta. Después de reflexionar un instante, se alzó el cuello del capote, enrolló la gruesa bufanda en torno a la garganta y finalmente la pasó por encima de su cabeza como un pañuelo. Sujetando los extremos de la misma bajo la barbilla, echó a andar hacia la calle donde desembocaba el callejón.

En aquella ciudad únicamente existían dos estaciones buenas y, a veces, ambas eran malas. Invierno y verano, puesto que uno era demasiado frío y el otro excesivamente caluroso. Como *este* invierno, que había empezado en noviembre y no en la fecha indicada en el calendario. Bueno, Londres era peor. No, Londres era mejor. Al menos, Londres era de fiar: Londres siempre era malo. Bah, esto tampoco era verdad. Ella recordaba ciertos días… de cuando vivía allí… Ah, aquellos días embalsamados de verano, paseando por Piccadilly, ondeando al aire su cola de caballo… Tenía entonces diecinueve años y todo un mundo por conquistar. El verano en Londres…

Bajo sus pies, la nieve tenía al menos un palmo de espesor.

Por suerte, había decidido ponerse las botas antes de salir del apartamento para la representación de la noche, no porque aguardara una nevada (no empezó a nevar hasta después de levantarse el telón), sino porque hacía un frío muy intenso. Las botas, al menos, le ofrecían cierta protección. Le llegaban hasta lo

alto de la espinilla, y llevaba las perneras del pantalón tejano embutidas en ellas, mientras que su capote gris de oficial de caballería llegaba casi hasta el reborde superior de las botas.

No había ni un solo taxi a la vista. Cosa natural, en esta ciudad. Se había entretenido demasiado en el camerino quitándose el maquillaje con *cold-cream*, sacándose la túnica con adornos plateados que llevaban todas las bailarinas en la apoteosis final, y después arropándose con el suéter, los tejanos, los calcetines, y las botas. Cometió una equivocación al escuchar tanto rato las lamentaciones de Molly. Molly volvía a tener problemas con su marido. El esposo de Molly era un actor desocupado que parecía hacerla responsable por haber conseguido un papel en un éxito musical mientras él iba de agencia en agencia solicitando una prueba. No importaba que el sueldo semanal de Molly sirviese para pagar el alquiler y poner la comida en la mesa. No importaba que Molly, como todas las chicas del conjunto, moviese el culo de manera complicada seis noches por semana, sin mencionar las *matinées* de los miércoles y sábados. El marido de Molly continuaba zahiriéndola, y en el camerino, la pobre Molly repetía aquellos coléricos ataques, de manera que una tenía que escuchar y consolarla antes de poder salir a las once, cosa que solamente ocurría si era precavida. Ahora eran ya las once y veinte minutos. Oh, Molly no callaba *nunca*…

El público se había apoderado de todos los taxis al final del espectáculo, hora en que también terminaban los demás. Claro que podía ir andando hacia el norte, a Lassiter, y coger en aquella esquina un autobús, o podía caminar hacia el sur, al Stem, donde cuatro manzanas más abajo había una estación de metro, para tomar el que la llevaría a la parte alta de la ciudad. La avenida que flanqueaba el teatro por el norte era, tal vez, la zona más peligrosa de la ciudad: llena de prostitutas y proxenetas a todas las horas del día, especialmente en las nocturnas. Además, con la nevada, ¿cumplirían los autobuses con su horario? No, era preferible el metro.

Cuando llegó al brillantemente iluminado Stem, no obstante, le sorprendió verlo atestado de gente, a pesar del mal tiempo. Se quedó inmóvil en la esquina un momento, preguntándose si no sería más sencillo ir hasta su casa a pie. Vivía a unas diez manzanas del teatro. Si utilizaba el metro, tenía que andar cuatro manzanas para llegar a la estación, y después otra hasta su apartamento al dejar el metro. Por otra parte, ¿resultaría más seguro el metro que atravesar andando el Stem a estas horas de la noche?

Decidió ir andando.

Caminaba con la peculiar manera que lo hacen las bailarinas, una especie de anadeo. Bailaba desde los nueve años (ahora hacía ya dieciséis), incluyendo los cuatro cursos de estudios en la Sadler's Wells de Londres. Allí había vivido con un músico que tocaba el oboe, un muchacho que nunca entendió por qué las bailarinas parecen tan gráciles en el escenario y son tan torpes en la calle y en la cama. Mientras andaba con el paso del pato, aunque con vivacidad, sonrió ante aquel recuerdo y volvió a pensar en Londres, añorando nostálgicamente la humedad y la niebla de sus inviernos, unos inviernos sin el obstinado frío que oprimía a esta ciudad durante unos meses interminables. Estaban en febrero. De aquí a la primavera faltaba solamente un mes. Mas, este mes… ¿cuándo llegaría en realidad? Caminaba de forma rutinaria, con la cabeza inclinada contra el viento y la nieve, tantos pasos hasta la esquina, tantos pasos hasta la siguiente, una pausa en el semáforo… cinco, seis, siete, ocho… volver a andar, los faldones del capote revoloteando al aire, la nieve arremolinándose a su alrededor, las parpadeantes luces de los anuncios luminosos destellando pálidamente a través de los gruesos copos blancos.

Eran las doce menos diez minutos cuando llegó a la esquina de su casa.

Dobló a la izquierda, hacia la familiar cabina telefónica, ahora con un zócalo de nieve, y se dirigió hacia el edificio de apartamentos, situado en mitad de la manzana.

En esta ciudad, los barrios cambiaban rápidamente de aspecto. Diez manzanas más, hacia el centro, hubiese sido extremadamente peligroso quedarse en una esquina para aguardar la llegada de un autobús, a aquella hora de la noche. Pero aquí, a sólo setecientos metros del teatro, la manzana que se extendía entre el Stem y la Lassiter era segura, como un enclave cerrado de casas, mansiones y pequeñas tiendas. Su casa estaba a medio camino entre las dos avenidas. Las tiendas, a aquella hora, ya habían cerrado y permanecían a oscuras. La joven pasó por debajo del farol que alumbraba la calle, a dos edificios antes del suyo, y se acercaba ya a su casa cuando el individuo surgió del portal en sombras, por el lado de la entrada de servicio.

Ella llevaba todavía la cabeza inclinada a causa de la cegadora nieve, por lo que al principio, únicamente *intuyó* su presencia. Se detuvo. El individuo empuñaba una pistola. Ella experimentó un terror demencial. Abrió la boca para chillar, para suplicar o para pedir socorro, pero la pistola se disparó y la muchacha sintió una sensación ardiente bajo su pecho izquierdo. Luego, se desplomó sobre la acera, boca abajo, entre la nieve, en tanto la sangre manaba de la herida a borbotones, manchando el capote gris de oficial de caballería.

El hombre se inclinó sobre ella.

Después, miró subrepticiamente por encima del hombro.

Niveló la pistola contra la cara de la joven y disparó dos veces más.

La joven yacía mojada, gris y roja, sobre la blanca nieve, mientras seguía nevando.

Un coche patrulla estaba parado junto a la acera, con la luz roja parpadeando y alumbrando la nieve que acogía el cuerpo de la víctima. Dos detectives del Midtown East contemplaban el cadáver. Detrás de ellos, los dos patrulleros que habían respondido a la llamada colocaban unas vallas de madera con el cartel «Lugar de un crimen». Uno de los detectives se llamaba Henry Levine y llevaba trabajando en el Departamento de Policía desde los veintiún años.

Ahora tenía cuarenta y seis. Miraba el estropeado rostro de la muchacha sin pestañear. Su compañero tenía veintiocho años. Hacía seis que era policía y recientemente lo habían ascendido a detective de tercer grado. La tarjeta de plástico sujeta a la solapa de su abrigo lo identificaba como Ralph Coombes. En la foto de dicha tarjeta parecía un adolescente.

—En mi vida he visto nada semejante —comentó.

—Sí —mascullló Levine.

—¿Y tú?

—Sí —asintió Levine.

Dirigió la vista al sitio donde los dos patrulleros ponían las últimas vallas. Una de ellas se negaba a sostenerse sobre su apuntalamiento. Los patrulleros proferían juramentos.

—¿Vais a estar aquí toda la noche? —inquirió Levine.

—Esto no encaja —explicó uno de los patrulleros.

—Le han volado la cara —suspiró Coombes.

—Deja esa valla —le ordenó Levine al patrullero. Y añadió—: Ven aquí, por favor.

El más forzudo de los patrulleros le dejó la valla a su compañero. Caminó por encima de la nieve, con las manos en las caderas.

—¿Quién os avisó? —quiso saber Levine.

—Un tipo que regresaba del trabajo. Vive en este edificio.

—¿Cómo se llama?

—No oí el nombre. ¡Frank! —le gritó a su compañero—. ¿Cómo se llama el que nos dio el aviso?

—¿Qué dices? —gritó a su vez el otro.

Finalmente, logró asentar la valla sobre el soporte. Tras limpiarse los guantes, se acercó al grupo. El primer patrullero seguía con las manos en las caderas, al lado de Levine.

—¿De quién hablas?

—Del individuo que dio la alarma.

—Ya. Lo tengo en la libreta. Un momento —el patrullero se quitó el guante y empezó a hojear el cuaderno—. No lo encuentro —rezongó—. ¿Qué diablos hice yo con el nombre?

—Vive en el mismo edificio que la chica, ¿eh? —preguntó Levine, suspirando.

—Sí.

—¿Y es el que llamó a nueve uno uno[1]?

—Sí. ¿Por qué no se lo pregunta usted mismo? Está ahí dentro con los de Homicidios.

—¿Ya han llegado los de Homicidios? —se sorprendió Levine.

—Antes que ustedes.

—¿Cómo es eso?

—Iban de ronda con el coche y captaron la diez veintinueve por la radio.

—Vamos —le dijo Levine al otro detective.

Los dos detectives de Homicidios estaban en el vestíbulo del edificio con un joven que llevaba un impermeable barato y una gorra azul. Era alto y delgado y tenía miedo. Los dos detectives de Homicidios eran corpulentos y miraban al asustado joven de modo beligerante.

—¿Qué hora era? —preguntó el detective de Homicidios que se llamaba Monoghan.

—Las doce y media, aproximadamente.

—¿Más de la medianoche? —puntualizó el otro detective de Homicidios, llamado Monroe.

—Sí, señor.

—¿Cómo la descubrió? —preguntó Monoghan.

—Volvía a casa después del trabajo. En metro.

—¿Vive en esta casa? —inquirió Monroe.

—Sí, señor.

—¿Y volvía andando a casa? —insistió Monoghan.

—¿Desde el metro? —agregó Monroe.

—Sí, señor.

—¿Cuál es su trabajo, para llegar tan tarde a casa?

—Soy vigilante de un Banco.

—¿Todas las noches llega a casa a la misma hora?

—¿Más de la medianoche? —añadió Monroe.

—Sí, señor. Me relevan a las doce y con el metro tardo media hora en llegar a casa. Siempre vengo andando desde el metro.

—Y fue entonces cuando encontró a la chica, ¿verdad? —machaconeó Monoghan.

—¿Cuando venía andando desde el metro? —se interesó Monroe.

—Sí, señor.

—Vaya, mira quién ha llegado —exclamó Monoghan al ver acercarse a Levine.

Monroe consultó su reloj.

—¿Por qué has tardado tanto, Henry? —preguntó.

—Estábamos tomando café —repuso Levine con rudeza—. No teníamos por qué apresurarnos.

—¿Quién es éste? —quiso saber Monoghan.

—Mi compañero. Ralph Coombes.

—Un poco verde por las agallas, Coombes —comentó con cierto sarcasmo Monroe.

—Un poco irlandés por las agallas —rectificó Monoghan.

—¿Estáis totalmente seguros de poder manejar este asunto los dos sin que mamita tenga que limpiaros el culito? —se burló Monroe.

—Al menos, los polis de Midtown East tienen mamitas —replicó Levine.

—Oh, muy gracioso —se enfurruñó Monoghan.

—Graciosísimo —añadió Monroe.

—Éste es Dominick Bonaccio —presentó Monoghan—. El que encontró el cadáver. Volvía a casa desde el trabajo.

—Desde la estación del metro —subrayó Monroe.

—¿No es así, Bonaccio? —insistió aún Monoghan.

—Sí, señor.

Bonaccio parecía todavía más asustado con la presencia de los otros dos detectives.

—¿Puedes hacerte cargo del caso? —le preguntó Monoghan a Levine—. Esta zona es oficialmente la tuya, ¿verdad?

—Sí.

—Será mejor que antes aviséis a vuestras mamitas —gruñó Monroe.

—Decidles que esta noche se os va a enfriar el culo —rio Monoghan.

—¿Te gusta la *pizza*? —inquirió Monroe.

—Pensaba ir a Chink —asintió Monoghan—. Bien, muchachos, el caso es vuestro. Tenednos informados. Por triplicado, si no os molesta.

—Os tendremos informados —aseguró Levine.

Los detectives de Homicidios asintieron. Primero Monoghan, después Monroe. Se miraron uno al otro, miraron a los detectives de Midtown East, miraron a Bonaccio y volvieron a mirarse mutuamente.

—De acuerdo, una *pizza* —murmuró Monoghan.

Los dos detectives abandonaron el edificio.

—Así te ahogues comiéndola —gruñó Levine.

Coombes ya tenía su libreta en la mano.

—¿Sabe quién es la chica? —inquirió Levine a Bonaccio.

—Sí, señor.

—¿Cómo es posible? Tiene destrozada la cara.

—La reconozco por el capote, señor.

—Ya…

—Es un capote nuevo. La encontré en el ascensor el día que lo compró. Me explicó que lo había adquirido en una tienda de saldos.

—Ya…

Coombes estaba escribiendo.

—¿Cómo se llama…, se llamaba? —preguntó Levine.

—Sally. No sé el apellido.

—Vivía en esta casa, ¿verdad?

—Sí, señor, en el tercero. Siempre entraba y salía del ascensor en el tercer piso.

—¿Sabes en qué apartamento?

—No, señor; lo siento.

Levine suspiró.

—¿En qué apartamento vive usted?

—En el sexto-B.

—Está bien, váyase a dormir y ya nos pondremos en contacto con usted si lo necesitamos. Ah…, ¿sabe dónde tiene el conserje su apartamento?

—En la planta baja. Cerca del ascensor.

—Bien, muchas gracias. Vamos —le dijo a Coombes.

Lo demás era rutina.

Despertaron al conserje del edificio y por él supieron que la joven se llamaba Sally Anderson. Esperaron la llegada del ayudante del forense para que certificara oficialmente la muerte de la joven, y después, hasta que los componentes de la Unidad Criminal tomaran fotos y huellas dactilares. Revisaron el bolso de la muerta y hallaron una libreta de direcciones, un tubito de carmín, un paquete de *kleenex*, un lápiz para las cejas, dos chicles, y una carterita que contenía diversas fotografías, veintitrés dólares en billetes de cinco y uno, y una tarjeta que la identificaba como miembro de la Asociación de Actores. La ambulancia la condujo al depósito mientras ellos todavía estaban dibujando todo lo referente a la escena del crimen.

El detective Steve Carella de la Comisaría 87 no se hizo cargo del caso hasta la mañana siguiente.

2

«Bueno —pensó Carella—, aquí estamos. El mismo sitio de siempre. La misma vieja comisaría. No ha cambiado nada desde que empecé a trabajar aquí por primera vez y probablemente tampoco cambiará cuando me haya muerto. La misma podrida comisaría».

Iba andando desde la estación del metro de la Grover Avenue, en dirección a la comisaría. Normalmente, iba en coche al trabajo, pero todavía no habían limpiado las calles de Riverhead cuando se despertó, por lo que se imaginó que el metro resultaría más rápido y seguro. En realidad, se había fundido algo del tren poco antes de llegar a la Lindblad Avenue, y tuvo que esperar junto con un centenar de pasajeros entumecidos hasta que el convoy pudo reanudar la marcha. Eran ya las nueve, de modo que Carella llegaba con una hora y quince minutos de retraso.

Hacía mucho frío. Seguramente se habría helado algún elemento del metro y con el frío su propio sexo estaba encogido y fláccido en sus pantalones, a pesar de llevar ropa interior de lana y calzoncillos largos. Antes de Navidad, su esposa le sugirió que lo que él necesitaba era una ropa de invierno de mucho abrigo. Un calienta-chorlitos. Carella jamás había oído esta expresión y le preguntó a su esposa dónde la había aprendido. Ella le contestó que su tío siempre decía «chorlito» al aparato sexual de su primo. Una buena explicación.

La esposa de Steve Carella se llamaba Theodora Franklin antes de casarse con él, y en su sangre había cuatro quintas partes de irlandesa (como ella presumía) y una quinta parte de escocesa. De este modo, era natural que su primo poseyese un «aparato llamado pajarito», como lo llamaba el tío de Teddy, y era también natural que ella sugiriese que un chico italiano como Carella recibiese como regalo de Navidad un «calienta-pajaritos» de armiño. Carella le

respondió que ya tenía un «calienta-pajaritos» mucho mejor que de armiño. Ella se ruborizó.

Subió los peldaños que conducían al interior de la comisaría. Un par de globos verdes flanqueaban la puerta de acceso, con la cifra 87 pintada a cada lado. La empuñadura de la puerta era de bronce, la misma que habían instalado cuando construyeron el edificio, muy poco después del cambio de siglo. Debido a las manos que lo accionaban siempre estaba brillante, como los pies de los santos de bronce de la catedral de San Pedro. Carella lo empuñó, le dio vuelta, abrió la puerta y penetró en la sala de la planta baja, que siempre estaba más fría que el resto de la comisaría. Esta mañana, en comparación con el helor del exterior, casi parecía caliente.

La elevada mesa se hallaba en la parte derecha de la sala, casi como el altar justiciero de un juez, salvo por la barandilla de hierro, de un metro de altura, con el sargento Dave Murchison detrás de la mesa, con un cartel a un lado que rogaba a los visitantes que no se demorasen al exponer sus asuntos, y un estante al otro lado donde se hallaban las fichas y expedientes, en el oficio conocidos como «entradas», de los diversos delincuentes que pasaban por allí, día y noche. Por el momento, Murchison no estaba «entrando» a nadie. Tomaba una taza de café. La sostenía entre sus gruesos dedos, en tanto el humo formaba como una nube en torno a su mofletuda cara. Murchison, bastante grueso, tenía unos cincuenta años y lucía aquella mañana un raído suéter azul que le hacía parecer más gordo de lo que era en realidad, cosa que, además, no era reglamentaria. Levantó la vista al pasar Carella.

—¿Sólo medio día hoy? —sonrió.

—Buenos días, Dave —sonrió Carella—. ¿Qué tal va la cosa?

—Aquí, tranquila; pero aguarda a llegar arriba.

—¿Alguna novedad? —suspiró Carella.

Seguramente era la diezmilésima vez que pasó delante del cartelito blanco, muy sucio ya, clavado a la pared, cuyas letras negras anunciaban DIVISIÓN DE DETECTIVES, y una mano también negra, muy mal pintada, señalaba a los visitantes la escalera del

primer piso. Los peldaños eran de metal, estrechos y escrupulosamente limpios. El primer tramo tenía dieciséis escalones, el siguiente otros dieciséis, y uno llegaba, torciendo automáticamente como hizo Carella, a la derecha, siguiendo por un corredor mal iluminado. Abrió la primera de las puertas etiquetada con el cartel de TAQUILLAS, fue directamente a la suya de la segunda hilera más cerca de la puerta, giró el disco de la combinación, abrió y colgó el abrigo y la bufanda. Estuvo a punto de despojarse de los calzoncillos largos. No, después de la nevada haría frío en la sala de detectives.

Salió del cuarto de las taquillas, recorrió un trecho de corredor, pasó frente a un banco de madera, preguntándose por enésima vez quién habría grabado las iniciales C. J. en un brazo del banco; pasó frente a otro banco sin respaldo y penetró en una especie de alcoba, situándose delante de las puertas cerradas de lo que fuera la jaula de un ascensor; pasó delante de una puerta, a la derecha, que indicaba «Lavabo de Caballeros», y otra a la izquierda: «Oficinas». La sala de detectives se hallaba al final del corredor.

Primero vio la barandilla de madera. Más allá, las mesas, los teléfonos y una tabla de avisos y noticias con papeles y fotografías pegados a la misma, un globo luminoso colgado del techo, y más mesas, junto a unas ventanas enrejadas que se abrían afuera.

No era posible divisar nada más, hacia la derecha, porque dos enormes archivadores metálicos bloqueaban las otras mesas de aquel otro lado de la sala. Sin embargo, el ruido procedente de detrás de los archivadores le hizo comprender que, aquella mañana, la sala de detectives era un zoo.

La radio portátil del detective Richard Genero, una especie de esplendor japonés miniaturizado instalado en una esquina de su mesa, dejaba oír un *rock* en un tono lleno de disonancias. La pequeña sinfonía de Genero significaba que el teniente aún no había llegado. Sin despegar los labios, Carella dirigióse a la mesa de Genero y desconectó la radio. Esto ayudó un poco, pero no mucho. El ruido de aquella sala formaba parte del trabajo de la jornada, como el aspecto y el olor de la misma. A veces, tenía la impresión de

hallarse más en su hogar en aquella habitación sucia y estridente, que en su saloncito doméstico.

Todos los miembros de la escuadra pensaban que Carella parecía bajo cuando llevaba un suéter de cuello alto. No era bajo. Medía casi metro ochenta y cinco, ancho de espaldas y estrecho de caderas, con los movimientos armoniosos de un atleta natural, cosa que no era. Sus ojos, pardos y algo oblicuos, le daban a su semblante un aspecto oriental que hacía que los detectives de la brigada afirmaran que era un pariente lejano de Takashi Fujiwara, el único detective japonés-americano de la comisaría. Takashi decía que era cierto, que en realidad él y Carella eran primos…, lo cual era mentira. Sin embargo, Tack era muy joven y admiraba a Carella, apreciándolo más que a sus verdaderos primos. Carella sabía decir «buenos días» en japonés. Siempre que llegaba Tack, ya fuese por la mañana, por la tarde o por la noche, Carella decía: «Oh-hi-oh», y Tack respondía: «Hola, primo».

Aquella mañana, sábado, Carella llevaba una camisa de cuello alto debajo de la chaqueta deportiva.

—Con estas ropas —fue lo primero que le espetó Meyer Meyer — pareces más bajo.

—Pero me dan calor —replicó Carella.

—¿Es mejor sentir calor que parecer alto? —reflexionó Meyer Meyer filosóficamente, volviendo a teclear en su máquina.

En circunstancias normales no le gustaba escribir a máquina. Hoy, a causa de la mujer embarazada que estaba al otro lado de la sala, y que profería una retahíla de obscenidades en español, dedicadas al mundo en general y al detective Cotton Hawes y a un coro de borrachos matutinos en particular, Meyer todavía hallaba más difícil concentrarse en el teclado que tenía enfrente. Con paciencia, perezosamente, continuó escribiendo; mientras, al otro lado de la sala, la mujer embarazada ponía en entredicho y en voz alta la legitimidad del nacimiento de Cotton Hawes.

La paciencia de Meyer Meyer era una habilidad adquirida, alimentada al correr de los años, hasta haber conseguido la suma

perfección. Ciertamente, no había nacido paciente. Sin embargo, sí había nacido con todos los atributos que más adelante le otorgarían la paciencia, que era una necesidad absoluta si quería sobrevivir. El padre de Meyer había sido un hombre muy cómico. En el *briss*, la clásica ceremonia de la circuncisión, el padre anunció algo referente al nombre de su nuevo retoño. El niño se llamaría Meyer Meyer. Al viejo, esto le parecía tremendamente humorístico. Al *moile* no le hizo tanta gracia y por poco le resbala la mano. En aquel momento, estuvo a punto de privar a Meyer de algo más que del nombre. Por fortuna, Meyer Meyer salió del lance indemne y completo.

De todos modos, ser un judío ortodoxo en un barrio predominantemente gentil puede ser muy peliagudo si uno se llama Meyer Meyer. Como en otras cosas, en algo hay que ceder. Meyer Meyer empezó a perder el cabello siendo aún muy joven. Ahora estaba totalmente calvo, un hombre grueso con ojos muy azules, un poco más alto que Carella…, incluso cuando éste no llevaba prendas de cuello alto. En tanto tecleaba iba fumando un cigarro, ansiando que fuese un cigarrillo. Había empezado a fumar cigarros un año antes, con ocasión del Día del Padre, cuando su hija le regaló una caja de cigarros habanos para quitarle el hábito de fumar cigarrillos. De cuando en cuando fumaba alguno todavía, aunque estaba irrevocablemente decidido a romper para siempre con tal costumbre. En un día como aquél, con la sala tan atestada y ruidosa de buena mañana, la paciencia empezaba a faltarle, por lo que su decisión se tambaleaba ligeramente.

Al otro lado de la sala, la embarazada, en una mezcla de inglés callejero y español de burdel, chillaba:

—¡Eh, pendejo! ¿Cómo me tienes aquí cuando en mi estado no podría gustarle ni siquiera a un ciego?

Su estado era inminente. Quizá por esto, los cuatro borrachos que estaban en la jaula de los detenidos, en un rincón, la encontraban tan cómica. O quizá era porque no llevaba nada más que un bikini debajo de su abrigo negro. El abrigo lo tenía desabrochado, y el vientre de la mujer abultaba como un globo sobre la cinturilla elástica

del bikini. Más arriba, sus pechos desnudos, hinchados con la amenaza del parto, se bamboleaban con indignación, al ritmo de sus insultos, cosa que los borrachos hallaban muy gracioso.

—¡Dime!, *hijo de la gran puta*[2] —le gritó a Hawes, sonriendo a los de la jaula, contenta de tener un auditorio tan agradable— ¿pagarías para acostarte con alguien en mi estado? —se agarró ambos pechos y los estrujó entre sus manos, con los pezones sobresaliendo entre el índice y el dedo medio—. ¿Te gustaría? ¡Ja, ja!

—¡Sí! —respondió uno de los borrachos.

—El oficial que la arrestó asegura que usted lo abordó —pronunció Hawes con gravedad.

—¿Dónde está ese oficial? ¿Eh? —preguntó la mujer.

—Sí, ¿dónde está? —gritó uno de los borrachínes.

—Abajo —contestó Hawes.

El oficial que la había arrestado era Genero. Genero se parecía al trasero de un caballo. Nadie en su sano juicio habría detenido a una ramera preñada. Nadie en su sano juicio habría llenado la jaula de los detenidos con unos borrachos a las nueve de un sábado por la mañana. Cuando por la noche quedasen arrestados otros ciudadanos, la jaula apestaría a vómitos y a alcohol. Genero llevó a la comisaría primero a los borrachos, de uno en uno, y después a la puta embarazada. Genero estaba realizando una cruzada. Genero era un hombre de elevada moral. Quizá fuese la única moral de la ciudad.

—Siéntese y cierre el pico —le ordenó Hawes a la mujer.

—No, que se quede de pie —pidió un borracho.

—¡Vuélvete hacia aquí, cariño! —gritó otro—. Deja que vea tu cuerpo otra vez.

—*Son lindos ¿verdad?* —sonrió ella, enseñando de nuevo sus pechos a los de la jaula.

Hawes sacudió la cabeza. En una comisaría donde la justicia era un credo absoluto, sentaba muy mal que Genero hubiese arrestado a una joven en tal estado. Podía perdonársele lo de los borrachos…,

pero detener a una embarazada… Incluso el padre de Hawes hubiese vuelto la vista del otro lado, a pesar de que Jeremiah Hawes fue un hombre extremadamente religioso, un hombre que creía que Cotton Mather era el más grande de los ministros puritanos, un hombre que le impuso a su hijo el nombre de aquel ferviente adorador de Dios, de aquel cazador de brujas. El padre de Hawes había clasificado los procesos de brujas de Salem como las pequeñas venganzas de una población alimentada con sus propios temores, con lo que exoneró a Cotton Mather y al papel que el reverendo había desempeñado al llevar aquel engaño a su punto más álgido. De vivir su padre, ¿excusaría de igual manera el celo de Genero? Hawes lo dudaba.

La mujer se acercó a la mesa del policía.

—Bien, ¿qué dice?

—¿Sobre qué?

—Puedo largarme, ¿no?

—No.

—Tengo la comida en el horno —explicó ella, con las manos cruzadas sobre el vientre—. Ah, ya le pagaré a usted después…, cuando termine con esto —le guiñó un ojo—. Vamos, deje que me largue. Usted es muy guapo, ¿lo sabe? Pasaremos un buen ratito los dos juntos…

—¿Guapo? —repitió uno de los borrachínes—. ¡*Jesús*, chica!

—Este *muchacho* es muy guapo —confirmó la mujer, cosquilleando la barbilla del detective como si fuese un niño de diez años.

En realidad, medía metro ochenta de estatura, pesaba casi noventa kilos porque no se cuidaba demasiado de la dieta, y sus ojos eran de color azul celeste, con un pelo rojizo y unas hebras blancas en la sien izquierda, como resultado de un accidente muy peculiar cuando estuvo destinado como detective de tercer grado en la comisaría 30. Contestó a un 1021, un robo con escalo, y la víctima era una mujer histérica que salió gritando de su apartamento cuando él llegó, en tanto que el conserje del edificio llegó corriendo y

blandiendo un cuchillo; confundió a Hawes con el ladrón, quien se hallaba ya a más de dieciocho manzanas de distancia, y cargó contra él, abriéndole casi la cabeza. Los médicos le afeitaron la sien para poder curarle la herida, y cuando el cabello le volvió a crecer salió blanco…, era el mismo del terror que experimentó Hawes en aquella ocasión.

Esos mechones de cabellos blancos habían obtenido reacciones muy diversas en algunas mujeres…, mas ninguna le había llamado «guapo». Al contemplar los pechos de la preñada y sus suplicantes ojos, pensó que, al fin y al cabo, tal vez el piropo era sincero. También empezó a pensar que no era mala idea dejar que se marchara y aceptar más tarde su proposición. Era una mujer de buen aspecto, de unos treinta y cinco años, que llevaba su hijo en el vientre como un globo cautivo; pero, por lo demás, no estaba mal de tipo, con unas piernas largas y fuertes, unos pechos magníficos, ahora muy hinchados, que movía tentadoramente frente a la mesa de Hawes, de un lado a otro, de un lado a otro, con el abrigo desabrochado, y el vientre y los senos ondeando como la cangreja y el juanete de una goleta. Los borrachos estaban aplaudiendo.

Si la soltaba, Genero lo acusaría de ineptitud o algo por el estilo. Hawes se hallaba meditando sobre la iniquidad de tener que trabajar con alguien tan estúpido como Genero cuando Hal Willis atravesó la valla divisoria, llevando consigo a dos individuos esposados uno al otro. Hawes no pudo decidir si se trataba de dos chicos o dos chicas porque los dos llevaban tejanos y dos máscaras de lana. Los borrachos volvieron a aplaudir, esta vez como saludo a la nueva pareja. Willis saludó, se fijó en la mujer con su abrigo abierto y exclamó:

—Abróchese el abrigo, señora, o dejará helados a esos dos florones de su pecho —volviéndose, agregó—. Adelante, caballeros.

Avanzó un paso.

—Hola, Steve —le dijo a Carella—, temprano empezamos hoy, ¿eh? ¿Quiénes están en la jaula? ¿El coro del Tabernáculo Mormón?

Los borrachos encontraron tan gracioso la expresión como la mujer encinta. Estaban divirtiéndose como nunca. Primero un espectáculo «con pecho al aire», y ahora un cuadro cómico con dos enmascarados. No, no deseaban salir de la comisaría.

—¿Qué traes aquí? —preguntó Carella.

—Dos bandidos enmascarados —respondió Willis—. Sentaos, chicos. Oh, no lo creerás —de nuevo se dirigió a Carella, y añadió en dirección a Meyer, que continuaba tecleando—. Ni tú tampoco, Meyer.

—¿Qué no creeré? —inquirió Meyer, y sus palabras parecieron lograr el respeto de todos los presentes como si, como un soberbio domador, hubiese hecho restallar el látigo para atraer la atención de las fieras y de los espectadores.

La mujer miró a los dos bandidos y hasta se abrochó el abrigo. Los espectadores centraron su atención en el domador. Los borrachos pegaron la cara a las rejas de la jaula como si fuesen los intérpretes de una película B, contemplando a otro preso al recorrer su Último Trayecto. Hawes miró. Carella miró. Meyer miró. Todos miraron.

Willis, deseoso de no abandonar las candilejas, volvióse hacia los dos individuos enmascarados.

—Venía hacia aquí, y pensé cambiar los neumáticos del coche, por culpa de la nieve, en el garaje de las calles Ainsley y la Tercera, ¿en? Me detuve allí y le dije al mecánico que me cambiase los neumáticos… Bueno, no me preguntéis por qué he aguardado hasta febrero, ¿eh? *El Almanaque del Agricultor* decía que sería un invierno duro. De manera que el mecánico empieza a ocuparse del coche, yo cojo la llave del servicio de caballeros y voy a echar una meada…, con perdón, señora.

—*De nada* —respondió la preñada.

—Cuando volví, esos dos estaban allí con las pistolas en la mano, ordenándole al mecánico, que se hallaba blanco como el papel, que abriera la caja. El mecánico tartamudeaba que no conocía la combinación, y esos dos *héroes* respondieron que les interesaba

conocerla o de lo contrario le volarían la tapa de los sesos…, y vuelva a perdonarme, señora. Fue en aquel instante cuando salí del lavabo subiéndome la cremallera.

—¿Qué sucedió? —quiso saber uno de los borrachos, con sincero interés.

¡Qué mañana tan maravillosa! Primero la de las tetas, luego el cómico que ahora se iba convirtiendo en un gran actor dramático con buen sentido del ritmo y el magnífico reparto de actores enmascarados como en el teatro tradicional del Japón. No había necesidad de calefacción.

—¿Necesitaba yo acaso un robo a mano armada a las nueve de la mañana? —continuó Willis, dirigiéndose a los borrachos—. ¿Necesito un robo armado a cualquier hora del día? —le preguntó a la prostituta—. Me había detenido en el garaje para un cambio de neumáticos y vaciar la vejiga, y de pronto me encuentro con estos dos granujas.

—¿Y qué hizo usted? —insistió el borracho.

Aquel suspense era intolerable, y lo referente al vaciado de la vejiga le daban también ganas de orinar.

—Estuve a punto de huir —prosiguió Willis—. ¿Qué habrían hecho ustedes? ¿Y tú? —le preguntó a Hawes—. Me estaba subiendo la cremallera del pantalón y me encuentro con dos enmascarados que empuñan sendos cuarenta y cinco.

—Yo habría huido —expresó Hawes con solemnidad.

—Naturalmente —asintió Willis—. Cualquier policía en su sano juicio habría huido.

—Yo también habría huido —afirmó Carella.

—Y yo —corroboró Meyer.

—Claro —sonrió Willis.

Empezaba a disfrutar con el espectáculo. Esperaba que el borracho volviera a preguntarle qué ocurrió en el garaje. Como un buen actor, comenzaba a entusiasmar al auditorio. Con su metro sesenta y ocho, Willis apenas había superado la estatura requerida para ser policía en la ciudad…, al menos cuando ingresó en el

cuerpo. Desde entonces, todo había cambiado; ahora había guardias de uniforme y hasta detectives que más parecían bocas de riego que representantes de la ley. Pese a todo, hasta poco antes, Willis había sido el detective más bajo de la ciudad, con sus facciones afiladas y la mirada de perro perdiguero en sus ojos, una especie de Fred Astaire joven, que llevaba una 38 especial en lugar del bastón, y empujaba las puertas a patadas en vez de bailar claqué por las escalinatas. Willis conocía el judo lo mismo que el código penal, y podía tumbar a un ladrón más de prisa que seis hombres juntos utilizando los puños. Ahora estaba preguntándose si debía echarse al hombro uno de los enmascarados para añadir más pimienta a su relato. En cambio, decidió contar lo ocurrido en el garaje.

—Saqué la pistola —lo demostró extrayéndola velozmente de la sobaquera y moviéndola de un lado a otro—. Inmediatamente, esos dos héroes chillaron: «¡No dispare!». ¿Quieren saber por qué? ¡Porque sus pistolas no estaban cargadas! ¿Pueden imaginárselo? ¡Deciden cometer un atraco y lo hacen con las pistolas vacías!

—Pues esta historia no es muy buena —opinó el más interesado de los borrachos.

—Entonces, pida que le devuelvan el dinero —replicó Willis—. Sentaos, chicos —les repitió a los enmascarados.

—Si estamos esposados juntos, ¿cómo podemos sentarnos? —gruñó uno de ellos.

—En dos sillas como hermanos siameses. Y quitaos esas máscaras estúpidas.

—Oh, no… —negó uno de ellos.

—¿Por qué no? —quiso saber el otro.

—No tenemos por qué obedecer —explicó el primero—. Conocemos nuestros derechos constitucionales.

—¡Yo sí os daré derechos! —rugió Willis—. Pudisteis matarme, ¿lo sabéis?

—¿Cómo? —intervino Meyer—. Si has dicho que las pistolas…

—Bueno, de haber estado cargadas —aclaró Willis.

En aquel instante llegó Genero, procedente del lavabo de caballeros del pasillo.

—¿Quién ha cerrado mi radio? —refunfuñó. Miró a la mujer embarazada, el único de sus prisioneros que no estaba en la jaula, la vio sentada al borde de la mesa de Hawes, fue rápidamente hacia ella y empezó a decir: «Bien, hermana, ahora…», cuando de repente, ella empezó a gritar. El grito sacó a Genero de sus casillas. Agachó la cabeza y se cubrió el cráneo como en medio de un ataque con morteros. El grito también asustó a los de la jaula. Como defensa, todos aullaron y gritaron, como si hubiese un enjambre de ratones y murciélagos dispuestos a devorarlos.

El tremendo esfuerzo de la mujer, su chillido continuo, tenso y penetrante, aparte de romper probablemente todas las ventanas en ocho kilómetros a la redonda, rompió otra cosa. Mientras los detectives, los borrachos y los enmascarados contemplaban a la mujer con su extrañeza de machos, vieron una especie de cascada de agua por entre las piernas de la embarazada. Los borrachos creyeron que se estaba orinando. Lo mismo pensaron Willis y Hawes, ambos solteros. Carella y Meyer, que eran casados con experiencia, comprendieron que la mujer había roto aguas y que en cualquier momento podía dar a luz. Genero, con las manos en la cabeza, estaba convencido de que él había provocado la meada de la mujer, seguro de que lo enviarían a su cuarto sin cenar, como a un niño pequeño.

—*¡Madre de Dios!* —gritó la mujer apretándose el vientre.

—¡Que venga una ambulancia! —le gritó Meyer a Hawes.

El detective levantó el receptor y repiqueteó en el soporte.

—¡Va a nacer el niño! —gimió la mujer, casi con reverencia.

Se tumbó en el suelo cerca de la mesa de Meyer.

—¡Dave —aulló Hawes por el teléfono—, necesitamos una ambulancia…! ¡De prisa! ¡Tenemos aquí a una mujer a punto de dar a luz!

—¿Sabes qué hacer en estos casos? —preguntóle Meyer a Carella.

—No. ¿Y tú?

—¡Que Dios me ayude! —sollozó la mujer con sosegada dignidad.

—¡Bueno, que alguien la ayude! —tronó Hawes, colgando el teléfono.

—¿Yo? —inquirió Willis.

—¡Alguien!

La mujer gimió otra vez. El dolor le recorría todo el cuerpo desde el vientre a la cara.

—¡Que traigan agua caliente! —pidió Carella.

—¿De dónde? —preguntó Willis.

—De la oficina —añadió Carella—. Coge un poco de agua caliente de Miscolo.

—¡Ayúdenme! —pidió de nuevo la mujer.

Meyer se arrodilló a su lado. En aquel instante sonó el teléfono de la mesa de Carella. Éste lo levantó.

—Aquí Carella, Comisaría 87 —dijo.

—Un segundo —rogó la voz del otro extremo— Ralph, ¿quieres coger ese otro teléfono?

En la jaula, los borrachos permanecían inmóviles. Presionaban sus caras contra las rejas. Miraban cómo Meyer se inclinaba hacia la parturienta. Intentaban oír sus palabras de ánimo. La mujer volvió a gritar, pero esta vez ellos callaron, sin hacerle eco. Esto era algo diferente. Escuchaban sus gritos con profundo respeto.

—Lo siento —murmuró la voz del teléfono—, hoy todo anda mal. Soy Levine, de Midtown East. A medianoche hubo un asesinato. Una chica llamada…

—Oye —le interrumpió Carella—, ¿no puedes llamar más tarde? Aquí tenemos una emergencia.

—Esto es Homicidios —le cortó Levine, como si esta sola palabra obligara a entrar a todo el mundo en acción, como si fuese una llamada a las armas. Levine tenía razón.

—Bien, dispara —rezongó Carella.

—La chica se llamaba Sally Anderson. ¿Te dice algo el nombre?

—Nada —repuso Carella, mirando al otro lado de la sala.

Willis había vuelto de la oficina no sólo con el agua caliente de Miscolo, el oficinista, sino con el propio Miscolo. Éste estaba arrodillado al otro lado de la mujer tendida en el suelo, y Carella comprendió que entre él y Meyer trataban de conseguir que naciese el bebé.

—Llamo —explicó Levine—, porque esto parece estar relacionado con un asunto que tú tienes entre manos.

Carella cogió su bloc de notas y un bolígrafo. No conseguía apartar la vista de lo que sucedía en la sala.

—Hace diez minutos me llamaron de Balística —continuó Levine —. Es un tipo llamado Dorfsman, un tipo listo. Se trata de las balas que extrajeron del pecho y la cabeza de la chica. Bien, tú te ocupas de un caso referente a un treinta y ocho, Smith y Wesson, ¿verdad?

—Sí.

—Esto podría ser un homicidio. El caso en que te ocupas. Le enviaste unas balas a Dorfsman, ¿cierto?

—¿Y bien…? —Carella escribía, vigilando lo que pasaba en la sala.

—Concuerdan con las de esa chica helada.

—¿Estás seguro?

—Sin la menor duda. Dorfsman no suele equivocarse. En ambas muertes usaron la misma arma.

—Hum… —gruñó Carella.

—Aguante ahora —dijo Miscolo.

—Lo más posible —añadió Meyer.

—Vamos, ayuda —mascculló Miscolo, dirigiéndose a Meyer.

—Por tanto, lo que quiero saber es quién se ocupará de este nuevo caso —finalizó Levine.

—¿Seguro que es el mismo revólver?

—Positivo. Dorfsman ha examinado las balas al microscopio una docena de veces. Sin error posible. El mismo Smith y Wesson, calibre treinta y ocho.

—Midtown East está muy lejos de casa —murmuró Carella.

—Lo sé. No trato de cargarte con nada, créeme. No sé qué dice el Reglamento para esta clase de casos.

—Bueno, si están relacionados…

—Oh, claro que lo están. La cuestión es: ¿tuyo o mío? Tú te ocupas del primer caso…

—He de consultárselo al teniente —observó Carella—. Cuando llegue.

—Yo ya he consultado con el mío. Piensa que debes encargarte tú de ambos casos. Esto, Carella, no tiene nada que ver con lo ocupado que estás en este instante. Un fiambre más no va a matarnos. Pero probablemente ya habrás efectuado ciertas investigaciones…

—En efecto.

—Y no sé qué has averiguado, si acaso has averiguado algo.

—No mucho —confesó Carella—. La víctima era un intermediario de drogas.

—La chica, nuestra víctima, era bailarina.

—¿Algo de drogas?

—Aún no lo sé, Carella. Por esto te llamo. Si he de empezar, empezaré. Si es tu caso, me retiraré.

—Conforme —aprobó Meyer—, muy bien.

—¡Ya se ve la cabeza! —chilló Miscolo—. Ahora, empuje algo más fuerte.

—Bien, así está bien —volvió a aprobar Meyer.

—Lo consultaré con el teniente —repitió Carella—. Mientras tanto, ¿puedes enviarme el informe?

—Sí. No tengo que decirte…

—Las primeras veinticuatro horas son muy importantes —le interrumpió Carella, terminando la frase por él.

—Bien, si debo moverme, mejor será que lo haga hoy.

—De acuerdo —asintió Carella—. Te llamaré más tarde.

—¡Empuje! —ordenó Meyer.

—¡Empuje! —repitió Miscolo.

—¡Oh, Dios mío! —se quejó la madre.

—Ya viene, ya viene… —proclamó Meyer.

—¡Oh, Dios mío, Dios mío, Dios mío! —se alegró ella.

—¡Vaya, un pequeño machito! —exclamó Miscolo.

Meyer levantó al bebé manchado de sangre y le golpeó las nalgas. Un llanto triunfal rompió el silencio de la sala.

—¡Eh! ¿Chico o chica? —inquirió uno de los borrachos.

3

Carella no llamó a Levine hasta las once y diez minutos, porque hasta esa hora no pudo solucionar el protocolo referente a los dos casos. Por entonces, la sala de los detectives permanecía ya considerablemente más tranquila. Se habían llevado a la prostituta ya no preñada y a su hijito al hospital en una ambulancia, y a los cuatro borrachos los habían fichado por Intoxicación Etílica Pública, siendo metidos en una furgoneta por el triunfante detective Genero, que quizá no comprendía que una Intoxicación Etílica Pública era una simple falta en comparación con un fraude o un robo, cuyo castigo no excedía de quince días. No había hombre o mujer en la sala de la comisaría en aquella brillante mañana de febrero que no viese que Genero estaba desperdiciando el tiempo y, por consiguiente, el dinero de los contribuyentes al conducir a aquellos borrachos al juzgado, donde indudablemente quedarían rápidamente en libertad gracias a un juez que sabría que cada centímetro de celda era necesario para delincuentes más serios que un cuarteto de bebedores sempiternos. Afortunadamente, Genero se marchó a sus cosas. Los detectives, entre ellos una mujer, que llegaron a la comisaría a las once de aquel sábado, en el mismo instante en que Genero salía con su procesión de prisioneros, movieron la cabeza al unísono en señal de extrañeza y se dedicaron a otros asuntos más importantes.

La mujer era detective de segundo grado procedente de la Brigada de Fuerzas Especiales de la División del Cuartel General. Se llamaba Eileen Burke y se hallaba ocasionalmente en la 87, ocupada esta vez en los casos en los que hacía falta un cebo femenino. Lo que significaba que siempre que Eileen colaboraba con la comisaría, se dedicaba a callejear en busca de algún violador u otro degenerado cualquiera. Eileen tenía el cabello rojo y los ojos verdes.

Eileen poseía unas bellas piernas, esbeltas y torneadas, con incitantes pantorrillas y delgados tobillos. Eileen tenía unos senos llenos y unas caderas excitantes. Eileen medía metro setenta de estatura, sumado todo lo cual hacía que no pasara inadvertida por la ciudad, especialmente si alguien pensaba en una violación sexual. Sin embargo, Eileen también se había ocupado en un caso de secuestro, con Hal Willis como compañero, y casualmente trabajó en otro asunto, con Willis también, cuando fingieron ser amantes apasionados en el parque, formando parte de un plan muy complicado que incluía a los detectives Meyer y Kling, vestidos como monjas y sentados en un banco próximo.

Eileen, más tarde, apenas logró recordar el propósito de aquel plan tan elaborado. Recordaba solamente que Willis la estuvo abrazando, acariciándole también las nalgas, mientras ella trataba de vigilar un tercer banco en el que se hallaba una cesta de comida en la que se suponía había cincuenta mil dólares, si bien la verdad era que únicamente contenía cincuenta mil pedazos de papel de periódico. Willis, en su papel de amante apasionado, la besó a menudo mientras permanecían tumbados sobre un saco de dormir en aquel día terriblemente frío. El besuqueo llegó a su fin bruscamente cuando un joven se apoderó de la cesta de la compra y se dirigió al banco donde estaba sentado un falso ciego que era Genero. Al momento, el detective se puso de pie, se quitó las gafas oscuras, se desabrochó el tercer botón de su abrigo, como había visto hacer a los detectives de la televisión, sacó el revólver… y en su precipitación se disparó a sí mismo en una pierna. En el saco de dormir, Willis consiguió sacar el *walkie-talkie* de entre los senos de Eileen para llamar a Hawes, que se encontraba dentro de un coche camuflado, aparcado en la Grover Avenue, y comunicarle que su hombre iba en aquella dirección. Ahora, Eileen Burke pensaba que siempre resultaba divertido trabajar en la 87. También pensaba que era una lástima que sólo pudiese ver a Hal Willis de vez en cuando. Se preguntó si estaría ya casado. Y también le intrigó por qué en los

últimos días pensaba tanto en el matrimonio. ¿Sería por no haber recibido ningún obsequio el último San Valentín?

La sala estaba relativamente sosegada con Genero y todos sus presos (la madre y su hijito se habían escapado de entre sus garras, al menos por el momento) marchándose por caminos separados. Cotton Hawes, en su mesa, escuchaba una queja formulada por un negro gordinflón, el cual insistía en que su esposa le arrojaba cenizas ardientes siempre que llegaba tarde a casa porque creía que él se entretenía con otra mujer. Éstas eran sus palabras: se entretenía con otra mujer. Hawes las encontró poéticas. Hal Willis había fichado a los dos atracadores y los condujo después por el callejón situado entre la comisaría y el edificio adyacente donde se hallaban los calabozos, en el mismo callejón donde estaba la furgoneta con los cuatro borrachos de Genero ya dentro. Los dos jóvenes seguían negándose a quitarse las máscaras y uno de los borrachos, al verlos, preguntó si iban a una fiesta de disfraces. Cuando Willis entregó sus detenidos a un policía uniformado, Eileen Burke se encaramó sobre el borde de la mesa del joven detective, en la sala, y cruzó sus espléndidas piernas; después, consultó su reloj y encendió un cigarrillo.

—Hola, Eileen —la saludó Hawes, al acompañar al negro, víctima de cenizas ardientes, fuera de la sala, presumiblemente para que se enfrentara con su malhumorada esposa en la santidad de su pacífico hogar. Eileen contempló a Hawes cuando éste desaparecía por el corredor. Sí, Hawes era pelirrojo, como ella. Eileen se preguntó si los hijos de dos pelirrojos también lo serían. Y se preguntó si Hawes estaría casado. Empezó a balancear un pie.

A medio metro o algo más de donde ella fumaba el cigarrillo y balanceaba con impaciencia el pie, Meyer hablaba por teléfono con su esposa, contándole cómo poco antes había ayudado a un parto en la misma comisaría, con la asistencia de Miscolo, que en aquel momento se encontraba ya de vuelta en su oficina, preparando otra taza de café, porque ahora ya no necesitaban más agua caliente en

casos de maternidad. Por el otro teléfono de su mesa, Carella pudo localizar a Levine, disculpándose por haber tardado tanto.

Sí, había tardado tanto porque un departamento de policía es como un pequeño ejército, y un homicidio es como una batalla dentro de una gran guerra. En las grandes guerras, en los grandes ejércitos, hasta las pequeñas batallas obtienen serias consideraciones. En los ejércitos pequeños, como un departamento de Policía, una gran batalla como un homicidio exige mucha atención y participación por parte de mucha gente. En la ciudad en la que trabajaban esos detectives, asignaban los casos de homicidio al detective que recibía la primera alarma, generalmente asistido por otro miembro de la brigada, que se hallaba con el primero en tal ocasión. Desde el momento en que un detective decía: «Ya lo tengo», o bien «Ya estoy en rodaje», o cualquier otra frase de la jerga policíaca, el caso era oficialmente suyo, y se quedaba con él hasta solucionarlo, o clarificarlo (que no es lo mismo que solucionarlo)…, o simplemente, se llevaba las manos a la cabeza en señal de desesperación. Mas, puesto que un homicidio era algo muy importante, un delito mayor, para expresarlo de algún modo, había *otras* personas en el departamento terriblemente interesadas en la marcha del caso. En aquella ciudad, cuando un detective tenía una *bona fide* o un «buen» homicidio, tenía que informar:

1. Al Comisionado de Policía.
2. Al Jefe de Detectives.
3. Al comandante de distrito de la división de detectives.
4. A Homicidios Este u Homicidios Oeste, según el lugar donde fuese hallado el cadáver.
5. A la escuadra y a los oficiales al mando de la comisaría de la zona donde se encontrara el cadáver.
6. Al forense.
7. Al fiscal de distrito.
8. Al departamento telegráfico, telefónico y teletipo del Cuartel General.
9. Al Laboratorio de la Policía.

10. A la Unidad Fotográfica de la Policía.

Aquel sábado por la mañana no se había consultado respecto al protocolo a tantas personas. Sin embargo, la situación era lo suficientemente embrollada como para que el teniente Byrnes, al frente de la 87, arrugase la frente y telefoneara al capitán Frick, al mando de toda la zona de la 87, el cual, a su vez, reflexionó y maldijo un poco antes de manifestar:

—Bueno, Pete, esto parece ser un caso de «miembro de la fuerza», ¿verdad? —que Byrnes tradujo como «miembro de la fuerza que se ocupa del caso», que era exactamente el motivo que tuvo para llamar a Frick. Éste le aconsejó que recurriese a la graduación superior dentro de su división, lo que significaba llamar al Jefe de Detectives, cosa que Byrnes habría preferido evitar para que el Jefe no pensara que él no era muy ducho en reglamentos. El Jefe se rascó la cabeza y le respondió a Byrnes que en varios años no había oído nada semejante, y que puesto que el Departamento de Policía cambiaba los reglamentos con tanta frecuencia como él de ropa interior, metafóricamente hablando, tenía que consultar cuál era el procedimiento actual, y entonces llamaría al teniente.

Byrnes, ansioso por recordarle a su superior que los hombres de la 87 eran unos maravillosos servidores de la ley, mencionó casualmente que en el caso había dos homicidios relacionados entre sí, y dos detectives de zonas separadas de la ciudad esperando ocuparse del segundo, y por tanto el más reciente de ellos. Claro que esto no era absolutamente cierto: ni Carella ni Levine deseaban demasiado empezar una nueva investigación. Byrnes continuó diciendo que le agradecería al Jefe que volviera a llamarle lo antes posible. El Jefe no llamó hasta cerca de las once, después de haber conversado con el Jefe de Operaciones, cuyo despacho se hallaba dos pisos más arriba del ocupado por el Jefe de Detectives, en el mismo Cuartel General. El Jefe le comunicó a Byrnes que, en opinión del Jefe de Operaciones, el *primer* homicidio tenía prioridad sobre el *último*, por lo que el miembro de la fuerza que se ocupaba del

primero debía hacerse cargo de los dos, fuese quien fuese tal detective. Byrnes ignoraba quién era, por lo que se limitó a responder:

—Sí, sea quien sea. Gracias, Jefe.

Colgó y llamó a Carella a su despacho.

—Es nuestro —dijo escuetamente, no dando a entender que el caso fuese específicamente suyo (aunque en un sentido amplio lo fuese), sino de Carella.

—Buena suerte —respondió Levine, cuando Carella le notificó lo ocurrido, logrando no expresar el alivio que sentía en sus palabras.

Hal Willis entró en la sala de detectives unos minutos más tarde, justo cuando un patrullero helado de frío, de Midtown East, entregaba el paquete prometido por Levine cuando habló por primera vez con Carella aquella mañana. Willis vio a Eileen sentada al borde de su mesa, sonrió y virtualmente se le acercó a paso de claqué.

—Vaya, han vuelto a enviarte aquí, ¿eh? —dijo, sonriendo.

—Esto es de parte de Levine —le anunció Carella a Meyer.

—¿Aguardabas tal vez a Raquel Welch? —inquirió Eileen.

—¿Quién se queja? —se indignó Willis.

—¿Quién ha violado a quién esta vez? —preguntó Eileen.

—En mi escuadra nadie habla sucio —rezongó Meyer, guiñándole un ojo a Carella.

—Parece muy delgado —observó Carella, desenvolviendo el paquete. Firmó un recibo y se lo entregó al patrullero.

—¿Nada más? —preguntó el patrullero, frotándose las manos.

—Nada más.

—¿Puedo tomar un café? —preguntó el patrullero.

—Abajo hay una máquina —le informó Carella.

—No tengo monedas.

—¡Oh, siempre la canción de «no tengo monedas»! —gruñó Meyer.

—¿Cómo? —se amoscó el patrullero.

—Prueba en la oficina del pasillo —dijo Carella.

—¿Tienes pagado el seguro? —se burló Meyer.

El patrullero se encogió de hombros y salió al pasillo.

—¿Dónde quieres discutir esto? —le preguntó Willis a Eileen.

—¡Oh, el viejo truco de «no tengo monedas»! —exclamó Meyer.

Estaba de buen humor. Acababa de ayudar a traer un niño al mundo. ¡No había nada tan maravilloso como un acto de creación para que un hombre se sintiese eufórico!

—¿Se trata del caso de la lavandería mecánica? —Meyer le preguntó a Willis.

—El mismo —asintió Willis.

—¿Un violador en una lavandería? —se extrañó Eileen, aplastando la colilla del cigarrillo.

—No, un tipo que atraca lavanderías por la noche. Hemos pensado ponerte a ti en la que atracará la próxima vez…

—¿Cómo sabéis que será ésa la que atracará la próxima vez?

—Bueno, lo suponemos —respondió Willis—. Sigue una especie de norma…

—¡Oh! —exclamó Meyer—. El viejo truco del *Modus Operandi*…

Se echó a reír. Carella le miró, Meyer se encogió de hombros y dejó de reír.

—Tienes que vestirte como una joven que va a lavar su ropa —explicó Willis.

—Estupendo —sonrió Eileen—. ¿Tú serás mi compañero?

—Exacto.

—¿Dónde estarás?

—Fuera, en un saco de dormir —bromeó él.

—Claro, seguro —sonrió ella.

—¿Te acuerdas?

—Tengo la memoria de un juez.

—Pues disponed el plan vosotros dos —decidió Meyer—. Vamos, Steve, vámonos a la sala de interrogatorios.

—¿Cuándo empezamos? —se interesó Eileen, encendiendo otro cigarrillo.

—Creo que será mejor esta misma noche —propuso Willis.

En la sala de interrogatorios, Meyer y Carella estudiaron atentamente la única hoja de papel enviada por Levine.

DEPARTAMENTO POLICÍA
Informe

Clasificación del crimen:	*Homicidio*
Escuadra de detectives:	*Midtown East*
Comisaría:	*Midtown East*
Número de entrada:	*375-61-0241*
Fecha del informe:	*13 de febrero*
Nombre del denunciante:	*Dominick Bonaccio*
Dirección del denunciante:	*North Campbell, 637*
Fecha del primer informe:	*La misma*
Víctima:	*Sally Anderson*

El denunciante Dominick Bonaccio descubrió a la víctima tendida de espaldas en tierra, en medio de la nieve, a las 12,30 de la noche, cuando regresaba a su casa desde el trabajo. La reconoció por el capote que llevaba. Subió a su apartamento, llamó a 911, volvió a bajar para esperar la llegada de la Policía. (P. O. Frank O'Neal, P. O. Peter Nelson, Midtown East, coche Charlie) Víctima D. O.A. a la llegada. El oficial O'Neal pidió por radio la presencia de los detectives. (Ver Informe de Actividades 375-61-0230). Los detectives de Homicidios (Monoghan y Monroe), que estaban en la zona, respondieron a la llamada y llegaron al lugar del crimen antes que los detectives Henry Levine y Ralph Coombes.

Víctima identificada como SALLY ANDERSON, blanca, h, edad 25. Cabello rubio. Ojos azules. Pendiente de medidas exactas por la autopsia, al parecer estatura metro setenta, peso aproximado sesenta kilos. Ayudante forense certificó muerte de la víctima en el mismo lugar, y causa aparente de la muerte heridas por disparos de

revólver. Pendiente de informe de autopsia, las heridas son, al parecer, tres: una en la parte izquierda del pecho, dos en la cara. No se encontraron las cápsulas vacías. Contenido del bolso de la víctima: lápiz de labios, lápiz de cejas, 2 chicles, agenda, tejidos kleenex*, cartera con 3 fotografías, veintitrés dólares U.S.A. en moneda corriente, carnet de la Asociación de Actores. Según inquilinos de North Campbell 637, ningún testigo presente, pero declararon que la víctima era una bailarina que trabajaba en una obra musical llamada* Fatback*, en el teatro Gales, North Adderley 1134.*

Cadáver enviado al depósito de cadáveres del hospital. Efectos personales en posesión de Midtown East para transferencia al Laboratorio. Sección Balística informó BOLO por las balas recuperadas del cadáver en la autopsia, en primer informe requerido.

HENRY LEVINE
Detective (1er grado) Henry Levine
Placa 27842 (Midtown East)

—Escribe bien a máquina —observó Meyer.

—No tenemos mucha cosa —se quejó Carella.

—Este informe debe de ser anterior a la llamada de Dorfsman, ¿no?

—Una acción rápida con su BOLO —mascculló Carella.

—Veamos qué sacamos del otro.

En la oficina, Miscolo se hallaba preparando el peor café de la ciudad. Su fuerte aroma asaltó el olfato de los dos detectives tan pronto penetraron en la habitación.

—El Día de Difuntos ha llegado y se ha ido —expresó Meyer.

—¿Qué significa esto? —se irritó Miscolo.

—Que ya puedes dejar de meter insectos y ranas en tu cafetera.

—¡Ja, ja! —rió Miscolo—. Si no te gusta, no lo bebas —husmeó el aire—. Se trata de una nueva mezcla de Colombia —explicó,

haciendo girar los ojos insinuantemente.

—Tu café apesta como los cigarros de Meyer —intervino Carella.

—Le daré todas mis viejas colillas —rió Meyer. De pronto, comprendió que atacaban a sus cigarros—. ¿Qué quieres decir? ¿Qué les pasa a mis cigarros?

—¿Habéis venido a perder el tiempo? —les interrumpió Miscolo.

—Necesitamos el expediente de Paco López.

—Está aquí desde hace unos días solamente, ¿verdad?

—Sí, el homicidio de Culver —asintió Carella—. El martes por la noche.

—Aún no está archivado.

—¿Pues dónde está?

—Por ahí, en mi escritorio… —respondió Miscolo, indicando la mesa atestada de carpetas y papeles.

—¿No puedes buscarlo?

Miscolo no respondió. Tomó asiento en la silla giratoria detrás del escritorio y empezó a buscar entre los papeles.

—Mi mujer me regaló ese café el día de San Valentín —explicó, enfurruñado.

—Debe de quererte mucho —comentó Carella.

—Sí, mucho —confirmó Meyer.

—Y a ti, ¿qué te regaló tu mujer? —quiso saber Miscolo.

—Mañana es San Valentín.

—Tal vez te obsequiará con algunos cigarros apestosos —sonrió Carella—. Como los que fumas ahora.

—Aquí tenemos un Godofredo López. ¿Es el que buscas?

—Paco —precisó Carella.

—Mis cigarros no son malos —exclamó Meyer.

—¿Sabes cuántos López tenemos en la 87? —preguntó Miscolo—. Tantos como Smith o Jones entre los apellidos ingleses.

—Solamente mataron a un López el martes pasado.

—A veces, desearía que estuviesen todos muertos —gruñó Miscolo.

—Dales un poco de tu café —sugirió Meyer—. Morirán tan seguro como si les hubiesen disparado con una escopeta de cañones recortados.

—¡Ja, ja…! —rió Miscolo—. Paco… ¿dónde diablos estará Paco?

—¿Cuándo piensas archivar todo eso? —inquirió Meyer.

—Cuando pueda —repuso Miscolo—. Si nuestros ciudadanos dejaran de matarse unos a otros, de robarse unos a otros, de apuñalarse unos a otros…

—Te quedarías sin empleo —le cortó Carella.

—Da lo mismo. Tres años más, y me retiraré. Tres años más, y viviré en Miami.

—¿No hay crímenes en Miami? —preguntó Meyer con ingenuidad.

—No para mí —respondió Miscolo—. Saldré a pescar en mi barca.

—No te olvides de llevarte la cafetera —le recordó Meyer.

—¡Ah, aquí está! —exclamó Miscolo—. Paco López. Devolvedlo cuando terminéis con él.

—Para que puedas archivarlo el próximo viernes —murmuró Meyer.

—¡Ja, ja! —volvió a reír Miscolo.

Durante la quietud de las últimas horas de la mañana, revisaron todo lo concerniente a Paco López. El crimen había tenido lugar el último martes por la noche, unas setenta y tres horas antes de que Sally Anderson muriese frente a la misma arma, media ciudad más lejos. Descubrieron el cuerpo de la chica a las 12,30 de la noche del día 13; a Paco López lo habían matado a las 11 de la noche del día 9. La muchacha tenía veinticinco años de edad, de raza blanca, y tenía trabajo. López contaba diecinueve años de edad, era de origen español, con un arresto anterior por posesión de narcóticos con intención de venderlos; se libró con una condena suspendida por tener entonces tan sólo quince años. Cuando una vez muerto, el martes por la noche, registraron sus bolsillos, encontraron seis

gramos de cocaína y un rollo de billetes, sujetos con una goma, por valor de mil cien dólares. La cartera de Sally Anderson únicamente contenía veintitrés dólares. No parecía existir ninguna relación entre ambas víctimas. Sin embargo, las balas, en ambos casos, habían salido del mismo revólver.

Los informes suplementarios sobre Paco López confirmaban que continuó usando drogas después del arresto inicial; su nombre falso, o apodo, era El Esnorto. Esta palabra no existía en el diccionario español, aunque los residentes españoles de la zona correspondiente a la 87 poseían un gran sentido del humor. Las personas a las que habían interrogado Carella y Meyer estaban de acuerdo en que Paco López era un hijo de mala madre que merecía morir como había muerto. Muchos llegaron a decir que se merecía algo más lento y doloroso que dos balas del calibre 38, disparadas casi a quemarropa contra su pecho. Una de sus anteriores novias se desabrochó la blusa y les mostró a los dos detectives las quemaduras de cigarrillo que López había dejado en sus senos como recuerdo. Hasta la madre de López estuvo de acuerdo (aunque se persignó antes de admitirlo) que el mundo estaría mucho más seguro sin individuos como su hijo.

Una redada de traficantes de drogas aportó la información de que López era un intermediario de poca monta, tal vez un poco más eficiente en la categoría de camello según la jerga de la redistribución de cocaína, como dijo eufemísticamente uno de los traficantes. López tenía a varios clientes a los que suministraba la droga en una base modesta, y si conseguía diez o veinte billetes a la semana podía darse por satisfecho. Al oír esto, Meyer y Carella, que ganaban solamente veinte billetes *al mes*, pensaron que quizá habían equivocado la profesión. López no constituía ninguna amenaza, a pesar de operar en los linderos de la sociedad de traficantes de drogas. Todos estaban convencidos de que algún drogadicto iracundo lo había dejado helado. Tal vez, López deseó obtener mayores ganancias adulterando la cocaína, y tal vez un drogadicto, al darse cuenta, decidió tomar cumplida venganza. Así de sencillo.

Pero, ¿cómo podían relacionar a un traficante de cocaína con Sally Anderson?

—¿Sabes qué quiero? —preguntó Carella.

—¿Qué?

—No haber heredado este caso.

Los dos estuvieron de acuerdo.

Sin embargo, los dos lo habían heredado.

El conserje del edificio de apartamentos donde viviera Sally Anderson no se sintió muy feliz al verles. Dos detectives lo habían despertado a la una de la madrugada para interrogarle y no consiguió volver a conciliar el sueño hasta casi las dos y media; después, a las seis tuvo que ocuparse de sacar la basura a la calle antes de la llegada de los camiones del Departamento de Sanidad, luego barrer la acera para limpiarla de nieve, y ahora, a las doce menos diez minutos, estaba hambriento y no soñaba más que con el almuerzo. No, no le gustaba hablar nuevamente con otros dos detectives, tanto más cuanto que no había visto lo ocurrido y apenas podría distinguir a la chica de un agujero en la pared.

—Lo único que sé es que vive en esta casa —declaró—. Se llama Sally Anderson y habita el apartamento 3-A.

Seguía usando el tiempo presente al referirse a ella, como si no hubiese muerto; además, aun habiendo muerto, esto no tenía consecuencias para él…, lo cual era cierto.

—¿Vivía sola? —interrogó Carella.

—Por lo que sé…

—¿Qué quiere decir?

—Esas jóvenes modernas…, ¿quién sabe con quién viven? Un chico, dos chicos, otra chica, un gato, un perro, una carpa…, ¿quién lo sabe ni a quién le importa?

—Según usted —insistió Meyer con paciencia— vivía sola.

—Por lo que yo sé, sí —subrayó el conserje.

Era un individuo demacrado, de pelo gris, y toda la vida la había pasado en la ciudad. En este edificio y en los otros donde había trabajado, se cometían robos noche y día, de manera casi continua.

No le era, pues, extraña la violencia, y por ello tenía poca paciencia para los detalles nimios de la misma.

—¿Le importa que echemos una ojeada al apartamento? —preguntó Carella.

—No es asunto mío —fue la respuesta.

Los condujo arriba y abrió la puerta.

Era un apartamento pequeño, amueblado eclécticamente, con piezas modernas y anticuadas lado a lado, almohadones en el sofá tapizado de negro y el suelo alfombrado; carteles en las paredes anunciando diversos espectáculos, entre ellos el actual, *Fatback*… En la pared, en la que se abría la puerta del cuarto de baño, había fotografías enmarcadas de la joven con ropas de *ballet*, en distintas posiciones de danza. También había un póster del Sadler's Wells Ballet. Vieron una botella de vino en la mesa de la cocinita. Encontraron la agenda de citas cerca del teléfono del dormitorio, en una mesita de noche situada junto a una cama de matrimonio, cubierta con una colcha adamascada.

—¿Llamaste al laboratorio? —quiso saber Meyer.

—Ya han examinado todo esto —asintió Carella, cogiendo la agenda.

Era uno de esos cuadernos en espiral que, al abrirse, presentan cada día por separado. Una pinza grande, de plástico color naranja, hizo que la agenda se abriese con facilidad por el doce de febrero. Meyer sacó su libreta de notas y empezó a copiar las citas de la joven desde el día primero de mes. Estaba en el jueves, 4 de febrero, cuando sonó el timbre de la puerta del apartamento. Los dos detectives se miraron uno al otro. Carella se dirigió a la puerta, esperando que fuese el conserje pidiéndoles una orden de registro o algo por el estilo.

—¡Oh…! —exclamó la muchacha al ver a Carella.

Miró el número de la puerta por si se hubiese equivocado, y frunció el ceño. Era de elevada estatura, de aspecto oriental, con el cabello muy negro y ojos oblicuos color azabache. Lucía una blusa negra sobre unos tejanos azules, embutidos dentro de unas botas

altas. Sobre un lado de la frente se inclinaba una gorrita amarilla, y la bufanda, negra y amarilla, le colgaba flojamente por el cuello.

—¿Nos conocemos? —preguntó.

—No creo —respondió Carella.

—¿Dónde está Sally? —inquirió ella, mirando al interior del apartamento.

Meyer, que salía del dormitorio, se quedó plantado en el saloncito, dentro del radio visual de la chica. Los dos detectives llevaban abrigo. Ella contempló brevemente a Meyer y volvió a concentrarse en Carella.

—¿Qué es esto? —exclamó—. ¿Qué pasa?

Dio un paso atrás y miró rápidamente por encima del hombro hacia el ascensor. Carella comprendió qué pensaba. Dos extraños con abrigo, ninguna señal de su amiga Sally… Sí, acababa de interrumpir un robo.

—Somos policías —aclaró antes de que la muchacha diera signos de pánico.

—¿Oh, sí? —murmuró con escepticismo, volviendo a mirar hacia el ascensor.

Carella pensó que era una verdadera nativa y sonrió.

Extrajo una carterita de piel del bolsillo, la abrió y enseñó su placa y su tarjeta de identidad.

—Detective Carella —se presentó—. De la comisaría 87. Éste es mi compañero, detective Meyer.

La joven estudió la placa, inclinándose desde la cintura y manteniendo la espalda y las piernas rígidas. Una bailarina, pensó Carella. Se enderezó y miró fijamente al detective.

—¿Qué pasa? —repitió—. ¿Dónde está Sally?

—¿Puede decirnos quién es usted? —le pidió Carella.

—Tina Wong. ¿Dónde está Sally?

Carella titubeó.

—¿Qué hace aquí, señorita Wong?

—¿Dónde está Sally? —casi exigió ella, pasando al interior.

Obviamente, estaca familiarizada con el apartamento. Primero entró en la cocina, después en el dormitorio y finalmente volvió al salón, donde la esperaban los detectives.

—¿Dónde está? —inquirió.

—¿La estaba esperando a usted, señorita Wong? —la interrogó Carella.

—¿La esperaba a usted? —insistió Meyer.

La joven no contestó. Sus ojos reflejaban un temor incierto. Se movían con inquietud en su afilado rostro, de un detective al otro. Carella no deseaba decirle, en seguida, que Sally estaba muerta. El caso todavía no lo habían publicado los periódicos matutinos, aunque con toda seguridad ya estaría en los quioscos, en las ediciones de la tarde. Si ella ya sabía que Safly había muerto, Carella deseaba que la información procediese de la muchacha.

—¿La esperaba a usted? —preguntó por segunda vez.

La joven consultó su reloj.

—He llegado con cinco minutos de adelanto —explicó—. Bien, ¿van a decirme qué sucede? ¿La han secuestrado acaso?

—¿Cuáles eran sus planes? —preguntó Carella.

—¿Planes?

—Con la señorita Anderson.

—Almorzar e irnos al teatro —repuso Tina—. Es día de *matinée* —se llevó las manos a la cintura y repitió de nuevo—: ¿Dónde está?

—Muerta —dijo Carella con calculada lentitud, mirándola fijamente a los ojos.

No vio más que una suspicacia profunda. Ni sobresalto o dolor, sólo una gran suspicacia.

—Ustedes… —murmuró tras cierta vacilación— quieren asustarme…

—Ojalá fuese así.

—¿Cómo…, muerta? La vi anoche. ¿*Muerta*…?

—Hallaron su cadáver a las doce y media de la noche.

Algo reflejaron ya sus ojos. Creencia. Sobresalto. Temor.

—¿Quién lo hizo? —quiso saber.

—Todavía lo ignoramos.

—¿Cómo? ¿Dónde?

—Delante de este edificio. La mataron con un revólver.

—¿De un disparo?

De repente, estalló en lágrimas. Los detectives la contemplaron con incertidumbre. Ella hurgó en su bolso en busca de un *kleenex*, se secó los ojos, volvió a sollozar, se sonó la nariz y continuó llorando. Carella y Meyer la miraban en silencio. Ambos sentíanse torpes bajo aquel torrente de lágrimas.

—Lo…, lo siento —susurró Tina, volviendo a sonarse. Buscó un cenicero donde dejar el arrugado *kleenex*. Sacó otro del bolso y procedió a secarse los ojos—. Lo…, lo siento —repitió.

—¿La conocía bien? —inquirió Meyer con simpatía.

—Muy bien… Somos muy… —calló para corregirse, dándose cuenta de que hablaba de Sally Anderson como si aún viviese—. Éramos muy buenas amigas —terminó.

—¿Cuánto hace que la conoce?

—Desde *Fatback*.

—¿También baila usted, señorita Wong?

Ella asintió.

—¿Y la conocía desde que se estrenó el espectáculo?

—No, desde los ensayos. En realidad, desde que escuchamos las lecturas de la obra, letra y música.

—¿Cuándo fue esto, señorita Wong?

—En junio del año pasado.

—Y desde entonces fueron buenas amigas.

—Era *mi mejor* amiga —movió la cabeza—. No…, no puedo creerlo.

—Dijo que la vio anoche…

—Sí.

—¿En la representación?

—Sí.

—¿A qué hora terminó?

—Hacia las once menos cuarto. Anoche duró el espectáculo un poco más. Joey…, el intermediario cómico… No sé si conocen el espectáculo…

—No —negó Carella.

—No —repitió Meyer.

La joven los miró sorprendida. Luego, se encogió de hombros, como despreciándoles por tamaña ignorancia.

—Joey Hart —prosiguió—, anoche se metió al público en el bolsillo y contó más chistes de lo acostumbrado. En conjunto, nos retrasamos unos quince minutos.

—O sea que el telón final suele caer a las diez y media, ¿eh?

—Bueno, esto varía. Depende de Joey…, de los números repetidos…

—¿Y ésa fue la última vez que vio viva a Sally Anderson?

—No, la vi después, en el camerino.

—¿Quién se hallaba en el camerino?

—Todas las gitanas. Bueno, las chicas.

—¿Son gitanas?

—No, llamamos así a las coristas.

—¿Cuántas hay?

—Dieciséis. Chicos y chicas. Ocho estábamos en el camerino de las chicas. Cinco rubias, dos negras y una oriental…, yo. A Jamie —añadió tras una pausa— le encantan las rubias.

—¿Jamie?

—Nuestro coreógrafo, Jamie Atkins.

—De modo que ustedes se hallaban en el camerino…

—Las ocho. Quitándonos el maquillaje, la ropa de teatro…, lo de siempre.

—¿A qué hora abandonó usted el camerino, señorita Wong?

—Lo antes que pude —hizo una pausa—. Tenía una cita.

—¿Quiénes estaban en el camerino cuando usted se marchó? —intervino Meyer.

—Sally y Molly.

—¿Molly?

—Maguire —calló un instante—. Se cambió el apellido. Antes se llamaba Molly Materasso, lo cual no es tan tremendo para el teatro ¿verdad? —Carella pensó que Tina tenía razón—. En italiano significa colchón —Carella lo sabía—. Era su apellido de soltera. Ahora está casada y su nombre verdadero es Molly Boyd, aunque en el teatro sigue usando el de Molly Maguire. Sí, es un nombre bonito. A causa de los Molly Maguire —Carella la miró sin comprender—. Fue una sociedad secreta de Irlanda, por los años 1840 —explicó Tina. Carella continuó mirándola sin comprender—. Más tarde, fundaron otra en Pennsylvania. Además, cuando se oye el nombre uno piensa que ya lo has oído antes. Ese nombre le ha conseguido muchos contratos porque los productores piensan: «Eh, Molly Maguire, claro, la conozco». En realidad, es muy mala bailarina.

—Pero se quedó a solas con Sally en el camerino cuando usted se marchó —recalcó Meyer.

—Sí.

—¿Qué hora era?

—Las once y cinco minutos, aproximadamente.

—¿Sabe de qué hablaron?

—Era Molly la que hablaba, realmente.

—¿De qué?

—De Geoffrey, su marido. Por eso me largué tan pronto como me fue posible. Lo cierto es que no estaba citada hasta las doce.

—No lo entiendo —rezongó Meyer.

—Bueno, Molly siempre habla de su marido, y es como una espina en el corazón. Sí, deseo que se calle de una vez o se divorcie.

—Hum… —gruñó Meyer.

—¿Fue aquélla la última vez que vio a Sally? —intercaló Carella.

—Sí. Oh, aún no puedo creerlo… ¡Dios mío! Si tomamos una taza de café juntas anoche, en el descanso.

—¿De qué hablaron entonces, señorita Wong?

—De cosas de chicas…

—¿De hombres?

—De hombres, claro —se encogió ella de hombros.
—¿Vivía Sally con alguien? —quiso saber Meyer.
—No en este sentido.
—Pues, ¿en cuál?
—Casi todas sus ropas estaban aquí, casi todas las de él estaban allí.
—¿Qué ropas? —preguntó Carella.
—Las de Timmy.
—¿Un novio…, o algo…? —inquirió Meyer.
—Algo.
—¿Timmy…, qué?
—Moore.
—¿Timmy…, de Timothy?
—Creo que sí.
—Timothy Moore —repitió Meyer, anotando el nombre en su libreta—. ¿Sabe dónde vive?
—Por el centro, cerca de Quarter. Es estudiante de medicina en el Ramsey…, bueno, me refiero a la universidad. Su apartamento se halla cerca del centro de estudios.
—¿No sabe la dirección exacta?
—Lo siento.
—¿Por qué dijo usted «algo»? —persistió Carella.
—Bueno, era una especie de romance de juntarse y separarse.
—¿Se amaban…, románticamente?
—¿Quiere decir si dormían juntos?
—Sí.
—Pues sí, dormían juntos —respondió Tina—. ¿No lo hacen todas las parejas?
—Eso supongo —sonrió Carella—. ¿Mencionó su amiga a un individuo llamado Paco López?
—No. ¿Quién es ese Paco López? ¿Alguien del teatro?
—¿Tomaba drogas Sally? —preguntó Carella, tras un leve titubeo.
—No creo.

—¿Jamás le habló de drogas?

—¿Se refiere a los porros, por ejemplo, o a algo peor?

—Me refiero a la droga dura: heroína. —Carella hizo una pausa y añadió—: o cocaína.

Miró fijamente a la joven.

—Sally fumaba porros —afirmó Tina—. ¿Quién no? En cuanto a lo demás…, no lo sé.

—¿Seguro?

—Bueno, no podría jurarlo en un tribunal, si se refiere a esto. De todos modos, una sabe lo que hacen los demás cuando se actúa en un espectáculo, y no creo que a Sally le interesaran las drogas duras.

—¿Sugiere, acaso, que algunos elementos del *Fatback*…?

—Oh, seguro.

—Hum… —gruñó Carella.

—No heroína —aclaró Tina—, ya no hay gente tan estúpida. Pero un poco de coca de vez en cuando, seguro.

—Pero no Sally.

—Que yo sepa, no —Tina calló un momento—. Ni yo tampoco, si ha de ser ésta su próxima pregunta.

—No era mi próxima pregunta —sonrió Carella—. ¿Le habló Sally alguna vez de cartas o llamadas telefónicas amenazadoras?

—Nunca.

—¿Le debía dinero a alguien? Que usted sepa, claro.

—No, al menos que yo sepa.

—¿La estaba molestando alguien?

—No… Bueno, sí.

—¿Qué era?

—Nada serio.

—¿Qué?

—No era alguien, sino algo. Deseaba volver a tomar lecciones de canto, pero no hallaba ningún tiempo libre. Tenía que bailar todos los días y acudía a un gimnasio tres veces por semana.

—¿Nada más? ¿No tenía otros problemas?

—Eso es todo lo que me confió.
—¿Conoce el nombre del gimnasio?
—No, lo siento.
—¿Cómo eran sus relaciones con el resto de la compañía?
—Excelentes.
—¿Y con la dirección?
—¿A quién se refiere, a Allan?
—¿Quién es Allan?
—El productor, Allan Carter. Al hablar de la dirección, ¿se refiere al director escénico? ¿Al director artístico?
—A todos ellos. ¿Cuáles eran sus relaciones con los que dirigen el espectáculo?
—Buenas, supongo —repuso Tina, encogiéndose de hombros—. Cuando se ha estrenado un espectáculo, raras veces ve una a esos personajes. En nuestro caso, debido al gran éxito obtenido, Freddie aparece un par de veces por semana a ver cómo anda todo. Pero por lo demás…
—¿Freddie?
—El director, Freddie Carlisle.
—¿Cómo se escribe? —preguntó Meyer.
—Con una *i* y una *s* —contestó Tina—. C-a-r-l-i-s-l-e.
—Dijo que el productor…
—Allan Carter. Con una *ll* y una *a*.
—¿Quién es el director artístico de la compañía?
—Danny Epstein.
—¿Y el gerente?
—Lew Eberhart.
—¿Hay alguno más?
—Los regidores de escena. Hay tres —volvió a encogerse de hombros—. En el reparto figuran treinta y ocho personas, y sabe Dios cuántos músicos, electricistas, carpinteros, tramoyistas…
—¿Alguno español o hispánico[3]?
—¿Entre esos ayudantes? Supongo que sí. No los conozco muy bien. Los veo, o me ven, cuando paso ante ellos con mi ropa

interior…, o algo parecido.

Tina sonrió de repente, mas de pronto pareció acordarse de lo que estaban hablando. La sonrisa se borró de su cara.

—¿Y en el reparto? ¿Algún hispánico? —insistió Carella.

—Sí.

—¿Sabe cómo se llaman? —intervino Meyer.

—Tony Asensio y Mike Roldan. Sí, Mike no suena español, pero su verdadero nombre es Miguel Roldan.

—¿Se mostraba Sally especialmente amiga de alguno de ellos?

—Los coristas y bailarines de un espectáculo acaban por conocerse bastante bien —declaró Tina.

—¿Y Sally conocía bien a esos dos individuos?

—Lo mismo que el resto de nosotros.

—¿Salió alguna vez con alguno de ellos?

—Los dos son *gays* —confesó Tina—. En realidad, viven juntos —como si hablar del espectáculo le hubiese recordado la sesión de tarde, miró rápidamente su reloj—. ¡Oh, Dios mío! —exclamó—. ¡He de irme o llegaré tarde! —repentinamente, adoptó una expresión de enorme tristeza, y pareció a punto de derramar nuevas lágrimas—. La función debe continuar, ¿verdad? —murmuró con amargura, moviendo la cabeza—. Me estoy preocupando por ese maldito espectáculo, mientras Sally está muerta…

4

Desde el lugar donde dos patrulleros estaban sentados en el coche aparcado junto a la acera, resultaba evidente que el clérigo sería el vencedor de la pelea. No deseaban salir del coche e interrumpir a los contendientes a causa del frío, y especialmente que el clérigo parecía el vencedor. Además, resultaba estupendo el modo cómo el cura le hacía medir el suelo a su contrario.

En el distrito de la 87, a veces no era posible distinguir a los hispánicos de los blancos porque la mayoría de estos tenían sangre española en las venas y eran como los demás ciudadanos. Por lo que sabían los dos patrulleros, el clérigo era hispánico, si bien de tez muy blanca, y más corpulento y alto que la mayoría de los demás curas. Los dos patrulleros se quedaron sentados en el calor del coche, tratando de adivinar si el clérigo medía metro ochenta o noventa, y si pesaba cien o ciento diez kilos. No sabían a qué iglesia pertenecía. En ninguna de las feligresías de la ciudad había curas que vistiesen de aquella guisa, aunque era posible que se tratara de un cura de California en plan de visita. Sí, en California, los clérigos vestían así, en las misiones del valle de Napa. Éste llevaba una sotana de lanilla, con la cabeza afeitada como un monje tibetano, su calva reluciente por en medio de la tonsura que la rodeaba a manera de guirnalda. Un patrullero le preguntó al otro cómo se llamaba aquella especie de túnica y su compañero le respondió:

—Es una sotana, estúpido.

—Oh, sí, claro —asintió el otro patrullero.

Los dos eran novatos que sólo trabajaban en la 87 desde hacía dos semanas, de lo contrario habrían sabido que el clérigo no lo era en absoluto, porque en la comisaría lo conocían como Hermano Anthony.

Ahora, el Hermano Anthony estaba convirtiendo a su oponente en una pura pulpa. Se trataba de un portorriqueño que cometió el error de intentar robar al Hermano Anthony, en un salón de billares. El Hermano Anthony lo había sacado a rastras del salón, lo había levantado del suelo y lo había aplastado casi contra la pared de una casa contigua, sólo para darle una lección; claro que después le golpeó con un taco de billar en las rodillas, con la esperanza de rompérselas, aunque lo único que se rompió fue el taco. Entonces, comenzó a descargar sobre el portorriqueño una lluvia de golpes con los puños, en tanto los dos patrulleros lo contemplaban todo desde el coche. El Hermano Anthony pesaba mucho, ya que incluso levantaba pesos en la cárcel, y no tenía en el cuerpo ni una onza de grasa. A veces, le pedía a la gente que le pegasen lo más fuerte posible en el vientre, y reía sonoramente cuando alguien le alababa su fuerza y su resistencia. Durante todo el año, incluidos los meses de verano, vestía la sotana color marrón. En verano, la única diferencia era que no llevaba nada debajo. A veces, se levantaba la sotana y enseñaba sus sandalias a las rameras del distrito.

—¿Lo veis? —les decía—. Esto es lo único que llevo debajo de la sotana.

Ellas exclamaban «¡Oooh!» y «¡Ahhh!» y trataban de levantarle más la prenda eclesiástica, como dando a entender que no creían que no llevara nada más debajo. El Hermano Anthony era un hombre muy grácil para su corpulencia, y se echaba a reír y se alejaba bailoteando, siempre bailoteando.

En invierno, usaba botas gruesas y pesadas en vez de sandalias. Ahora, le servían para patear al estafador del billar, portorriqueño, en la helada acera. En el coche patrulla, los dos policías discutían si debían intervenir antes de que el clérigo le machacase la cabeza al hispánico contra la acera. No tuvieron que llegar a ninguna decisión porque la radio indicó un 1010, y ellos respondieron diciendo que estaban en ruta. El coche se apartó de la acera justo en el momento en que el Hermano Anthony se inclinaba sobre el postrado e inconsciente estafador para quitarle la cartera del bolsillo.

Únicamente diez dólares del total que contenía la cartera le habían sido estafados al Hermano Anthony; mas éste pensó que lo mismo podía quedarse con todo a causa del jaleo que le hacía creado el hispánico. Se hallaba «limpiando» la cartera cuando apareció Emma por la esquina.

En el distrito conocían a Emma como la Gorda, a pesar de que casi toda la gente de la zona trataba de estar siempre lejos de ella porque conocían su carácter levantisco y sabían que estaba en posesión de una navaja muy afilada. La llevaba en el bolso que le colgaba del hombro izquierdo, a fin de poder cogerla rápidamente con la mano derecha, abrirla en un santiamén y cortarle la oreja a cualquier bribón, o propinarle un navajazo en la cara o en las manos. En cambio, a veces, con la navaja en la mano exigía dinero, abriéndole al individuo la yugular y la tráquea de un solo golpe. A nadie le gustaba reñir con la Gorda, siendo éste seguramente el motivo de que los curiosos se dispersaran tan pronto como ella apareciese. Por otra parte, la gente también se hubiese marchado ahora que la pelea estaba terminada, puesto que a nadie le gustaba estar de pie al aire libre en un día tan frío, especialmente en *aquel* distrito que parecía ser el sitio más frío de toda la ciudad. Aquel distrito hubiese podido ser Moscú. El parque de la zona hubiera podido ser el Parque Gorky. Tal vez lo fuese. O viceversa.

—Hola, Hermano —dijo la Gorda.

—Hola, Emma —respondió él, levantando la vista que tenía clavada en el hispánico.

Le había dado una buena lección. Un hilillo de sangre empezaba a congelarse por debajo de la cabeza del estúpido canalla. Tenía el rostro amoratado. El Hermano Anthony arrojó la cartera vacía por encima del hombro, se puso de pie y se metió los quinientos y pico de dólares en el bolsillo-faltriquera de la parte delantera de la sotana. Echó a andar y Emma se le puso al lado.

Emma tenía unos treinta y dos o treinta y tres años, es decir, unos seis o siete más que el Hermano Anthony. Se llamaba Emma Forbes, por haber estado casada con un negro llamado Jimmy

Forbes, ya muerto, víctima desdichada de un tiroteo en el Banco que pretendía atracar. El hombre que disparó matando al marido de Emma era un guardia de seguridad de la entidad bancaria, que a la sazón tenía sesenta y tres años. Era un policía retirado de la comisaría 28. Pero no llegó a cumplir los sesenta y cuatro porque Emma lo encontró un mes después del entierro de su marido y le cercenó la garganta de oreja a oreja una noche de abril, cuando las furcias empezaban a florecer. A Emma no le gustaba que la gente la privara de sus amantes o de algo que necesitase.

A Emma le gustaba decir: «La ópera no termina hasta que canta la gorda», expresión que utilizaba para justificar sus frecuentes ataques por venganza. Era incierto que esta expresión hubiese precedido al apodo o al revés. Cuando una persona medía metro setenta y cinco de estatura y pesaba ciento diez kilos, era razonable esperar, especialmente en aquel distrito donde los apodos eran tan corrientes como los de pila, que antes o después alguien empezase a llamarle Gordo, cosa que le había ocurrido a la Gorda, aun sin estar enterados de su forma de vengarse.

El Hermano Anthony era de las pocas personas que sabían que en el buzón de su casa figuraba como Emma Forbes, y que al nacer se llamó Emma Goldberg, a la que no había que confundir con la anarquista Emma Goldman, la cual vivió mucho antes de que naciera Emma Goldberg. El Hermano Anthony también era una de las pocas personas que la llamaban Emma, puesto que los demás preferían llamarla Señora (sin atreverse a llamarla Gorda en su presencia) o nada en absoluto, para que la mujer no pudiera enojarse por alguna inflexión burlona de la voz y exhibiese velozmente la navaja. El Hermano Anthony era el único hombre del distrito y tal vez del mundo entero que opinaba que Emma Goldberg Forbes era una gran persona, que la Gorda era excepcionalmente hermosa y extraordinariamente sexual.

—Bueno, de gustos no hay nada escrito —comentó un conocido después de que el Hermano Anthony le hubiese ponderado la belleza y la sexualidad de Emma.

El comentario involuntario de aquel individuo fue pronunciado un instante antes de que el Hermano Anthony lo quitara del taburete y lo arrojase contra el espejo que había detrás de la barra del bar donde estaban. Al Hermano Anthony no le gustaba que se burlaran del sentimiento que él experimentaba por Emma. El Hermano Anthony la veía de un modo muy distinto al de los demás. Casi todos la miraban como una rubia estúpida, gorda dentro de su abrigo negro, de sus zapatos negros y sus medias negras, con el bolso negro al hombro en el que llevaba una navaja con puño de hueso. El Hermano Anthony, aunque era una contradicción, la veía como una rubia natural, con unos ricitos que le enmarcaban su cara de Madonna, y unos ojos maravillosamente azules. El Hermano Anthony veía unos pechos como sandías y un trasero como un abrevadero; el Hermano Anthony veía sus gruesos muslos como acres de carne atractiva; el Hermano Anthony veía una chiquilla tímida, retraída, vulnerable, cogida en el torbellino de una sociedad hostil, alguien a quien acunar, animar y consolar.

Caminando a su lado, el Hermano Anthony tuvo una erección, aunque quizá fuese debida a la satisfacción suprema de haber dejado medio muerto al estafador hispánico; a veces, resultaba difícil separar y clasificar las emociones, especialmente cuando hacía tanto frío. Cogió a Emma por el brazo y la condujo a la Masón Avenue, hacia un bar situado en medio de un trecho de solares, especialmente sórdido, que abarcaban unas tres manzanas. Hubo una época en que la Calle (como llamaban familiarmente a la zona de los tres solares como manzanas de casas) se conocía como el Agujero del Coño, entre los inmigrantes irlandeses; y, más tarde, el Camino de las Zorras, entre los negros. Con el influjo portorriqueño, la calle había cambiado de lenguaje…, aunque no su mejor fuente de ingresos. Los portorriqueños la llamaban la Vía de las Putas. Los policías ya la llamaban Calle de las Prostitutas antes de que la palabra «buscona» se pusiese de moda. Ahora, llamaban a aquel inmenso solar el Paraíso de las Busconas. Mas, en cualquier idioma, uno pagaba con su dinero y efectuaba su elección.

No mucho antes, las madames que regentaban los emporios sexuales se hacían llamar Mamá tal o Mamá cual. En aquellos días, el de Mamá Teresa era el burdel más conocido de la calle. El de Mamá Carmen el más sucio. El de Mamá Luz había sufrido muchas redadas de la Policía a causa de las cosas exóticas que sucedían detrás de su fachada de ladrillos. ¡Ay, aquellos tiempos se habían esfumado para siempre! El burdel, como tal, era algo del pasado, un triste recuerdo. Hoy día, las busconas operaban fuera de los salones de belleza y masaje, y de los bares de la calle, y llevaban a sus «conquistas» a los hoteles cuyos anuncios de neón parpadeaban en la noche. El bar que eligió el Hermano Anthony era un local llamado Sandy, donde acudían las busconas, pero a las dos de la tarde la mayoría de las chicas del barrio todavía dormían para recuperarse del ejercicio de la noche del viernes. En el mostrador no había más que una muchacha negra que llevaba una peluca rubia.

—Hola, Hermano Anthony —lo saludó—. Hola, Señora.

—*Dominus vobiscum* —replicó el Hermano Anthony, cortando el aire con el borde de la mano derecha hacia abajo, y pasando luego la misma mano horizontalmente a través del corte anterior e invisible, a fin de formar la figura de la Cruz.

Ignoraba qué significaban aquellas palabras latinas, sabiendo tan sólo que añadían carácter a la imagen que se había forjado conscientemente.

—En el mundo, todo es imagen —solía decirle a Emma, con unas palabras que fluían untuosamente de su lengua, con voz profunda y resonante—, todo es ilusión.

—¿Qué será? —preguntó el camarero.

—Un vasito de tinto, por favor —pidió el Hermano Anthony—. ¿Y tú, Emma?

—Gin *on the rocks*, doble —dijo la Gorda.

—Pregúntale a esa joven qué quiere —añadió el Hermano Anthony señalando a la buscona negra con peluca rubia.

Se sentía contento. Su encuentro con el ambicioso estafador del billar le había dado una ganancia de quinientos dólares. Le pidió

cambio al camarero, se dirigió al tocadiscos y escogió un buen surtido de melodías de *rock*. Le gustaba el *rock-and-roll*. Especialmente le gustaban los grupos de *rock* que se disfrazaban para subir al escenario, de modo que en la calle apenas podías reconocerlos. La negra-rubia le confió al camarero que prefería otro *whisky* con soda.

—Gracias, Hermano Anthony —le dijo la negra cuando aquél volvió a encaramarse al taburete.

El camarero, que en realidad era Sandy, el dueño del local, no se sentía demasiado dichoso de ver al Hermano Anthony. No le gustaba tener que reemplazar el espejo cada vez que el Hermano Anthony creíase insultado por alguna frase sin intención. Por suerte, la única persona presente en el establecimiento, aparte del Hermano y su amiga gorda, era la negra oxigenada al extremo del mostrador, y el Hermano Anthony acababa de invitarla a un vaso, por lo que era de esperar que no hubiese jarana aquella tarde. Era toda la esperanza de Sandy. Era sábado. Ya habría bastante alboroto por la noche, lo quisiera o no Sandy.

En aquel distrito, especialmente en la calle, la noche de los sábados no era la más tranquila de la semana, a pesar de lo que dice la canción. En aquel distrito, especialmente en aquella calle, nadie estaba solo las noches de sábado, y menos si llevaba en el bolsillo la paga de la semana. A las diez de la noche, habría más rameras en el bar que ratas en el solar vecino, rameras negras y blancas, rubias, morenas y pelirrojas, hasta alguna con el pelo rosa o lavanda, hombres y mujeres, y muchos que eran ambas cosas. Llegaban por parejas, fingían construir un mundo, se metían en el Arca, con la variedad que iba desde un trabajo de lengua por veinte dólares hasta los trabajos más caros. De todo había en el bar. Llegaban por parejas, siendo bien recibidos por Sandy, que admitía que todos los que bebían en la barra deseaban ver muestras de carne, no de espíritu…, ¿pero cuál era su recompensa por permitir actuar a las damas nocturnas que ejercían su oficio en el bar? Su recompensa (o eso decía Sandy) consistía en pagar cierta cantidad

a los guardias de ronda y al sargento que se dejaba caer por allí de vez en cuando. En realidad, Sandy iba por delante del juego, salvo cuando el alboroto del sábado adquiría unas proporciones tremendas, que era lo normal. Sandy temía los finales de semana, aunque eran los que le posibilitaban tener abierto el bar los demás días laborables.

—Invita la casa —le dijo al Hermano Anthony, deseando que el soborno lo mantuviese alejado del bar por la noche.

De repente, sintió pánico al comprender que al Hermano Anthony podía encantarle aquella hospitalidad, decidiendo volver más tarde a por otra convidada.

—Yo pago lo que bebo —se ufanó Anthony.

Sacó el fajo de billetes de la faltriquera de la sotana y extrajo uno de diez dólares que dejó sobre el mostrador.

—Aun así… —empezó a decir Sandy, pero el Hermano Anthony le hizo callar trazando la señal de la Cruz en el aire.

¿Cómo podía discutir Sandy con un mensajero de Dios? Cogió el billete, fue a la máquina registradora y luego dejó el cambio delante del Hermano Anthony. Al final de la barra, la negra de la peluca rubia levantó su vaso.

—¡Chin-chin, Hermano Anthony! —brindó.

—*Dominus vobiscum* —replicó Anthony, levantando su vaso.

Emma posó su mano carnosa sobre la rodilla de su compañero.

—¿Sabes una cosa? —le preguntó.

—No —negó él con la cabeza—. ¿De qué se trata?

—Que cuando la robó, había once billetes en la cartera.

—¿Once billetes? —susurró Anthony.

—Y un treinta y ocho. Un revólver.

—¿Quién te lo contó?

—Oí hablar a dos polis en el restaurante.

—Un treinta y ocho —repitió el Hermano Anthony—. Y once billetes…

—De esa pasta hablo —asintió Emma—. Pasta de cocaína, querido.

El Hermano Anthony miró en torno suyo para asegurarse de que ni Sandy ni la negra los escuchaban. Sandy permanecía inclinado sobre la barra, enfrascado en una conversación con la negra buscona. Sus dedos recorrían el reborde del escote de la chica, rozando el valle que formaban sus senos. El Hermano Anthony sonrió.

—La muerte de ese pequeño rabón ha dejado una grieta —murmuró Emma.

—Tal vez.

—De noche hay clientes a la deriva.

—Tal vez —repitió Anthony.

—No estaría mal que nosotros pudiéramos llenar esa grieta —observó Emma—. Heredar el negocio, por así decirlo. Descubrir a quién servía, y convertirnos en sus nuevos camellos.

—Hay individuos a quienes esto no agradaría —reflexionó el Hermano Anthony.

—No estoy de acuerdo contigo. No creo que a ese tipejo lo asesinaran por el negocio. No, querido, definitivamente, no estoy de acuerdo contigo.

—Entonces…, ¿por qué?

—¿Por qué lo mataron? ¿Quieres mis sospechas?

—Sí, por favor.

—Porque era un estúpido que probablemente quiso estafar a alguno de sus clientes. Ésta es mi sospecha, Hermano. Pero, ah, querido, cuando nosotros empecemos a vender, la historia será diferente. Seremos amables con todo el mundo y seremos el Señor y la Señora Encantadores.

—¿Cómo conseguiremos la droga para venderla?

—Lo primero es lo primero —puntualizó Emma—. Antes tenemos que buscar los clientes, después conseguir la nieve.

—¿Cuántos clientes crees que tenía?

—Cientos, tal vez miles. Nos haremos ricos, querido. Todos los días del año le daremos gracias a Dios porque alguien eliminase a Paco López.

—*Dominus vobiscum* —murmuró el Hermano Anthony, trazando en el aire el signo de la Cruz.

Timothy Moore entró en la sala de detectives unos diez minutos después de que un patrullero de Midtown East entregara un paquete conteniendo los efectos de Sally Anderson. La nota adjunta del detective Levine explicaba que había hablado con el novio de la joven muerta y que se presentaría en la 87. Y aquí se hallaba ya, fuera de la barandilla divisoria, diciéndole su nombre a Genero.

—No es mi caso —replicó éste inmediatamente.

—Por aquí, señor —indicó Meyer.

Moore le miró, asintió, levantó la falleba de la barandilla para abrir el portillo y penetró en la sala. Era un joven alto, de facciones regulares, con el cabello color de trigo y ojos pardos. La trinchera que llevaba parecía excesivamente endeble para el frío de la calle, aunque quizá la bufanda gruesa y larga enrollada en torno al cuello y las botas fuesen una especie de compensación. Sus pupilas se veían muy solemnes detrás de las gafas de aviador que llevaba.

—¿El detective Carella? —dijo, tras estrechar la mano de Meyer.

—Yo soy el detective Meyer. Éste es el detective Carella.

—¿Qué tal? —le saludó Carella, levantándose por detrás de su mesa y alargando la mano.

Moore era un poco más alto que él, por lo que sus ojos se encontraron casi al mismo nivel.

—El detective Levine de Midtown East…

—Sí.

—Me dijo que le habían encargado a usted del caso.

—Exacto.

—Me presenté allí tan pronto me enteré de lo de Sally.

—¿Cuándo, señor?

—Esta mañana. Me enteré esta mañana.

—Tome asiento, por favor. ¿Quiere un poco de café?

—No, gracias. Estuve allí hacia las diez, después de escuchar las noticias por la radio.

—¿Dónde las oyó?

—En mi apartamento.

—¿Dónde está situado?

—En Chelsea Place. Cerca de la Universidad, la Ramsey.

—Sí, tengo entendido que usted estudia allí —asintió Carella.

—Sí —pareció extrañarle que ya lo supiesen, y al fin se encogió de hombros—. Estuve allí hace poco, como digo, y…

—¿Allí?

—En Midtown East. El señor Levine me dijo que le habían encargado a usted del caso. Bien, pensé que lo mejor sería verle a usted, por si podía ayudarle en algo.

—Se lo agradecemos.

—¿Cuánto hace que conocía a la señorita Anderson? —inquirió Meyer.

—Desde el pasado julio. Poco después de fallecer mi padre.

—¿Cómo se conocieron?

—En una fiesta. Ella…, bueno, tan pronto como la vi… —se estudió las manos. Los dedos eran largos y delgados, con las uñas tan limpias como las de un cirujano—. Era…, muy guapa. Yo…, me sentí atraído por ella en el momento en que la vi.

—Y empezaron a verse…

—Sí.

—Desde julio.

—Sí. Tomaba parte en *Fatback*.

—Pero no vivían juntos, ¿verdad? —preguntó Meyer—. ¿O sí?

—Oficialmente, no. Bueno, no compartíamos el mismo apartamento —declaró Timothy—. Realmente, nos veíamos todas las noches. Pensaba que… —sacudió la cabeza como para ahuyentar una idea. Los detectives le miraban— …que si al menos hubiese estado con ella anoche… —volvió a mover la cabeza—. Casi siempre la recogía al final del espectáculo. Anoche… —otro movimiento de cabeza.

Los detectives continuaban mirándole.

—Anoche… —le urgió Carella.

—Hay que ver de qué manera suceden las cosas más estúpidas, ¿verdad? —exclamó el joven—. Bueno, estaba algo atrasado en los estudios. Demasiadas fiestas. Verán. Desde Año Nuevo, tomé la resolución de pasar al menos una noche de fin de semana estudiando. Viernes, sábado o domingo. Esta semana tocaba el viernes.

—Decía que…

—Decía que… Oigan, no sé quién la mató; pero hay muchas probabilidades de que fuese algún loco que se cruzó con ella por a calle. ¿No tengo razón? La vio y la mató, ¿eh?

—Tal vez —gruñó Carella.

—Lo que decía es que de haber ocurrido esto la semana pasada, yo habría estado con ella el viernes por la noche, porque fue el sábado cuando me quedé en casa a estudiar. Recuerdo que ella quería que fuésemos a una fiesta y le dije que no, que tenía que estudiar. O la semana anterior, que me quedé a estudiar el domingo… Lo que me angustia es que esta semana, precisamente esta semana, tuvo que tocarme el viernes como el día de estudio. ¿Por qué no podía haber ido a aguardarla al término de la función anoche?

—Señor Moore —intervino Meyer—, en el caso de que no fuese un loco…

—Tuvo que serlo.

—Sí, claro —Meyer miró a Carella, tratando de decidir por la expresión de su compañero si era prudente mencionar o no a Paco López.

La expresión de Carella no le dijo nada. Era mejor callar por el momento.

—Sin embargo, tenemos que examinar todas las posibilidades —continuó Meyer—. Por eso, algunas preguntas que tenemos que formularle pueden parecerle irrelevantes, pero tenemos que hacérselas de todos modos.

—Lo comprendo —asintió Timothy.

—En su calidad de persona que gozaba de la intimidad de la señorita Anderson…

—Oh, su madre todavía vive —le interrumpió Timothy.

—¿Vive aquí, en la ciudad?

—No, en San Francisco.

—¿Tenía la señorita Anderson algún hermano o hermana? —No.

—Entonces, esencialmente…

—Sí, supongo que yo era la persona más próxima a ella. —Supongo que se harían confidencias mutuas…

—Sí.

—¿Le habló alguna vez de cartas o llamadas telefónicas amenazadoras?

—No.

—¿La había seguido alguien?

—No.

—¿O rondaba alguien por su casa?

—No.

—¿Le debía dinero a alguna persona?

—No.

—¿Le debía alguien dinero a ella?

—No lo sé.

—¿Estaba…, complicada con drogas?

—No.

—¿O con alguna actividad ilegal?

—No.

—¿Había recibido recientemente algún regalo de un extraño? —inquirió Carella.

—No sé a qué se refiere.

—En el teatro… —precisó Carella—. Flores…, bombones…, de algún admirador desconocido.

—Jamás me dijo tal cosa.

—¿No tuvo nunca algún problema en la puerta del escenario? —¿Qué clase de problema?

—Alguien que la esperase, que intentase hablarle…, tocarla… —¿Quiere decir coleccionistas de autógrafos?

—Alguien que pudo mostrarse agresivo…

—No.

—O a quien ella rechazara…

—No.

—¿No vio usted nada ni le comentó algo alguna vez? —Nada.

—Señor Moore —manifestó Carella—, hemos repasado la agenda de la señorita Anderson y vimos que tenía algo concertado para todos los días de este mes. Acabamos de recibir su libro de direcciones desde Midtown East y lo comprobaremos con los nombres que figuran en la agenda. Ahora bien, usted nos ahorraría mucho tiempo si pudiese identificar…

—Encantado de hacerlo —se ofreció el joven.

Carella abrió el cajón superior de su mesa y sacó varias fotocopias de la hoja que Miscolo había mecanografiado de sus notas escritas a mano. Entregó una de las copias a Timothy y otra a Meyer.

Lunes, 1 de febrero

10	*Baile.*
12	*Almuerzo, Herbie. Genelli's.*
16	*Kaplan.*
18	*Comestibles.*
19,30	*Teatro.*

—Kaplan era su gimnasio —indicó Timothy—. Iba todos los lunes, jueves y viernes, a las cuatro de la tarde.

—¿Sabe el nombre del propietario?

—Maurice Kaplan.

—¿Sabe dónde está su salón?

—Sí, en Jefferson. Una vez fui a buscarla allí.

—¿Quién es ese Herbie con quien estaba citada para almorzar?

—Herb Gotlieb, su agente artístico.

—¿Sabe dónde tiene el despacho?

—Por Midtown. Cerca del teatro.

Martes, 2 de febrero

10	*Baile.*
14	*Audición. Teatro de las Estrellas.*
16,30	*Llamar a mama.*
19,30	*Teatro.*

—A esa hora debía llegar al teatro —explicó Timothy—. Todas las noches, el telón se levanta a las ocho, y a las dos cuando hay *matinée*. Para llegar al teatro media hora antes de la función, lo hacía a la una y media en la *matinée* y a las diecinueve y media en la otra sesión. Lo mismo que hacen todos cuantos intervienen en la obra.

—¿Y la audición a las catorce? —preguntó Carella—. ¿Se ocupan de otros espectáculos trabajando ya en uno de éxito?

—Oh, sí, continuamente —asintió Timothy.

—En la agenda hay dos llamadas semanales a «mamá M.» —dijo Meyer—. ¿Se trata de su madre, la que vive en San Francisco?

—No —negó Timothy—. Se trata de mi madre, que está en Miami.

—¿Y llamaba dos veces por semana a su madre?

—Todas las semanas. Sally no congeniaba mucho con su madre. Sally…, bueno, se marchó de casa muy joven. Se fue a Londres para estudiar *ballet*. Las cosas ya nunca fueron iguales a partir de entonces.

—De modo que la madre de usted era como…, una especie de sustituta, ¿eh?

—Más o menos, sí.

—Mamá M. ¿Quiere significar…?

—Mamá Moore, sí.

—¿Así la llamaba?

—Sí. Solíamos bromear con ello. Parecía como si mi madre fuese una monja o algo por el estilo —Timothy hizo una pausa—. ¿Se ha puesto alguien en contacto con la señora Anderson? Seguro que ella querrá saber…

—¿Sabe cuál es su nombre? —inquirió Carella.

—Sí, Phyllis. Sus señas estarán probablemente en el libro de direcciones de Sally. Ustedes dijeron que el señor Levine lo había enviado…

—Sí, está aquí junto con otras cosas, que han pasado al laboratorio.

—¿Qué buscan en el laboratorio? —se interesó Timothy.

—¿Quién sabe lo que buscan? —sonrió Carella.

De sobra sabía qué buscaban. Todo lo que pudiera arrojar una luz sobre el asesino. O sobre la víctima. Sobre el asesino, porque todavía andaba suelto y cuanto más tardaran en atraparlo más difícil resultaría conseguirlo. Sobre la víctima porque cuanto más se sabe acerca de lo que ha sido una persona, más fácil resulta saber por qué alguien quiso que dicha persona cesara de existir.

—Sin embargo —objetó Timothy—, los efectos personales de Sally no aclararán nada sobre la identidad del loco que la atacó.

De nuevo, ninguno de los dos detectives mencionó el hecho de que el mismo «loco» era el que había atacado a un traficante de cocaína llamado Paco López, tres noches antes que a Sally. En cambio, ambos estudiaron los horarios que tenían en sus manos. Al verlo, Timothy hizo lo mismo con el suyo.

Miércoles, 3 de febrero

10 Baile.

12	*Antoine's.*
13,30	*Teatro de las Estrellas.*
17	*Herbie, Sands Bar*
19,30	*Teatro.*

—Dos funciones los miércoles y los sábados —volvió a explicar Timothy.

—¿Quién es Antoine? —quiso saber Carella.

—Su peluquero —repuso Timothy—. Está en South Arundel, a seis manzanas del apartamento de Sally.

—Vuelve a mencionar a Herbie —observó Meyer.

—Sí, le veía a menudo. Bueno, un agente artístico es muy importante en la carrera de una actriz.

Los horarios de los restantes nueve días entre el miércoles, tres de febrero, y el viernes, doce de febrero, o sea, el día anterior al asesinato, seguían la misma pauta. Clase de baile de lunes a viernes a las diez de la mañana, Kaplan a las cuatro de la tarde, tres veces por semana. Llamar a la madre de Moore en Miami dos veces por semana. Encuentros con su agente Herbie *al menos* dos veces a la semana, o más a menudo todavía. La página del domingo, 7 de febrero, solamente tenía una palabra: «Del», sin mencionar nada más, y a continuación: «20 horas, fiesta Lonnie».

—Es una de las bailarinas negras del espectáculo —aclaró Timothy—. Lonnie Cooper. Se trata de la fiesta a la que Sally quería llevarme la semana pasada.

—¿Quién es «Del»? —preguntó Carella.

—¿Del?

—Aquí está escrito —señaló Carella—. Del. Sin hora ni lugar. Sólo Del.

—¿Del…? Oh, claro —exclamó Timothy.

—¿Quién es?

—Nadie —sonrió Timothy—. Significa *delicatessen*[4].

—¿*Delicatessen*? —repitió Meyer.

—Cohen’s Deli —explicó Timothy—. En las calles Stem y North Rogers. Sally iba allí todos los domingos, en busca de embutidos, crema de queso y otros comestibles.

—¿Y lo anotaba en la agenda?

—Sí. Sally lo anotaba *todo* en su agenda.

—Conque iba allí todos los domingos.

—Sí.

—¿A qué hora?

—Variaba.

—Hum… —gruñó Carella, volviendo a examinar el horario.

El jueves, 11 de febrero, Sally había vuelto al peluquero, y aquel mismo día, más tarde, se había encontrado con un individuo llamado Samuel Lang, en la Twentieth Century Fox. El día antes del asesinato, había llevado su gato al veterinario a la una de la tarde. Naturalmente, la agenda mostraba una serie de citas concertadas para días y semanas posteriores a la muerte de la joven; claro está, ni siquiera en esta ciudad era de esperar un disparo en medio de la noche. Por ejemplo, Sally había anotado meticulosamente «baile» para todos los días laborables de febrero, a las diez de la mañana, lo mismo que anotó sus citas con Kaplan, sus llamadas bisemanales a «mamá M.», y la hora en que debía llegar al teatro. Para el lunes, 15 de febrero, tenía apuntado que debía recoger el gato a las tres de la tarde.

—Señor Moore —expresó Carella—, supongo que no le importará que le haga otras preguntas…

—En absoluto.

—De índole más personal.

—Adelante.

—Bien…, ¿sabe si había o no algún otro hombre en su vida? Aparte de usted. Alguien que pudiera estar celoso de sus relaciones… Alguien que pudo conocerla antes que usted.

—No, que yo sepa.

—¿Ni otra mujer?

—No, claro que no.

—Nadie que pudo albergar un resentimiento…

—Nadie.

—¿Y su agente, Herb Gotlieb? ¿Qué edad tiene?

—¿Por qué?

—Bueno, es una idea… —murmuró Carella.

—¿Qué idea?

—Oh, le veía mucho…

—Era su agente artístico. Claro que le veía mucho.

—Oh, no sugiero…

—Sí, en realidad, lo está sugiriendo —se irritó Timothy—. Primero, me pregunta si había otro hombre…, u otra mujer… ¡Por Dios santo, en la vida de Sally! Y ahora se interesa por Herb Gotlieb, que tiene al menos cincuenta y cinco años… ¿Cómo cree posible que Herb podía…?

—Todavía no creo nada —le interrumpió Carella—. Simplemente, exploro todas las posibilidades.

Y una de las posibilidades, sabía el detective, era que el joven Timothy Moore posiblemente fuera sospechoso, al menos en el asesinato de Sally Anderson. Carella sabía, desde hacía mucho tiempo, que un treinta por ciento de todos los homicidios se debían a situaciones familiares, y que un veinte por ciento siempre tenía como causa peleas de amantes. Según su propia admisión, Timothy Moore había sido el amante de Sally Anderson, y poco importaba que se hubiese presentado voluntariamente a la comisaría, bueno, a dos comisarías.

—En realidad —continuó Timothy—, lo único que a Herb le interesa es el dinero. Sally hubiese podido bailar desnuda ante él, sin que Herb se diese cuenta…, a menos que ella también hubiera tirado *doblones* al aire.

Carella decidió apretar las tuercas.

—Pero Sally Anderson jamás lo hubiese hecho, ¿verdad?

—¿El qué?

—Bailar desnuda para ese Herb…, o para otra persona.

—¿Es una pregunta?

—Es una pregunta.

—La respuesta es, no.

—¿Seguro?

—Positivamente seguro.

—¿Ningún otro hombre ni mujer en su vida?

—Ninguno. Nadie.

—¿Se lo dijo ella?

—No tuvo que decírmelo. Yo lo sabía.

—¿Y usted?

—¿Yo…, qué?

—¿Otras mujeres en su vida?

—No.

—¿Ni hombres?

—No.

—Entonces, lo de ustedes era muy serio, ¿cierto?

—Bastante serio.

—¿Cuán serio es «bastante serio»?

—No lo comprendo.

—¿Qué no comprende?

—Vine aquí para ofrecer…

—Sí, y se lo agradecemos de veras.

—Pues no lo parece —se enojó Timothy—. ¿Qué piensa preguntarme a continuación? ¿Dónde estaba la noche en que mataron a Sally?

—No iba a preguntárselo, señor Moore —replicó Carella—. Ya nos contó que estaba en casa estudiando.

—¿Estaba en casa? —intervino Meyer.

—¿Conque no iban a preguntármelo, eh? Estuve en casa.

—¿Toda la noche?

—Ya lo dije yo… —exclamó Timothy, centelleante.

—Usted era su novio…, su amante —afirmó Meyer.

—Lo cual significa que yo la maté, ¿eh?

—Por lo visto, usted mismo hace las preguntas y da las respuestas —observó Meyer—. ¿Estuvo en casa toda la noche?

—Toda la noche.
—¿Había alguien con usted?
—No exactamente.
—¿Qué significa esa respuesta; no exactamente? O había alguien con usted o estaba solo. ¿Estaba solo?
—Estaba solo. Pero llamé a un amigo al menos media docena de veces.
—¿Para qué?
—Cosas del estudio. Preguntas y respuestas, hechas mutuamente.
—¿También es estudiante de medicina el amigo al que llamó?
—Sí.
—¿Cómo se llama?
—Karl Loeb.
—¿Dónde vive?
—En el Quarter.
—¿Sabe su dirección?
—No, pero estoy seguro de que está en el listín telefónico.
—¿A qué hora le llamó?
—Varias veces, durante toda la noche.
—¿Le llamó a medianoche?
—No me acuerdo.
—¿Le llamó él a usted?
—Varias veces.
—¿Cuándo habló con él por última vez?
—Antes de acostarme. Primero llamé a Sally. Bueno, probé su número…
—¿La había llamado ya antes?
—Sí, de vez en cuando.
—Estoy refiriéndome a anoche —puntualizó Carella.
—Sí, anoche. La llamé varias veces.
—¿Se quedó preocupado al ver que no contestaba?
—No.

—¿Por qué? ¿Cuándo intentó hablar con ella por última vez? —Hacia las tres de la madrugada. Muy poco antes de llamar a Karl por última vez.

—¿Y no obtuvo respuesta?

—No, señor.

—¿Y no se inquietó? A las tres de la madrugada ella no contesta al teléfono…

—Estamos hablando de la gente de teatro —le atajó Timothy—. Gente noctámbula. Las tres de la madrugada es temprano para esa gente. Además, Sally sabía que yo me hallaba estudiando. Me imaginé que habría trazado algún plan…

—¿Le dijo qué plan?

—No.

—¿Cuándo volvió a llamarla?

—Ya no la llamé. Me enteré de… Bueno, al despertar, conecté la radio y…, o… oí que…

Súbitamente, enterró la cara entre las manos y empezó a sollozar. Los detectives le contemplaron. Carella pensó que habían sido demasiado duros con el chico. Meyer pensaba lo mismo. «Pero, ¿por qué se había presentado?», se preguntaba Carella. Meyer se preguntaba lo mismo. Además, ¿por qué un estudiante de medicina expresaba tal ignorancia sobre qué clase de pruebas podían descubrirse con el análisis de los efectos personales de la víctima? ¿Acaso los catedráticos de medicina ya no enseñaban nada respecto a las manchas de sangre? ¿O a rastros de semen? ¿O a restos de uñas? ¿O al cabello humano? ¿O a cualquiera de esos indicios físicos que después pueden conducir a una identificación positiva? Timothy continuaba sollozando con la cara entre las manos.

—¿Se encuentra bien? —se interesó Carella.

El muchacho asintió. Buscó un pañuelo en el bolsillo, separando los faldones de su trinchera. En el bolsillo derecho de la chaqueta llevaba un estetoscopio. Halló el pañuelo, se sonó la nariz y se enjugó los ojos.

—La…, la quería —murmuró.

Los detectives callaron.

—Y ella me quería —añadió.

Continuaron callados.

—Sé que ustedes tienen mucha experiencia en estos asuntos, lo sé, mas yo nada tuve que ver con el crimen. Vine aquí porque deseaba ayudarles, nada más. Y harían mejor intentando descubrir quién fue el hijo de puta que lo hizo en vez de…

—Lo siento, señor Moore —susurró Carella.

—Oh, seguro —Timothy devolvió el pañuelo al bolsillo. Miró el reloj de pared. Se levantó y se abrochó la trinchera—. He de irme. Hallarán mi número en la agenda o el libro de direcciones de Sally. Pueden llamarme por la noche. De día estoy en la Ramsey.

—Le agradecemos su ayuda —dijo Meyer.

—¿De veras?

Timothy dio media vuelta y salió de la sala.

Los dos detectives se consultaron con la mirada.

—¿Qué opinas? —quiso saber Carella.

—¿De la idea o de la ejecución?

—Sí, ya sé que lo fastidié…, pero la idea.

—Buena.

—Al principio, buscaba un tercer personaje…

—Lo sé. Pero, ¿y al revés…?

—Exacto. Algún tipo…

—O alguna dama…

—Sí, alguien que estaba celoso porque la Anderson sólo salía con Moore…

—Sí.

—Decidió terminar con ello.

—Una posibilidad —asintió Meyer.

—De pronto, Moore lo ve todo negro…

—Exacto. Veo cómo giran las ruedecitas de tu cerebro, Steve.

—Cuando invierto los términos…

—Sí, piensas: «Eh, tal vez Moore fue el celoso, y por eso la mató».

—Claro, pero lo fastidié.

—Tal vez no, tal vez ahora esté un poco asustado. Tenemos que averiguar dos cosas, Steve…

—Sí, los momentos exactos en que telefoneó a ese Loeb…

—Sí, el otro estudiante de medicina.

—Y dónde estaba el martes por la noche, cuando se cargaron a López.

—No le hablaste de López a Moore, ¿eh?

—Quise ver si voluntariamente nos daba una coartada para el martes.

—¿Sabes una cosa? —preguntó Meyer—. ¿Quién dice que el mismo tipo cometió los dos crímenes?

—¿Cómo? —se sobresaltó Carella.

—Mira, yo uso un revólver para matar a alguien el martes por la noche. Luego, lo arrojo lejos de mí. Otro lo encuentra y lo vende. Vienes tú, lo compras y lo utilizas el viernes por la noche. De esta manera, no existe ninguna conexión entre los dos asesinatos, ¿lo entiendes?

—Lo entiendo —gruñó Carella—, entiendo que lo estás poniendo más difícil.

—Bueno, es porque no veo ninguna relación entre Paco López y Sally Anderson.

—El lunes es fiesta, ¿verdad? —inquirió de una manera brusca Carella.

—¿Cómo?

—El lunes.

—¿Y qué?

—Es el nacimiento de Washington ¿no?

—No, esto es el día veintidós.

—Pero lo celebramos el quince. Es el día que llamamos «del Presidente».

—¿Y eso qué tiene que ver con Moore?

—Nada, pensaba en el gato.

—¿Qué gato?

—El gato de Sally. Tenía que recogerlo el lunes. ¿Estará abierto el consultorio del veterinario ese lunes?

—Supongo que si ella lo anotó en la agenda…

—Sí, debía recogerlo a las tres de la tarde.

—Entonces, estará abierto.

—Bien, ¿quién recogerá el gato?

—Yo no —repuso al instante Meyer.

—Quizás a Sarah le gustaría tener un gato —sugirió Carella.

—A Sarah no le gustan los gatos.

A la esposa de Meyer no le gustaban los animales. Opinaba que los animales no son más que animales.

—Quizá la madre de la chica aceptará el gato —agregó Carella con gran seriedad.

—La madre de la chica está en San Francisco —le recordó Meyer.

—Entonces, ¿quién se quedará con ese gato? —exclamó Carella.

En cierta ocasión llevó a su casa un perro de resultas de un caso criminal. A Fanny, el ama de casa de Carella, no le gustó el perro. En absoluto. El perro no vivía ya en el hogar de los Carella, en Riverhead. Meyer estaba contemplando a su compañero.

—No me gusta pensar en ese gato esperando eternamente a su ama —dijo Carella en el instante en que sonaba el teléfono.

Lo descolgó.

—Aquí Carella, comisaría 87.

—Aquí Allan Carter —pronunció una voz al otro extremo.

—Ah, gracias, señor Carter. Intentaba llamarle.

—¿Es por lo de Sally Anderson?

—Sí, señor.

—No sé nada relacionado con su muerte.

—De todos modos, nos gustaría hablar con usted —insistió Carella—. Como jefe suyo…

—Nunca he oído que se me describiese de esta manera —le interrumpió Carter.

—¿Cómo?

—Jamás he oído describir a un *productor* como un *jefe* —aclaró Carter, levantando la voz por si Carella no lo había oído antes—. En fin, sea como sea, anoche estuve en Filadelfia. La muerte de esa muchacha ha sido una sorpresa total para mí.

—Oh, claro, señor —Carella calló un momento—. Me gustaría hablar con usted, señor Carter.

—Ya lo estamos haciendo.

—Personalmente, señor Carter.

Hubo un silencio en la línea. Carella lo cortó.

—¿No podría venir a las tres? No le haremos perder mucho tiempo…

—A las tres tengo una cita.

—¿Cuándo estará libre?

—Hoy es sábado —reflexionó Carter—. Acabo de volver de Filadelfia, le llamo desde mi casa. Mañana es domingo y el lunes es fiesta. ¿No podríamos vernos el martes? ¿O el miércoles? No regresaré a Filadelfia hasta el miércoles, bastante tarde.

—No, señor Carter, temo que esto no sea posible.

—¿Por qué?

—Porque han asesinado a una joven de veinticinco años —masculló Carella—, y nos gustaría hablar *hoy* con usted…, si no le parece mal.

Carter no dijo nada durante unos segundos.

—A las cuatro —propuso.

Le dio la dirección a Carella y colgó con brusquedad.

5

Allan Carter vivía en un enorme edificio de apartamentos cobijado entre una hilera de hoteles de lujo que daban a Grover Park West. Como todavía no estaban las calles completamente libres de nieve, los detectives tardaron casi media hora en conducir el coche durante las cincuenta y pico de manzanas que había entre la comisaría y el enorme edificio. En realidad, si la previsión metereológica era acertada, los barrenderos de Sanidad estaban efectuando el trabajo de Hércules en los establos de Augis. El día era frío y triste. La nieve se había endurecido, por lo que resultaba difícil caminar o conducir. Cuando los detectives se aproximaban al edificio, un portero uniformado trataba de romper el hielo que se había formado delante del portal, después de amontonar la nieve de la acera. Lo hacía con un pico que podía ser un arma excelente, pensó Carella. Meyer pensaba lo mismo.

Otro individuo de uniforme se hallaba instalado detrás de un mostrador en el vestíbulo. Carella y Meyer se identificaron, y el otro levantó un teléfono.

—El señor Carella y el señor Meyer vienen a verle, señor —escuchó un instante y soltó el aparato—. Pueden subir, apartamento treinta y siete.

—Dicen que volverá a nevar mañana —comentó el ascensorista.

Meyer miró a Carella.

Salieron del ascensor en el tercer piso, recorrieron un largo pasillo alfombrado hasta el apartamento 37. Carella pulsó el timbre situado en la jamba de la puerta, oyeron un tintineo dentro y una voz.

—¡Entren, está abierto!

Carella empujó la puerta y estuvo a punto de tropezar con una maleta de piel colocada en el vestíbulo, junto a la puerta. Dio un leve rodeo, le dijo a Meyer que tuviera cuidado y ambos pasaron del

recibidor a un vasto salón, con ventanales de pared a pared que daban al parque. Las desnudas ramas de los árboles se hallaban cargadas de nieve. El cielo permanecía gris, lleno de nubes impulsadas por el viento. Allan Carter, sentado en un enorme diván tapizado de color gris claro, tenía aplicado un teléfono al oído. En las mangas se veían unos gemelos de oro. Una corbata color chocolate colgaba floja sobre su macizo pecho. Tenía desabrochado el botón superior de su camisa. Mientras escuchaba lo que le decían por el teléfono, les hizo señas a los detectives para que se sentaran.

—Sí, lo entiendo —gruñó por el aparato—. Pero, Dave… hum… hum… hum.

Escuchó con paciencia, suspirando; se puso más impaciente, esbozó un mohín, al tiempo que se tironeaba de un mechón del pelo blanco que coronaba su cabeza. La blancura de su cabello era prematura, ya que, según Carella, Carter tendría poco más de cuarenta años. Sus ojos mostraban un azul penetrante, reflejando la desvaída luz invernal que entraba por los ventanales. Tenía la tez muy bronceada. Carella se preguntó si haría mejor tiempo en Filadelfia. De repente, recordó todos los chistes que sabía acerca de Filadelfia. Nunca había estado allí.

—Bien, ¿cuánto dio de ganancias *Annie*[5]? —preguntó Carter por teléfono. Escuchó y continuó—: Éste es mi punto de vista, Dave. Esto es mucho mejor que *Annie*. Sí, lo sé, es una lástima que todo ande tan mal. Dile a Orion que el precio es firme, y que si no les interesa, tranquilos, ya encontraremos otra oportunidad mejor. Reconozco que hablo como un verdadero comerciante, Dave, pero no soy ningún niño perdido en el bosque. Díselo así mismo.

Colgó de repente.

—Perdonen —dijo, levantándose y estrechando la mano de los detectives que todavía no se habían sentado—. Soy Allan Carter. ¿Puedo ofrecerles algo de beber?

—No, gracias.

—Gracias —repitió Meyer, negando con la cabeza.

—Bien… —murmuró Carter—, una mala cosa, ¿eh?

—Sí, señor —asintió Carella.

—¿Alguna idea de quién lo hizo?

—No, señor.

—Algún loco —comentó Carter, moviendo la cabeza con pesar y dirigiéndose al bar. Cogió una botella—. ¿Seguro? —preguntó—. ¿No? —se encogió de hombros, vertió dos dedos de *whisky* en un vaso, añadió un cubito de hielo, y prosiguió—: ¡A su salud! —se tragó el contenido del vaso de un solo sorbo y se sirvió más *whisky* —. Filadelfia… —articuló con claridad, como si la simple mención de la ciudad explicara su necesidad de un refuerzo alcohólico.

—¿Cuándo se enteró de la muerte de Sally Anderson, señor Carter? —empezó a interrogarle Carella.

—Al bajar del tren. Compré un periódico en la estación.

—¿Qué hacía usted en Filadelfia?

—Tratando de estrenar allí un nuevo espectáculo.

—¿Otro musical? —inquirió Meyer.

—No, una comedia…, un drama: *El gran dolor de cabeza*. Una obra de misterio y emoción… ¿Han visto *Trampa de muerte*?

—No —dijo Carella.

—No —repitió Meyer.

—Pues es algo semejante. Excepto que es mala. No sé por qué consentí en presentarla. La primera vez que produzco un drama —se encogió de hombros—. Probablemente fracasará cuando llegue aquí. Si llega alguna vez.

—De manera que se enteró de la muerte de la señorita Anderson por el periódico —le recordó Carella.

—Sí.

—¿Qué opina?

—¿Qué puedo opinar? Ah, esta ciudad… —exclamó Carter, moviendo la cabeza.

—¿La conocía bien? —preguntó Carella.

—Apenas la conocía. Era solamente una de las bailarinas… Trabajan dieciséis en la obra. ¿No la han visto?

—No —declaró Meyer.

—No —repitió Carella.

—Les enviaré butacas de platea —se ofreció Carter—. Es un buen espectáculo. El mejor que se ha visto en esta ciudad en mucho tiempo.

—¿Quién la contrató, señor Carter?

—¿Cómo?… Oh, a la chica… Fue una decisión conjunta.

—¿Quiénes?

—Yo, Jamie y…

—¿Jamie?

—Nuestro coreógrafo, Jamie Atkins. ¿Está usted preguntando quiénes estaban presentes cuando se escogió al cuerpo de baile?

—Sí.

—Bien, como dije, y fue la selección final, estaba yo, con Freddie Carlisle, nuestro director escénico, Jamie y su ayudante, el director musical, un representante de Equidad, creo y…, veamos…, dos regidores de escena, nuestro agente de prensa…, y claro, un pianista. Bueno, supongo que también estarían el compositor y el letrista de las canciones. Ah, y el libretista.

—¿Libretista?

—El autor del argumento y las situaciones. Creo que nadie más. Hace tanto tiempo… Empezamos a ensayar en agosto pasado. Sí, la elección final debimos de efectuarla en julio.

—Mucha gente, ¿eh? —comentó Carella.

—Sí, una decisión por comité —sonrió Carter—. Pero cuando uno sabe que un musical puede costar entre dos y tres millones de pavos…, hay que ser muy precavido.

—De manera que todos ustedes estuvieron juntos y…, bien, ¿qué hicieron? —quiso saber Carella—. ¿Votaron?

—Pues no. Se trata más bien de un dictamen general respecto a un finalista, aunque es el coreógrafo quien tiene la última palabra. Claro, es él quien tiene que ensayar personalmente con cada bailarina y bailarín.

—¿Cuántos candidatos no resultaron elegidos?

—Miles. Contando las llamadas de fuera y las del sindicato…, miles. Debemos de haber visto a todos los bailarines y bailarinas en paro de esta ciudad.

—La señorita Anderson debía de bailar bien —insinuó Meyer.

—Oh, seguro. Al fin y al cabo, la contratamos…

—¿Cómo eran sus relaciones con el resto de la compañía?

—Eso tendrán que preguntárselo a Freddie o a Jamie.

—El director escénico y el coreógrafo.

—Sí. De todas maneras, estoy convencido de que no hubo fricciones…, aparte de las usuales derivadas de la tensión general de los ensayos. Lo que quiero decir… Permítanme que explique esto.

—Sí, por favor —asintió Carella.

—Los componentes de un espectáculo, especialmente de un musical, tienen que constituir una unidad íntimamente ligada. Estoy seguro de que si hubiese habido alguna fricción entre la señorita Anderson y otra persona de la compañía, Jamie habría mantenido una larga charla con ella. Cuando están en juego dos millones de dólares, no hay sitio para preocuparse por el temperamento artístico de los intérpretes.

—¿Eso es lo que costó montar *Fatback*?

—Más o menos.

—¿Cuánto tiempo estuvieron ensayando, señor Carter?

—Seis semanas. Sin contar las representaciones «con todo». Quiero decir, con vestuario, luces, decorados… Estas representaciones duraron dos semanas antes de poder ofrecerle el espectáculo a los críticos.

—¿Estuvo usted presente en todos los ensayos?

—No en todos. Estuve presente cuando Freddie montó casi todo el espectáculo. En realidad, hay que dejar algo de libertad a los cerebros creativos. Cuando los ensayos están ya en marcha, el productor…, bueno, *este* productor, intenta estar presente en todos los ensayos.

—De este modo, usted habría observado si existía algún roce entre la señorita Anderson y un miembro del reparto.

—No detecté ninguna fricción. Caballeros, me gustaría poder ayudarles, créanme. Pero apenas conocía a la chica. Bien, les confesaré una cosa: cuando leí la noticia en el periódico, me costó trabajo recordar que era una de las bailarinas de mi espectáculo.

—Entiendo —asintió Carella.

—Era una pelirroja, ¿verdad? —inquirió Carter.

—No hemos visto el cadáver, señor.

—¿Qué? —se extrañó el productor.

—No estuvimos en la escena del crimen.

—Hallaron el cadáver en la zona perteneciente a otra comisaría —precisó Meyer.

—Señor Carter —manifestó Carella—, podría ayudarnos dándonos una lista de nombres, direcciones y números telefónicos de todos los componentes de la compañía y los demás empleados del local, de todo aquel que pueda haber tenido, por ligero que fuese, algún contacto con la señorita Anderson.

—No pensarán interrogarlos a todos, ¿eh? —se asustó Carter.

—Pues…, sí —admitió Carella.

—Tal vez —sonrió Carter— será mejor que les explique de qué se trata. *Fatback* es un espectáculo de mucho personal. Hay seis personajes principales, cuatro secundarios, dieciséis bailarines y bailarinas, más doce del coro, dieciocho tramoyistas y electricistas, veintiséis músicos, tres regidores de escena, tres ayudantes, catorce encargados del guardarropa, dos carpinteros, peluqueros, sastresas, el del sonido, tres encargados de los focos, una maquilladora y dos bailarines suplentes…

Carella miró a Meyer.

—Lo cual suma ciento quince personas, aproximadamente —concluyó Carter.

—Ya —asintió Carella. Hizo una pausa—. Mas…, ¿existe una lista de todas esas personas?

—Pues sí, varias listas, en realidad. El gerente tiene una, así como el director escénico, la secretaria de producción… Estoy seguro, además, de que en el teatro también hay otra. Cerca del

teléfono situado en la puerta del escenario. Sí, ésta será la mejor para ustedes. Si pueden pasar por el teatro…

—Oh, sí, claro.

—Bueno, ¿por qué no matan dos pájaros de un tiro? —propuso Carter.

—¿Cómo? —inquirió Carella.

—Sí, puesto que tienen que ir al teatro…

Los detectives le contemplaron intrigados.

—Reservé un par de butacas para un amigo mío; mas, en mi computadora, tengo el aviso de que esta noche no viene a la ciudad por culpa del tiempo —Carter miró a aquellos dos rostros inexpresivos—. Hablo de la función —añadió—. ¿No les gustaría ver el espectáculo? En taquilla hay reservadas un par de butacas.

—Oh… —exclamó Carella.

—Oh… —exclamó Meyer.

—¿Qué me dicen?

—Bueno, gracias —dijo Meyer—, pero mi esposa y yo tenemos invitados a cenar esta noche.

—¿Y usted? —preguntóle Carter a Carella.

—Pues…

—Le gustará, créame.

—Bueno…

Vacilaba porque ignoraba qué eran butacas de platea ni lo que significaba «reservadas», aunque debían de ser entradas gratuitas, claro. Bien, tan seguro como que era policía, no iba a aceptar un obsequio de un individuo que decía que la víctima de un asesinato era «solamente una bailarina». Carella había aprendido en su oficio que si deseas sobrevivir como policía no debes aceptar nada en absoluto o aceptar todo aquello que no pueda comprometerte. ¿Aceptar una taza de café del tipo que regenta un restaurante? Bien. Luego, aceptas también un soborno del bribón que subasta todos los domingos por la mañana una serie de objetos robados. Un policía ligeramente deshonesto es lo mismo que una mujer ligeramente preñada.

—¿Cuánto cuestan esas entradas? —preguntó.

—Olvídelo —replicó Carter.

Carella comprendió que lo confundía con otros policías de la ciudad, que se dejaban «engrasar».

—¿Son entradas gratuitas? —insistió.

—No, no, nosotros tenemos inversores, ¿entiende? —explicó Carter—. No podemos regalar entradas. Pero ésas ya estaban reservadas…

—¿Quién las reservó?

—Yo personalmente. Son garantizadas.

—¿Y eso qué significa?

—Que me comprometí a pagarlas. Aunque no se utilicen.

—Entonces… —decidió Carella—, yo las pagaré.

—Bueno…

—Deseo ver el espectáculo, pero pagaré las entradas.

—De acuerdo, como guste. Las hallará en la taquilla, antes de empezar la función (en realidad, durante todo el día), a nombre de mi amigo, Robert Harrington.

—Gracias.

—Mientras tanto, llamaré al portero del escenario para comunicarle que le pedirá la lista de personal.

—Gracias de nuevo.

—Sigo sin entender qué son entradas reservadas —rezongó Meyer.

—Butacas que no se venden, en cada representación —explicó Carter—, reservadas para el productor, el director escénico, el coreógrafo…

—¿Y no se venden?

—Son reservadas —repitió Carter—. Por contrato. Unos asientos en cada función. Cuanto más alto figuras en la lista o la cartelera, más entradas te pertenecen. Si no las reclamas se venden en taquilla, claro.

—Vaya, vivir para ver —sonrió Meyer.

—Sí —asintió Carter, consultando su reloj.

—¿Algo más? —le preguntó Carella a Meyer.

—No, no se me ocurre nada más.

—Entonces, muchas gracias, señor Carter —se despidió Carella —. Y gracias por esas entradas.

—Ha sido un placer —repuso Carter.

Los detectives, en silencio, descendían en el ascensor. El ascensorista, que ya les había comunicado que nevaría al día siguiente, no parecía tener nada más que decir. Cuando salieron a la calle, el cielo estaba más amenazador todavía. La oscuridad empezaba a envolverlo todo. No habría luna por la noche.

—Deseaba asegurarme de haber oído bien —murmuró Meyer.

—¿Te refieres a Tina Wong?

—Sí. Tina dijo «cinco rubias, dos negras y una china», ¿no?

—Exactamente.

—Entonces, ¿cómo puede pensar Carter que Sally Anderson era pelirroja?

—Quizá lo es alguna de las suplentes…

—O yo —le interrumpió Meyer—. ¿No dijo Carter que una vez hilvanada la obra asistía a todos los ensayos?

—Eso dijo.

—Por tanto, conoce bien el espectáculo. ¿Cómo pudo pensar que entre las bailarinas había una pelirroja?

—Es posible que sea ciego a los colores.

—Lo captaste, ¿verdad?

—Oh, sí, lo capté.

—Pues me pregunté por qué no aprovechaste la ocasión…

—Quise ver hasta dónde llegaría.

—Pues no llegó a ninguna parte. Calló como un mudo.

—Pudo estar tanteando en la oscuridad…

—Diciendo que no habría sabido distinguir a esa chica de un agujero en la pared. Solamente una muchacha, una cara más…

—Lo cual puede ser cierto, Meyer. Hay treinta y ocho personas en el reparto. No cabe esperar que un hombre…

—¿Qué son treinta y ocho personas? ¿Una nación? —rezongó Meyer—. En la comisaría somos casi doscientos polis, y los conozco a todos. Al menos, de vista.

—Bah, tú eres un observador por oficio —rió Carella.

—¿Cuánto tarda un tren desde Filadelfia?

—Hora y media, aproximadamente.

—Es sencillo, entonces, ir y volver en muy poco tiempo —observó Meyer—. Lo bastante para hacer aquí lo que uno desee hacer. Si es que un individuo tiene algo que hacer aquí.

—Sí —concedió Carella.

—A Jamie le gustan las rubias, ¿recuerdas? —persistió Meyer—. ¿No nos dijo esto? Al coreógrafo le gustan las rubias. ¿Pues cómo lo sabe todo el mundo menos Carter? Él estuvo allí cuando se efectuó la selección del cuerpo de baile. Decisión por comité. Y de repente, le cuesta trabajo recordar el color del cabello. Una pelirroja, dijo. Y el coreógrafo, al que le encantan las rubias, contrata a una pelirroja. Steve, esto apesta. Te digo que apesta. ¿No lo crees así?

—No.

Adquirir las entradas fue algo chocante.

Carella no había asistido a un éxito musical en mucho tiempo, por lo que ignoraba cuáles eran los precios corrientes. Cuando la joven de la taquilla le entregó un sobre blanco, Carella examinó las entradas, creyó ver el precio en una de ellas, se imaginó que se había equivocado y pidió confirmación verbal.

—Sí, son ochenta dólares, por favor —le espetó la taquillera.

Carella parpadeó. ¡Ochenta dividido por dos eran cuarenta dólares por butaca!

—¿Lo paga ahora o prefiere darme un cheque…?

Carella no llevaba tarjeta de crédito ni talonario, como la mayoría de policías. Por un momento, sintió pánico. Bueno, tenía noventa y dos dólares en la cartera, lo que significaba que tendría que llamar a Teddy para que ella llevase algún dinero por la noche. Se despidió

del dinero casi con angustia. Sí, tenía que ser muy bueno el espectáculo, se dijo de malhumor. Fue hacia el teléfono del vestíbulo del teatro. Al cuarto timbrazo respondió Fanny, el ama de llaves.

—Residencia de los señores Carella —dijo.

—Hola, Fanny, soy yo. ¿Puedes darle un recado a Teddy? Dile que tengo entradas para un musical titulado *Fatback*, y he pensado que sería buena idea cenar en la ciudad antes de ir al teatro. Que me aguarde a las seis y media en un local llamado O'Mally. Ya lo conoce, hemos estado otras veces. Dile también que traiga bastante dinero. Estoy sin blanca.

—Bien, son tres recados —replicó Fanny—. ¿Cuánto dinero?

—Lo suficiente para la cena.

—En casa tenemos chuletas de cerdo —manifestó Fanny.

—Lo siento. Esto ha sido algo repentino.

Carella la estaba viendo de pie en la salita. Fanny Knowles era una «cincuentona», como decía ella en su dialecto irlandés; tenía el pelo azul, llevaba gafas de pinza y pesaba unos noventa kilos. Gobernaba el hogar de los Carella con mano de hierro desde el día en que llegó como un regalo temporal del padre de Teddy…, diez años atrás. Fanny era enfermera diplomada, y solamente debía quedarse un mes en la casa, el tiempo suficiente para ayudar a Teddy hasta que ésta fuese capaz de ocuparse personalmente de los dos mellizos. Fue Fanny la que sugirió que podía quedarse por más tiempo, por un sueldo no muy elevado y afirmando que su ilusión era no tener que meter jamás otro termómetro en la boca de un anciano enfermo. Y allí estaba. Su silencio por el teléfono era ominoso.

—Fanny, lo siento de veras —se excusó Carella—. Es…, es algo relacionado con mi profesión.

—¿Qué haré con la docena de chuletas? —gimió el ama de llaves.

—¡Un *cassoulette*!

—¿Qué diablos es un *cassoulette*?

—Consúltalo. ¿Le darás a Teddy el recado?

—Cuando llegue —asintió Fanny—, y ya no debe tardar. Tendrá que darse prisa para encontrarse con usted a las seis y media.

—Se lo dirás, ¿verdad?

—Se lo diré —replicó Fanny, colgando.

Carella hizo lo mismo, salió del teatro, se dirigió al callejón donde se hallaba la puerta del escenario y llamó.

Apareció un hombre viejo, que le examinó de pies a cabeza.

—La taquilla está al otro lado…

Carella le enseñó sus credenciales.

—He de recoger una lista —explicó.

—¿Qué lista?

—La del personal de la compañía.

—Oh, sí. Me telefoneó el señor Carter. Pase. Hay una en el tablero, pero no se la puedo dar, ya que es la única que tengo —el viejo calló un momento—. Si quiere, puede copiarla.

Carella estudió la lista clavada en una tablilla al lado del teléfono. Cuatro páginas a máquina. Consultó su reloj.

—¿Puedo llevármela y hacer unas fotocopias? —indagó.

—Oh, no. Sólo tengo esta…

—Bueno, quise decir…

—¿Cómo podría ponerme en contacto con alguien, si no se presenta ese alguien media hora antes de empezar? ¿Cómo podría avisar a un suplente en caso necesario? La lista ha de quedarse aquí, aquí donde está —el viejo volvió a hacer una leve pausa—. ¿Quiere un consejo?

Carella suspiró, sentóse en un taburete y empezó a copiar la lista en su libreta.

La lavandería se hallaba en la esquina de Culver y la Décima, un enclave que durante muchos años había sido exclusivamente irlandés, si bien ahora era una mezcla de irlandés, negro y portorriqueño. La mezcla, puesta al fuego, nunca parecía, como en todas partes, llegar al punto de ebullición, mas esto no molestaba a

ninguno de los residentes; de todas maneras, todos sabían que era una tontería. Aunque todos compraban en los mismos supermercados y tiendas de ropas; aunque todos adquirían la gasolina en la misma estación de servicio y usaban el mismo metro; aunque todos lavaban la ropa en las mismas lavanderías y comían hamburguesas lado a lado en los mismos locales infectos, todos sabían que cuando se trataba de la socialización, los irlandeses iban con los irlandeses, los negros con los negros, y los portorriqueños con los portorriqueños.

Eileen Burke, que con su tez color melocotón, su cabello rojizo y sus ojos verdes, podía pasar por la hija de un irlandés, era exactamente lo que deseaban en la comisaría. No querían que el Bandido de las Bragas Sucias, como los muchachos de la 87 apodaban al atracador, penetrara en la lavandería con su Magnum 357, descubriese que Eileen era una mujer policía, y le hiciese un agujero del tamaño de una bola de billar en el amplio pecho. No, no. Eileen Burke tampoco deseaba ser una heroína. Eileen Burke deseaba ser la mejor mujer policía de la ciudad, pero no muerta. Para el trabajo de aquella noche, vestía mucho más conservadoramente que cuando salía a atrapar a algún violador con el señuelo de su provocativo atavío. Llevaba el pelo rojizo peinado hacia la nuca, sujeto por una goma y cubierto con una bufanda color marrón, anudada bajo la barbilla, ocultando así los pendientes de oro que ella consideraba como sus amuletos. Vestía un abrigo más bien ligero, calcetines gruesos y botas de goma, y se hallaba sentada en una silla de plástico amarillo en la helada lavandería, viendo cómo su ropa sucia (la ropa sucia prestada por la comisaría) daba vueltas y más vueltas en una de las lavadoras; mientras, el anuncio de neón destellaba LAVANDERÍA, primero en color naranja, después en verde. En el bolso abierto que tenía en la falda, por entre unos cuantos *kleenex*, asomaba la culata de una Especial 38.

El encargado de la lavandería ignoraba que Eileen era detective. El encargado era el vigilante de noche, que entraba de servicio a las cuatro de la tarde y salía a las doce de la noche, a cuya hora

cerraba el local y se marchaba a su casa. Cada mañana, el dueño de la tienda acudía para meter todas las monedas de las lavadoras en un saquito gris y llevarlas al Banco. Ésta era la tarea del propietario: vaciar las lavadoras de monedas. El dueño poseía treinta y siete lavanderías en toda la ciudad, y vivía en un lujoso sector de Majesta. No vaciaba las lavadoras a la hora de cierre porque le parecía peligroso, lo que era cierto. Prefería que sus treinta y siete vigilantes de noche cerrasen los locales, conectaran las señales de alarma y se marcharan a casa. También tenían que dar cambio a las mujeres que llevaban la ropa sucia, avisar al servicio de reparaciones si se averiaba alguna máquina y asegurarse de que nadie se afanaba alguna silla de plástico, aunque esto le importaba poco al propietario, que las adquiría muy baratas. A veces, pensaba que sus treinta y siete vigilantes nocturnos poseían la llave de las treinta y siete señales de alarma, por separado, y que si decidían robarle, podían abrir las lavadoras y vaciarlas por su cuenta… Bueno, ¿y qué? Las monedas venían con gran facilidad, y podían irse lo mismo. Además, le gustaba pensar que todos sus empleados eran la honradez personificada.

El detective Hal Willis estaba seguro de que el vigilante de la lavandería de las calles Culver y Décima era tan puro como la nieve que empezaba a caer, al menos en lo referente a saber la identidad de Eileen. En efecto, el vigilante no sabía que era una mujer policía, ni que Willis, cuyo Coronado verde permanecía aparcado en la esquina, frente al bar contiguo a la lavandería, también pertenecía a las fuerzas del orden. En realidad, el vigilante no tenía la menor sospecha de que en la 87 hubiesen escogido su establecimiento como lugar de acecho en la presunción de que el Bandido de las Bragas Sucias lo asaltaría como próximo objetivo. Era una suposición bastante correcta. El atracador había asaltado las lavanderías de la Culver Avenue, actuando por lados alternos, avanzando de forma inexorable. Tres noches atrás había asaltado una lavandería del lado sur de la avenida. La elegida para aquella noche se situaba en el lado norte, ocho manzanas más hacia el centro de la ciudad.

El Bandido de las Bragas Sucias no era un ladronzuelo, oh, no. En los dos meses que actuaba en la Culver, primero en la zona correspondiente a la comisaría del inicio de la avenida, y después ya en la perteneciente a la 87, había obtenido, o eso calculaba la Policía gracias a las declaraciones de las mujeres atracadas, seiscientos dólares en billetes o monedas, doce anillos de boda, de oro, cuatro guardapelos de oro, otro anillo con un diamante de un quilate, y un total de veintidós bragas. Las bragas no las conseguía de la ropa sucia de las víctimas. El Bandido, y de aquí su apodo, exigía a todas las mujeres que se hallaban en la lavandería asaltada que se quitasen las bragas, cosa que todas se apresuraban a hacer cuando se veían apuntadas con la Magnum 357. No había violado a ninguna…, todavía. No había maltratado a nadie…, todavía. Incluso resultaba humorístico que un atracador se llevase a casa una colección de bragas. Claro que no era nada humorístico el peligro potencial que entrañaba la Magnum 357. Sentado en su coche, Willis pensaba en el calibre del arma que empuñaba el bandido. Sentada en la lavandería, con una portorriqueña a la izquierda y una negra a la derecha, Eileen Burke también conocía el poder devastador de tal arma.

Levantó la vista hacia el reloj de pared.

Eran solamente las diez y quince minutos, y la lavandería no se cerraba hasta medianoche.

Un añadido en el programa informaba a los espectadores que una tal Allison Greer reemplazaría a Sally Anderson aquella noche, si bien ninguno de los miembros del cuerpo de baile del espectáculo tenía especificado su nombre. Todos y todas parecían iguales, con excepción de las dos bailarinas negras (que en realidad eran como dos gotas de agua) y Tina Wong, que se parecía exclusivamente a sí misma. Las rubias no se distinguían entre sí. Todas eran altas, con buenas piernas y, según pensó Carella, con demasiado busto para ser bailarinas. Todas exhibían sonrisas radiantes. Todas llevaban

unos atuendos que aún las hacía parecer más semejantes: pantaloncitos cortos, con los rebordes deshilachados, o sea, lo que cualquier jovencita ignorante del sur llevaría en medio de una marisma, que era donde se suponía que transcurría la acción de *Fatback*. Con estas premisas, con un comienzo de obra en un pantano primitivo, con la niebla flotando por encima del mismo, y unos árboles gigantescos y unas rocas llenas de musgo, Carella había esperado lo peor. Volvióse a la derecha para observar a Teddy. Ella le estaba mirando a él. Sí, sería otro ejemplo de una mala función, alabada por la crítica y, con ello, convirtiendo la paja en oro…, para los accionistas.

Teddy Carella era sordomuda.

A menudo, tenía dificultades en el teatro. No oía nada de lo que decían los actores, claro, y usualmente se sentaban demasiado lejos para que Teddy pudiese leer en los labios de los intérpretes. En el transcurso de los años, ambos habían desarrollado un sistema de comunicación con las manos (colocadas a la altura del pecho para no molestar a los que estaban sentados detrás) y él le transmitía a ella el diálogo, en tanto Teddy paseaba los ojos rápidamente del escenario a los dedos de su marido. Las obras musicales, en general, le resultaban más fáciles. Normalmente, los cantantes se sitúan en el proscenio para cantar, y el movimiento de los labios es más exagerado que al hablar. El *ballet* era su diversión favorita, por lo que aquella noche estaba entusiasmada, dado que apenas diez segundos después de levantarse el telón ante aquel ominoso pantano, todo el escenario pareció estar dando vueltas, saltando, girando, remolineando, con un cuerpo de baile frenético que virtualmente se balanceaba de las copas de los árboles, y convertían la neblinosa marisma en el número más sexualmente bello que Teddy había visto en su vida. Hechizada, estaba sentada al lado de Carella, acariciándole la mano, a medida que iba viendo cómo la danza explicaba el argumento. Carella sonreía. Al terminar el primer número, la sala estalló en un aplauso tumultuoso. Carella colocó las manos en la posición debida para traducirle a ella el diálogo que

vendría inevitablemente, mas ella le apartó los dedos con impaciencia, ya que entendía casi cuanto sucedía en el escenario, puesto que, sentados en la fila seis, podía leer en los labios de los actores.

En el intermedio le hizo algunas preguntas. Teddy lucía un vestido negro, de lanilla, con un sencillo camafeo sobre su seno, zapatos de piel negra y una pulsera de oro en la muñeca. Se había peinado el cabello hacia la nuca, sujetándolo con una cinta dorada. Exceptuando una tenue línea en los ojos, un sombreado y el carmín de los labios, no utilizaba maquillaje alguno. No lo necesitaba. Era la mujer más hermosa que Carella conociera en su vida. Contempló sus manos y las expresiones de su cara. Teddy quería saber si tenía razón al pensar que el trampero y la joven campesina habían estado enamorados años atrás, siendo ésta la primera vez que volvían a verse desde entonces. ¿No? ¿Pues a qué tantos abrazos y besos? Carella se lo explicó, con el movimiento de sus labios, acompañando la voz con las manos (siempre había entre el público gente que se pegaban codazos: «Eh, fíjate, Charlie, ese individuo hablando con esa muda»). Después, Teddy movió las manos, significando: «Vaya, parecen demasiadas efusiones para ser primos». Carella aclaró que eran primos segundos, y ella preguntó: «¿Esto legaliza el incesto?».

Ahora, transcurridos ya cuarenta y cinco minutos de la segunda parte, Carella consultó su reloj porque intuía que la función llegaba a su fin y eso no le gustaba. Se estaba divirtiendo mucho.

Eileen Burke también se divertía viendo cómo giraba y giraba su ropa sucia. El vigilante pensaba que aquella joven era algo chiflada, si bien todo el mundo lo estaba en la ciudad. Había metido la misma ropa cinco veces ya en la lavadora. Cada vez, se sentaba para ver cómo giraba la ropa en la máquina. El vigilante no vio que Eileen, alternativamente, miraba hacia la calle a través de la puerta o de la ventana, cada vez que se detenía un auto fuera. El anuncio de neón ponía destellos anaranjados y verdes sobre el suelo de la lavandería:

LAVANDERÍA… LAVANDERÍA… LAVANDERÍA… LAVANDERÍA. Las lavadoras continuaban girando.

Una mujer con un bebé cargado a la espalda se hallaba delante de una de las lavadoras, metiendo otro fardo de ropa. Eileen supuso que no tendría más de diecinueve o veinte años, una rubia esbelta, muy atractiva, que parloteaba incesantemente con el bebé para tranquilizarlo. Otra mujer estaba sentada en una silla de plástico amarillo, junto a Eileen, leyendo una revista. Era negra y robusta, de unos cuarenta años, que llevaba un suéter de punto y tejanos, y calzaba chanclos. De vez en cuando, pasaba una hoja de la revista, miraba hacia su lavadora, y leía otra hoja. Entró una tercera mujer, miró ansiosamente a su alrededor, pareció aliviada al ver que quedaban muchas lavadoras libres, salió de la tienda y regresó un instante después con lo que le pareció a Eileen la ropa de un regimiento ruso entero. Le pidió cambio al encargado entregando un billete de cinco dólares. El encargado extrajo las monedas de una bolsa atada a su cinturón, haciéndolas sonar como el conductor de un autobús. Eileen vio cómo el hombre se dirigía a una caja registradora sujeta al suelo, y dejaba caer el billete por una ranura, como si hiciese un depósito bancario de noche. Un cartel en la pared advertía a los posibles atracadores: EL ENCARGADO NO POSEE LA COMBINACIÓN DE LA CAJA. EL ENCARGADO NO PUEDE CAMBIAR BILLETES DE MÁS DE CINCO DÓLARES. Ociosamente, Eileen se preguntó qué haría el encargado si se le terminaban las monedas. ¿Ir al bar de la esquina a pedir cambio? ¿Llevaría también el camarero del bar una bolsita de cuero atada al cinturón? Eileen se preguntó por qué se hacía unas preguntas tan tontas. Después se preguntó si conocía a algún hombre que se preguntase las mismas tonterías que ella se preguntaba. Fue entonces cuando el Bandido de las Bragas Sucias entró en la lavandería.

Eileen le reconoció al instante por el boceto que hizo un dibujante de la Policía y que Willis le había enseñado. Era un individuo delgado, que llevaba una chaqueta de marino y un gorro color marrón, pantalones de pana y botas color castaño. Tenía unos ojos

penetrantes y una nariz afilada, con un bigote pequeño debajo de la misma. En la ceja derecha tenía una pequeña cicatriz. Cuando entró, tintineó la campanilla de la puerta. La mano de Eileen entreabrió el bolso, tan pronto como el atracador cerró la puerta a su espalda con la mano izquierda. Cuando la mano derecha del bandido salió del bolsillo de su chaqueta, la mano de Eileen se cerró sobre la culata de la 38. En cualquier ocasión, la Magnum habría parecido enorme. Mas como su dueño era bajo y delgado, semejaba una pieza de artillería. Al bandido le temblaba la mano. La Magnum pareció barrer toda la tienda.

Eileen miró la Magnum, miró los ojos del joven y palpó la culata de su pistola bajo la presión de sus dedos. Si sacaba su arma al instante, tenía un promedio de treinta a setenta de abatir al atracador antes de que disparase con un arma tan mortífera como la suya. Aparte de sí misma y el atracador, había cinco personas más en la lavandería, tres de ellas mujeres, y una con un bebé. La mano de Eileen se inmovilizó sobre la culata de la pistola.

—Está bien, está bien —canturreó el ladrón con una voz algo femenina—, que nadie se mueva y nadie sufrirá daño alguno.

Sus ojos recorrieron toda la tienda. Todavía le temblaba la mano. De repente, soltó una risita, que asustó más a Eileen que la Magnum. Era una risita estridente y nerviosa que la estremeció de pies a cabeza. La mano que empuñaba la 38 empezó a sudar.

—Lo único que quiero es su dinero, todo su dinero —añadió el ladrón—. Y sus…

—Yo no tengo la combinación de la caja —murmuró el encargado.

—¿Quién le ha preguntado nada? —aulló el bandido—. Usted se calla, ¿me oye?

—Sí, señor.

—¿Me oye?

—Sí, señor.

—Estoy hablando con esas damas, no con usted, ¿me oye?

—Sí, señor.

—Conque a callar.

—Sí, señor.

—¡Tú! —exclamó, volviéndose hacia la mujer que llevaba el bebé a la espalda; movía la Magnum de forma vacilante.

El bandido casi danzaba por la lavandería, volviéndose ya a un lado, ya al otro, como delante de un público atento a su interpretación. Cada vez que él daba una vuelta, la mujer del bebé hacía lo mismo, de manera que siempre estaba de cara a él, con lo que su cuerpo formaba una barricada entre el bandido y el niño. «No sabe —pensó Eileen— que una bala de esa arma puede atravesarla a ella, al bebé y hasta la pared que tiene detrás».

—¡Tu dinero! —exigió el bandido—. ¡De prisa! ¡Y tus anillos! ¡Dame tus anillos!

—¡No…, no dispare! —suplicó la mujer.

—¡Cállate! ¡Dame las bragas!

—¿Qué?

—Tus bragas, quítatelas y dámelas.

La mujer le miraba de hito en hito.

—¿Estás sorda?

El atracador avanzó hacia ella, bailoteando, y blandiendo su arma. La mujer tenía ya unos billetes en una mano y su anillo de boda y el de compromiso en la otra. Contemplaba al bandido con incertidumbre, tras oírle decir lo de las bragas, sin saber si primero quería el dinero y los anillos o bien…

—¡De prisa! —la apremió el bandido—. ¡Quítatelas, de prisa!

La mujer le entregó rápidamente los billetes y los anillos, y llevándose las manos debajo de la falda, se bajó las bragas hasta los tobillos. Saltó fuera de ellas, las cogió, se las dio y retrocedió al momento, en tanto él se metía la prenda en el bolsillo.

—¡Todas! —gritó—. ¡Tenéis que quitaros las bragas! ¡Y dadme el dinero! ¡Todo el dinero! ¡Y los anillos! ¡Las bragas, vamos, de prisa!

La negra sentada junto a Eileen miraba al atracador como si hubiese descorchado una botella de gaseosa, siguiéndole con los ojos por toda la tienda, muy abiertos los ojos, sin creer en sus peticiones, sin dar crédito a la Magnum, sin creer en la misma

existencia del ladrón. No hacía más que mirarle y mover la cabeza en señal de incredulidad.

—¡Tú! —chilló el bandido yendo hacia ella—: ¡Dame ese collar! ¡De prisa!

—Es de bisutería —replicó la negra calmosamente.

—¡Dame el dinero!

—Solamente tengo un dólar y un cuarto de cambio.

—¡Dámelos! —exigió él, extendiendo la mano izquierda.

La negra buscó en su bolso y sacó una carterita. Ignorando al ladrón, ignorando el arma situada a dos centímetros de su nariz, abrió la carterita, metió dentro la mano y fue sacando moneda tras moneda, trasladándolas de la mano derecha a la izquierda, tres cuartos y cinco centavos, cerrando luego los dedos sobre las monedas, para soltarlas después sobre la palma abierta del bandido, una a una (según le pareció a Eileen, desdeñosamente).

—Ahora las bragas.

—No, señor.

—Quítate las bragas.

—No lo haré.

—¿Qué?

—Que no lo haré. No puedo meter las manos por debajo de la falda, como ha hecho esa madre, no, señor. Primero tendría que quitarme los chanclos, después los tejanos, y me resulta imposible quedarme desnuda delante de dos hombres a los que no he visto en mi vida.

El bandido blandió la Magnum.

—¡Obedéceme!

—No, señor.

Eileen se puso tensa.

No sabía si efectuar ya su movimiento, toda vez que una mala situación podía significar una tragedia, y en la academia le habían enseñado que esto debía evitarse. Claro que podía olvidar la norma esta noche cuando ese imbécil continuase con su juego, blandiendo la Magnum. Sí, una mala situación sólo puede convertirse en otra

peor. «Bien, muévete ahora…, ¡muévete ya!». Sin embargo, Eileen no sabía si el bandido dispararía contra ella cuando sacase la pistola del bolso o antes mataría a la negra, la negra que se resistía a sus exigencias, que tal vez prefería morir que quitarse los tejanos y las bragas delante de un vigilante de noche y de un bandido armado, que podían ser o no ser unos tipos salaces. «Vamos, muévete, deja de pensar, deja de hacerte preguntas…, pero, ¿y si moría el bebé?».

De repente, Eileen pensó que tal vez la negra tendría éxito al negarse a obedecer al atracador, tan ansioso por obtener sus bragas; quizá el bandido correría hacia la puerta, al frío de la noche, y caería en brazos del detective Hal Willis…, lo cual le recordó: ¿dónde estás, Willis? No estaría mal que su compañero entrara ahora en la lavandería por detrás del atracador; no estaría mal distraer la atención del canalla, dos pistolas contra una, dos buenos contra el malo…, «¿dónde estás, Willis?». Ahora, el bandido temblaba violentamente, con una lucha interior que le estaba destrozando, y que podía acabar como un montón de arcilla en torno a una enorme Magnum… ¡Sí, era un violador en potencia, pensó súbitamente Eileen, un violador en potencia!

Esta idea resultaba cegadora por su claridad. Eileen sabía ya, o creía saber, porqué el Bandido de las Bragas Sucias atracaba las lavanderías de la ciudad. Lo hacía porque en las lavanderías había mujeres y deseaba ver cómo se quitaban las bragas. Los atracos nada tenían que ver con el dinero ni con las joyas, ¡el tipo solamente quería las bragas! Los anillos, los collares, el dinero, eran tapaderas, eran una cortina de humo, ya que el bandido solamente deseaba las bragas femeninas, el aroma de las mujeres en esas prendas. Probablemente, donde vivía guardaba un montón de bragas. Sí, era un violador en potencia y Eileen sabía cómo tratar a los violadores. Había tratado a muchos en su profesión, precisamente estando sola en un parque, cuando la única vida en peligro era la suya. «¡Vamos, muévete ahora!».

—¡Tú! —gritó.

El bandido volvióse hacia ella, apuntándola con la Magnum.

—Toma las mías.

—¿Qué?

—Que dejes tranquila a esa pobre mujer. Coge mis bragas. —¿Cómo?

—Mete las manos bajo mi falda —murmuró Eileen—, y desgárrame las bragas.

Durante un terrible momento, Eileen pensó que acababa de cometer una equivocación mortal. El rostro del bandido se contrajo en una mueca de rabia y la Magnum tembló en su mano con más violencia.

«Dios mío —pensó ella—, le he obligado a destruir su cortina de humo, le he obligado a que se vea tal cual es. Sí, la pistola es su falo con tanta seguridad como que estoy sentada aquí, y antes de cinco segundos, la hará explotar en mi cara…».

De repente, una sonrisa extraña reemplazó a la mueca de rabia del atracador, una secreta sonrisa torció las comisuras de su boca, en sus ojos destelló una comunicación secreta, comunicación de sus pupilas a las de ella, *su* secreto, un secreto a compartir. Desvió la pistola y avanzó hacia Eileen.

—¡Policía! —chilló ella, sacando al instante su pistola del bolso, al mismo tiempo que arrojaba al suelo la silla de plástico.

—¡No pienses siquiera o te mataré como a un perro! —le conminó, casi hundiendo la pistola en la garganta del hombre.

Eileen siempre recordó que la palabra «Policía» había destruido aquel secreto de los ojos del bandido, aquel secreto compartido, y siempre se preguntó si la forma cómo lo había desarmado no era cruel e injusta.

Lo esposó rápidamente y se agachó para coger la Magnum que él había dejado caer al suelo de la lavandería.

6

Carella no lograba conciliar el sueño.

Reflexionaba sobre las personas que se hallaban involucradas en el caso. Demasiadas. Pensaba, asimismo, que aunque el teniente accediese a poner otro detective en el asunto, incluso así tardarían al menos una semana en interrogar a todos los miembros de la compañía; esto es, si el teniente accedía a la petición, de lo cual existían escasas probabilidades. Bueno, tal vez accedería. La muerte de Paco López había carecido de interés, dado que eran muy pocos los que se entristecían porque un intermediario en drogas mordiese el polvo. «Es bueno deshacerse de la mala basura», como solía decir la madre de Carella cuando él no era más que un chiquillo, y la familia se trasladó a esta ciudad que tanto amaba. A menudo se preguntaba dónde había aprendido su madre sus expresiones favoritas: «Panteras y chacales, todos son iguales», decía a veces, refiriéndose a él y a su padre. O cuando Carella volcaba un vaso de leche sobre la mesa del comedor: «Muy bien, Eddie». También, respecto a tía Clara, a la que Carella adoraba: «Viste como el caballo preferido de Astor». Y, hablando de caballos, siempre que insultaban a alguien por algún suceso, la madre de Carella lo describía con estas palabras: «Ha logrado su caballo más alto». ¿Serían la pantera y el chacal los protagonistas de alguna historieta cómica? ¿Quién diablos era Eddie? «Es bueno deshacerse de la mala basura»… ¿Acaso existe una buena basura?

Seguro, Paco López había sido una mala basura y nadie había llorado su muerte. Sin embargo, la muerte de Sally Anderson había merecido los titulares del periódico de la tarde, y los periodistas, ansiosos de noticias sensacionales, empezaban a pedir a gritos el arresto del «maníaco responsable». Bien, tal vez el teniente le concedería a Carella el tercer detective que pensaba solicitarle, pues

era posible que Pete (Pete era el teniente Byrnes) padeciese ciertas presiones en las altas esferas.

Los periodistas todavía ignoraban, y Carella no pensaba decírselo, que un individuo llamado Paco López, cuya muerte pasara inadvertida, había sido asesinado con la misma pistola. Nada habría podido gustar más a los periodistas que una posible conexión romántica (posibilidad en la que también había pensado Carella) entre una joven bailarina rubia y un portorriqueño, traficante en drogas. Semejante historia habría hecho saltar de gozo a los encargados del noticiario televisivo. Al fin y al cabo, había dos bailarines portorriqueños en *Fatback*…

Carella solamente preguntó si había algún hispánico, a lo que Tina Wong respondió que había dos, si bien lo mismo podían ser portorriqueños, cubanos, dominicanos o colombianos, pues de todas estas nacionalidades los había en la ciudad. Los dos eran maricas. Carella se preguntó si alguno de ellos tenía algo que ver con la droga. Y si habrían conocido a Paco López. Este era el mal. Ciento catorce personas trabajando en aquel espectáculo, y una o más de ellas podían haber estado estrechamente relacionadas con Sally Anderson y Paco López, si es que existía tal conexión, aparte del revólver del 38, que los había matado a los dos.

«Por favor, que no se trate de un loco», pensó Carella. «Por favor, que sea un individuo normal el que los mató, por un motivo plausible».

Continuó estudiando el techo.

Sí, había demasiadas personas involucradas.

Willis intentaba explicar por qué no había visto al Bandido de las Bragas Sucias penetrar en la lavandería. Habían comprado unas *pizzas* y ahora se hallaban sentados en el relativo silencio de la una de la madrugada, en la sala de detectives, devorando la excelente combinación de Papá Joe, a base de anchoas y pimientos, y

bebiendo el horroroso café colombiano de Miscolo. El detective Kling estaba con ellos, pero sin comer ni hablar apenas.

Eileen le recordaba como un hombre de buen apetito, por lo que pensó que tal vez ahora seguía una dieta. Se le veía mucho más delgado de lo que ella recordaba (claro que se trataba de varios años atrás), más pálido, menos atildado, en suma. El cabello rubio le caía lacio sobre el cuello de la camisa y las orejas, y aquel mismo cuello se veía desgastado, por debajo de la chaqueta sin planchar. Había varias manchas en la corbata que usaba. Eileen se imaginó que quizá había dado fin a una vigilancia especial. Quizás era aquél el aspecto que debía mostrar durante la vigilancia. Tal vez las ojeras que exhibía formaban parte del papel desempeñado en la calle, en cuyo caso no solamente obtendría una recomendación sino el Premio de la Academia.

Willis se mostraba ansioso de disculparse.

—A decir verdad —explicaba—, creí que no existía la menor probabilidad de que se presentase ese tipo, porque en los demás atracos siempre había actuado de diez a diez y media…, y en cambio, eran casi las once cuando salió corriendo del bar…

—Un momento —le interrumpió Eileen—. ¿Quién salió corriendo del bar?

—Salió corriendo del bar de al lado de la lavandería… —Willis hizo una brusca transición—. Bert, ¿no quieres un bocado?

—No, gracias —respondió Kling.

—Gritando: «¡Policía, policía!» —concluyó Willis.

—¿Cuándo fue eso? —quiso saber Eileen.

—Ya te lo dije, un poco antes de las once. Pese a todo, de haber pensado que el bandido iba a presentarse, habría dejado que otro policía se encargara de aquella tarea. Pero lo digo en serio, Eileen, no creí que hiciera acto de presencia.

—¿Y entraste en el bar?

—No…, bueno, sí. Pero no inmediatamente. Salí del auto, le pregunté a aquel tipo qué ocurría, y él me pidió que buscara a un policía porque en el bar había alguien con una navaja. Le contesté

que yo era policía, y él me suplicó que entrara en el bar y le quitase la navaja a dicha persona.

—Y, naturalmente, entraste —asintió Eileen, guiñándole un ojo a Kling.

Kling no le devolvió el guiño. Levantó su taza de café para tomar un sorbo. No estaba escuchando el relato de Willis. Parecía hallarse casi en estado comatoso. Eileen se preguntó qué diantre le pasaba.

—No, todavía estaba indeciso —confesó Willis—. Naturalmente, había debido entrar inmediatamente…

—Naturalmente.

—Para desarmar al fulano…, que resultó ser una chica. Sin embargo, me preocupaba que estuvieras sola en la lavandería por si acaso al señor de las Bragas se le ocurría presentarse, a fin de cuentas.

—¡El señor de las Bragas! —exclamó Eileen, estallando en una carcajada.

Sentíase muy alegre después de haber atrapado al atracador, y deseaba que Kling no estuviera sentado allí como un *zombie*, sino que se uniese a la celebración *post mortem*.

—Fui a mirar por el escaparate —continuó Willis.

—¿Del bar?

—No, de la lavandería. Vi que todo estaba frío, que tú te hallabas sentada al lado de una mujer que leía una revista, que otra mujer entraba en la tienda con una tonelada de ropa, de modo que me imaginé que estarías a salvo durante algunos minutos, tiempo en el que podría solucionar lo de la navaja, especialmente por pensar que nuestro hombre no se presentaría. Entonces, entré en el bar, y allí estaba aquella dama ataviada como de la clase media, con gafas y el cabello rematado en un moño, y una cartera de mano sobre el mostrador, como si fuese abogada o contable y hubiese penetrado en el bar para tomar una copa camino de casa. Salvo que en la mano derecha empuñaba una navaja de grandes dimensiones, con la que parecía cortar el aire atrás y adelante. En primer lugar me sorprendió que fuese una mujer, y en segundo, me extrañó la navaja

tan enorme, cosa que no suelen llevar las mujeres. Además, no quería recibir ningún corte —añadió Willis.

—Naturalmente —asintió Eileen.

—Naturalmente. En realidad, empezaba a pensar que sería mejor salir a ver de nuevo cómo estabas y a asegurarme de que el coleccionista de bragas seguía sin aparecer. Mas, justo en el aquel instante, el individuo que había salido a la calle gritando «¡Policía, Policía!», le dijo a la dama del estilete: «Te advierto, Grace, que este hombre es policía». Lo que significaba que me veía obligado a mantener el orden, que era lo último que deseaba hacer en aquel momento.

—¿Y qué hiciste? —preguntó Eileen.

Ahora se hallaba sinceramente interesada. Jamás se había enfrentado con una mujer que blandiese una gran navaja, pues lo suyo eran los hombres. Usualmente, apuntaba con la pistola al presunto violador, en dirección a sus órganos sexuales. En cambio, esta noche había amenazado a un maníaco, hundiéndole casi la pistola en la garganta. El cañón del arma había dejado allí una señal, señal que ella vio cuando le puso las esposas. Pero, ¿cómo se puede arrebatar una navaja de manos de una mujer colérica? No es posible amenazarla con disparar contra sus huevos, ¿verdad?

—Me acerqué a ella —prosiguió narrando Willis— y le dije: «Grace, esta navaja es magnífica. ¿No quieres entregármela?».

—Eso fue un error —calculó Eileen—. Hubiese podido entregártela…, por entero.

—Oh, no lo hizo. En cambio, se volvió hacia el tipo que se cuida del bar…

—¿El de «Policía, Policía»?

—Sí, y dijo: «Harry (o como sea que se llame), Harry, ¿cómo puedes querer estafarme de este modo?». Prorrumpió en lágrimas y le dio la navaja al camarero en vez de dármela a mí. Harry la tomó en brazos…

—Perdonadme —intercaló Kling.

Se levantó y salió de la sala.

—¡Dios mío! —gimió Willis.

—¿Eh? —se asombró Eileen.

—Lo olvidé —murmuró Willis—. Probablemente cree que he contado esa historia a propósito. Será mejor que hable con él. Me perdonas ¿verdad? Lo siento, Eileen, perdóname.

—Sí, claro —asintió ella, intrigada.

Vio cómo Willis cruzaba la barandilla divisoria y salía al corredor detrás de Kling. Había cosas que no entendería ni en un millón de años acerca de los detectives de la 87. Nunca. Cogió otro pedazo de *pizza*. Estaba fría. Y ni siquiera había tenido la oportunidad de contarle a alguien lo valerosa e inteligente, lo muy decidida que se había mostrado en la lavandería.

Como no lograba dormir, Carella empezó a pensar en Kling. ¿Qué estaría haciendo en aquel momento? Para ahuyentar el recuerdo del detective, volvió a reflexionar sobre el caso, fuese el que fuese, porque siempre estaba ocupado en un caso que, lentamente, le iba volviendo loco. Cuando finalmente no logró hallar ninguna grieta por la que pudiese penetrar un rayo de luz, cuando no pudo desgarrar la fuerte tela que lo envolvía, volvió a pensar en Kling, esperando que no decidiese cualquier noche, utilizar su revólver contra sí mismo.

Era una posibilidad.

Sin embargo, no era una remota posibilidad.

Carella llevaba ya varios años siendo detective de segundo grado cuando conoció a Kling…, bueno, cuando lo conoció realmente, ya que antes sólo le conocía como patrullero al que saludaba y nada más. Cuando Kling ascendió a detective (el más joven de la sala), a Carella le gustó inmediatamente, reconociendo al instante que su buen aspecto algo aniñado y sus maneras sosegadas podían constituir un gran triunfo para el compañero que le asignaran. No pensaba en la variedad de las situaciones en las que uno de dos policías disfruta haciendo de duro, en tanto el compañero es el comprensivo. No, se trataba de algo semejante a la decencia básica

que los ciudadanos pueden intuir, una decencia que les animaba a hablar en su presencia, cuando ante otros policías permanecían cerrados como una ostra.

Era fácil permitir que la comisaría le quemase a uno. Cuando se trabaja en la Policía día y noche, es cosa sencilla. Todos los ideales con que uno empieza, las ideas decentes de mantener la ley y el orden, de salvar a la sociedad, todo parece fundirse más y más en un pasado inocente cuando uno se da cuenta de lo que ocurre en realidad, cuando uno comprende que está librando una verdadera guerra, los buenos contra los malos…, y en una guerra, el hombre se cansa; en una guerra, un hombre se agota.

Sí, la labor policíaca también había dejado su huella en Kling; solamente un hombre como Andy Parker podía permanecer insensible a la labor policíaca, y la mejor manera de lograrlo era abdicando. Parker era el peor policía de la comisaría, tal vez el peor de la ciudad. Parker tenía un credo muy simple: no te ahogarás si no te metes en el agua. Quizá Parker también había sido un joven idealista. En tal caso, Carella no llegó a conocerle en esa faceta. Ahora, lo único que veía era un hombre que jamás se metía en el agua. La labor policíaca había marcado a Kling como a todos los demás, mas no era esa la causa que le obligaba a temer a Carella que una noche se suicidara con su propia pistola, sino las mujeres, la mala suerte que Kling había tenido con las mujeres.

Carella estaba con él la primera vez, en la librería de la Culver Avenue, cuando Kling se arrodilló al lado de una joven muerta, que llevaba una blusa roja. Le vio parpadear cuando distinguió los dos agujeros de bala en un costado de la chica, brotando la sangre de ambas heridas, sangre que iba manchando la blusa de color carmesí. Kling levantó un libro que, al caer de una estantería, se había situado sobre la cara de la muerta. Por tierra permanecían desparramadas las perlas de un collar, como islas luminosas en medio de aquella sangre casi coagulada.

—¡Oh, Jesucristo! —gritó Kling en el momento de levantar el libro.

Su tono de voz obligó a Carella a correr hacia el fondo de la tienda al instante. Fue entonces cuando oyó el segundo grito de Kling, un grito angustiado que atravesó el aire con olor a cordita quemada de la librería.

—¡Claire!

Sostenía la cabeza de la joven en sus brazos cuando Carella llegó junto a él. Tenía las manos y el semblante manchado con la sangre de Claire Townsend, la sangre de su prometida. La estaba besando en los ojos sin vida, en la nariz, en la garganta, y murmuraba una y otra vez:

—¡Claire, Claire!

Carella recordaría el nombre y el tono de voz toda su vida.

También recordaría en qué clase de policía se convirtió Kling…, o casi se convirtió, después de aquel crimen. Creyó que iban a perderlo, o que se convertiría en un policía semejante a Andy Parker, a todos los Andy Parker del mundo…, si continuaba en el cuerpo. El teniente Byrnes quiso trasladarlo a otra comisaría. Byrnes era un hombre comprensivo y paciente, que apreciaba los motivos de la conducta de Kling, pero la presencia del joven policía no resultaba muy grata en la sala general. Byrnes opinaba que la psicología es un factor sumamente importante para el trabajo de un policía, porque le ayuda a reconocer que ya no existen malvados en el mundo sino tan sólo personas trastornadas. La psicología es un arma muy útil, hasta que un ladrón te da una patada en los huevos una noche. Entonces, resulta difícil imaginar que tal ladrón es un alma en pena, con una infancia difícil. De igual forma, aunque Byrnes comprendía el trauma que era responsable de la conducta de Kling (Dios, ¿cuántos años habían transcurrido ya?), cada vez hallaba más espinoso aceptar a Kling como un policía…, a no ser como un policía que iba camino del infierno.

No se había ido al infierno.

Ni en aquella ocasión ni más adelante, cuando la joven con la que había salido varias veces, con la que había vivido eventualmente, decidió abandonarle de una vez por todas la víspera de Navidad, que

no era un buen momento para dar por terminadas, de manera irrevocable, unas relaciones; especialmente, si aquella misma noche uno se veía obligado a disparar y matar a alguien, que era exactamente lo que le ocurrió a Kling aquella víspera de Navidad. Cuando el hombre se abalanzó hacia él, desde el otro lado de la habitación, Kling apretó el gatillo dos veces, apuntando al tronco del otro, y ambas balas le alcanzaron en el pecho; una directamente al corazón, la otra perforándole el pulmón izquierdo. Kling bajó el revólver. Permaneció sentado en el suelo de la habitación, viendo cómo la sangre de su oponente manchaba las losas, y se enjugó el sudor de los labios, parpadeó y se echó a llorar.

De aquello hacía mucho tiempo, mucho tiempo…, pensaba Carella.

Conocer a Augusta Blair, o eso pensaron todos los detectives de la 87, fue tal vez lo mejor que pudo sucederle a Kling. Estaba investigando un robo con asalto (la víctima llegó a su apartamento, hallándolo convertido en un montón de ruinas), y allí estaba ella, pelo castaño, ojos verdes, la mujer más bella que viera en su vida. Augusta Blair, cuya cara y figura adornaban todas las revistas de modas de América. ¿Cómo podía un detective de segundo grado, que solamente ganaba veinticuatro mil dólares al año, esperar una cita de una modelo tan famosa? Nueve meses más tarde, le confió a Carella que planeaba casarse con ella.

—¿Sí? —se sorprendió Carella.

—Sí —asintió Kling.

Estaban dentro de un coche de la Policía, sin identificación, en dirección al estado contiguo. Fuera, reinaba un frío espantoso. Las ventanillas, salvo el parabrisas, se hallaban cubiertas de escarcha. Carella estaba ocupado con el calentador.

—¿Qué opinas? —inquirió Kling.

—No lo sé… ¿Crees que te aceptará?

—Oh, sí, creo que me aceptará.

—Pues…, pregúntaselo.

—Lo haré —murmuró Kling, sin añadir nada más.

Ya habían pasado el control. A sus espaldas, Isola exhibía sus aserrados picos y sus minaretes, contra un cielo color de plomo. Al frente, se alzaban varias colinas en rápida sucesión, por entre las cuales se desarrollaba perezosamente la carretera. Kling reflexionaba, preguntándose si las relaciones que hasta entonces había gozado con Augusta variarían una vez casados. Finalmente, terminó por preguntarle a Carella por qué se había casado. Carella meditó varios segundos.

—Porque —explicó al fin— no podía soportar la idea de que otro hombre tocase a Teddy.

Y al final, era eso lo que había dado al traste con el matrimonio de Augusta y Kling, ¿verdad? La había tocado otro hombre. No hacía tanto tiempo de ello. No, el pasado agosto. Ahora era febrero. Kling halló a su esposa en cama con otro hombre y casi lo mató, aunque arrojó el revólver lejos de sí antes de disparar. El divorcio fue claro y simple. Augusta no necesitaba pensión alguna por alimentos, ni quiso nada de él; de todos modos, siempre había ganado tres veces más que Kling. Se repartieron cuanto poseían y fue Kling quien dejó el apartamento que compartían. Fue Kling quien encontró otro en el centro de la ciudad, bastante lejos del anterior, como si deseara poner la mayor distancia posible entre ambos. Fue Kling quien llevó todas sus cosas al nuevo apartamento, sus ropas, sus discos, sus libros…, y sus revólveres. Tenía dos armas. Las dos eran especiales de la Policía, calibre 38. Prefería, no obstante, llevar consigo la que tenía una quemadura en la culata, y guardar la otra para cualquier emergencia. Aquellos revólveres eran los que inquietaban a Carella.

Jamás había visto a Kling tan alicaído, ni siquiera después del absurdo asesinato de Claire Townsend en la librería. Byrnes le ofreció dos semanas de vacaciones inmediatamente después de ser concedido el divorcio, a pesar de que Kling gozaría de sus propias vacaciones en verano. Kling rechazó el ofrecimiento. Carella invitó a Kling a cenar varias veces en su casa de Riverhead. Kling rechazó todas las invitaciones. Intentó componer los horarios de modo que él y Kling saliesen como equipo más a menudo que antes, a fin de

poder hablar con él, de ayudarle en aquellos momentos tan difíciles, tal como le había ayudado en otros semejantes. Kling logró destruir aquellos manejos, pidiendo un *status* flotante, supliendo a los que estaban de vacaciones o de permiso, y otros casos similares. Carella llegó a creer que Kling lo evitaba deliberadamente, por ser un triste recordatorio de lo ocurrido; al fin y al cabo, él fue el primero a quien Kling confió sus sospechas sobre Augusta.

Mañana era el día de San Valentín…, bueno, *hoy*, ya que el despertador señalaba la una y media de la madrugada. Las fiestas, incluso las menores, siempre son malas para la persona que ha perdido a su cónyuge por muerte o divorcio. Carella sabía que solamente existían un cincuenta por ciento de probabilidades de que el teniente le concediera el tercer detective que él y Meyer necesitaban. Bien, si el teniente accedía a ello, ¿por qué no podía ser Kling aquel tercer hombre, y alegaría que Kling era el único detective que podía ayudarles debidamente a interrogar a los ciento catorce miembros de la compañía, eliminando a los que de ningún modo estaban relacionados con Sally Anderson o Paco López? Maldición…, ¿dónde estaba la conexión?

Se durmió pensando que aunque el teniente les asignase a Kling, aquel trabajo duraría eternamente. Ignoraba que en aquel mismo instante el caso se hallaba a punto de dar un giro que obligaría a Kling a entrar en el equipo y que, además, obviaría la urgente necesidad de interrogar a aquellas ciento catorce personas.

El hombre llevaba una chaqueta debajo del abrigo, unos pantalones de franela y un chaleco. También llevaba un revólver calibre 32 en una sobaquera, en la parte izquierda de su cuerpo. Tenía desabrochado el cotón del abrigo más cercano a la cintura, a fin de poder «sacar» lo antes posible si llegaba la ocasión. Bueno, no había usado el revólver desde que consiguió el permiso de armas, seis años antes.

No hubiese debido trabajar hasta tan tarde.

Cuando abandonó el piso, no había nadie más que él en la calle. Echó a andar rápida y nerviosamente en dirección al garaje, abierto toda la noche, donde normalmente dejaba el coche, agradeciendo la presencia del revólver. En aquellas horas vacías de la madrugada, la zona central de la ciudad parecía un paisaje lunar. Después, condujo hacia la parte alta, deteniéndose ante cada semáforo en rojo, intuyendo nerviosamente un ataque súbito por parte de alguno de los ciudadanos que todavía deambulaban por las calles.

Cuando finalmente penetró en la calle que atravesaba el Grover Park, sintióse un poco más seguro; sólo tenía que detenerse ante dos semáforos dentro del parque (si estaban en rojo, claro), y un tercero al salir a la Grover Avenue. En el primer semáforo aguardó pacientemente a que cambiara. El siguiente estaba verde. El del final de la rampa de salida también lo estaba; torció a la derecha hacia la Grover Avenue, condujo varias manzanas hacia el norte, pasó delante de la comisaría con sus globos verdes flanqueando la entrada, con la cifra 87 en cada globo, y continuó conduciendo otras tres manzanas antes de doblar a la izquierda y encaminarse directamente al norte por la ronda Silvermine.

Dejó el coche en el garaje situado en el sótano del edificio, como siempre hacía, y se encaminó hacia el ascensor situado en el otro extremo. Pensó, como acostumbraba hacerlo cada vez que dejaba allí el coche, que el guardia de seguridad apenas servía para nada. Pero la distancia desde el lugar donde aparcaba el auto hasta el ascensor no alcanzaba los veinte metros, y él raras veces llegaba a su casa después de las siete de la tarde, cuando muchos inquilinos entraban y salían.

A las dos menos cuarto de la madrugada no había nadie en el garaje.

Las columnas que sostenían la techumbre eran como corpulentos centinelas separados entre sí unos tres metros. Había cuatro entre él y el ascensor. El garaje se hallaba brillantemente iluminado. Sus tacones resonaban sobre el suelo de cemento al dirigirse al ascensor. Iba a pasar la tercera columna cuando un individuo,

empuñando un revólver, salió por detrás de la misma, situándose directamente al paso del hombre.

Inmediatamente, llevó la mano bajo la chaqueta en busca de su pistola.

Su mano se cerró sobre la culata.

Estaba sacándola de la sobaquera cuando el otro disparó directamente a su rostro. El hombre no sintió más que el inmenso dolor del primer disparo. Su cuerpo caía ya hacia atrás por la fuerza de aquel impacto, cuando la segunda bala penetró en su cabeza. Esta bala no la sintió. Nunca más volvió a sentir algo. Con la mano todavía en la chaqueta, los dedos engarfiados en torno a la culata de la pistola, se derrumbó sobre el suelo de cemento del garaje.

Volvía a nevar. Ligeramente. Los copos de nieve caían lentamente desde el cielo. Arthur Brown era el que conducía. Bert Kling iba sentado a su lado en el asiento delantero del coche sin identificar, de cinco años de antigüedad. Eileen Burke iba en el asiento posterior. Se hallaba todavía en la sala de detectives cuando llegó el aviso del homicidio y le pidió a Kling si podía dejarla cerca del metro, camino del lugar del suceso. Kling se limitó a gruñir. «Kling era un encanto», pensó Eileen.

Brown era un tipo corpulento que parecía más grueso dentro de su abrigo. Llevaba una chaqueta gris y una bufanda de piel, de un color negro desvaído. Usaba unos guantes de piel que armonizaban con la bufanda negra. Brown era lo que vulgarmente se conoce como un «hombre negro», aunque sabía que el color de su tez no concordaba con el cuello negro ni con los guantes. Cuando se contemplaba al espejo, veía una imagen con la piel color chocolate, a pesar de que no se consideraba un «hombre color chocolate». Tampoco se consideraba negro; al fin y al cabo, si un negro se consideraba tal, pensaba obsequiosamente. *Negro* era un calificativo despectivo. Sólo Dios sabía cuándo se convirtió en un término despectivo. El padre de Brown se llamaba a sí mismo «persona de

color», que Brown creía una expresión muy infantil en aquella época en la que un negro era un negro todavía. (Brown observó que la revista *Ébano* capitalizaba la palabra *negro*, sin saber por qué). Sospechaba que seguía creyendo ser un hombre de color, y esperaba sinceramente que no hubiese nada malo en ello. Hoy día, un negro no sabe ya qué pensar al respecto.

Brown pertenecía a la clase de negros que los blancos procuran evitar, cruzando la calle al otro lado. Si uno era blanco y veía aproximarse a Brown por la misma acera, uno suponía, automáticamente, que iba a robarle, a cortarle con una navaja o a hacerle algo peor todavía. Esto se debía en parte al hecho de que Brown medía metro noventa y cinco y pesaba más de cien kilos. También era consecuencia en parte (casi la mayor parte) al hecho de que Brown era negro, o de color, o como uno quisiera llamarle, y que ciertamente no era blanco. Un blanco, al acercarse Brown, siendo Brown de color blanco, no habría cruzado la calle; por desgracia, Brown no podía realizar tal experimento. Quedaba en pie el hecho de que cuando Brown iba por la calle, atento a sus asuntos, los blancos procuraban no cruzarse con él. A veces, hasta los policías blancos cruzaban la calle. Nadie quería problemas con un individuo del aspecto de Brown. Incluso algunos negros cruzaban la calle al aproximarse Brown a ellos.

En cambio, Brown sabía que era bien parecido.

Cuando se miraba al espejo, veía a un hombre color chocolate, muy guapo, enarcando las cejas. Brown se adoraba a sí mismo. Sentíase muy cómodo consigo mismo. Le encantaba ser policía porque sabía que el verdadero motivo de que la gente cruzara la calle al verle era porque pensaban que todos los negros son ladrones o asesinos.

Frecuentemente lamentaba el día en que fue ascendido a detective porque ya no podía llevar el uniforme azul, la contradicción con su piel achocolatada. A Brown le gustaba especialmente detener a gente de su propia raza. En particular disfrutaba cuando un negro decía: «Vamos, hermano, dame una oportunidad…».

El tal negro era tan hermano de Brown como un hipopótamo. En el mundo de Brown, había buena gente y mala gente, blanca o negra, pues esto no significaba diferencia alguna. Brown pertenecía a los buenos. Todos los que quebrantaban la ley eran los malos. Esa noche, uno de los malos acababa de dejar muerto en el sótano de un edificio de la ronda Silvermine a uno de los buenos. Kling había recibido la llamada y ahora estaban los dos detectives corriendo en coche por entre la nieve, con otra buena persona (una chica), sentada en el asiento trasero, lo cual le recordó que tenían que dejarla en la estación del metro.

—¿En la de Culver y la Cuarta? —le preguntó a Eileen.

—Sí, Artie.

Kling iba arropado dentro de su abrigo, viendo caer la nieve. El coche renqueaba y rezongaba, pues algo le pasaba al ventilador. Era el peor coche de la comisaría. Brown no sabía por qué siempre que tenía que coger un coche, cogía éste. El peor de toda la ciudad. Un acelerador como un tomate maduro, que gruñía como una puta de dos dólares. Había una avería en el escape de gases, por lo que el maldito coche siempre olía a monóxido de carbono, y probablemente ahora se estaban envenenando camino del lugar del crimen.

—Willis dijo que habías atrapado a ese tipo que coleccionaba bragas, ¿eh? —observó Brown.

—Sí —sonrió Eileen.

—Bravo —aprobó Brown—. Con esta clase de tiempo, amiguita mía, las damas han de llevar ropa interior.

Se echó a reír, secundado por Eileen. Kling continuó mirando la nieve a través del parabrisas.

—¿No te ocurrirá nada bajando al metro a estas horas de la noche? —inquirió Brown.

—No, en absoluto —replicó Eileen.

Brown llevó el coche a la acera.

—¿Seguro?

—Seguro. Buenas noches, Artie —se despidió ella, abriendo la portezuela—. Buenas noches, Bert.

—Buenas noches —repuso Brown—. Y ten cuidado.

Kling no dijo nada. Eileen se encogió de hombros y cerró la portezuela detrás de sí. Brown la contempló mientras bajaba la escalera del metro. Cuando la cabeza de Eileen desapareció, apartó el coche de la acera.

—¿Cuál es la dirección? —le preguntó a Kling.

—El 1114 de Silvermine.

—¿Cerca del Oval?

—Unas manzanas al oeste.

Había dos coches patrulla estacionados junto a la acera cuando llegaron Brown y Kling. Las luces del techo brillaban en azul y rojo, contra los copos de nieve. Kling y Brown saltaron al suelo, mantuvieron una breve conversación con el patrullero encargado de vigilar los coches (eran frecuentes los robos de coches patrulla en la ciudad), y descendieron por la rampa hacia el garaje. El sótano estaba iluminado con lámparas de sodio. Los tres patrulleros de los coches de arriba se hallaban rodeando a un hombre que yacía en tierra, a unos pasos del ascensor que tenía la portezuela colorada. La sangre que manaba todavía de las heridas del caído se hermanaba con aquel siniestro color.

—Detective Brown —se identificó el hombre de color—. Éste es el detective Kling.

—Bien —asintió uno de los patrulleros.

—¿Qué coche llegó antes?

—Nosotros —dijo otro patrullero—. El coche Boy.

—¿Había alguien aquí abajo cuando llegasteis?

—Nadie.

—¿Nadie? —se extrañó Kling—. ¿Quién dio el aviso? ¿Quién encontró el cadáver?

—No lo sé, señor —confesó el patrullero—. Oímos por radio un diez-diez, o sea, investigar unos disparos. Ni siquiera sabíamos dónde debíamos investigar, pues solamente nos dieron esta dirección. De manera que interrogamos al individuo del vestíbulo, el guardia de seguridad, por si había efectuado un nueve-uno-nueve

para informar acerca de un hombre con un revólver, y contestó que no. Bien, dimos la vuelta al edificio hasta el patio trasero, y ya íbamos a dejarlo como un diez-noventa, cuando Benny, mi compañero, exclamó: «Vamos a mirar en el garaje del sótano». Por entonces, ya había llegado el coche Charlie…

—Íbamos a investigar una alarma en Ainsley —intervino otro de los patrulleros.

—Los tres bajamos juntos —concluyó el primer patrullero.

—Y aquí estaba —gruñó el tercer patrullero, señalando el cadáver.

—¿Se ha informado a Homicidios? —inquirió Kling.

—Eso creo.

—¿Sólo lo cree?

—Le di al sargento de guardia un DOA. No es mi responsabilidad informar a Homicidios.

—¿Quién habla de Homicidios a espaldas nuestras? —tronó una voz desde lo alto de la rampa.

—Hablando del ruin de Roma… —masculló Brown.

Era raro que los detectives de Homicidios, o de cualquier otro departamento, trabajasen por triples, pero los tres detectives descendieron por la rampa, con la seguridad de los tanques Sherman. En la ciudad se les conocía como la Sagrada Trinidad, y se rumoreaba que únicamente trabajaban a trío. Se llamaban Hardigan, Hanrahan y Mandelbaum. Brown ignoraba sus nombres de pila. También pensó que nunca se había enterado del nombre de pila de ningún detective de Homicidios. ¿Acaso no los tenían los de aquel departamento? Los tres detectives vestían de negro. Todos los que trabajaban en Homicidios vestían de negro. Se rumoreaba que la inclinación por ese color la puso de moda años atrás un ramoso detective de Homicidios. Brown suponía algo más sencillo: los de Homicidios solamente trataban con cadáveres, por lo que lucían los colores de duelo. También pensó Brown que últimamente Genero iba de negro con frecuencia. ¿Esperaría ser trasladado a Homicidios? Y aun pensó que a Genero nadie le llamaba en la comisaría por su

nombre propio, que era Richard. Siempre le decían: «Ven aquí, Genero», o más a menudo: «Lárgate, Genero». Ocasionalmente, le llamaban Genero el Culón, del mismo modo que un rey de la antigüedad hubiese podido llamar a uno de sus favoritos Amos el Simplón o Herman el Rata. Si los policías de Homicidios carecían de nombre de pila, y si nadie usaba el de Genero, quizá éste llegaría a encumbrarse en aquel departamento. Brown se lo deseaba con fervor.

—¿Es ésta la víctima? —preguntó Hardigan.

—No, es un pedazo de papel —respondió Brown.

—Olvidé que trataba con los de la 87.

—¡Comediantes! —bufó Hanrahan.

—Retrasados mentales —añadió Mandelbaum—. Las dos de la madrugada.

—¿Os hemos sacado de vuestras lindas camitas? —se burló Brown.

—Muy gracioso, chico —refunfuñó Mandelbaum.

—De humor negro —puntualizó Hardigan.

Brown se preguntó si se trataba de una observación racial.

—¿Quién es? —quiso saber Hanrahan.

—Todavía no lo hemos tocado —replicó Kling.

—Pues ya es hora.

—No, hasta que el forense termine con él.

—¿Quién lo dice?

—Los reglamentos nuevos… Sólo tienen un año de antigüedad.

—¡Al diablo los reglamentos! Nos helaremos aguardando al forense. Es sábado por la noche…, ¿sabéis a cuántas personas están eliminando hoy?

—¿A cuántas? —se interesó Kling.

—Muévelo. Haz lo que te digo. Somos de Homicidios —se irritó Hanrahan.

—Ponlo por escrito —repuso Kling—. Que debo moverlo antes de que el forense certifique su defunción.

—Ves que está muerto, ¿no? ¿Qué necesitas? Apenas le queda rostro… ¿Por qué necesitas que un forense diga que ha muerto? —exclamó Hardigan, apoyando a su compañero.

—Entonces, muévelo tú —respondió Brown, apoyando al suyo.

—Está bien, esperaremos al forense, ¿de acuerdo? —terció Mandelbaum.

—Nos helaremos con la espera —rezongó Hanrahan.

—¿Chicos, os sentiréis dichosos si todos nos helamos? —inquirió Hardigan.

Ni Brown ni Kling respondieron.

El forense llegó casi a las tres. Por entonces, la Unidad Móvil del Crimen ya estaba en el garaje realizando cuanto podían sin tocar el cuerpo. Los chicos de la Unidad de Fotos tomaban sus instantáneas, habían colocado las señales que indicaban LUGAR DE UN CRIMEN, Brown y Kling trazaban sus dibujos, y todos estaban helados hasta los huesos; sin embargo, nadie se atrevió a dar por muerto al fiambre (muy literalmente *fiambre*). El forense efectuó una entrada espectacular, bajando por la rampa como un actor cómico dispuesto a repartir premios o palomitas de maíz.

—Siento llegar tan tarde, caballeros —se disculpó, y Hardigan le miró de reojo.

El forense se inclinó sobre el cadáver. Luego, le desabrochó el abrigo. Lo primero que vio fue la mano del muerto cerrada sobre la culata de una pistola que llevaba en una sobaquera.

—Bien, bien… —murmuró Hanrahan.

Con cierta dificultad, el forense desabrochó la chaqueta a cuadros del difunto. Iba ya a colocar el estetoscopio debajo del chaleco, y luego, de la camisa, directamente sobre el pecho, para determinar que las balas disparadas en la cara eran la causa de que el corazón hubiese dejado de latir, cuando observó, lo mismo que los cinco detectives, los tres patrulleros, uno de los fotógrafos y los dos técnicos del laboratorio, que el chaleco tenía al menos una docena de bolsillos cosidos al mismo.

—La última vez que vi tal cosa fue en un carterista —masculló Mandelbaum—. Esos bolsillos les sirven para meter en ellos los objetos robados.

El muerto no era ningún carterista.

No, a menos que hubiese tenido un día muy afortunado.

Tan pronto como el forense terminó con él (certificando su muerte), los detectives se dedicaron a registrar todos y cada uno de los bolsillos del chaleco. En cada uno de ellos hallaron una pequeña bolsita de plástico. En cada bolsita unos diamantes de formas y tamaños variados.

—¡Ese tipo era una joyería andante! —proclamó Hardigan.

—Sólo que ya no volverá a andar —observó Hanrahan.

—Fijáos en ese hielo, chicos… —finalizó Mandelbaum.

7

Únicamente habían prometido nieve. Aunque por la mañana, la nieve se convirtió en aguanieve y después en una llovizna helada, con lo que las calles se pusieron muy resbaladizas. Carella patinó camino del metro, y sin embargo consiguió mantener el equilibrio por puro milagro. Su madre le había contado dos historias atroces siendo él niño, y ambas permanecían grabadas en su memoria todavía. La primera se relacionaba con tío Charlie, al que no había conocido, el cual se quedó ciego de un ojo, accidentalmente, con la punta de unas tijeras cuando intentaba recortarse una ceja. En realidad, Carella se hacía arreglar las cejas en la barbería, y jamás intentó realizar una operación tan peligrosa por sí mismo. Su madre también le contó que su tío Salvatore resbaló sobre la nieve delante de su tienda de ropas hechas en Calm's Point, cayendo de espaldas, por cuyo motivo vivió a partir de entonces confinado en una silla de ruedas. Siempre que Carella veía un trecho helado en una acera o una calzada, lo evitaba cuidadosamente.

Carella sí había conocido a tío Salvatore (e incidentalmente lo quiso), mas siempre que el tío Salvatore le preguntaba por qué no llevaba sombrero, Carella se sentía un poco culpable.

—Deberías llevar sombrero —le aconsejaba tío Salvatore—, de lo contrario, un cuarenta por ciento del calor de tu cuerpo se escapa por tu cabeza, y puedes helarte por dentro.

A Carella no le gustaban los sombreros. Su tío se barrenaba la sien con un dedo.

—*Pazzo* —murmuraba. Que significa loco en italiano.

Fue ese tío de Carella el que le contó el único chiste referente a un bazar de confección y que nunca Carella había oído.

—Un hombre entra en una tienda, el dueño se le acerca y le pregunta: «Caballero, ¿qué es lo que tiene en la cabeza?», y el hombre responde: «En la cabeza tengo gatitos, pero enséñeme un sombrero»[6].

Entonces, Carella tenía dieciséis años. Estaban ambos en la tienda de su tío, y éste permanecía sentado en la silla de ruedas. Falleció tres años más tarde.

Carella tardó dos horas en llegar a la comisaría aquella mañana. Pasó el tiempo que viajó en metro imaginándose qué podía comprarle a Teddy por el día de San Valentín…, que era aquel mismo día, domingo, cuando casi todas las tiendas de la ciudad estaban cerradas. El día anterior quiso adquirir algo, mas esto fue antes de que le endosaran el homicidio de Sally Anderson. Por la mañana, antes de salir de casa, con una sonrisita disimulada apenas, y por medio de las manos, ella le dijo que pensaba comprarle *su* regalo por la tarde, a fin de entregárselo por la noche, al volver de la comisaría. Carella contestó que la cosa no corría prisa; que a pesar de ser el día siguiente la fiesta del Presidente, habría muchas tiendas abiertas y que, además, las calles ya estarían limpias, y por tanto más seguras. Teddy respondió que ya había hecho la cita. «¿Una cita para qué?», pensó Carella, yendo en el metro.

Meyer Meyer lucía el regalo de San Valentín.

Era un gorro de lana que habría llenado de orgullo a tío Salvatore. La esposa de Meyer, Sarah, lo había confeccionado. Era un gorro blanco con un ribete de corazones rojos que se enlazaban. Meyer, muy orgulloso, se paseaba por la sala con el gorro hundido hasta las orejas.

—Casi no pareces calvo con ese gorro —comentó Tack Fujiwara. Al ver a Carella que cruzaba la barandilla, añadió—: Hola, primo.

—Oh-ih-oh —le saludó Carella.

—¿Qué quieres decir con eso de «casi»? —gruñó Meyer—. ¿Acaso soy calvo? —la pregunta iba dirigida a Carella.

—Oh, no, muy melenudo —rio éste—. ¿De dónde has sacado el gorro?

—Lo hizo Sarah. Para San Valentín.

—Precioso —ponderó Carella—. ¿Ha llegado el teniente?

—Hace diez minutos —respondió Fujiwara—. Y a ti, ¿qué te han regalado por San Valentín?

—Un asesinato.

—Pues choca las manos con Kling —replicó Fujiwara, pero Carella llamaba ya a la puerta del despacho del teniente y no le oyó.

—¡Adelante! —invitó Byrnes.

Carella empujó la puerta. El teniente se hallaba sentado detrás de su escritorio examinando la tapa de una caja de bombones.

—Hola, Steve —dijo—. Esta tarjeta te dice cuántos bombones hay en la cajita. ¿Quieres uno?

—No, Pete, gracias.

Byrnes continuó estudiando la tarjeta, haciendo correr los dedos por encima. Era un hombre compacto, con el pelo gris acerado, ojos azules, y una nariz que le habían roto con un pedazo de tubería de hierro cuando era patrullero de Majesta, si bien se le había cicatrizado la herida sin apenas señal visible. Nadie observaba la leve señal, salvo cuando Byrnes se la tocaba, como solía hacer durante las sesiones mantenidas en su despacho con los detectives a sus órdenes. Mientras estudiaba la tarjeta acariciaba distraídamente la caja de bombones.

—Mi regalo de San Valentín —explicó, estudiando la lista de productos que detallaba la tarjeta.

—Esta noche recibiré el mío —sonrió Carella, un poco a la defensiva.

—Pues toma un bombón —repitió Byrnes, sacando de la caja un cuadradito de chocolate—. Los cuadrados siempre son de licor. No necesito consultar la tarjeta para saberlo —mordió uno—. ¿Lo ves? —sonrió y masticó el bombón—. Es bueno. Vamos, toma uno —se obstinó, empujando la caja hacia Carella.

—Pete, tenemos que interrogar a ciento catorce personas —le recordó Carella—. Son los componentes de la compañía que

representa *Fatback*, y si queremos obtener alguna pista respecto a esa joven muerta, tenemos que interrogarlos a todos.

—¿Alguna relación con ese López? —preguntó Byrnes, sin dejar de masticar.

—Todavía lo ignoramos.

—¿Drogas?

—No, que sepamos. Lo están averiguando en el laboratorio. —¿Es drogadicto su novio?

—No, es estudiante de medicina en la Ramsey.

—¿Dónde estaba cuando mataron a la chica?

—En casa, estudiando.

—¿Quién lo dice?

—Él.

—Comprobadlo.

—Lo haremos. Mientras tanto, Pete…

—Deja que adivine —le interrumpió el teniente—. ¿Seguro que no quieres uno de éstos? —preguntó, cogiendo otro bombón de la caja.

—Gracias —contestó Carella negando con la cabeza.

—Referente a lo que has dicho —sonrió Byrnes—, adivino lo que vas a pedirme.

—Que seamos tres.

—¿En quién has pensado?

—En Bert Kling.

—Bert tiene ahora otros quebraderos de cabeza.

—¿Cuáles?

—Anoche le colgaron un homicidio.

—Vaya… —se resignó Carella—. Bien, ¿de quién disponemos?

—¿Quién ha dicho que disponemos de alguien?

—Pete, lo de esa chica está en todos los periódicos.

—¿Y qué?

—Que será noticia mientras dure el espectáculo…, y va para largo.

—¿Y qué?

—¿Crees que transcurrirá mucho tiempo antes de que el Jefe coja el teléfono y empiece a apremiarte… «Hola, Pete, ¿qué hay de esa bailarina? ¿No se trata de ese éxito musical? ¿No hay pistas, Pete? Vamos, Pete, están llamando montones de periodistas… ¿Qué hacen tus muchachos, Pete, aparte de sentarse sobre sus traseros mientras la gente va disparando por esas calles?».

Byrnes miró fijamente a Carella.

—Nada me importa el Jefe —objetó—. El Jefe no viene aquí todos los días, el Jefe tiene un hermoso despacho en el Cuartel General. Y si el Jefe cree que nos movemos lentamente, tendré que recordarle que al principio el caso no era nuestro, que a esa chica la mataron en la zona de Midtown East, si es que el Jefe no lo sabe, no en la zona de la 87. Lo que aquí tenemos es el asesinato de un traficante de drogas, si es que eso le interesa al Jefe, aunque lo dudo. Y ahora, si quieres efectuar la solicitud de manera sensible, Steve, como, por ejemplo, eso de tener que interrogar a ciento catorce personas… ¿tanta gente hay, realmente, en ese espectáculo?

—Sí, ciento catorce.

—Si vienes a mí y me dices que Meyer y tú tardaréis una semana, diez días, dos semanas, mucho tiempo en interrogar a esas ciento catorce personas mientras un asesino corre suelto por las calles de esta ciudad con un revólver en la mano, si presentas tu petición sensible y lógicamente, y no me amenazas con que el Jefe puede pensar o decir…

—De acuerdo, Pete —sonrió Carella—. ¿Está bien así? Meyer y yo tardaremos al menos diez días en interrogar a todas esas personas mientras un asesino corre por las calles de esta ciudad con un revólver en la mano. Podríamos acortar ese tiempo, tal vez en cinco días, a menos que tengamos la suerte de dar con una pista correcta antes, si tuviéramos otro compañero en el caso. Por tanto…, ¿de quién puedes disponer?

—De nadie —fue la respuesta del teniente.

Ella trataba de recordar cuánto tiempo hacía de ello. Años y años, seguro. ¿La juzgaría él ahora demasiado frívola? ¿Aceptaría lo que había hecho (en realidad, lo que iba a hacer puesto que no lo había hecho todavía y aun podía cambiar de idea), el regalo en el que ella pensaba, o lo consideraría como el capricho de una mujer que ya no era la muchacha con la que se casó muchos años antes? «Pero, ¿quién es joven?», pensó Teddy. Ni siquiera Jane Fonda es ya la jovencita de años y años atrás. ¿Se preocupa Jane Fonda por esas cosas? «Probablemente sí», se dijo Teddy.

El sector de ciudad por el que Teddy iba andando se hallaba muy concurrido, mas Teddy no podía oír las conversaciones entrecortadas de la gente al pasar por su lado. Los plumones de su respiración que casi se congelaban en el aire, no eran para Teddy más que balones de historietas cómicas que flotaban en medio de un silencio absoluto. Caminaba por un mundo callado, peligroso, en el que sus oídos no podían darle el menor aviso, curiosamente exquisito en el sentido de que cuanto veía no iba acompañado por ningún sonido que pudiera estropear su belleza. La visión (y el aroma) de una nube grisácea de monóxido de carbono, fluyendo al aire desde el tubo de escape de un automóvil, asumía proporciones soñadoras al no poder escuchar el ruido enervante del motor del coche. El policía uniformado de la esquina, al mover los brazos ya en un sentido, ya en otro, dirigiendo artísticamente el tráfico, se convertía en un acróbata, en un bailarín de *ballet*, en un mimo hábil tan pronto como uno dejaba de oír sus gritos:

—¡Vamos, adelante, sigan moviéndose, adelante!

Y no obstante…

Teddy no había oído jamás la voz de su esposo.

Teddy no había oído jamás las risas de sus hijos.

Teddy no había oído jamás el ruido estridente y grato de las cadenas de un auto al avanzar por una calzada helada, el chirrido de un gato para cambiar de rueda, el sonido ronco de un claxon, los

gritos de los vendedores ambulantes, el llanto de los niños. Cuando pasó por delante de una tienda de *souvenirs* cuyo escaparate relucía con jades, objetos de marfil (de importación ilegal) baratos, abanicos, muñecas con ojos orientales (como los de su esposo), Teddy no pudo oír, surgiendo de un ventanuco de la pared lateral de la tienda, el sonido de un instrumento de cuerda que exhalaba una triste y delicada melodía china, cuyas notas flotaban en el aire como cristalitos de hielo… Teddy, y ésa era la verdad, no oía nada.

El salón de tatuajes resultaba vagamente anónimo, escondido como estaba en una callejuela del barrio chino. La última vez que estuvo allí, la tienda se hallaba flanqueada por un bar y una lavandería. Ahora, el bar era un salón de máquinas tragaperras y la lavandería el local de una adivinadora llamada Hermana Lucy. Cuando pasó frente a la tienducha de la Hermana Lucy, Teddy atisbo por encima de la cortinita del escaparate y divisó a una gitana sentada delante de un cartel de frenología que colgaba en la pared. La gitana parecía muy sola y bastante helada, arropada en su manteleta y mirando directamente a la puerta de entrada. Por un momento, Teddy se sintió tentada a entrar y conocer su futuro. ¿Cómo era el chiste? Su marido sabía recordar toda clase de bromas y chistes. ¿Por qué? ¿Por qué no pueden las mujeres acordarse de los chistes? ¿Se trataba de una actitud sexual? ¿Qué diablos…? ¿Cómo era el chiste? ¿Algo respecto a una banda de gitanos que adquieren una cadena de tiendas vacías…?

El nombre que figuraba sobre la puerta de entrada del salón de tatuajes era Charlie Chen. Debajo del nombre se leía «Tatuajes Orientales Exóticos». Teddy vaciló un instante y luego empujó la puerta. Debía de haber una campanilla en el umbral, que probablemente tintineó, avisando a Chen, que se hallaba al fondo de la tienda. Ella no oyó la campanilla, y al principio tampoco reconoció al chino que avanzaba hacia la entrada. La última vez que le viera, era un hombre grueso, casi redondo, con un bigotito muy bien cuidado. Reía mucho y cada vez que reía le temblaba toda la grasa

del cuerpo. Teddy recordaba que poseía unos dedos muy gordos, con una sortija ovalada de jade en el índice de la mano izquierda.

—¿En qué puedo servirla, señora? —preguntó él.

Era Chen, claro. Le faltaba el bigote, así como la sortija de jade y las masas de grasa, pero era Chen, más delgado, más arrugado, más encogido, quien la contemplaba ahora con unos ojos pardos, intentando situarla en su memoria. Teddy pensó que también ella había cambiado, puesto que Chen no la reconocía, y de pronto intuyó que lo que iba a hacer era una necedad. Tal vez también era ya tarde para cosas como fajas y bragas, medias ribeteadas y zapatos de ante, de tacón alto… Demasiado tarde para Teddy, demasiado tarde para los juegos sexuales… ¿Tan tarde era? Oh, Dios mío, ¿tan tarde?

Le había pedido a Fanny el día anterior que telefonease para saber si la tienda estaría abierta, y en caso afirmativo, para que le diesen hora. Fanny dio el nombre de Teddy Carella. ¿Habría olvidado Chen también el nombre? La seguía mirando fijamente.

—¿La señora Carella? —preguntó súbitamente.

Ella asintió.

—¿La conozco? —inquirió él, estudiándola todavía.

Teddy volvió a asentir.

—¿Me conoce usted?

Nuevo asentimiento.

—Charlie Chen —murmuró el chino, riendo; mas nada en su cuerpo tembló, y su risa fue como un suspiro exhalado por un cuerpo viejo y muy frágil—. Todo el mundo me llama Charlie Chan —explicó —. El detective gordo Charlie Chan. Pero yo soy Chen, *Chen*. ¿Conoce al detective Charlie Chan, protagonista de las novelas del autor Earl Derr Biggers?

Era lo mismo que le dijera años atrás.

Era extraño, pero Teddy hubiese querido llorar.

—Un detective gordo —continuó Chen—, unos hijos estúpidos — volvió a reír—. También yo tengo hijos estúpidos, mas yo no soy detec… —de repente calló y abrió más los ojos—. ¡La esposa de un

detective!, ¡usted es la esposa de un detective…! ¡Hice una mariposa para usted! ¡Una mariposa de encaje negro!

Teddy asintió, sonriendo ya.

—Usted no puede hablar, lo sé. Lee en mis labios, ¿verdad?

Ella dijo que sí con la cabeza.

—Bueno, ahora todo va bien. ¿Cómo está, señora? Sigue siendo la parroquiana más guapa, más encantadora de cuantas vienen a mi salón. ¿Lleva todavía la mariposa en el hombro?

Teddy asintió.

—La mejor mariposa que he hecho en mi vida. Una mariposa pequeñita. Yo quería hacérsela grande, ¿recuerda? Usted dijo, no, pequeña. Y yo hice una mariposa pequeña, delicada, negra, a propósito para una dama. Muy *sexy* para un vestido sin mangas. ¿La encontró *sexy* su esposo?

Teddy asintió. Empezó a responder con las manos, se dio cuenta a tiempo, como le ocurría a menudo, y señaló un lápiz y un papel del mostrador.

—¿Desea hablar? —preguntó Chen, sonriendo, entregándole lo pedido.

Teddy escribió: «¿Qué tal, señor Chen?».

—Ah, pues…, no muy bien —fue la respuesta.

Teddy le miró expectante.

—El viejo Charlie Chen tiene Gran C… —dijo él.

Teddy no entendió sus palabras.

—Cáncer —explicó Chen, y al observar la expresión de horror en el rostro de Teddy, se apresuró a añadir—: No, no, señora, no se preocupe, el viejo Charlie se pondrá bien, oh, sí.

Continuaba escrutando la cara de Teddy. Ella no quería llorar. Le debía al chino la dignidad de no verla llorar por él. Abrió las manos, inclinó la cabeza, enarcó las cejas levemente. Y Charlie Chen leyó, en aquella expresión, que estaba profundamente apenada por él.

—Muchas gracias, señora —murmuró Chen, e impulsivamente tomó sus manos entre las de él y sonriendo, agregó—: Bien, ¿por qué ha venido a ver a Charlie Chen? Escriba lo que desea, ¿eh?

Teddy volvió a coger el lápiz y el papel y escribió.

—¡Ah! —exclamó Chen—. ¡Una buena idea! ¡Una excelente idea! Contempló cómo se movía el lápiz.

—Muy bien —aprobó—, vamos, pase al fondo. Ah, Charlie Chen se siente muy feliz al verla. Todos mis hijos están ya casados, ¿se lo dije? El mayor es médico en Los Ángeles. ¡Un gran médico! —estalló en una carcajada—. ¡Un médico! ¿Puede creerlo? ¡Mi hijo mayor! Los otros dos…, venga por aquí, señora, los otros dos…

Desde el sitio donde el capitán Sam Grossman, delante del ventanal, miraba la calle High, podía divisar casi todo el sector central de la ciudad. El nuevo edificio de la Jefatura Superior de la Policía era una estructura casi enteramente de cristal (o eso parecía desde fuera), y Grossman solía preguntarse si desde la calle la gente podía verle cuando realizaba sus tareas cotidianas, como tratar de telefonear a la 87, lo cual era rutinario e irritante. Grossman casi nunca pensaba que su trabajo en el laboratorio fuese importante, excitante, y muy lejos de ser rutinario; aunque esto no lo habría admitido ante nadie de este mundo, pero sí, posiblemente, ante su esposa. El número seguía comunicando. Momentáneamente apretó uno de los botones rojos del aparato, obtuvo un nuevo tono y volvió a marcar. Otra señal de comunicación. Suspirando, Grossman dejó el auricular y consultó su reloj.

«Ni siquiera debería estar hoy aquí…», pensó.

Era domingo.

Se hallaba allí porque alguien pensó que podría resultar divertido que se repitiese en la ciudad la masacre del día de San Valentín, en Chicago, que tuvo lugar en 1929. Lo sucedido entonces, si la memoria no le fallaba a Grossman, era que unos pistoleros de la banda de Al Capone obligaron a siete muchachos desarmados de la banda de Bugs Moran a colocarse contra la pared de un garaje, y matarlos con una ametralladora. ¡Oh, chico, vaya masacre! Además, fue como una broma, ya que los muchachos de Al Capone iban

vestidos de policías. Algunas personas de Chicago, en aquella época, pensaban que los gangsters se comportaban ni más ni menos como los policías…, aunque esto era mera conjetura.

Sin embargo, a las nueve de la mañana, que según el reloj de Grossman eran las seis, varios *policías* de uniforme habían penetrado en un garaje donde había traficantes de drogas, y no alcohol de contrabando; y les ordenaron ponerse de cara a la pared, matándoles acto seguido a sangre fría. Uno de los asesinos había pintado un gran corazón rojo en la pared. Los criminales ni se molestaron en llevarse consigo los cuatro kilos de heroína, que los traficantes estaban preparando, cuando irrumpieron en el local; tal vez pensaron que el corazón rojo de la pared, y la roja sangre del suelo, se complementaban con el color blanco de la heroína sin cortar que estaba sobre una mesa. Fuese como fuese, había siete hombres muertos en la Plataforma Inferior, como llamaban a la zona más próxima al Quarter de la ciudad: siete hombres con una bala cada uno en el cuerpo, balas que habían sido recuperadas y enviadas al laboratorio junto con la lata de pintura vacía, y una serie de huellas dactilares, para no mencionar unos restos de pintura tomada del farol situado frente al garaje, presumiblemente manchado cuando el coche de los fugitivos chocó con él, dejando al mismo tiempo un montón de cristales rotos; todo ello constituía un material valioso para el laboratorio, donde tenían que atarearse aquel domingo por la mañana.

Grossman volvió a marcar el número.

¿Nunca se produce un milagro? ¡Ahora sonaba el timbre!

—Aquí Genero, comisaría 87 —expresó una voz cansada.

—El detective Carella, por favor —pidió Grossman.

—¿No puede llamarle él? —preguntó Genero—. Ahora está muy ocupado.

—Llevo diez minutos tratando de comunicar con él —explicó el capitán.

—Sí, las líneas están ocupadas —rezongó Genero—. Parece haberse desencadenado una guerra. Déme su nombre y él le

llamará.

—No, dígale mi nombre y que le espero *ahora* —replicó Gross— man, ya enfadado.

—Bueno, ¿cuál es su nombre, señor?

—Capitán Grossman. ¿Y su nombre, amigo?

—Se pondrá inmediatamente, capitán —respondió Genero.

Grossman oyó cómo el receptor chocaba contra una superficie dura. Hubo un parloteo como música de fondo, cosa corriente en la 87, sobre todo en domingo.

—Aquí detective Carella. ¿En qué puedo servirle?

—Steve, soy Sam Grossman.

—¿Sam? Genero me dijo que era el capitán Holtzer.

—No, el capitán Grossman. ¿Qué ocurre ahí? Parece como si hubiese estallado la tercera guerra mundial.

—Tenemos una delegación de ciudadanos coléricos —explicó Carella.

—¿Por qué?

—Por un individuo que se ensucia en los pasillos —aclaró Carella.

—No me envíes muestras —rio Grossman al instante.

—Sí, resulta cómico —Carella bajó la voz—, y eso opino yo. Pero los inquilinos del 5411 de Ainsley no lo hallan divertido en absoluto. Están aquí en masa, exigiendo que actuemos lo antes posible.

—¿Qué quieren que hagáis, Steve?

—Que detengamos a ese Cagón Loco —expresó Carella.

Grossman volvió a reír. Carella le imitó. Al fondo, por encima de la carcajada de Carella, Grossman oyó a alguien que gritaba en español. Creyó detectar la palabra *mierda*.

—Steve —continuó el capitán—, siento molestarte en medio de un asunto tan importante…

—Tan maloliente, querrás decir —rectificóle Carella, y ambos volvieron a reír.

Nada le complacía más a un policía que una broma escatológica, a menos que se tratase de una broma acerca de la labor policíaca. Los dos estuvieron riendo, en tanto al fondo alguien gritaba algo

respecto a la Bahía Cochinos. Al fin, las carcajadas fueron cesando. Lo mismo que los gritos en español.

—¿Adónde se han ido, tan de repente? —se extrañó Grossman.

—¡A casa! —volvió a reír Carella—. Genero les ha dicho que preparará una parada de reconocimiento. ¿Te imaginas a ocho policías y un posible delincuente cagón, enseñando los traseros a veintiséis ciudadanos hispánicos?

Grossman se echó a reír de tan buena gana que pensó que acabaría por mojarse los pantalones. Transcurrieron otros dos minutos antes de que pudieran hablar. Esto no solía suceder cuando Grossman y Carella hablaban por teléfono, aunque los dos agradecían esos momentos de esparcimiento. Usualmente, Grossman, cuando trabajaba, presentaba un semblante mucho más grave a los detectives. Alto, de ojos azules, sombrío casi con sus gafas sin montura, parecía más un granjero de Nueva Inglaterra que un científico, y su modo de hablar poco contribuía a borrar esa impresión. Cuando uno se encontraba frente a frente de Grossman en su laboratorio, ordenadamente esterilizado, se tenía la impresión de que si se le preguntaba por dónde se iba a la ciudad más cercana, diría que era imposible ir. De todos modos, a menudo, quizá porque apreciaba a Carella, Grossman olvidaba momentáneamente que su labor se hallaba unida inexplicablemente a la muerte violenta.

—Respecto al bolso de la chica —dijo, y Carella comprendió que trataban ya de cosas serias.

—¿Sally Anderson?

—Sí, la misma —asintió Grossman—. Más tarde te enviaré un informe completo, incluyendo la marca de cigarrillos que fumaba… Bien, ahora…, querías saber si era una drogadicta, ¿verdad?

—Porque la otra víctima estaba relacionada con…

—Sí, eso dice la tarjeta.

—¿Has hallado algún rastro que puedas identificar como cocaína?

—Un residuo en el fondo del bolso. No lo bastante como para efectuar un análisis como es debido.

—¿En qué consiste el análisis?

—En cuatro pruebas. Lo que en el proceso de eliminación, y perdona la expresión, no es mucho. No obstante, yo sabía lo que tú andas buscando, y elegí deliberadamente mis análisis de colores para las reacciones más visibles. Por ejemplo, la cocaína es incolora con el Mercke y el Marquis, de modo que los evité. En cambio, empleé el ácido nitrosulfúrico para la primera prueba de color. Logré una reacción amarillenta, que no cambió al añadirle amoníaco, y en cambio sí cambió a incolora al añadirle agua. Ésta es la reacción de la cocaína. Para la segunda prueba del color… Oye, ¿te estoy aburriendo?

—No, no, sigue —le animó Carella.

También creía poseer una mente científica y le fascinaban las fórmulas y los análisis de Grossman.

—Para la segunda prueba de color usé tetrabitromatano, que, de buscar cocaína, tenía que dar una reacción más fuerte que con otras pruebas. Seguro, inicialmente logré amarillo con un matiz anaranjado, que eventualmente se convirtió en amarillo total. Cocaína —sentenció Grossman.

—Cocaína —repitió Carella.

—Y en los análisis efectuados para la precipitación y la cristalización, obtuve virtualmente los mismos resultados. Con platino clorhídrico como activante y ácido acético normal como disolvente, conseguí inmediatamente la reacción de la cocaína: miles de hojitas cristalinas agregadas, dispuestas de forma extraña, con birefrigencia moderada, predominantemente…

—No te sigo ya, Sam —se quejó Carella.

—No importa. Típico de la cocaína. Cuando empleé oro clorhídrico con el ácido, obtuve cristales de bordes rectilíneos que formaban un amorfo… Bueno, no importa. Cocaína.

—O sea que la sustancia que hallaste en el fondo del bolso era cocaína, ¿verdad?

—Digo que *probablemente* era cocaína. No puedo afirmarlo, Steve, sin realizar más análisis, y no tengo materia suficiente. Si esto

te hace sentir más dichoso… Porque supongo que buscas una conexión con las drogas…

—En efecto.

—Bueno, hallamos restos de marihuana, así como semillas de lo mismo en el fondo del bolso. Los bolsos de las mujeres son unos receptáculos donde hay de todo.

—Bien, gracias, Sam.

—¿Te ayuda saber que esa chica mascaba chicle sin azúcar?

—Ni en lo más mínimo.

—En ese caso, no diré que mascaba chicle sin azúcar. Buena suerte, Steve. Hoy tengo las balas de siete personas asesinadas por policías.

—¿Qué? —se asombró Carella.

Grossman ya había colgado.

Sonriendo, Grossman permaneció un momento con la mano sobre el aparato telefónico, y al oír que se abría la puerta levantó la vista.

Se extrañó al ver a Bert Kling, no porque el policía no visitara jamás el laboratorio, sino porque Grossman apenas hacía unos segundos que había hablado con otro detective de la 87. Considerando las leyes de la probabilidad, Grossman habría dicho que… Bien, no importaba.

—Adelante, Bert —le invitó—. ¿Cómo van las cosas?

Ya sabía cómo iban. Todos en el departamento lo sabían. Bert Kling había hallado a su esposa en cama con otro hombre en el mes de agosto pasado. Así era como iban las cosas. Sabía que Kling y su mujer se habían ya divorciado. Sabía que Carella estaba algo preocupado por ello porque se lo había manifestado a Grossman, quien había sugerido que hablase con alguien del departamento de psicología, el cual le había aconsejado a Carella que intentara llevarle personalmente al psicólogo, cosa que Carella no logró.

Grossman apreciaba a Kling. En realidad, apreciaba a casi todos los policías de la 87…, bueno, tal vez no apreciase tanto a Parker. Parker era un tipo falto de espíritu, perezoso y, en conjunto, alguien a quien odiar casi. Grossman apreciaba a Kling y no le gustaba verle

de aquella manera, como un hombre al que acaban de soltar de la penitenciaría estatal de Castleview, llevando todavía el raído traje regalado por el estado, junto con los papeles de la libertad provisional y el mínimo cheque de lo ganado en la cárcel. Como un hombre que necesitase un buen afeitado, aunque el vello rubio de la barbilla y las mejillas de Kling fuesen menos visibles de lo que serían en un tipo de barba más cerrada. Como el hombre que llevase un enorme peso a la espalda. Como el hombre cuyos ojos siempre estaban algo húmedos, casi al borde de las lágrimas. Grossman observó aquellos ojos cuando ambos se estrecharon las manos. ¿Era acertada la preocupación de Carella? ¿Tenía aspecto Kling de ser el individuo que un día podía utilizar su propio revólver para suicidarse?

—Bien —exclamó Grossman alegremente—, ¿qué te trae por aquí?

—Unas balas.

—¿Más balas? Esta mañana ya hemos tenido nuestra masacre del día de San Valentín —replicó Grossman—. Siete chicos asesinados en un garaje, en la Plataforma Inferior. Dicen que los asesinos iban vestidos como policías. Admito que es un buen aniversario, pero no me gusta tener trabajo extra los fines de semana. ¿Qué balas?

—Anoche hubo un homicidio en la Ronda Silvermine —respondió Kling—. La víctima fue un individuo llamado Marvin Edelman. Les pedí a los del depósito que enviaran aquí todo lo que encontraran en el cadáver. Pensé que debía mencionarlo.

—¿Y te has tomado la molestia de venir para decirme que hay unas balas en camino? —se asombró Grossman.

—No, no. Bueno, yo estaba en aquel sector.

Grossman sabía que el palacio de Justicia estaba muy cerca, y al principio se figuró que Kling tenía algo que hacer allí. Los domingos solamente funcionaba un juzgado, estrictamente para tomar declaración a los detenidos el día anterior. De pronto, Grossman recordó que la Unidad de Consejo Psicológico se había trasladado

recientemente al tercer piso del palacio. Vaya, Carella había logrado convencer a Kling para que un psicólogo intentara curarle la depresión.

—Pues, ¿qué te trae aquí en domingo? —preguntó casualmente Grossman.

—Ayer fue a verme una mujer… Su esposo… Oh, es una larga historia…

—Oigámosla —propuso Grossman.

—No, ya tienes demasiadas balas para examinar —objetó Kling —. Bien, analiza lo que traigan del depósito, ¿eh? El tipo se llamaba Edelman. Hasta la vista.

Kling salió del laboratorio. La historia que estuvo a punto de contar se refería a la mujer que le había ido a ver el día anterior porque la antigua novia de su marido lo había abordado en la calle, abriéndole el brazo desde el hombro a la muñeca con un cuchillo de cocina que sacó del bolso. Al describir a la antigua novia del marido, la mujer usó la expresión «negra como el carbón», y continuó describiéndola como una mujer extremadamente delgada, que se llamaba Annie…, no recordaba el apellido, ni tampoco el de su esposo. Éste, según la mujer, era un marino holandés que arribaba al puerto de la ciudad casi todos los meses, hasta que se conocieron y se casaron, pero que se gastaba su sueldo con las prostitutas de la Vía de las Putas o de otro lugar del centro conocido como Slit City[7]. La mujer presenció el navajazo y oyó cómo Annie exclamaba:

—¡Pienso mojarte otra vez!

Tal vez fue la palabra «mojarte» la que despertó la memoria de Kling.

Un policía en funciones no siempre recuerda los pequeños detalles de las transgresiones criminales que pasan por su mesa y se cruzan en su camino todos los días de la semana. El hecho de que la dueña del cuchillo fuese negra no fue suficiente para reavivar su memoria. Ni tampoco el nombre de Annie, o su descripción como delgada y prostituta. Pero la primera vez que Kling oyó la palabra «mojar», como término de argot criminal, fue en la Masón Avenue,

cuando una ramera negra, tras acuchillar la cara de un cliente, exclamó:

—¡Volveré a *mojarte* con esto!

Cotton Hawes, que fue el compañero de Kling en el caso, en respuesta a la alarma recibida, le manifestó que esa expresión la oyó por primera vez en Nueva Orleans y que significaba, naturalmente, «apuñalar». El nombre de la ramera era Annie Holmes. Tan pronto como la esposa del atacado repitió las palabras de Annie al desgarrar el brazo de aquél, Kling chasqueó los dedos.

Bien, se hallaba ahora allí, aunque tenía el día libre, porque: a) vivía solamente a seis manzanas de distancia, en un apartamento a la sombra del Calm's Point Bridge; b) porque no podía interrogar a la viuda de Marvin Edelman hasta el día siguiente, ya que se hallaba camino de la ciudad desde el Caribe, tras recibir una llamada de su hija notificándole la muerte de Edelman la noche anterior; c) porque no podía ocuparse del homicidio hasta que Grossman le diese la información respecto al arma utilizada en el crimen; y d) porque sabía que el Departamento de Identificación estaba abierto todos los días de la semana (a pesar de que el alcalde había amenazado con algunos recortes en el horario), y esperaba conseguir una foto de Annie Holmes, que luego enseñaría al hombre acuchillado y a su esposa, que había presenciado el hecho, y con una identificación positiva lograría la orden de arresto.

Por todo esto se hallaba allí.

No le había dicho a Grossman el motivo, aunque empezó a contárselo, porque el triángulo formado por el marino holandés, la esposa y la antigua novia recordaba vivida y cegadoramente la escena que tuvo lugar en el dormitorio que Kling compartía con Augusta como marido y mujer; la escena triangular de aquella habitación. Augusta desnuda en la cama, llevándose absurdamente la sábana a sus pechos para proteger su desnudez de los ojos de su marido; sus ojos verdes muy abiertos, el cabello revuelto, una película de sudor en sus maravillosos pómulos, que constituían su fortuna, y el labio superior temblándole como temblaba el revólver en

la mano de Kling. Y el amante, el *tercer* lado del triángulo, con los calzoncillos puestos y buscando el pantalón doblado sobre una silla; un hombre bajo y delgado, parecido a Genero, con cabello negro y rizado, y los ojos pardos casi desorbitados por el terror; sin embargo, no era Genero, era el amante de Augusta, y cuando iba a coger el pantalón, sólo acertó a gritar: «¡No dispare!», al ver que Kling le apuntaba directamente al pecho.

«Debí disparar», pensaba ahora Kling. «Debí matarlo, y ahora no viviría lleno de vergüenza. No hubiese tenido que callarme la historia del holandés y su prostituta por temor a que un hombre decente como Sam Grossman se acordase de mi propia historia, y pensara: ¡Ah, sí, Kling y su esposa infiel… Sí, Kling no hizo nada… Sí, Kling no mató al tipo que estaba con…!».

—Hola —exclamó una voz.

Kling estaba junto a los ascensores, la cabeza inclinada, los ojos fijos en el suelo de mármol. No reconoció la voz, ni comprendió al principio que se dirigía a él. No obstante, levantó la vista porque alguien se hallaba ante él. Ese alguien era Eileen Burke.

La joven llevaba un vestido marrón muy sencillo, una blusa verde con un cuello plisado, color que armonizaba con el de sus ojos. Con su cabellera pelirroja hacia atrás, parecía muy alta con los zapatos de tacón alto, de matiz más oscuro que el vestido. En el bolso que colgaba de su hombro, Kling distinguió en su interior el cañón de un revólver entre unos *kleenex*. El retrato de su tarjeta de identificación, prendida en lo alto del vestido, mostraba a una Eileen Burke más joven, con el cabello ondulado. Sonreía…, en el retrato y en persona.

—¿Qué haces aquí? —inquirió—. Nadie viene por aquí en domingo.

—Necesito una foto de Archivos —explicó él. Eileen esperaba la continuación—. ¿Y tú qué haces?

—Trabajo aquí. En Fuerzas Especiales. En este piso. Ven a tomar una taza de café.

—No, gracias… Tengo prisa —mintió Kling, ya que no tenía prisa ninguna.

—De acuerdo —ella se encogió de hombros—. Oh, me alegro de haberte encontrado. De todos modos, iba a llamarte…

—¿Sí?

—He perdido un pendiente. O en la lavandería, cuando arresté al individuo de las bragas o en la 87. Si fue en la lavandería, adiós pendiente, pero si fue en la comisaría…, o tal vez en el coche cuando me acompañasteis hasta el metro…

—Sí —asintió Kling.

—No es más que un pendiente de oro, del tamaño de un cuarto de dólar. Nada ostentoso, ¿comprendes?, para mi clase de trabajo.

—¿De qué oreja?

—La derecha. Bueno, ¿cuál es la diferencia? Sí, de la oreja derecha, pero los pendientes son intercambiables.

—Sí, claro —asintió Kling.

Estaba contemplando la oreja derecha de la joven, o el espacio que había más allá…, o al vacío. Ciertamente, no miraba su cara; no permitía que sus ojos se encontraran. «¿Qué diablos le pasa a Kling?», se preguntó Eileen.

—Echarás una ojeada, ¿verdad? —prosiguió ella—. Si lo encuentras, llámame. Trabajo en Fuerzas Especiales…, oh, ya lo sabes, pero entro y salgo constantemente. Si no estoy, deja el recado. Si encuentras el pendiente, claro —titubeó y añadió—: el de la oreja derecha. Si encuentras el de la izquierda, no me sirve —sonrió. Kling no—. Bien, ya nos veremos.

Agitó la mano en son de despedida, dio media vuelta y se alejó por el pasillo.

Kling apretó el botón de llamada del ascensor.

Tina Wong había estado sorteando la nieve del parque y se sorprendió al ver a los dos detectives aguardándola en el vestíbulo del edificio donde vivía. Vestía un traje sastre de color gris y un gorrito de lana menos coloreado que el que Meyer había recibido

como regalo de San Valentín. Tenía los zapatos mojados, lo mismo que los bajos del pantalón.

—Oh… —exclamó, e inexplicablemente miró por encima del hombro, como si, por ejemplo, tuviese el coche mal aparcado junto a la acera.

—Lamento molestarla, señorita Wong —murmuró Meyer.

Ya no llevaba el gorro, sino un sombrero azul que le daba un aspecto más distinguido, aunque dejaba adivinar el comienzo de su calva.

—Nos gustaría formularle unas preguntas —añadió Carella.

Llevaban unos cuarenta minutos en el vestíbulo, después de que el conserje les dijera que la señorita Wong había salido.

—Oh, claro —accedió Tina.

Indicó con el gesto a los dos policías unos sillones agrupados en torno a una chimenea de imitación. El vestíbulo gozaba de buena temperatura. La cara de Tina estaba enrojecida por el frío exterior y la caminata. Se quitó el gorro de lana y se alborotó el cabello. Los tres tomaron asiento frente a la falsa chimenea. El conserje, sentado delante de la centralita telefónica, leía con expresión aburrida el periódico de la mañana. Había un zumbido mecánico en aquel vestíbulo, que los detectives no lograban situar. El lugar olía a ropas mojadas dentro de una habitación cerrada. Fuera, el viento soplaba con fiereza, formando un contrapunto con el mencionado zumbido.

—Señorita Wong —empezó Carella—, cuando hablamos ayer con usted, ¿recuerda que le preguntamos si Sally Anderson tenía algo que ver con cocaína?

—Hum… sí.

—¿Recuerda que nos dijo…?

—Que, por lo que sabía, no tenía nada que ver.

—¿Significa esto que jamás la vio usar cocaína?

—Jamás.

—¿Significa asimismo que nunca le habló a usted de esa droga?

—Sí, exacto.

—¿Le habría hablado de tal cosa?

—Éramos amigas íntimas. No creo que sea un pecado tan enorme tomar coca de vez en cuando. Supongo, pues, que de haberlo hecho, me lo habría dicho.

—Pero no lo dijo.

—No, no lo dijo.

—Señorita Wong, de acuerdo con Timothy Moore, el domingo pasado por la noche Sally estuvo en una fiesta. La fiesta que daba alguien llamado Lonnie. Una de las bailarinas negras de *Fatback*.

—¿Y bien?

—¿Estuvo en la fiesta?

—Oh, sí.

—El señor Moore no fue, ¿verdad?

—No, no fue. Tenía que estudiar. Tomó esa resolución la víspera de Año Nuevo y…

—Sí, nos lo contó. En algún momento de la fiesta, ¿vio si Sally Anderson aspiraba cocaína?

—No.

—¿Y otras personas?

—No sé a qué se refiere.

—¿Estaban presentes otros miembros de la compañía?

—Claro…

—¿Recuerda que cuando hablamos ayer usted mencionó que algunos miembros de la compañía *sí* usaban cocaína?

—Es posible que lo dijese.

—Bueno, dijo que algunos usaban cocaína de cuando en cuando, sin darle importancia.

—Pude decirlo, sí.

—¿Tomó alguno de ellos cocaína en la fiesta? ¿Lo observó usted?

—No sé si debo contestar… —vaciló Tina.

—¿Por qué no? —quiso saber Meyer.

—Oigan, ¿por qué creen que Sally usaba cocaína?

—¿La usaba? —preguntó Carella al instante.

—Ya dije que no, que yo sepa. Oh, tantas preguntas…, ¿qué importa que la usara o no? Está muerta, la mataron, ¿no? ¿Qué tiene que ver la cocaína con su muerte?

—Señorita Wong, tenemos buenos motivos para creer que su amiga era adicta a la cocaína.

—¿Cómo? ¿Por qué razón?

—Hemos analizado un residuo de polvo de su bolso.

—¿Era…, cocaína?

—Estamos razonablemente seguros de que lo era.

—¿Qué significa esta respuesta? ¿Lo era o no lo era?

—Los análisis no han sido exhaustivos, mas por lo que…

—Entonces pudo ser cualquier otra cosa. Polvos faciales o…

—No eran polvos faciales, señorita Wong.

—¿Por qué están tan ansiosos de demostrar que Sally era adicta a la cocaína?

—No estamos ansiosos. Simplemente, deseamos saber quién más lo era.

—¿Cómo puedo yo saberlo?

—Cuando hablamos ayer con usted…

—Ayer. Ayer ignoraba que esto iba a convertirse en un tercer grado.

—No es un tercer grado, señorita Wong. Cuando ayer hablamos con usted, dijo… y creo repetirlo exactamente: «Los coristas y bailarines de un espectáculo acaban por conocerse bastante bien». ¿No dijo esto?

—No me acuerdo de las palabras exactas.

—Pero era el significado de la frase, ¿verdad?

—Eso creo.

—Bien —continuó Carella—. Si usted tiene alguna idea de quiénes son adictos a la cocaína…, nos gustaría compartir con usted tal conocimiento.

—¿Por qué? ¿Por qué he de poner en apuros a personas decentes sin una causa justificada?

—¿Qué personas decentes?

—No conozco a nadie que sea adicto a las drogas, ¿de acuerdo?

—No es esto exactamente lo que declaró ayer.

—Pues es lo que declaro hoy —los miró fijamente y añadió—: Será mejor que llame a mi abogado.

—No queremos detener a nadie por usar drogas —le espetó Meyer con gravedad.

—No sé lo que pretenden ustedes, pero lo que sea no lo obtendrán de mí.

—Su mejor amiga ha sido asesinada —le recordó Carella con suavidad.

Ella le miró de hito en hito.

—Tratamos de descubrir quién lo hizo —continuó Carella.

—No lo hizo ninguno del espectáculo.

—¿Cómo lo sabe?

—No lo sé. Pero sé que… —de repente, calló.

Tina cruzó los brazos sobre el pecho y levantó la barbilla obstinadamente. Carella miró a Meyer. Éste asintió de manera casi imperceptible.

—Señorita Wong —expresó Carella—, sobre lo que nos dijo ayer, tenemos buenas razones para creer que usted sabe quién o quiénes, si hay alguno, es adicto a la cocaína. Estamos investigando un asesinato. Por tanto, podemos obligarla a presentarse delante de un gran jurado, donde se le formularán las mismas preguntas que ahora le hacemos nosotros…

—Oh, no, no pueden… —murmuró ella.

—Sí podemos, y lo haremos si sigue negándose a…

—¿Qué es esto, Rusia? —se enojó Tina.

—Esto son los Estados Unidos —respondió Carella—. Usted tiene sus derechos, nosotros tenemos los nuestros. Si se niega a responder ante un gran jurado, quedará arrestada por desacato al tribunal. Elija.

—No lo creo… —susurró Tina.

—Pues créalo. Si sabe quién es adicto a la cocaína…

—Odio el machismo… —exclamó Tina.

Los dos detectives callaron.

—Odio esas tácticas dignas de la mafia —prosiguió ella.

Ellos continuaron callados.

—Como si todo eso tuviese algo que ver con la muerte de Sally… —objetó Tina.

—Vámonos, Meyer —propuso Carella, poniéndose de pie.

—Eh, un momento —le detuvo Tina.

Carella no volvió a sentarse.

—Debía de haber media docena de personas en la fiesta aspirando cocaína.

—¿Algunos de la compañía?

—Sí.

—¿Quiénes?

—Sally, claro.

—¿Quiénes más?

—Mike.

—¿Qué Mike?

—Roldán. Miguel Roldán.

—Gracias —dijo Carella.

—Si le causan el menor conflicto…

—No deseamos causarle ningún conflicto —declaró Meyer—. ¿Conocía muy bien Sally Anderson a su productor?

La pregunta cogió a Tina completamente por sorpresa. Abrió más los ojos y vaciló un instante antes de inquirir:

—¿Allan?

—Sí, Allan Carter —asintió Carella.

—¿Por qué?

—¿Habló alguna vez Sally de él de forma no profesional?

—No sé a qué se refieren.

—Creo que sí lo sabe, señorita Wong.

—¿Quieren saber si estaba enredada de alguna manera con él? ¡No sean ridículos!

—¿Por qué lo juzga ridículo?

—Porque…, bueno, ella tenía novio. Ya lo saben, se lo dije ayer.

—¿Por qué esto debe excluir que estuviese «enredada» con el señor Carter?

—Sé que no había nada entre ellos.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque hay cosas que una las sabe.

—¿Les vio juntos alguna vez?

—Claro.

—Fuera del teatro…

—Ocasionalmente.

—¿Cuándo fue la última vez que los vio juntos?

—El domingo pasado por la noche.

—¿En qué circunstancias?

—En la fiesta de Lonnie.

—¿Es esto corriente? Bueno, que un productor asista a la fiesta de uno de sus bailarines…

—Ustedes no piensan terminar hasta poner en un aprieto a toda la compañía, ¿verdad?

—¿A quién estamos poniendo en apuros ahora? —se interesó Meyer.

—Allan estaba conmigo —declaró Tina—. ¿De acuerdo? Yo lo llevé a la fiesta.

Los detectives se miraron uno al otro, intrigados.

—Allan está casado, ¿de acuerdo? —explicó Tina.

Por el momento, tan sólo deseaban interrogar a dos personas relacionadas con *Fatback*.

La primera era Miguel Roldán y coincidía que era hispánico y adicto a la cocaína. Sally Anderson también lo había sido, y Paco López era hispánico. Deseaban preguntarle a Roldán de dónde obtenía la droga, si Sally la obtenía de la misma fuente y si tal fuente no sería el tenderete de caramelos de Paco López. La segunda persona era Allan Carter, productor de *Fatback*, casado, quien, según Tina Wong, había disfrutado de un pequeño romance con la

bailarina china desde setiembre, cuando se conocieron más a fondo en la fiesta dada para celebrar el estreno de la obra. Querían preguntarle a Carter por qué dijo que Sally Anderson era una «pelirroja». ¿No habría estado Carter enredado en otra relación extraconyugal con la bailarina asesinada? En caso contrario, ¿por qué se había tomado tantas molestias para indicar que apenas la conocía? Los detectives no le habían mencionado a Tina esta confusión de Carter. Si había habido alguna relación entre él y la chica muerta, era muy posible que Tina lo ignorase, en cuyo caso no deseaban alertarla. Sabían intuitivamente que Carter les había mentido cuando negó acordarse de Sally Anderson. Ahora, querían averiguar por qué les había mentido.

Sin embargo no averiguaron nada aquel domingo por la tarde.

El conserje del edificio en el que vivía Carter en Grover Park West, comunicó a los dos detectives que el señor Carter y la señora Carter se habían marchado a las cuatro de la tarde. No sabía adónde se habían ido ni cuándo regresarían. Sugirió que tal vez el señor Carter habría vuelto a Filadelfia, si bien esto no concordaba con el hecho de que un coche con chófer hubiese recogido al matrimonio. Normalmente, el señor Carter tomaba el tren para ir a Filadelfia y, esto aparte, siempre se ausentaba solo. A Carella también le pareció improbable lo de Filadelfia. Carter había dicho por teléfono el día anterior que no pensaba volver a Filadelfia hasta el miércoles. Los detectives se dirigieron hacia el apartamento que Miguel Roldán compartía con Tony Asensio, el otro bailarín hispánico del espectáculo. Tampoco estaban en casa, y el conserje no sugirió ninguna posibilidad.

Carella se despidió de Meyer a las seis y diez minutos, y solamente entonces recordó que no había comprado el regalo para Teddy. Recorrió el Stem hasta hallar una tienda de ropas abierta, y ya dentro vio que únicamente vendían bragas de la variedad abiertas por el centro y otras que podían comerse como caramelos; decidió que no era esto lo que deseaba, muchas gracias, y estuvo vagando

durante otra hora antes de adquirir una caja de bombones, en forma de corazón, en un *drugstore*. Sabía que iba a defraudar a su esposa.

Los ojos y el semblante de Teddy no mostraron el menor desaliento cuando él le ofreció el obsequio. Carella le explicó que sólo era una solución temporal, y que le haría un regalo magnífico cuando el caso en el que se ocupaba estuviese solucionado. Ignoraba cuándo ocurriría tal cosa, aunque se prometió a sí mismo que le compraría algo mejor a Teddy al día siguiente, así lloviese fuego del cielo. No sabía aún que el caso cambiaba espectacularmente ni que al día siguiente le informarían, por lo que tuvo que posponer una vez más sus maravillosos planes.

A la hora de cenar, Abril, su hija de diez años, se quejó de haber recibido, en el día de San Valentín, sólo una postal y el remitente era un tonto. Pronunció la palabra con un mohín que su madre habría sabido expresar mejor, si bien la niña logró parecerse mucho a Teddy en aquel instante, con sus ojos y su pelo negros, y la bonita boca torcida en una expresión de absoluto disgusto. Mark, su hermano de la misma edad, pues eran mellizos, que se parecía más a Carella que a su madre o a su hermana, manifestó que todo aquel que enviase una postal a Abril tenía que ser un tonto, y al oír esto, la niña asió la chuleta de cerdo que estaba comiendo por el hueso y amenazó a su hermano con utilizarla como un hacha. Carella los calmó. Fanny salió de la cocina y casualmente mencionó que aquéllas eran las mismas chuletas de cerdo que sacó la noche antes del refrigerador para descongelarlas, que esperaba que estuviesen sabrosas y que, por tanto, no infectasen a toda la familia con triquinosis. Mark quiso saber qué era la triquinosis. Fanny le explicó que era algo relacionado con una *cassoulette* y le guiñó un ojo a Carella.

Después, llevaron a los niños a la cama.

Durante un rato, el matrimonio contempló la televisión, y al fin entraron en el dormitorio. Teddy permaneció en el cuarto de baño un tiempo excesivamente largo. Carella supuso que estaba enfadada. Cuando salió, la joven llevaba una bata encima del camisón.

Normalmente, no era tan remilgada en su dormitorio. Carella pensó más aún que su cajita de bombones la había realmente enojado. Tan grande era su culpa («los italianos y los judíos —decía siempre Meyer— son las razas que se sienten más culpables sobre la faz de la tierra»), que no recordó, hasta que ella se metió en cama, ya a oscuras, que ella no le había regalado nada.

Encendió la lamparita de noche.

—Cariño —murmuró—, lo siento de veras. Sé que debí comprarlo antes, y que fui un estúpido al dejarlo para el último momento. Ah, te prometo que mañana…

Ella le puso un dedo en los labios para que callase.

Después, se sentó en la cama.

Se bajó una cinta del camisón.

A la luz de la lamparilla, Carella miró su hombro. Donde antes había solamente un tatuaje representando una pequeña mariposa negra, y hacía tanto tiempo que apenas recordaba cuándo la vio por primera vez, ahora vio dos mariposas, una algo mayor que la otra, con las alas de color amarillo combinado con el negro. La nueva mariposa parecía revolotear sobre la primera, como besándola con sus extendidas alas.

De repente, los ojos de Carella se inundaron de lágrimas.

La atrajo hacia sí y la besó ansiosamente, sintiendo cómo sus lágrimas se mezclaban con las de ella como las mariposas de su hombro.

8

Para algunas personas todavía era el día de San Valentín.

Mucha gente no cree que el día acaba a medianoche. Consideran que el día no ha concluido hasta que se van a dormir. Dos de las personas que pensaban que todavía era el día de San Valentín eran el Hermano Anthony y la Gorda. A la una de la madrugada del 15 de febrero, creían que todavía continuaba el día de los enamorados, especialmente desde que se habían enterado del nombre de la novia de Paco López. La obtención de la información la habían conseguido dentro del día de San Valentín, lo cual consideraban como un buen presagio. Mas hasta la primera hora del día 15, el Hermano Anthony no llamó a la puerta del apartamento de Judita Cuadrado.

En aquella vecindad, una llamada a la puerta a la una de la madrugada solamente podía significar una desgracia. O bien la presencia de la Policía para interrogar acerca de un crimen cometido en el mismo edificio, o que alguien, pariente o amigo, venía a comunicarte que un ser querido había sufrido cualquier accidente. De todas formas, determinaba una mala noticia. La gente de aquel vecindario sabía que una llamada a la puerta a la una de la madrugada no significaba la presencia de un ladrón, armado o sin armar. Los ladrones no acostumbraban a llamar a las puertas, y también sabían que en aquel barrio todas las puertas tenían cadenas de seguridad, barra de hierro o doble cerrojo.

El Hermano Anthony sabía que al despertar a una persona a la una de la madrugada, la misma se asustaría, y era por eso por lo que él y Emma habían aguardado hasta aquella hora, a pesar de haber obtenido la información a las diez de la noche.

—¿Quién es? —inquirió Judita desde detrás de la puerta.

—Amigos —replicó el Hermano Anthony.

—¿Amigos? ¿Qué amigos?

—Abra la puerta, por favor.
—Lárguese —gritó Judita.
—Es importante que hablemos con usted —manifestó Emma.
—¿Quiénes son ustedes?
—Abra un poco la puerta —pidió Emma—, y lo verá usted misma.
Oyeron descorrerse los cerrojos. Primero uno, después el otro. La puerta, sujeta por una cadena, dejó un resquicio. Por aquella abertura divisaron el rostro pálido de una joven. A sus espaldas, vieron una luz en la cocina.
—*Dominus vobiscum* —recitó el Hermano Anthony.
—Le traemos dinero —añadió Emma.
—¿Dinero?
—De Paco.
—¿De Paco?
—Quiso que se lo entregáramos a usted si le ocurría algo.
—¿Paco? —repitió Judita.
No había visto a Paco desde casi dos meses antes de que lo mataran. Era Paco quien le había dejado aquellas señales en el pecho, maldito bastardo. ¿Quién era el sacerdote que estaba allí fuera? ¿Quién era la mujer gorda que decía traerle dinero? ¿Dinero de Paco? ¡Imposible!
—¡Lárguense! —gritó.
Emma extrajo un fajo de billetes del bolsillo, el dinero que quedaba del que el Hermano Anthony le había arrebatado al estafador de los billares. A la escasa luz del corredor, Emma vio cómo Judita abría mucho los ojos.
—Para ti —dijo la Gorda—. Abre.
—Si es para mí, démelo —pidió Judita—. No hace falta abrir la puerta.
—Bah, no importa —rezongó el Hermano Anthony, poniendo una mano sobre el brazo de Emma—. No quiere ese dinero.
—¿Cuánto hay? —preguntó Judita.
—Cuatrocientos dólares.
—¿Y Paco dijo que me lo diesen *a mí*?

—Por lo que te hizo —explicó Emma, bajando la voz y los ojos.

—Un momento —murmuró Judita.

La puerta se cerró. No oyeron nada. El Hermano Anthony se encogió de hombros. Emma le imitó. ¿Estaría equivocada la información obtenida? El que les había hablado de Judita era su primo. Les contó que la joven vivía con Paco antes de morir éste. Añadió que Paco le había quemado los pechos con cigarrillos. Ésta era una de las razones por las que el Hermano Anthony sugirió que visitaran a Judita a la una de la madrugada. Según él, ninguna mujer permite que la traten brutalmente a menos que esté muy asustada. La una de la madrugada todavía la asustaría más. Bien, ¿dónde estaba ahora? ¿Adónde se había ido? Aguardaron. Oyeron finalmente el ruido de la cadena. Se abrió la puerta. Judita Cuadrado estaba en el umbral con una pistola en la mano.

—Pasen —invitóles, gesticulando con la pistola.

El Hermano Anthony no esperaba tal cosa. Miró a Emma.

—*No hay necesidad de esa pistola* —exclamó la Gorda.

El Hermano Anthony no entendió la frase. En realidad, hasta aquel instante ignoraba que Emma sabía hablar en castellano.

—*Hasta que sepa quiénes son ustedes* —contestó Judita, volviendo a gesticular con la pistola.

—Está bien —se conformó Emma, hablando en inglés—. Pero tan sólo hasta que sepa quiénes somos. No me gusta hacerle favores a una mujer que me apunta con un arma.

Entraron en el apartamento. Judita cerró y atrancó la puerta. Estaban en una cocina pequeña. Un refrigerador, un fregadero, un fogón junto a la parea, bajo una ventana que se abría a un respiradero. La ventana estaba cerrada y con hielo por fuera. Una mesa cubierta con un hule se hallaba arrimada a una pared lateral. Dos sillas de madera constituían el resto del mobiliario.

Al Hermano Anthony no le gustaba el rostro de Judita. Mostraba una expresión muy poco grata. No parecía una mujer asustada. Más bien parecía una mujer al mando de la situación. Pensaba casi que se habían equivocado al presentarse allí. Aún peor, que podían

perder el dinero que tanto le había costado sacarle al tipo del billar. Era posible que las ideas que él y Emma solían tener conjuntamente no fuesen tan buenas como creían. Judita medía aproximadamente un metro setenta de estatura, era delgada, de cabello negro y ojos pardos, con una nariz demasiado larga para su afilada cara. Llevaba una bata azul. El Hermano Anthony se figuró por qué los había tenido tanto tiempo aguardando en el pasillo. Para ponerse la bata. Y coger la pistola. No, no le gustaba la vista del arma. Estaba muy firme en aquella mano. Seguro que ya la había usado antes. Lo sentía intuitivamente. Sí, no vacilaría en volver a usarla. La situación le parecía extremadamente mala.

—Bien, ¿quiénes son ustedes?

—Yo soy el Hermano Anthony.

—Yo me llamo Emma Forbes.

—¿Cómo conocieron a Paco?

—Es una vergüenza lo que le sucedió —comentó Emma.

—¿Cómo lo conocieron? —insistió Judita.

—Hace tiempo que éramos amigos —mintió el Hermano Anthony.

Seguía molestándole la pistola, tan segura en la mano de la joven. Aquella pistola no se parecía a las especiales de los sábados por la noche, que él veía en el barrio. Ésta era al menos una 38. Podía agujerear muy bien una sotana.

—Si eran amigos suyos, ¿cómo es que yo no los conozco? —razonó Judita.

—Hemos estado fuera —replicó Emma.

—Pues si estaban fuera, ¿cómo les dio Paco el dinero?

—Lo dejó para nosotros. En el apartamento.

—¿Qué apartamento?

—En el que vivimos.

—¿Lo dejó para mí?

—Para ti —asintió Emma—. Con una nota.

—¿Dónde está esa nota?

—¿Dónde está la nota, Hermano? —inquirió Emma.

—En el apartamento —respondió el Hermano Anthony, asumiendo una actitud de enojo—. No creí que necesitáramos la nota. Nadie necesita una nota cuando alguien viene a entregar cuatrocientos dólares…

—Bien, dénmelos —pidió Judita, extendiendo la mano.

—Suelta la pistola —masculló Emma.

—No. Primero denme el dinero.

—Dáselo —accedió el Hermano Anthony—. Es suyo. Paco lo dispuso así.

Se encontraron sus ojos. Judita no se fijó en aquella mirada. Emma fue hacia la mesa y dejó los billetes, en forma de abanico, sobre el hule. Judita se volvió a cogerlos y el Hermano Anthony se abalanzó sobre ella en el mismo instante, golpeándola ferozmente en la nariz. Era una nariz que no resultaba normalmente muy agradable, y menos ahora que sangraba. El Hermano Anthony había leído que atizarle a una persona en la nariz era muy doloroso y altamente eficaz. La nariz sangra con facilidad, y la sangre asusta a la gente. La sangre que manaba de la nariz de Judita hizo que la joven se olvidara de la pistola que tenía en la mano. El Hermano Anthony la asió por la muñeca, le retorció el brazo a la espalda, y le quitó la pistola.

—Está bien —exclamó.

Judita se llevó una mano a la nariz. La sangre le manchó los dedos. Emma cogió un paño del mostrador de mármol de la cocina y se lo arrojó.

—Límpiate —le aconsejó.

Judita empezó a sollozar.

—¡Y no llores! Nadie va a hacerte daño.

Judita no creyó en estas palabras. Ya le habían hecho daño. Cometió una equivocación al abrir la puerta a la una de la madrugada, incluso con la pistola. Ahora, el sacerdote la empuñaba, y la gorda iba recogiendo el dinero y metiéndolo en su bolso.

—¿Qué…, qué quieren? —tartamudeó Judita.

Presionaba su nariz con el paño de cocina, que se iba volviendo rojo. Le dolía la nariz y sospechaba que el sacerdote se la había roto.

—Siéntate —ordenó el Hermano Anthony.

Ahora que tenía la situación en sus manos, sonreía afablemente.

—Siéntate —repitió Emma.

Judita sentóse a la mesa.

—Denme un poco de hielo —se quejó ella—. Usted me ha roto la nariz.

—Dale un poco de hielo —concedió el Hermano Anthony.

Emma fue al refrigerador. Sacó una bandeja de cubitos de hielo y los echó al fregadero. Judita le entregó el paño manchado de sangre, y Emma envolvió con el mismo unos cubitos.

—Me ha roto la nariz —acusó Judita al Hermano Anthony.

Aceptó el paño y se lo aplicó a la nariz. Fuera, en la calle, resonó la sirena de una ambulancia. Judita se preguntó quién podía necesitarla.

—¿Quiénes eran sus clientes? —empezó el Hermano Anthony.

—¿Qué?

Judita no comprendió la pregunta. De pronto se le ocurrió pensar que se refería a Paco.

—Sus clientes —repitió Emma—. ¿A quién vendía la coca?

—¿Se refieren a Paco?

—Ya sabes que sí —gruñó el Hermano Anthony.

Se metió la pistola en la faltriquera de la sotana y le hizo un gesto a la gorda. Emma rebuscó en su bolso. Durante un momento de agonía, Judita pensó que iba a dejarla tranquila. El cura se había guardado la pistola y la gorda buscaba algo en su bolso. Al final iban a darle el dinero. Iban a dejarla en paz. Pero cuando la gorda sacó la mano del bolso, empuñaba algo largo y siniestro en la mano.

La gorda movió el pulgar y la navaja se abrió, lanzando destellos luminosos. A Judita la asustó más la navaja que antes la pistola. Jamás habían disparado contra ella, pero sí la habían cortado algunas veces, entre ellas, una a cargo de Paco. Llevaba la cicatriz

en el hombro. Aunque era una cicatriz menos odiosa que la de las quemaduras en sus pechos.

—¿Quiénes eran sus clientes? —insistió el Hermano Anthony.

—Apenas le conocía… —balbució Judita.

—Vivías con él —le recordó Emma.

—Eso no quiere decir que le conociera —refutó Judita, cosa que en cierto modo era verdad.

No quería decirles cuáles eran los clientes de Paco porque ahora eran *sus* clientes, o al menos lo serían tan pronto como empezara a actuar. De memoria, había reconstruido una lista de más de doce drogadictos, lo suficiente para vivir rodeada de lo que ella juzgaba un verdadero lujo. Lo suficiente para que se hubiese comprado una pistola antes de embarcarse en aquel negocio. En el mundo había demasiados canallas como Paco. Mas la pistola se hallaba ahora en la faltriquera del sacerdote, y la gorda hacía girar lentamente la navaja en su mano, con lo que el afilado reborde destellaba a la luz. Judita pensó, y ciertamente era una triste verdad, que la vida suele repetirse a sí misma. Se acordaba de lo que Paco le había hecho en sus senos, y por eso se ciñó más la bata, con la mano izquierda que tenía libre. El Hermano Anthony se fijó en aquella acción.

—¿Quiénes eran sus clientes?

—No lo sé. ¿Qué clientes?

—Los de los caramelos para la nariz —farfulló Emma, acercándosele con la navaja.

—No sé qué son esos caramelos para la nariz.

—Los que se huelen, querida —aclaró Emma, aproximando la navaja a la cara de Judita—. Por la nariz, querida. Por la nariz que no tendrás dentro de un momento si no nos dices quiénes son.

—No, no en su cara —susurró el Hermano Anthony—, no en su cara.

Le sonrió a Judita. Por un momento, la joven creyó que el sacerdote la dejaría en paz. La mujer era una amenaza, pero un cura…

—Quítate la bata —le ordenó él.

—¿Para qué? —gritó Judita, ciñéndosela más fuertemente en torno a su cuerpo.

—¡Quítatela!

Judita vaciló. Apartó el paño de su nariz. Al parecer, el flujo de sangre se había detenido. Volvió a aplicárselo. Hasta el dolor iba desapareciendo. Tal vez no estaba rota, después de todo. Tal vez, si les seguía el juego, todo iría bien. Bah, aquella gorda no podía hablar en serio respecto a cortarle la nariz. ¿Tanto les interesaban los nombres de los clientes de Paco? ¿Iban a arriesgar tanto por tan poco? Además… ¡Ahora eran sus clientes! Les diría cuanto quisieran, pero no los nombres que para ella eran un billete para la libertad monetaria. La libertad… ¿Qué clase de libertad? Bah, sólo la libertad. Jamás les diría los nombres.

—¿Por qué he de quitarme la bata? —preguntó cándidamente—. ¿Qué quieren de mí?

—Los clientes —contestó Emma.

—¿Desean ver mi cuerpo? ¿Se trata de eso?

—Los clientes —exigió Emma.

—¿Desea acostarse conmigo? —le preguntó al Hermano Anthony.

—¡Quítate la bata! —volvió a ordenarle él.

—Porque si lo que quiere es…

—La bata…

Judita le miró. Trató de leer en sus ojos. Paco siempre le decía que ella poseía más cerebro que la mayoría de putas que conocía. Si pudiese tocar al sacerdote…

—¿Puedo levantarme? —preguntó.

—Sí —accedió Emma, retrocediendo unos pasos.

La navaja seguía abierta en su mano.

Judita soltó el paño. La nariz ya no sangraba. Se quitó la bata y la dobló sobre una silla. Únicamente llevaba un camisón de color azul celeste. El camisón terminaba justo dos centímetros por debajo del sexo. No llevaba las bragas que hacían juego con aquella prenda. Las dos cosas le habían costado veintiséis dólares. Con el nuevo

negocio de la cocaína ganaría mucho más. Se fijó en la dirección que seguían los ojos del sacerdote.

—Vamos, ¿qué dice? —sonrió ella, enarcando una ceja.

—Digo que te quites el camisón —respondió el Hermano Anthony.

—Hace frío —se quejó Judita, abrazándose a sí misma—. A las diez quitan la calefacción.

Pensaba que estaba muy seductora. El sacerdote la miraba… Se suponía que todos eran solteros. Bien, le estaba seduciendo con aquella postura lasciva, en tanto demoraba el momento de quitarse el camisón, más por pura coquetería que por rubor. La gorda haría lo que ordenara el cura. Judita conocía a las mujeres y sabía que su juicio era el correcto.

—Quítatelo —repitió el Hermano Anthony con impaciencia.

—¿Para qué? —se obstinó Judita en tono ligero—. ¿Quiere verme desnuda? Ya lo estoy prácticamente, puede verme a través de este camisón tan transparente…, entonces, ¿por qué he de quitármelo?

—¡Quítate ese maldito camisón! —rugió Emma.

Judita vio al momento que se había equivocado con la gorda. Volvía a acercarse con la navaja en la mano.

—Está bien…, no… Está bien, me lo quitaré. Tranquilos… Aunque, en realidad, no sé de qué me hablan… Los clientes de Paco… Juro por Dios que ignoro a qué…

—¡Sabes bien de qué hablamos! —la interrumpió el Hermano Anthony.

Judita levantó el camisón hasta su cintura, lo elevó sobre sus pechos y sus hombros, y sin volverse lo dejó sobre una de las sillas. Inmediatamente, se le puso la piel de gallina. Estaba desnuda y temblando en el centro de la cocina, descalza sobre el linóleo del suelo, con la ventana cubierta de hielo a sus espaldas. Tenía buenas formas, pensó el Hermano Anthony. De hombros estrechos y delicadamente curvados, con una redondez agradable en el vientre, y la carne debida en las caderas. Los pechos también eran grandes y firmes, muy hermosos a no ser por las cicatrices dejadas por las

quemaduras de los cigarrillos. Sí, muy bien formados. No era una mujer tan opulenta como Emma, pero bien formada. Observó la cicatriz de un cuchillo en el hombro izquierdo. Sí, ya la habían señalado anteriormente. Era una mujer asustada.

—¡Córtala! —ordenó el Hermano Anthony.

El navajazo fue tan rápido que por un momento, Judita ni siquiera se dio cuenta de ello. De pronto, distinguió una tenue línea de sangre en el vientre, no tan aterradora como la sangre de la nariz, ya que no era más que un hilito sanguinolento. Incluso el terrible dolor del navajazo era menos penoso que el golpe de la nariz. Contempló un instante el vientre. Sin embargo, sentíase menos asustada que momentos antes. Si todo se reducía a esto, si esto era lo peor que pensaban hacerle…

—No queremos hacerte daño —le aseguró el sacerdote.

Judita comprendió que sí querían hacerle daño, que en realidad le harían mucho más daño si se negaba a darles los nombres de los clientes de Paco. Su cerebro trabajaba a marchas forzadas, buscando frenéticamente el modo de proteger sus intereses. Darles los nombres de los clientes…, ¿por qué no? Y callar el nombre del traficante. Siempre es posible conseguir nuevos clientes si se sabe dónde obtener la droga. Ocultando este secreto, disimulando su propio terror, fue citando todos los nombres que se había aprendido de memoria, escribiéndolos al pedírselo ellos, y tratando de esconder el temblor de su mano al escribir. Después, tras darles los nombres, e incluso haberles aclarado cómo se deletreaban algunos, cuando pensó que todo había concluido, cuando creía que ya tenían lo que estaban buscando, cuando estaba segura de que la dejarían con su dolorida nariz y con la línea rojiza del vientre, se sorprendió al oír que el sacerdote le preguntaba:

—¿De dónde sacaba la droga?

Judita vaciló antes de responder y, ya tarde, comprendió que cometió un error al vacilar, puesto que aquella vacilación era como declarar que conocía al traficante, que sabía el nombre del mismo.

—No lo sé —mintió.

Los dientes empezaron a castañetear. La navaja volvió a acercarse unos centímetros.

—Córtale un pezón —ordenó el Hermano Anthony.

Judita se llevó las manos, instintivamente, a sus pechos al ver que la gorda blandía de nuevo la navaja. De repente, estuvo más asustada que nunca en su vida, de manera que les dio el nombre, con lo que alejó de sí para siempre el bienestar y la libertad, repitiendo aquel nombre una y otra vez, pensando que aquello calmaría a sus enemigos. De pronto, sintióse horrorizada al ver destellar de nuevo la navaja y apenas dio crédito a todos sus sentidos cuando la sangre brotó de su pecho derecho y comprendió… *¡Oh, Jesús! ¡Jesús querido!*… que iban a herirla otra vez…, y *¡Oh santa. María, madre de Dios!*, quizá matarla. *¡Oh, dulce María, madre de Dios…!*

La navaja destelló y la cortó una y otra vez hasta que ella se desmayó.

En la comisaría, la sala de detectives permanecía exactamente igual todos los días de la semana, incluyendo los festivos. Pero las mañanas de los lunes, y sin ninguna excepción, todo el mundo sabía que era lunes porque algo era distinto. Gustándoles o no, significaba el comienzo de otra semana. Igual o no, era una mañana diferente.

Carella estaba ya en su mesa a las siete y media, quince minutos antes del cambio de turno. Los detectives del turno de noche se preparaban para marcharse, llevándose los servicios de café del restaurante abierto toda la noche, y comentando los sucesos de la noche. Aquel turno había sido relativamente tranquilo. Todos le gastaron bromas a Carella por llegar tan temprano. ¿Aspiraba a ser detective de primer grado? Carella aspiraba, en realidad, a mantener una charla con Karl Loeb, el estudiante de medicina, amigo de Timothy Moore, al que éste telefoneó varias veces la noche en que mataron a Sally Anderson.

Había tres columnas de Loeb en la guía telefónica de Isola, aunque solamente dos eran Karl, y únicamente uno figuraba en la calle Perry, a tres manzanas de la universidad Ramsey. Moore le había dicho a Carella que podía encontrarle en la universidad a cualquier hora del día. Carella ignoraba si en la Ramsey observarían como fiesta el día del Presidente, mas no quería perder la menor oportunidad. Además, si la universidad estaba cerrada, Loeb podía haberse ido de excursión o algo por el estilo. Deseaba pillarle en casa, antes de que saliera. Marcó el número.

—¿Diga? —era una voz femenina.

—Hola, ¿podría hablar con Karl Loeb?

—¿De parte de quién?

—Del detective Carella de la comisaría 87.

—¿Cómo dice?

—Del departamento de Policía.

—¿Es una broma?

—Ninguna broma.

—Bueno…, un segundo, por favor.

La mujer debió de soltar el teléfono. Carella oyó cómo llamaba a alguien, seguramente a Loeb. Cuando el joven se puso al aparato, su voz sonó intrigada.

—¿Diga? —preguntó.

—El señor Loeb, ¿verdad?

—Sí.

—Aquí el detective Carella, de la comisaría 87.

—¿Sí…?

—Si dispone de unos minutos, me gustaría hablar con usted. Unas preguntas, en realidad.

—¿Respecto a qué?

—¿Conoce a un joven llamado Timothy Moore?

—Sí.

—¿Estuvo usted en casa el viernes por la noche, señor Loeb?

—Sí.

—¿Le llamó el señor Moore alguna vez durante aquella noche? Me refiero al viernes, doce de febrero, el viernes pasado.

—Bueno…, ¿puede decirme de qué se trata, por favor?

—¿Acaso esta hora es inconveniente para usted, señor Loeb?

—Oh, me estaba afeitando…

—¿Quiere que vuelva a llamarle?

—No…, pero me gustaría saber de qué se trata.

—¿Habló usted con el señor Moore durante aquella noche?

—Pues…, sí.

—¿Recuerda de qué hablaron?

—De los exámenes. Teníamos que examinarnos. De patología. Perdóneme, señor Coppola, pero…

—Carella —le rectificó el detective.

—Sí, perdone, señor Carella. ¿Puede decirme de qué se trata, por favor? No tengo costumbre de recibir llamadas misteriosas de la Policía. En realidad, ¿cómo sé que usted es policía?

—¿Quiere llamarme a la comisaría? —le propuso Carella—. El número es…

—Oh, no, no lo juzgo necesario. Pero…

—Lo siento, señor Loeb, mas por el momento prefiero no decirle de qué se trata.

—¿Se halla Timmy en algún aprieto?

—No.

—Entonces… No lo entiendo.

—Señor Loeb, le agradeceré su ayuda. ¿Recuerda cuándo le llamó el señor Moore?

—Me llamó varias veces.

—¿Cuántas, según sus cálculos?

—¿Cinco o seis? Oh, no lo sé. Nos íbamos pasando notas…

—¿Le llamó usted a él alguna vez?

—Sí, dos o tres.

—O sea que del uno al otro…

—Tal vez cuatro veces —le informó Loeb—. No lo sé. Era como si estudiásemos juntos por teléfono.

—O sea que, en conjunto, intercambiaron llamadas unas nueve o diez veces, ¿es exacto?

—Aproximadamente. Tal vez doce veces. No me acuerdo.

—¿Durante toda la noche?

—Bueno, no toda la noche.

—¿Cuándo tuvo lugar la primera llamada?

—Hacia las diez.

—¿Llamó usted al señor Moore o él a usted?

—Me llamó él.

—¿A las diez?

—Aproximadamente a las diez. No sé la hora exacta.

—¿Y la siguiente llamada?

—Yo le llamé media hora más tarde.

—Para darle alguna información…

—En realidad, para hacerle una pregunta.

—¿Y la siguiente llamada?

—No puedo decírselo con exactitud. Durante la noche, estuvimos telefoneándonos constantemente.

—Cuando usted efectuó sus dos o tres llamadas…, ¿estuvo siempre en su casa el señor Moore?

—Sí, claro.

—¿Cuándo habló con él por última vez?

—Fue hacia las dos de la madrugada.

—¿Le llamó usted a su número particular?

—Sí.

—¿Lo llamó usted o fue él quien…?

—Le llamé yo.

—¿Y estaba en su casa?

—Sí, señor Carella, y me gustaría saber…

—Señor Loeb, ¿intercambió unas llamadas telefónicas entre las once y las doce de la noche del viernes pasado?

—¿Con Timmy?

—Sí.

—¿Entre las once y las doce?

—Sí.
—Sí, creo que sí.
—¿Le llamó usted a él, o él a usted?
—Me llamó él.
—¿Recuerda los minutos exactos?
—Oh, no, imposible.
—Pero está seguro de que esas llamadas tuvieron lugar entre las once y las doce.
—Lo estoy.
—¿Cuántas llamadas hubo en esa hora?
—Dos, creo.
—¿Y ambas las efectuó el señor Moore?
—Sí.
—¿No podría intentar recordar los minutos precisos…?
—Oh, no, no con exactitud.
—Entonces, aproximadamente.
—Supongo que me llamó a…, un poco después de las once, la primera vez. Estaban dando las noticias. Debió de ser a las once y cinco.
—¿Las noticias?
—Por radio. Estudiaba con la radio en marcha. Lo mismo que Timmy. Me gusta estudiar con música de fondo. Lo encuentro sedante. Cuando llamó estaban con el noticiario.
—¿Dice que él también escuchaba la radio?
—Sí.
—¿Cómo lo sabe?
—Porque podía oírla. En realidad, dijo algo acerca de reducir el volumen…
—¿Reducir el volumen?
—De su radio. Dijo… Bueno, no me acuerdo exactamente. «Un momento, Karl, voy a bajar el volumen de la radio»…, o algo parecido.
—¿Y redujo el volumen?
—Sí, señor.

—¿El volumen de la radio?

—Sí, claro.

—Y ustedes hablaron ya sin interferencias.

—Sí.

—¿Cuánto duró esa llamada? A las once y cinco, ¿verdad?

—Sí, aproximadamente. Charlamos de cinco a seis minutos. Cuando volvió a llamar porque algunas cosas no las entendía…

—¿Cuándo fue eso, señor Loeb? Me refiero a esa siguiente llamada.

—¿Media hora más tarde? No puedo decirlo con exactitud.

—¿Hacia las once y media?

—Aproximadamente.

—¿Todavía funcionaba su radio?

—¿Cómo?

—La radio del señor Moore. ¿La oía aún como fondo?

—Sí, la oía.

—¿De qué hablaron esta vez?

—De lo mismo que a las once. Bueno, que a las once y cinco. De los análisis en la médula ósea en busca de ciertas enfermedades. Estábamos estudiando acerca de la leucemia. ¿Debo ser más específico?

—Y volvieron a tratar del mismo tema, ¿eh?

—Oh, la leucemia no es una cosa tan sencilla como parece, señor Carella.

—Seguro que no —asintió Carella, como sintiéndose culpable por ignorarlo—. Cuando habló con el señor Moore por última vez eran las dos de la madrugada, ¿verdad?

—Sí.

—¿Habló con él entre las once y treinta y cinco y las dos?

—Creo que sí.

—¿Quién llamó a quién?

—Nos llamamos mutuamente.

—¿A qué horas?

—No me acuerdo exactamente. Sé que el teléfono estuvo ocupado durante algún tiempo…

—¿Al llamarle usted?

—Sí.

—¿A qué hora ocurrió esto?

—No puedo responder con exactitud.

—¿Antes de medianoche? ¿Después de medianoche?

—No estoy seguro.

—Pero usted habló con él otra vez después de la llamada de las once y cinco, ¿no es eso?

—Sí, señor, varias veces.

—Uno al otro…

—Sí, señor.

—Para hablar del examen.

—Sí, del examen.

—¿Todavía funcionaba la radio de su amigo?

—Creo que sí.

—¿Podía oírla?

—Sí, podía oír la música.

—¿La misma que usted había oído antes?

—Sí. Timothy escuchaba música clásica. Yo la oía como fondo cada vez que me llamaba.

—Y habló con él por última vez a las dos de la madrugada.

—Sí.

—En su casa.

—Sí.

—Cuando usted le llamó.

—Sí, señor.

—Muchas gracias, señor Loeb. Le agradezco de veras…

—¿De qué se trata, señor Carella?

—Pura rutina, señor Loeb —respondió Carella, colgando.

Lunes azul.

El amenazador resplandor azul del hielo. El azul de huevo de petirrojo de un cielo que se extendía de horizonte a horizonte por encima de las torres y los picos de la ciudad, la clase de cielo que siempre llega como una sorpresa en enero y febrero, aunque, como la nieve, el viento y el aguanieve, no fuesen un suceso frecuente en la ciudad. El azul más oscuro del humo que surgía de las chimeneas de las fábricas, al otro lado del río Dix, en Calm's Point. El azul casi negro de los uniformes de los policías que permanecían de guardia ante el edificio de la Ainsley Avenue y contemplaban el cuerpo mutilado de la joven, en la acera helada.

La joven estaba desnuda.

Un rastro de sangre se escurría desde donde estaba tendida en la acera, reguero que empezaba ya en el vestíbulo de la casa, con huellas de manos ensangrentadas en la puerta por la parte de adentro, en la barandilla de la escalera, hasta los pisos superiores.

La joven sangraba profusamente.

Le habían acuchillado brutalmente los pechos.

En el vientre se veía un tremendo navajazo.

La joven no tenía nariz.

—¡Jesús! —exclamó uno de los policías.

—¡Socorro! —gemía la joven. Al momento brotó sangre de su boca.

La mujer que abrió la puerta del apartamento de Allan Carter tendría unos treinta y cinco años, según supuso Carella, y llevaba una bata casera de brocado a las diez de la mañana, tenía cuidadosamente peinado el cabello negro como ala de cuervo, colgándole a cada lado de su ovalado rostro. Los ojos tenían cierta oblicuidad oriental, la misma que hacía que los detectives de la comisaría 87 bromeasen con Carella, diciendo que era primo de Tack Fujiwara. Debía de ser bastante mayor que Tina Wong, y Carella siempre se asombraba al ver que cuando un hombre empieza a engañar a su esposa, elige una mujer que se le parezca.

—¿El señor Carella? —preguntó.

—Sí, señora.

—Pase, por favor. Mi marido le espera —alargó la mano—. Soy Melanie Carter.

—Encantado.

Carella le estrechó la mano. La sintió extraordinariamente cálida al tacto, tal vez como contraste con su propia mano, helada después de ir sin guantes (y sin sombrero, sí, lo sé, tío Salvatore), desde donde se hallaba aparcado el coche patrulla.

Carter salió de lo que Carella supuso era el dormitorio. Llevaba un kimono japonés sobre un pijama azul. Carella se preguntó distraídamente si el kimono sería un regalo de Tina Wong. Ahuyentó aquel pensamiento.

—Lamento molestarle tan temprano…

—No, no, en absoluto —le atajó Carter, estrechándole la mano—. ¿Café? Melanie…, ¿queda café?

—Oh, sí, claro —asintió ella, yendo a la cocina.

—¿Sin compañero hoy? —se interesó Carter.

—Solamente somos dos y tenemos mucho trabajo.

—Seguro —dijo Carter—. Bien, ¿en qué puedo servirle?

—Esperaba poder hablar en privado —murmuró Carella.

—¿En privado?

—Sí, señor. Los dos a solas.

Con estas palabras, señaló hacia la cocina.

—Mi esposa puede oír cuanto digamos —observó Carter.

—No estoy tan seguro, señor Carter.

Miró fijamente a su interlocutor. Carter no dijo nada. Melanie salió de la cocina con una bandeja de plata en la que se equilibraba una cafetera también de plata, un azucarero del mismo metal, dos tacitas y dos platillos.

—Olvidé las cucharillas —dijo, dejando la bandeja sobre la mesita de centro y volviendo a la cocina.

Los dos hombres callaron. Melanie regresó al salón.

—Vaya, aquí están —dijo, dejando dos cucharillas en la bandeja —. ¿Desea algo más, señor Carella? ¿Unas tostadas?

—No, gracias, señora.

—Melanie —titubeó Carter—. Estoy seguro de que nuestra charla te hará llorar. Si tienes algo que hacer por ahí…

—Naturalmente, querido. Perdone, señor Carella.

Inclinó la cabeza como saludo y se marchó al dormitorio, cerrando la puerta a sus espaldas. Carter se levantó de repente, en dirección al equipo estereofónico embutido en una librería, adosada en la pared del fondo.

«Sabe de lo que vamos a tratar —pensó Carella—. Quiere cubrir nuestras voces. La puerta cerrada no le resulta suficiente».

Carter puso en marcha la radio. La música inundó el salón. Música clásica. Carella no logró situarla.

—Un poco alto, ¿no? —dijo.

—Usted quería hablar en privado…

—Sí, pero no gritar en privado.

—Bien, bajaré el volumen —concedió Carter.

Fue de nuevo hacia la radio. Carella recordó que se oía música clásica como fondo cuando Loeb y Moore hablaron por teléfono el viernes por la noche. Al parecer, no había más que una emisora de música clásica en una ciudad de tanta cultura. Aunque, por lo visto, existían más oyentes de esa clase de música de los que él suponía.

Carter volvió hacia el sofá de color verde pálido, donde estaba sentado Carella, y ocupó un sillón opuesto, tapizado con una tela de color limón. Más allá de los ventanales, el cielo era intensamente azul, aunque el viento soplaba ferozmente.

—Se trata de Tina, ¿verdad? —inquirió Carter al punto.

Carella admiró aquella forma directa de abordar la cuestión, si bien en realidad no deseaba referirse a Tina Wong. Tina era únicamente una especie de chantaje oficial. Coacción, ponía el Código Penal. Carella utilizaba la coacción de cuando en cuando.

—Bueno, más o menos —murmuró.

—O sea que lo sabe —admitió Carter.

—¿Y qué?

—Mi esposa hubiese podido oírlo.

—¿Oh…?

—No es exactamente una monja.

—¿Oh? —repitió Carella.

—También sabe entretenerse cuando yo estoy ocupado en otra parte. Bien, ¿qué tiene que ver Tina con Sally Anderson?

—Pues…, esto es lo que quisiera saber.

—Delicadamente expresado —manifestó Carter, sin sonreír—. La próxima vez que necesite un escritor delicado, le avisaré. ¿Qué anda buscando, señor Carella?

—Deseo saber por qué pensaba usted que Sally Anderson era pelirroja.

—¿No lo era?

—Delicadamente expresado —le imitó Carella—. La próxima vez que necesite un embustero, le avisaré.

—*Touché* —reconoció Carter.

—No he venido aquí a jugar al florete —gruñó Carella.

—¿Por qué ha venido? Hasta ahora he tenido paciencia con usted. No carezco de recursos legales. Tengo un abogado y creo que no hay cosa que le gustara más que…

—Adelante, llámele.

—Dejemos esos juegos, ¿quiere? —suspiró Carter.

—De acuerdo.

—¿Por qué pensé que Sally era pelirroja? Fue ésa su pregunta, ¿verdad?

—Fue ésa mi pregunta.

—¿Es un crimen creer que una pelirroja es pelirroja?

—Ni siquiera es un crimen pensar que una rubia sea rubia.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—Señor Carter, usted sabe que era rubia.

—¿Qué le hace creer eso?

—Por un lado, porque su coreógrafo está en favor de las rubias, y todas las chicas de su espectáculo lo son. Ah, me gustó la obra.

Gracias por las butacas.

—De nada —sonrió Carter.

—Por otro lado, usted estaba presente en la selección final del cuerpo de baile.

—¿Quién se lo dijo?

—Usted mismo. Y sabía que no había ninguna pelirroja, especialmente después de haber asistido a casi todos los ensayos…, cosa que también me dijo usted.

—¿Y bien…?

—Pues pienso que mintió cuando dijo que creía que Sally era pelirroja. Y cuando una persona miente, siempre me pregunto por qué.

—Sigo creyendo que era pelirroja.

—Oh, no, no lo cree. En los tres últimos días, su foto ha salido en todos los periódicos. En ellas se ve que es rubia, y la describen como tal. Aunque usted creyera que era pelirroja el día siguiente de su muerte, ciertamente no lo cree ahora.

—No he visto ningún periódico —negó Carter.

—¿Y la televisión? La foto salió por televisión. Y a todo color. Vamos, señor Carter, ya le dije que no jugábamos al florete.

—Dígame qué cree usted, señor Carella.

—Creo que la conocía mucho mejor de lo que admite. Por lo que sé, usted la rondaba lo mismo que a Tina Wong.

—No es cierto.

—¿Pues por qué mintió?

—No mentí. Creía que era pelirroja.

Carella suspiró.

—De veras —agregó Carter.

—Le diré una cosa, señor Carter. A pesar de ser un escritor delicado, opino que cuando un hombre sigue mintiendo tras ser pillado en la mentira, es que tiene algo que ocultar. No sé de qué se trata. Pero sé que mataron a una muchacha el viernes por la noche, y que usted miente al decir que apenas la conocía. Bueno ¿qué

pensaría usted en mi lugar, siendo como es un gran productor de espectáculos?

—Pensaría que le falta a usted una base.

—¿Estuvo usted en una fiesta el domingo anterior al asesinato? Una fiesta que dio una tal Lonnie Cooper, una de las bailarinas negras de *Fatback*.

—Sí.

—¿Estaba allí Sally Anderson?

—No me acuerdo.

—Sí estaba, señor Carter. ¿Quiere decir que entonces no la reconoció? Únicamente hay ocho bailarinas en su espectáculo…, ¿cómo ignora si vio allí a Sally Anderson o no la vio?

—Si estaba allí…

—Si estaba allí, y estaba —le interrumpió el detective—, tan seguro como que hay cielo que no llevaba una peluca rojiza. Señor Carter —añadió, levantándose bruscamente—, no me gusta parecerme a uno de esos detectives de las películas de la serie B, mas le aconsejaría que este miércoles no fuera a Filadelfia. Le sugiero, en cambio, que se quede en esta ciudad, donde podremos ponernos en contacto con usted si deseamos formularle más preguntas. Gracias por todo, señor Carter.

Inició la retirada hacia la puerta.

—¡Siéntese! —tronó la voz de Carter.

Carella se volvió a mirarle.

—Por favor —susurró Carter.

Carella tomó asiento.

—Sí, sabía que era rubia —confesó el productor.

—De acuerdo.

—Simplemente, tuve miedo de admitir que la conocía.

—¿Por qué?

—Porque la asesinaron. No deseaba verme envuelto en el asunto, si ello era posible.

—¿De qué modo podía verse envuelto? Usted no la mató.

—¡Claro que no!

—¿Tenía algo que ver con ella?

—No.

—Entonces, ¿qué temía?

—No me gusta que la gente hurgue en mis cosas, en mis sentimientos. No quería que se descubriese lo mío con Tina.

—Pero lo hemos descubierto, ¿no? Además, señor Carter, su esposa no es precisamente una monja, ¿no es cierto? Entonces, ¿qué importaba eso?

—La gente se comporta de forma rara cuando hay por medio un asesinato —manifestó Carter, encogiéndose de hombros.

—¿Acaso es esto un bocadillo[8] de la comedia que ensayan en Filadelfia?

—Sé que es una excusa tonta…

—No, es verdad —asintió Carella—. Pero, usualmente, sólo los que tienen algo que ocultar se comportan de forma rara. Sigo creyendo que usted oculta algo.

—Nada, créame.

—¿Vio a Sally aquella noche en la fiesta?

—Sí.

—¿Habló con ella?

—Sí.

—¿De qué?

—No me acuerdo. Supongo que de la obra. Cuando la gente trabaja conjuntamente en un espectáculo…

—¿Nada aparte del espectáculo?

—No.

—¿Estaba usted presente cuando Sally y algunos otros empezaron a aspirar cocaína?

—No.

—¿Pues cómo sabe que lo hicieron?

—Lo que digo es que no vi a nadie que hiciera tal cosa. No, estando yo allí.

—¿A qué hora abandonó la fiesta, señor Carter?

—Hacia medianoche.

—¿Con Tina Wong?

—Sí, con Tina.

—¿Adónde fueron desde allí?

—A casa de Tina.

—¿Cuánto tiempo estuvo en el apartamento?

—Toda la noche.

—Tina vio a Sally aspirando cocaína. Junto con un grupo, en el que se hallaba Mike Roldán, que *también* forma parte de la compañía. Si Tina los vio, ¿cómo no los vio usted?

—Tina y yo no somos hermanos siameses. No estamos unidos por la cadera.

—¿Y esto significa…?

—Lonnie posee uno de esos apartamentos del parque. Aquella noche se hallaban allí de sesenta a setenta personas. Es muy posible que Tina estuviese en una parte del apartamento mientras yo me hallaba en otra.

—Sí, es muy posible —reconoció Carella—. Y supongo que Tina juraría que usted no estaba a su lado cuando vio cómo Sally Anderson aspiraba la cocaína.

—No sé lo que juraría Tina.

—¿Le gusta a usted la cocaína, señor Carter?

—¡Seguro que no!

—¿Sabe quién se la proporcionaba a Sally?

—No.

—¿Conoce a un tal Paco López?

—No.

—¿Dónde estuvo usted el viernes por la noche entre las once y las doce?

—Se lo dije. En Filadelfia.

—¿Dónde estaba usted la noche del martes a la misma hora?

—En Filadelfia.

—Supongo que habrá alguien…

—Bastante gente.

—¿Qué trata de ocultar, señor Carter?

—Nada.

En el Hospital de San Judas, al que los policías llamaban familiarmente de San Judy, Judita Cuadrado solicitaba la presencia de un sacerdote. Al menos, era esto lo que allí creían. Sí, en efecto, pensaban que se estaba muriendo, que ella lo sabía, y que deseaba que un sacerdote le administrara los últimos sacramentos. En realidad, la joven quería decirles que en su apartamento había entrado un cura con una mujer gorda, y que los dos eran los culpables de sus horrorosas heridas.

Judita se hallaba en la Unidad de Cuidados Intensivos, con tubos saliendo del resto de su nariz y la boca, y otros dentro de sus brazos, unidos a una galaxia de aparatos que relucían con destellos anaranjados y azules en torno a su cama. Era difícil hablar con aquel tubo en la boca. Cuando intentaba pronunciar «Hermano Anthony», que era el nombre del sacerdote, decía algo así como «mano ony», y al pronunciar el nombre de Emma Forbes, que así se llamaría la Gorda, de su boca salía algo como un gemido. Continuamente pronunciaba la palabra «sacerdote», que los que la atendían parecían comprender. El sacerdote llegó a la unidad unos minutos después de las siete de la mañana del lunes.

Llegaba un poco tarde.

Judita Cuadrado había expirado seis minutos antes.

Si algo comparten conjuntamente los policías y los delincuentes, aparte de las relaciones simbióticas que posibilitan sus respectivos oficios, es el sentido del olfato, que les dice cuándo alguien está asustado. Tan pronto como captan el olor, los policías y los delincuentes se convierten en fieras de presa, listos para destrozar una garganta y devorar unas entrañas. Miguel Roldán y Antonio Asensio estaban totalmente asustados, y Meyer lo olió tan pronto como Roldán, sin preguntárselo, declaró que él y Tony vivían juntos

como marido y mujer hacía tres años. A Meyer esto le tenía sin cuidado. La información no le dijo sino que los dos estaban asustados. Sabía que no lo estaban por ser homosexuales, no en esta ciudad. Entonces, ¿de qué estaban asustados? Hasta aquel instante, los había llamado, respectiva y respetuosamente, «señor Roldán y señor Asensio». De pronto, cambió los apellidos por el Mike y el Tony, tuteándolos, el viejo truco policíaco de poner a un sospechoso en desventaja, algo semejante a lo que hacen las enfermeras en un hospital: «Hola, Jimmy, ¿cómo estás esta mañana?», como le dirían al presidente de una Junta de Compañía, para darle a entender quién mandaba allí, y quién era la persona que poseía el privilegio de tomarle la temperatura rectal. El truco todavía funcionaba mejor entre los policías. Llamar a un individuo Johnny en lugar de señor Fuller era lo mismo que llamarle Muchacho. Al momento lo colocaba en su debido sitio, e instantáneamente le hacía sentirse a) inferior; b) a la defensiva, y c) dependiente del otro.

—Mike —preguntó Meyer— ¿por qué crees que estoy aquí?

Se hallaban instalados cómodamente en el salón del apartamento que compartían Mike y Tony. Era una habitación amueblada con objetos antiguos que Meyer hubiese querido poder adquirir. En la chimenea ardía un buen fuego, que crepitaba arrojando chispas hacia el salón.

—Está aquí por lo de Sally, claro —respondió Roldán.

—¿Piensas lo mismo, Tony?

—Sí, claro.

Meyer no perdió el tiempo.

—¿Sabéis que era adicta a la cocaína?

—Pues…, no —se asombró Mike—. ¿Cómo podíamos saberlo?

—Vamos, Mike —sonrió Meyer amistosamente—. Vosotros estuvisteis hace una semana en una fiesta, en domingo, y ella estuvo aspirando cocaína, de manera que debíais saber que era una adicta.

Roldán miró a Asensio.

—También vosotros la aspirasteis aquella noche…, ¿no es así?

—Bueno…

—Lo sé —asintió Meyer.

—Pues…

—¿Y tú, Tony? ¿Aspiraste algún polvillo aquel domingo por la noche?

Asensio miró a Roldán.

—¿De quién obteníais vosotros y Sally la droga?

—Oiga… —exclamó Roldán.

—Estoy oyéndote.

—Nosotros no tuvimos nada que ver con el crimen.

—¿De veras? —sonrió Meyer.

—Oh, no —negó Tony, moviendo la cabeza y mirando a su amigo.

Meyer se preguntó cuál de ellos sería la mujer y cuál el marido. Los dos parecían bastante formales. Intentó reconciliar esto con el hecho de que los asesinos homosexuales eran los más crueles de cuantos pasaban por la comisaría.

—¿Sabéis quién pudo matarla? —interrogó.

—No —negó Mike.

—No —repitió Tony como un eco.

—Bien, ¿quién os proporciona la droga? —insistió Meyer.

—¿Tiene eso importancia? —quiso saber Mike.

—Eso es dar por sentado que somos drogadictos —se indignó Tony.

—Sí —asintió Mike—, si somos drogadictos…

—Lo sois —intercaló Meyer.

—Bueno, si lo somos, ¿qué importa de quién la obteníamos?

—¿La obteníais? —recalcó Meyer.

—La obtenemos —se corrigió Mike al momento.

—Suponiendo que seamos drogadictos —volvió a indignarse Tony.

—¿Le sucedió algo a vuestro proveedor? —indagó Meyer.

—No, no… —murmuró Mike.

—Esto es suponiendo que alguna vez necesitásemos un proveedor —aclaró Tony.

—¿Necesitarais? —preguntó Meyer.

—Necesitamos —se corrigió Tony, mirando a Mike.

—Bueno, Tony, Mike… —concluyó Meyer—, suponiendo que seáis drogadictos y suponiendo que tengáis un proveedor, o que lo teníais…, ¿quién es? O quién era, si éste es el caso.

—La cocaína no forma hábito —se defendió Mike.

—Aspirarla de vez en cuando no hace ningún mal —corroboró Tony.

—Ah, ya lo sé —concedió Meyer—. Es lástima que vaya contra la ley, pero, ¿qué puedo hacer yo? ¿De dónde la obtenéis?

Los dos amigos se consultaron con la mirada.

—Le sucedió algo a vuestro proveedor, ¿eh? —sonrió Meyer.

No respondieron.

—¿La obteníais de Sally Anderson? —prosiguió el detective, pegando un tiro en la oscuridad. Se sorprendió al ver que los dos jóvenes asentían en silencio—. ¿De Sally? —nuevo asentimiento—. ¿Sally os proveía de cocaína?

—Bueno, no nos proveía exactamente —negó Mike—. ¿Lo llamarías tú *proveernos*, Tony?

—Oh, no —observó Tony—. Además, la coca no tuvo nada que ver con el asesinato.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Meyer al instante.

—Bueno, no era un gran negocio…

—¿Cómo era de grande?

—Quiero decir que Sally no sacaba dinero de ello, si eso es lo que piensa —declaró Mike.

—¿Pues qué sacaba?

—Solamente unos cuantos gramos a la semana, nada más.

—¿Cuántos gramos?

—Oh, nosotros no lo sabemos… ¿Cuántos gramos, Tony?

—No lo sé.

—Y la llevaba…

—Al teatro. Para todo aquel que la necesitaba.

—Yo no diría *necesitaba* —argüyó Mike—. La cocaína no crea hábito.

—Debí decir para quien la quería —asintió Tony.

—¿Cuántas personas la *querían*? —inquirió Meyer.

—Pues…, Tony y yo —confesó Mike—. Y algunos otros…

—¿Cuántos otros?

—No muchos. Seis o siete. Seis o siete, ¿verdad, Mike?

—Sí, seis o siete —repitió Mike—. Sin incluir a Sally.

—Bien, ¿de qué estamos hablando aquí? —se irritó Meyer—. ¿De una docena de gramos a la semana?

—Bueno, quizá dos docenas.

—Dos docenas de gramos —calculó Meyer—. ¿Cuánto cobraba?

—El precio justo de la calle. No, no ganaba nada en la venta. Cuando iba en busca de su cocaína, adquiría la nuestra. Tal vez lograse algún descuento…, ¿quién sabe?

—En realidad —opinó Mike—, creo que la conseguíamos más barata que en la calle.

—Es posible —asintió Tony.

—¿Cuánto pagabais? —quiso saber Meyer.

—Ochenta y cinco dólares el gramo.

Meyer asintió. Un gramo de cocaína era aproximadamente la equivalencia de un vigésimo octavo de onza. En la calle, el precio oscilaba entre cien y ciento diez dólares el gramo, según la pureza de la droga.

—¿De quién la obtenía Sally?

—No lo sé —respondió Mike.

—Yo tampoco —afirmó Tony.

—¿Quién es Paco López? —preguntó Meyer de sopetón.

—¿Quién es? —preguntó a su vez Mike.

Tony se encogió de hombros.

—¿Tenemos que conocerle? —inquirió Mike.

—No le conocéis, ¿eh?

—Jamás oí ese nombre.

—¿Y tú, Tony?

—¿Es bailarín?

—¿Es un gay?

—Es un muerto.

Rebecca Edelman era una mujer de unos cuarenta y siete años, espléndidamente bronceada y monumentalmente agobiada por el dolor. Los detectives la habían llamado aquella mañana temprano, ávidos de hablar con ella después de haber regresado la noche anterior de Antigua, pero habían sabido, gracias a una nuera de Rebecca, que el funeral de Marvin Edelman tendría lugar a las once de la mañana, de acuerdo con la tradición judía de enterrar a un individuo veinticuatro horas después de fallecer. Sin embargo, tanto el funeral como el entierro se retrasaron a causa de la autopsia requerida en casos de muerte traumática.

Ni Kling ni Brown habían asistido jamás a una *shiva* familiar. Las ventanas del salón de los Edelman daban al río Harb. El cielo mostraba un azul muy intenso, si bien la luminosidad era menos dorada de lo debido, a causa del reflejo de las aguas del río. Aquella tarde reinaba una claridad cortante como un cuchillo en el ambiente. Brown distinguía incluso los altozanos de la lejanía, al otro lado del río, ya en el estado contiguo. Más arriba, podía ver las gráciles curvas del Puente Hamilton, sus líneas destacando contra el brillante azul del cielo. En el salón, los parientes y los amigos de Marvin Edelman permanecían sentados en taburetes de madera, hablando unos con otros con voces amortiguadas.

La mujer los condujo a una habitación pequeña que obviamente utilizaba como cuarto de costura, con una máquina de coser en un rincón, una cesta de colorines al lado del pedal de la máquina. Rebecca sentóse en una butaca frente a la máquina. Ellos lo hicieron en un sofá. Los ojos de Rebecca se hallaban humedecidos por el llanto. Mientras hablaba no dejaba de retorcer las manos. El sol no había sido amable con ella. Tenía la cara arrugada, arrugadas las manos, los labios apergaminados sin carmín alguno. Durante toda la conversación se dirigió a Kling, aunque fue Brown quien formuló casi todas las preguntas. Brown ya estaba acostumbrado a ello; a veces,

incluso los negros se volvían hacia el detective blanco, como si él, en su negrura, fuese invisible.

—Le dije que debía acompañarme —iba explicando ella—. Que se tomara unas vacaciones, que le sentarían bien…, ¿no tenía razón? Pues no, alegó que tenía mucho trabajo y que pensaba realizar un viaje por Europa el próximo mes. Añadió que se tomaría unas vacaciones al regresar, en el mes de abril. ¿Quién necesita unas vacaciones en abril? En abril ya tenemos flores, incluso en la ciudad. Bien, no fue conmigo. Y ahora jamás disfrutará de unas vacaciones…, jamás.

Desvió la cabeza porque las lágrimas empezaban a formarse en sus ojos.

—¿A qué se dedicaba, señora? —preguntó Brown—. ¿A las joyas?

—No era lo que podría llamarse un joyero regular —explicó Rebecca Edelman—. No lo era.

Sacó del bolso un papel de seda y se enjugó los ojos.

—Como llevaba aquel chaleco… —insinuó Brown.

—Oh, sí. Compraba y vendía piezas de joyería. De esto vivíamos.

—¿Diamantes?

—No sólo diamantes. Trataba con toda clase de piedras preciosas: esmeraldas, rubíes, zafiros, diamantes, claro. Piedras preciosas. Pero se olvidó de la más valiosa de todas: su vida. De haberme acompañado… —sacudió la cabeza—. Era muy obstinado. Dios me perdone —añadió—, pero era muy obstinado.

—¿Existía alguna razón para que prefiriese quedarse en la ciudad? En vez de ir con usted a Antigua.

Pronunció mal la palabra y la señora Edelman le corrigió.

—¿Existía alguna razón? —insistió Brown.

—La de siempre. Nada que no pudiese aplazar por una semana. Y así le ocurrió… —volvió a enjugarse los ojos.

—La razón de costumbre… —insinuó Brown.

—Sus negocios. Comprar y vender, vender y comprar.

Continuaba dirigiéndose a Kling. Brown se aclaró la garganta, como recordándole que él también estaba presente. No surtió efecto.

—¿Iba a menudo a Europa? —inquirió Kling, como espoleado por aquella mirada fija.

—Cuando era preciso. Allí existe el centro diamantífero del mundo. En Amsterdam. Para esmeraldas iba a Sudamérica. A causa de su negocio recorría el mundo entero. Pero, cuando se trataba de emprender un vuelo de cuatro o cinco horas, para pasar una semana tumbado al sol…, ah, eso no podía hacerlo. Tenía que quedarse aquí. Para que alguien pudiese asesinarle.

—¿Tiene alguna idea de quién pudo…?

—No —negó la señora Edelman.

—¿Ningún enemigo que usted sepa? —insistió Brown.

—Ninguno.

—Algún empleado que…

—Mi esposo trabajaba solo. Por eso jamás le quedaba una hora libre. Únicamente deseaba hacer dinero. Me decía que no sería dichoso hasta ser multimillonario.

—¿Es posible serlo en este negocio? —quiso saber Brown—. ¿Ganar millones de dólares?

—¿Quién sabe? Supongo que sí. Nosotros vivimos cómodamente. Mi esposo siempre supo ganar dinero.

—Pero cuando se habla de millones de dólares…

—Sí, es posible ganarlos —afirmó Rebecca Edelman—. Mi esposo poseía una vista especial para las piedras preciosas. Todo lo que compraba le rendía una ganancia positiva. Sabía qué adquiría y lograba buenas gangas. Para él, era como una droga —suspiró—. Si al menos me hubiese acompañado, como yo quería…

Volvía a tener los ojos empañados por las lágrimas. Se los secó con otro papel del bolso, tras arrugar el primero.

—Señora Edelman —inquirió Kling— ¿dónde tenía su esposo su negocio?

—En el centro de la ciudad. En North Greenfield, junto a la Hall Avenue. Lo que llaman el Diamante Mart.

—¿Trabajaba allí solo?

—Completamente solo.

—¿En una tienda de planta baja?

—No, un segundo piso.

—¿Lo habían atracado alguna vez, señora Edelman?

Ella le miró sorprendida.

—Sí. ¿Cómo lo sabe?

—Bueno, tratando en diamantes…

—Sí, el año pasado.

—¿En qué fecha?

—Creo que en agosto. A finales de julio o primeros de agosto.

—¿Detuvieron al atracador?

—Sí.

—¿De veras?

—Sí, dos días después. Intentó empeñar las joyas en una tienda situada a tres portales de donde trabaja…, trabajaba mi esposo, ¿puede creerlo?

—¿Recuerda el nombre de ese individuo?

—Oh, no. Era negro —murmuró ella, y por primera vez desde la entrevista miró a Brown, aunque muy fugazmente. Luego, volvió a concentrar su atención en Kling.

—¿No puede precisar mejor la fecha? —le rogó Kling.

Estaba anotando las respuestas en su libreta.

—¿Por qué? ¿Cree que se trata de la misma persona? Los policías dijeron que no había robado nada. Mi esposo tenía los diamantes en el chaleco, nadie los había tocado. Por tanto, ¿cómo puede tratarse de alguien que quisiera robarle?

—Pues…, no lo sabemos, claro —confesó Kling—, pero nos gustaría seguir la pista del robo, si usted puede ayudarnos.

—Solamente sé que mi esposo trabajó hasta muy tarde aquella noche, y que el atracador negro entró con una pistola y se llevó cuanto había sobre la mesa de trabajo. No se molestó con la caja fuerte. En cambio, le ordenó a mi esposo que metiera todo lo de la

mesa en una bolsa que llevaba. Las mejores piezas se hallaban en la caja, y mi esposo temió que…

Calló sin poder terminar la frase. Estaba llorando nuevamente. Se afanó por sacar otro papel del bolso. Los detectives esperaron.

—Decía usted que a finales de julio o principios de agosto —la urgió Kling.

—Sí.

—¿Pudo ser la última semana de julio? ¿O la primera de agosto?

—No lo sé, puede ser.

—Podemos seguir el rastro por la dirección —le manifestó Brown a Kling—. Estará en la computadora.

—¿Puede darnos la dirección, por favor? —pidió Kling.

—El seiscientos veintiuno de North Greenfield —informó ella—. Apartamento doscientos siete.

—¿Sabe si condenaron al ladrón?

—Eso creo, no me acuerdo bien. Mi esposo tuvo que presentarse en el juzgado para identificarle, pero ignoro si lo enviaron a la cárcel o no.

—Podemos consultarlo en Correcciones —le dijo Brown a Kling —. Señora Edelman, ¿habló usted con su esposo desde Antigua?

—No. ¿Se refiere a si nos telefoneamos el uno al otro? No. Antigua no se halla a la vuelta de la esquina.

—Antes de marcharse, ¿mencionó su esposo algo que le preocupase? Cartas o llamadas amenazadoras, peleas con clientes…, algo por el estilo… ¿Sabe si algo le preocupaba?

—Sí.

—¿Qué? —inquirió Brown.

—Cómo ganar varios millones de dólares —fue la respuesta.

Esta vez la llamada procedía de Dorfsman.

Tuvo lugar a las cuatro y veinte de aquel lunes, el día siguiente al de San Valentín, pero aparentemente Dorfsman todavía gozaba de

las delicias del día de los enamorados. Lo primero que le dijo a Carella fue:

—Las rosas son rojas, las violetas, azules. Espera a saber lo que tengo para ti.

Carella pensó que Dorfsman había perdido sus canicas; sucedía a menudo en el departamento de Policía, aunque jamás sucediese en Balística.

—¿Qué tienes para mí? —preguntó cansinamente.

—Otro.

—¿Otro qué?

—Otro cadáver.

Carella aguardó. Por lo visto, Dorfsman disfrutaba extraordinariamente. Carella no quería estropearle la diversión. Un cadáver en el aniversario de Washington, aunque fuese una semana antes del verdadero aniversario, resulta ciertamente divertido.

—Todavía no he llamado a Kling —continuó Dorfsman—. Tú eres el primero a quien llamo.

—¿Kling? —se extrañó Carella.

—Kling —asintió Dorfsman—. ¿Acaso ya no os habláis? Kling descubrió el homicidio anoche. En realidad, la madrugada del domingo. A las dos.

—¿De qué estás hablando? —se irritó Carella al fin.

—Del homicidio en la Ronda Silvermine. Un tal Marvin Edelman, con dos proyectiles en la cabeza —al parecer, Dorfsman aún reía—. A ti te he llamado antes, Steve.

—Ya. ¿Qué más?

—El mismo revólver que los otros dos —exclamó Dorfsman.

Era muy posible que, al fin y al cabo, se tratase simplemente de un loco.

9

Los locos dificultaban el trabajo de la Policía.

Con un loco entre las manos, ya podían dejar de consultar todos los manuales y tratar de aclarar el caso «a lo loco», ya que ésta es la manera cómo un loco actúa. En la ciudad eran numerosos los locos, los chiflados, los maníacos, si bien, por fortuna, la mayoría de ellos se contentaba con recorrer la Hall Avenue, arriba y abajo, exhibiendo pancartas alusivas al día del Juicio Final, o con consignas contra el alcalde y el tiempo. Los locos de la ciudad pensaban que el alcalde era el responsable del tiempo reinante. Tal vez fuese verdad.

El teniente Pete Byrnes pensaba, por su parte, que su brigada era la responsable de la falta de comunicación acerca de lo que ahora eran, al parecer, tres asesinatos relacionados entre sí. Byrnes, al enterarse de lo que notificó Dorfsman por teléfono, estuvo de acuerdo con él: ¿No hablan jamás entre sí los muchachos de la 87?

—Hubo un asesinato el martes por la noche y otro la noche del sábado o madrugada del domingo —exclamó Byrnes—. El primero ocurrió en la Culver Avenue, y el segundo en la Ronda Silvermine…, ¡sólo a unas calles de distancia! Los dos por disparos de revólver…, pero ¿se les ocurrió a los grandes cerebros de esta comisaría comprobar la posible relación entre ambos? Y no hablo siquiera de la muchacha a la que asesinaron el viernes por la noche, puesto que el hecho no sucedió en nuestro sector. No soñaría en mencionar un tercer asesinato por disparo de revólver a los sabuesos que muestran tan fina intuición —Byrnes se iba acalorando en su discurso —, pero está claro que ninguno de los de aquí se molesta en echar una sola ojeada a los informes de la actividad policial, que es precisamente el motivo por el que los archivamos, a fin de que cada policía de esta comisaría, con o sin uniforme, sepa lo que pasa en la ciudad…

En la sala general, Miscolo y un puñado de patrulleros uniformados trataban de escuchar aprensivamente la perorata que tenía lugar detrás de la puerta de cristales del despacho del teniente, sabiendo que los que estaban con él se hallaban atascando el freno. Eran cuatro, aunque ninguno de los oyentes sabía el número, puesto que los convocaron a primera hora de aquella mañana de martes, ordenándoles que se presentasen al rayar el día (bueno, a las siete y media), mientras que la fuerza de uniforme no acudía a la comisaría hasta las siete y cuarenta y cinco, en cuyo momento se pasaba lista en la planta baja. Los cuatro detectives convocados eran, por orden alfabético: Brown, Carella, Kling y Meyer. Ahora, todos se hallaban estudiando sus zapatos.

La cólera de Byrnes se componía, de una parte, de las presiones de la superioridad, y de otra, por la indignación que le producía la estupidez de unos hombres que, tenía derecho a esperarlo después de tantos años, debían efectuar su tarea con una rutina eficiente. Secretamente, sospechaba que Kling era más culpable que los demás a causa de la depresión desarrollada a partir efe su divorcio. Sin embargo, no quería aislar en la culpa a Kling, porque esto sólo hubiese servido para cohibirle más y quizá provocar una falta de armonía entre los cuatro detectives que estaban destinados a trabajar juntos a fin de solucionar tres crímenes diferentes. Por eso Byrnes adoptaba aquellos procedimientos tan simples que, seguidos al pie de la letra, disiparían la confusión, eliminarían la duplicidad y (un final que él anhelaba de todo corazón) tal vez ayudarían a solucionar aquellos casos.

—Está bien —finalizó—, nada más.

—Pete… —empezó a decir Carella.

—He dicho nada más —le interrumpió Byrnes—. Coged un bombón —les ofreció a los sorprendidos detectives—. Bien, contadme qué habéis conseguido.

—No mucho —confesó Carella.

—¿Estamos tratando con un chiflado?

—Es posible —opinó Brown.

—¿No hay ninguna pista respecto al 38?

—No, Pete. Hemos estado…

—Atrapad a todos los vendedores de armas, descubrid quiénes adquirieron un revólver que cuadre con la descripción.

—Sí, Pete —asintió Carella.

—¿Qué tiene que ver ese López con los otros dos casos?

—Aún lo ignoramos.

—¿También hay drogas por medio?

—La muchacha era drogadicta. Todavía no sabemos nada de Edelman.

—¿Era López el proveedor de la chica?

—Lo ignoramos. Sabemos, en cambio, que ella era la proveedora de algunos miembros de la compañía del *Fatback*.

—Edelman era traficante de joyas, ¿verdad? De diamantes.

—No, de toda clase de piedras preciosas —informó Kling.

—¿Conocía a ese López o a la chica?

—No lo sabemos —continuó Kling—. Pero el verano pasado fue atracado, y esto puede llevarnos a alguna parte. Esta mañana trabajaremos con la computadora.

—No los estrujes —le advirtió Byrnes a Meyer, que iba a coger un bombón de la caja—. Toma los que quieras, pero cómelos, y no los estrujes ni manosees en la caja.

Meyer, que en efecto se disponía a estrujar entre sus dedos uno de los bombones, miró al teniente con expresión ofendida.

—¿Qué hay del novio? —prosiguió el teniente—. El novio de esa joven.

—Estuvo colgado del teléfono casi toda la noche del viernes —explicó Carella—. La noche en que la asesinaron.

—¿Del teléfono? ¿Con quién hablaba?

—Con otro estudiante. El novio estudia medicina en la Ramsey.

—¿Cómo se llama?

—Timothy Moore.

—¿Y su amigo?

—Karl Loeb.

—¿Has hablado con éste?

—Sí. Estuvieron telefoneándose hasta las dos de la madrugada.
—¿Quién llamaba a quién?

—Se llamaban mutuamente.

—¿Qué más?

—El productor de *Fatback*, un tal Allan Carter, anda tonteando con una de sus bailarinas.

—¿Y qué? —se admiró Byrnes.

—Está casado.

—¿Y qué? —repitió el teniente.

—Pensamos que nos ha mentido —dijo Meyer.

—¿Respecto a esa «entretenida»? —inquirió Byrnes, usando un término arcaico, como solía hacer a veces, cosa que los detectives de la 87 sabían perdonarle.

—No, en éste fue decente —respondió Carella—. No obstante, afirma que a la chica muerta la conocía sólo casualmente…, lo que huele muy mal.

—¿Por qué ha de mentir acerca de ese extremo?

—No lo sabemos…, todavía.

—¿Creéis que tenía un lío doble? —inquirió Byrnes.

—No lo sabemos.

—¿Pues qué demontres sabéis? —gritó el teniente, montando nuevamente en cólera—. Coged más bombones, por favor, o me engordaré como un cerdo.

—Pete —murmuró Carella—, este caso es muy complicado.

—No me vengas con ese cuento. ¿Acaso no sé distinguir un caso complicado de uno sencillo?

—Tal vez se trate de un loco —adujo Brown.

—Sí, ésta es la forma más simple de solucionar un caso —masculló Byrnes—, achacarlo a un loco. ¿Queréis saber una cosa? En mi opinión, todo el que mata a otro está loco.

Los detectives no supieron qué replicar.

—De acuerdo —terminó Byrnes—, empezad a vaciar las calles. O, mejor aún, efectuad una parada para ver si es posible hallar una

pista del revólver. Bert, Artie, buscad en la computadora lo de ese atraco… ¿Habéis estado ya en la tienda de ese Edelman?

—No —replicó Brown.

—Id allí y revisadlo todo. Examinad cada mota de polvo y llevadla al laboratorio por si se trata de cocaína.

—No estamos seguros de que esa droga sea la conexión —objetó Meyer.

—¿No? ¿Entonces, cuál es? La muchacha era drogadicta y también proveedora de esa compañía…

—Solamente de algunos de sus componentes, Pete.

—¡Da lo mismo, maldita sea! No me importa que fuese la *vedette* del espectáculo, cosa que supongo no era. La verdad es que vendía droga, lo cual la convierte en un *camello*. Sabemos que López también estaba metido en el tráfico de cocaína, y que tenía seis gramos y mil cien dólares en el bolsillo cuando lo mataron. Por tanto, averiguad todo lo posible respecto a esa Dama del Ballet. De dónde obtenía la droga…, si ganaba mucho en las ventas que hacía, o era solamente un favor… Y apretad los tornillos al productor, se llame como se llame… Ah, sí, Carter. Si se acostaba con una bailarina y también con la muerta. Quiero saberlo todo. Buscad a Danny Gimp, buscad a Fats Donner, a cualquier soplón que esté en la ciudad y no en Florida, que es donde me gustaría estar. Quiero que este caso se mueva con rapidez, ¿estamos? La próxima vez que me llame el Jefe, quiero decirle algo positivo.

—Sí, Pete —asintió Carella.

—Nada de «Sí, Pete». Hechos, quiero hechos.

—Sí, Pete.

—Ah, otra cosa. No creeré en un loco hasta que vosotros podáis convencerme de que no existe la menor relación entre las tres víctimas.

Byrnes calló unos segundos.

—Buscad la conexión —concluyó.

Concertaron encontrarse en un banco de Grover Park, no muy lejos de la pista de patinaje y de la estatua del general Ronald King, que en cierta ocasión tomó una loma durante la guerra hispanoamericana, acortando con ello el período de la tiranía que (según William Randolph Hearst y Joseph Pulitzer) oprimía a los pescadores y los plantadores de caña de azúcar de la honrada Cuba. Uno de los alcaldes encargó la estatua del general, no a causa de su indiscutible valentía, sino porque King (igual que el alcalde) había sido un excelente jugador de póquer, juego favorito del alcalde en todas sus versiones. Debido a la paciencia mostrada por el general en su calidad de estatua, bajo el calor, el frío y la lluvia, los hispánicos de la ciudad (aunque no los cubanos) lo habían honrado con diversos insultos hechos con *spray*, en el pecho, y algunas meadas ocasionales contra las patas del caballo.

Habían cerrado la escuela durante todo el día por culpa de las malas condiciones de las calles. Mientras Carella aguardaba a Danny Gimp en el banco cercano a la estatua del general, oía las voces de los muchachos que se divertían jugando a *hockey* sobre hielo en la pista de patinaje. Carella estaba helado hasta la médula de los huesos. Normalmente, era un hombre filosófico, pero estando allí sentado, embutido en su abrigo más grueso, debajo del cual llevaba una chaqueta de lana, e incluso debajo de ésta un suéter y una camiseta de mangas largas, pensaba que el invierno era semejante a la labor de la Policía. El invierno te encogía. La nieve, el aguanieve y la lluvia helada penetraban en tu cuerpo hasta rendirte. Mas, pese a todo, uno seguía impertérrito hasta la llegada de la primavera, cuando todo volvía a florecer…, y así hasta el invierno siguiente.

¿Dónde diablos estaría Danny?

Le vio avanzando, cojeando lentamente por el sendero, girando la cabeza a un lado y a otro, para observar el terreno cubierto de nieve, como un espía salido del frío, lo que, a decir verdad, Danny presumía ser. Llevaba un impermeable a cuadros rojos y azules y un gorro colorado, hundido hasta las orejas, guantes de lana azules y

pantalones de pana verde remetidos en los chanclos, un atavío Bastante raro para quien deseaba pasar inadvertido.

Se dirigió directamente al banco donde se helaba Carella (en algunas ocasiones, su papel de espía lo llevaba demasiado lejos), pasó por detrás, llegó a la estatua del general, atisbo en torno cuidadosamente, volvió al banco, sentóse al lado del detective, sacó un periódico del bolsillo del impermeable y lo abrió para esconder la cara.

—Hola, Steve —murmuró—. Hace frío, ¿eh?

Carella se quitó un guante y le ofreció a Danny la mano. El informador bajó el periódico, se quitó un guante y estrechó la mano de Carella. Después, volvieron a ponerse los guantes. Pocos detectives estrechaban la mano de sus informadores. Claro que los policías y sus chivatos eran una especie de socios, si bien no se estrechaban las manos. Pocos policías consideraban apreciativamente a sus soplones. Normalmente, un soplón es alguien que le debe algún favor a un policía. Casi todos los informadores de la ciudad se contaban entre sus peores habitantes. Pero si la política obliga a establecer relaciones muy extrañas a veces, la investigación criminal obliga a establecerlas peores. El informador favorito de Hal Willis era un tal Fats Donner, cuya propensión a las jovencitas de doce años hacía que todo el mundo lo despreciara unánimemente. De todos los informadores de Carella, el que más le gustaba era Danny Gimp. Y nunca olvidaría aquella ocasión, muchos años atrás, en que Danny fue a visitarle al hospital donde el detective se recuperaba de una herida de bala. Por esto le estrechaba siempre la mano a Danny.

—¿Qué tal la pierna? —se interesó.

—Duele cuando hace frío —respondió Danny.

—Por una vez —rezongó Carella—, me gustaría que nos encontrásemos en un lugar que no fuese Siberia.

—He de tener cuidado —susurró Danny.

—Puedes tener cuidado en un local —replicó Carella.

—Los locales tienen oídos.

—Bueno, vamos a apresurarnos un poco, ¿eh?
—De acuerdo —asintió Danny.
—Estoy buscando un Smith y Wesson del 38, utilizado en tres asesinatos —explicó Carella.
—¿Cuándo ocurrieron?
—El primero, el día nueve, hace hoy una semana. El segundo la noche del viernes siguiente, el doce. El último, el sábado por la noche, el trece.
—¿Todos en este sector?
—Dos de ellos.
—¿Quiénes fueron las víctimas?
—Un proveedor de cocaína llamado Paco López…, ¿has oído el nombre?
—Creo que sí.
—Y un traficante de piedras preciosas, llamado Marvin Edelman.
—¿Tenía su negocio aquí?
—No, en el centro. Vivía en la Ronda Silvermine.
—De acuerdo. ¿Y la tercera víctima?
—Una chica llamada Sally Anderson, bailarina de una obra musical.
—¿Dónde está la relación?
—Es lo que queremos descubrir.
—Hum… —gruñó Danny—. López, ¿eh?
—Paco, sí.
—Paco López —repitió Danny.
—¿Te dice algo el nombre?
—Quemó los pezones de una joven no hace mucho, ¿verdad?
—Exacto.
—Ya.
—¿Le conocías?
—Le he visto por ahí… Hace meses. Debía de vivir con la fulana. Siempre estaban juntos. De modo que la palmó, ¿eh? No ha sido una gran pérdida, Steve. Era mala persona.
—¿De veras? —preguntó Carella.

—Ya lo creo —asintió Danny—. No me gusta la gente mala, ¿sabes? ¿No has hablado aún con la chica?

—Sí, el día siguiente de la muerte de López.

—¿Y…?

—Nada. Nos contó lo de las quemaduras…

—Fatal, ¿no? —dijo Danny, moviendo la cabeza con pesar.

—Hace dos meses dejaron de vivir juntos. Ella no sabía nada.

—Nadie sabe nada cuando aparece la Policía por este sector. Quizá lo hizo ella. Por las quemaduras, claro.

—Lo dudo, Danny, aunque sea posible. Con franqueza, estoy más interesado en saber si un 38 cambió de manos durante la semana pasada.

—Hay montones de 38 en la ciudad, Steve.

—Lo sé.

—Cambian constantemente de manos —Danny calló un momento —. El primer asesinato tuvo lugar el martes, ¿verdad? ¿A qué hora?

—A las once de la noche.

—¿Dónde?

—En la Culver Avenue.

—¿En la calle o…?

—En la calle.

—Poca gente paseando con este tiempo —razonó Danny—. El frío los mantiene en casa. A los ladrones y asesinos les agrada esto —añadió filosóficamente—. Nadie vio al asesino, ¿eh?

—¿Me estaría aquí helando el culo si tuviese un testigo? —replicó Carella.

—También yo me lo hielo, no lo olvides —exclamó Danny, un poco ofendido—. Bueno, veremos lo que oigo por ahí… ¿Es muy urgente?

—Urgentísimo.

—Es que tengo que colocar una apuesta antes de ponerme a trabajar.

—¿Muy buena? —quiso saber Carella.

—Sólo si el caballo gana —replicó Danny, encogiéndose de hombros.

El Hermano Anthony y Emma estaban fumando marihuana, bebiendo vino y repasando la lista de nombres y direcciones anotada por Judita Cuadrado dos días antes. En un rincón de la habitación funcionaba un calentador de petróleo, si bien los radiadores se mantenían únicamente tibios y las ventanas se hallaban cubiertas de hielo. El Hermano Anthony y Emma se situaban cerca del calentador, a pesar de que ambos insistían en que el frío no les molestaba. Los dos se hallaban semidesnudos.

Habían fumado ya marihuana desde hacía una hora, antes de hacer el amor en la enorme cama de matrimonio del dormitorio del Hermano Anthony. Después, se habían puesto la ropa interior, saliendo al salón para descorchar una botella de vino y encender otros dos cigarrillos antes de sentarse a estudiar la lista de sus potenciales clientes. El Hermano Anthony llevaba unos calzoncillos a rayas. Emma un bikini negro. El Hermano Anthony pensaba que la mujer estaba radiante después de la sesión sexual.

—Creo —dijo Emma—, que ese tipo servía a una docena de personas.

—No son muchas —gruñó el Hermano Anthony—. Esperaba una lista más larga, Emma, a decir verdad. Doce malditos nombres son muy pocas patatas para tantas molestias. Especialmente —añadió, repasando de nuevo la lista—, en tan mínimas cantidades. Fíjate en las cantidades, Emma.

—¿Conoces el chiste? —le preguntó ella de repente.

—No, ¿qué chiste?

Al Hermano Anthony le gustaban los chistes que ella contaba. También le gustaba que se acostara con él. Contemplando aquellos inmensos pechos, empezó a experimentar los escalofríos de un renovado deseo, y pensó que lo mejor sería mandar al diablo todos los chistes y la lista de los clientes de López y volver a disfrutar del sexo. Era algo estupendo en un día frío como aquél.

—La dama está en un hotel de Miami Beach —comenzó Emma.

—Ojalá estuviese yo ahora en un hotel de Miami Beach —la interrumpió él.

—¿Quieres oír el chiste, sí o no? —se enojó ella.

—Vamos, escúpelo.

—Devora un par de platos en el comedor, y después se dirige a conserjería para quejarse.

—¿Y qué?

—¿Me dejas que termine?

—De acuerdo, termina.

—Le dice al conserje y luego al *maître* que la comida es un puro veneno. Los huevos son veneno. La ternera es veneno. Las patatas son veneno, la ensalada es veneno, el café es veneno…, todo es veneno, veneno, veneno. ¿Y sabes qué más dice?

—¿Qué más?

—¡Que las raciones son demasiado pequeñas! —Emma estalló en una risotada.

—No lo entiendo.

—La dama se queja de que la comida es puro veneno…

—¿Y qué?

—Y también se queja de que las raciones son demasiado pequeñas.

—Sigo sin entenderlo.

—Si aquello es veneno, ¿por qué desea raciones más grandes?

—Tal vez sea una loca…

—No, no está loca. Se queja de la comida, y le dice al *maître* que las raciones son pequeñas…

—Sí, de acuerdo, mas sigo sin entenderlo —confesó el Hermano Anthony—. ¿Por qué no vamos otra vez a la cama?

—Todavía no estás dispuesto —replicó Emma, contemplando cierto bulto de su acompañante.

—Tú puedes conseguirlo.

—Ya lo sé. Pero me gusta que te pongas en forma tú, no tener que ayudarte yo.

—Boquita dulce… —susurró el Hermano Anthony.

—Hum… —suspiró Emma.
—¿Qué dices?
—Que el negocio es antes que el placer.
—Oye, ¿qué te hizo recordar ese chiste? —quiso saber él.
—Dijiste algo respecto a unas cantidades pequeñas.
—Lo son, muy pequeñas —gruñó el Hermano Anthony—. Fíjate —le entregó la lista—. Dos o tres gramos a la semana, casi todos ellos. Con esto no nos haremos ricos.
—No tenemos que hacernos ricos de repente —objetó Emma—. Al principio, nos lo tomaremos con calma, empezando con esos clientes de López…, y nos iremos abriendo camino.
—¿Cómo?
—Tal vez la dama nos dará otros clientes.
—¿Qué dama? ¿La que comía veneno?
—La que proveía a López. Su proveedor, tonto.
—¿Por qué tendría que ayudarnos?
—¿Por qué no? Tiene que existir una cadena de suministro, Hermano. Un *camello* necesita proveedores de gramos, los drogadictos necesitan *camellos*. La dama nos da los nombres de varios drogadictos, nosotros le compramos a ella la droga, y todos contentos.
—Creo que sueñas, Emma.
—¿Hará algún daño preguntarlo?
—Nos mandará con viento fresco.
—¿Quién sabe? Bueno, lo primero es lo primero. Antes hemos de notificarle que los clientes de López son nuestros y que continuaremos tratando con ella. Esto es lo primero.
—Seguro, es lo primero.
—Por tanto, lo que has de hacer —ordenó Emma—, es vestirte y hacerle una visita a esa Sally Anderson.
—Más tarde —gruñó el Hermano Anthony tomando a Emma entre sus brazos.
—Hum… —suspiró ella, acurrucándose contra él y lamiéndole los labios.

Eileen Burke llamó a la comisaría mientras Kling telefoneaba a la División de Comunicaciones. Brown le pidió a la joven que esperase, y dejó una nota sobre la mesa de Kling, anunciándole que la detective Burke estaba en la línea seis. Kling asintió. Por un momento, no recordó quién era la detective Burke.

—Tengo aquí la fotocopia —le manifestó el supervisor de la División—. Esto sucedió el pasado julio, el día veintiocho, a las ocho de la tarde, en el seiscientos veintiuno de North Greenfield apartamento doscientos siete. El coche Adam contestó a la ocho doce.

—¿Qué encontraron?

—Radiaron un diez veinte, o sea, un robo ya pasado.

Kling sabía qué era un diez veinte.

—¿En qué comisaría?

—Midtown East —respondió el supervisor.

—¿Quién se ocupó del caso?

—No figura en el expediente.

—Bien, gracias —dijo Kling, apretando el botón 6 del teléfono—. Kling al habla.

—Bert, soy Eileen.

—No he tenido tiempo de buscar el pendiente…

—No ha aparecido por la sala, ¿eh?

—Pues…, no.

—¿Y en el coche?

—Todavía no lo hemos registrado. No hemos ido en ese coche desde el sábado por la noche.

—Bueno, si tienes algún momento libre…

—Oh, seguro…

—Es que…, son mis pendientes de la buena suerte.

Kling no hizo ningún comentario.

—Me siento desnuda sin ellos.

Kling continuó callado.

—No puedo ir por ahí con un solo pendiente, ¿verdad? —agregó ella.

—Supongo que no.
—Sólo tengo media suerte —rió Eileen.
—Sí —gruñó él.
—¿Qué tal el tiempo por ahí?
—Helado.
—Aquí también. Bien, si lo encuentras, dímelo, ¿eh?
—Te lo diré.
—Gracias —respondió Eileen, antes de colgar.

En la misma hoja de papel que Brown le había dejado sobre la mesa, Kling garabateó «Pendiente de E.» y se metió la hoja en el bolsillo de la chaqueta.

Hojeó luego el listín telefónico de la comisaría hasta que halló el número de Midtown East, lo marcó, le comunicó al sargento de guardia lo que buscaba, y le pusieron al habla con un detective llamado Garrido, que hablaba con acento español y se acordaba del caso porque lo habían destacado de guardia en la trastienda del prestamista de la calle Greenfield y allí estaba cuando el ladrón armado entró para vender o empeñar las piedras robadas a Edelman dos días antes, solamente tres portales más abajo.

—Toda la lista —explicó Garrido—, de la A a la B. Lo atrapamos como quien dice con las manos en la masa.
—¿Y qué sucedió?
—¿Sabes quién fue el juez? —preguntó Garrido.
—¿Quién?
—Harris.

Kling conocía al Honorable Wilbur Harris. Entre los policías, el Honorable Wilbur Harris era conocido como Walking[9] Wilbur. Su especialidad consistía en permitir que los delincuentes saliesen libres desde su tribunal.

—¿Qué ocurrió?
—El chico era drogadicto, la primera vez que cometía un robo. En el tribunal, casi se echó a llorar. De modo que Harris lo dejó marchar con una sentencia suspendida.
—A pesar de haberle cogido con lo robado encima, ¿eh?

—¡Con todo! —exclamó Garrido—. ¡Con todo lo de la lista! Bah, ¿acaso esto tiene sentido?

—¿Cómo se llamaba el tipo? —quiso saber Kling.

—Andrew no sé qué. ¿Lo miro en el archivo?

—Si no es molestia…

—Un momento.

Al cabo de cinco minutos, Kling sabía el nombre y apellido del chico de diecisiete años que había atracado a Marvin Edelman el verano anterior.

El apartamento que Allan Carter había descrito como «enorme o inmenso», situado en el parque, era ciertamente lujoso y antiguo, pero solamente un enano lo habría considerado enorme o inmenso. Lonnie Cooper, una de las dos bailarinas negras de *Fatback*, era casi tan alta como los dos detectives a los que franqueó la entrada de su casa aquel martes por la mañana; juntos, los tres disminuían las dimensiones del apartamento a un armario grande. Para completar la estratagema, Lonnie tenía el apartamento atestado de muebles, porcelanas, cuadros y esculturas, de modo que apenas quedaba un centímetro vacío en las paredes o el suelo. Tanto Meyer como Carella tuvieron la impresión de hallarse en el despacho de un vendedor de objetos robados.

—Me encanta la intimidad —explicó Lonnie—. La mayoría de bailarines piensan al revés, pero si en el escenario puedo abrir las alas, en casa me gusta mantenerlas plegadas.

Era más hermosa de lo que Carella recordaba cuando la vio en escena: una joven con la piel del color del corcho, pómulos altos, una nariz como la de Nefertiti, una boca generosa, y una sonrisa deslumbrante. Llevaba un suéter masculino, de lana colorada sobre unos leotardos negros. Iba descalza, si bien usaba unos calcetines de lana, a rayas, sobre los leotardos, a la altura de los muslos. Preguntó a los detectives si querían café o licores, y cuando ellos declinaron la invitación, les indicó un sofá, en el que tomaron asiento

Carella y Meyer. Lonnie Cooper sentóse frente a ellos en un sillón, con fundas en el respaldo y los brazos. Entre ellos había una mesita de centro llena de pisapapeles de cristal, muñecas en miniatura, abrecartas, botones de propaganda y un cenicero, recuerdo de la Exposición Universal de Nueva York del año 1939.

—Colecciono objetos —sonrió, al observar la mirada de Carella.

—Señorita Cooper —empezó él—, me preguntó si…

—Lonnie —le interrumpió ella.

—De acuerdo, Lonnie. Yo…

—¿Cómo es tu nombre? —preguntó ella.

—Steve.

—¿Y el tuyo? —añadió, dirigiéndose a Meyer.

—Meyer.

—Creí que era tu apellido.

—Y también mi nombre.

—¡Estupendo! —alabó Lonnie.

Meyer se encogió de hombros. Jamás había pensado que su nombre completo fuese estupendo, excepto cuando una escritora lo usó como título de una novela referente a un catedrático. Meyer había llamado a Rollie Chabrier, de la oficina del fiscal, para saber si podía demandar a la escritora. Chabrier le respondió que, por el contrario, debería sentirse muy honrado. Meyer empezó a sentirse un poco honrado, pero continuó molestándole que alguien hubiese utilizado el nombre de una persona *real* para el protagonista de una novela. Nada menos que un catedrático.

—¿Seguro que no queréis café? —insistió Lonnie.

—Seguro, gracias.

—Estamos aburriendo el café, con este tiempo —se excusó Meyer.

—Ya, bebéis demasiado, ¿no?

—Sí —asintió Meyer.

—Yo también. A vuestra salud.

Había algo muy infantil en la joven, decidió Carella. Aparentaba veintiséis o veintisiete años, pero sus movimientos, sus expresiones

faciales y hasta la voz estridente pertenecían más a una chiquilla de diecisiete años. Permanecía enroscada en el sillón, con las piernas dobladas bajo el cuerpo, como solía hacer Abril, la hija de Carella.

—Habrás adivinado que hemos venido por lo de Sally Anderson —manifestó Carella.

—Sí, claro —asintió ella, y su rostro adoptó la expresión de una niña que trata de comprender los problemas de los adultos.

—Señorita Cooper…

—Lonnie…, y de tú.

—Sí, es cierto. Lonnie…

—¿Qué, Steve?

Carella se aclaró la garganta.

—Lonnie, tenemos entendido que hace una semana, bueno, algo más, el penúltimo domingo, diste aquí una fiesta…, exactamente, el siete de febrero. ¿Te acuerdas de esa fiesta?

—Sí. ¡Una fiesta magnífica!

—¿Estuvo Sally Anderson?

—Claro, seguro.

—¿Y Tina Wong?

—Sí.

—¿Allan Carter?

—Oh, sí, mucha gente —sonrió Lonnie.

—¿Y Miguel Roldán y Antonio Asensio? —intervino Meyer.

—Realmente, conocéis vuestra obligación, ¿verdad? —se admiró Lonnie. Añadió—: Sí, conocéis vuestros quehaceres.

Meyer jamás había considerado su trabajo como un quehacer. Sonrió débilmente.

—Sí, también vinieron, Meyer —sonrió a su vez Lonnie, con su deslumbradora sonrisa.

—Por lo que hemos podido determinar —prosiguió Carella— aquella noche había cocaína…, en el ambiente.

—Oh… —exclamó Lonnie, dejando de sonreír.

—¿Es cierto?

—¿Quién lo ha dicho?

—Varias personas.
—¿Quiénes?
—Eso poco importa, señorita Cooper.
—A mí sí me importa. Y llámame Lonnie.
—Lo hemos sabido por tres fuentes distintas —manifestó Meyer.
—¿Quiénes?
Meyer miró a Carella, el cual asintió.
—Tina Wong, Miguel Roldán y Antonio Asensio.
—¡Caramba! —se maravilló ella, moviendo la cabeza.
—¿Es verdad? —la apremió Carella.
—Bueno, ¿quién soy yo para contradecirles? —Lonnie se encogió de hombros y cambió de postura en el sillón—. En fin, pensaba que se trataba de lo de Sally…
—Así es.
—¿Y se ha convertido en un caso de cocaína?
—Ya lo es —afirmó Meyer—. Sabemos que Sally aspiró cocaína aquella noche, y sabemos…
—¿Hablas del domingo por la noche?
—Del domingo pasado en ocho, sí. Recuerdas que Sally aspiraba cocaína, ¿eh?
—Oh…, sí, ahora que lo mencionas.
—Y otras personas…
—Algunas.
—De acuerdo. ¿De dónde procedía la droga?
—¿Cómo puedo saberlo?
—Señorita Cooper…
—Lonnie.
—Lonnie, no intentamos detener a nadie por consumo de estupefacientes. Han asesinado a Sally Anderson y queremos descubrir el motivo. Si la cocaína tuvo algo que ver con su muerte…
—No entiendo cómo eso es posible.
—¿Por qué no?
—Porque fue ella la que trajo la droga.
—Lo sabemos. Bien, ¿sabes de dónde la obtenía?

—De algún lugar…, en la parte alta de la ciudad.

—¿Qué lugar?

—No tengo la menor idea.

—¿Muy arriba de la ciudad? Con referencia al parque o…

—No lo sé, de veras.

—¿Cuándo solía llevar la droga al teatro?

—Usualmente, una vez por semana. Los lunes por la noche, antes de la función. Los domingos son blancos…

—¿Blancos?

—No hay función —sonrió Lonnie—. Normalmente, Sally obtenía la droga el domingo. O bien iba a buscarla o se la llevaban a ella. No lo sé. Sí sé que siempre la llevaba al teatro los lunes.

—Y la distribuía entre la compañía.

—Entre los que la necesitaban, sí.

—¿Cuántos eran?

—¿Media docena…, siete? —calculó ella—. Más o menos.

—¿Cuánto dinero implicaba esta distribución?

—¿Creéis que lo hacía por dinero?

—¿Por qué, entonces?

—Por hacernos un favor, nada más. Bueno, ¿por qué duplicar el esfuerzo? Si uno tiene un buen contacto que te entrega un polvo excelente, ¿por qué no adquirir una buena cantidad cada semana, y no contentarse con seis o siete pequeñas compras de unos proveedores en los que no se puede confiar? Esto tiene sentido, ¿no?

—Pues…, sí —asintió Carella.

—¿No es verdad? —insistió ella, mirando a Meyer.

—En fin, ¿de qué estamos hablando? —gruñó Meyer—. Por seis o siete gramos, ella no habría…

—A veces era más. Aunque únicamente cobraba lo que a ella le costaba, creedme. Conozco los precios de la calle…

—¿Nada por la molestia de ir en busca de la droga?

—¿Qué molestia? Tenía que ir de todos modos, ¿no? Además, tal vez el proveedor se la llevaba a ella, ¿quién sabe? Si pensáis que

Sally cobraba más de lo debido, estáis equivocados de árbol. Si pensáis que Sally…

Lonnie calló de repente.

—¿Qué Sally…, qué? —la urgió Carella.

—Ella…, pues…

Lonnie hizo una mueca y se encogió de hombros, como buscando las palabras justas para terminar la frase.

—Vamos, adelante —la animó el detective.

—Que así se ganaba la vida —sonrió Lonnie.

—Oh, sabemos cómo se ganaba la vida —convino Meyer—. Era bailarina.

—Claro.

—Entonces, ¿por qué hemos de pensar que se ganaba la vida de otra forma?

—Estáis hablando de coca, preguntando cuánto dinero se barajaba…

—Sí, pero tú ya nos has contado que ella no ganaba nada con sus ventas.

—Exacto.

—¿Ganaba algo más…, de otra manera? —inquirió Carella.

—No sé nada de ganancias extras.

—Pero existía alguna, ¿verdad?

—¿He dicho tal cosa? —se asombró Lonnie, haciendo rodar los ojos.

—Diste a entender…

—No me has entendido bien, Steve.

—¿De dónde conseguía más dinero? —insistió el detective.

—¿Qué otro dinero?

—Volvamos a empezar —propuso Carella—. ¿Qué quisiste dar a entender al decir: «Si pensáis que Sally…» y has callado de repente? ¿Cómo se ganaba la vida?

—Bailando.

—No te pregunto eso.

—No sé lo que me preguntas.

—Te pregunto de dónde sacaba sus ingresos adicionales.

—¿Quién ha dicho que los tuviese?

—Creí que lo habías dado a entender.

—Además —sonrió Lonnie—, a veces un bailarín trabaja por las noches en un *cabaret*…

—Ya… —reflexionó Carella—. ¿Era esto lo que hacía Sally?

—Pues…, no. No, que yo sepa.

—Entonces… ¿Qué hacía?

—Sólo dije… —Lonnie movió la cabeza.

—Dijiste que hacía algo que ampliaba sus ingresos…, o lo diste a entender. ¿Qué era?

—Se hace por toda la ciudad —dijo Lonnie.

—¿De qué se trata?

—Si Sally tuvo la suerte de obtener su parte, más droga para ella.

—¿Su parte en qué?

—Que yo sepa, eso no va contra la ley. A nadie le perjudica.

—¿A qué te refieres? —se irritó Meyer.

Sonaba como si se tratara de la prostitución, pero Lonnie debía de saber que eso sí iba contra la ley. Además, ¿quién podía afirmar que eso no perjudicaba a nadie?

—Di a qué te refieres —la conminó Carella.

—No tengo que añadir nada más —Lonnie se mostró firme, cruzando los brazos sobre el pecho como una niñita de seis años de edad.

—Podemos llevarte ante un gran jurado —le advirtió Carella, creyendo que si esta amenaza había tenido éxito mil veces antes, podía tenerlo una vez más.

—De acuerdo, llevadme —sonrió Lonnie.

Cuando Brown se dirigió al aparcamiento de los coches de la comisaría, le sorprendió ver que se trataba del mismo decrépito

automóvil en el que habían ido el sábado por la noche, y más aún al divisar a Kling, a gatas, en el asiento trasero.

—Les dije que no quería ese coche nunca más —le espetó a Kling—. Eh, ¿qué haces?

—Aquí está —exclamó el detective.

—¿Qué cosa?

—El pendiente de Eileen —respondió Kling, exhibiendo un aro de oro.

Brown asintió.

—¿Conduces tú? —propuso luego—. ¡Odio este coche!

—De acuerdo —convino Kling.

Se guardó el pendiente en el bolsillo del abrigo, se quitó el polvo del pantalón y se situó detrás del volante. Brown se acomodó a su lado.

—Esta portezuela no cierra bien —se quejó, dando portazos hasta que encajó debidamente en el marco. Al instante puso en marcha la calefacción. El aparato empezó a gruñir y jadear—. ¡Fantástico! —se burló—. ¿Adónde vamos?

—A Diamonlandia —respondió Kling, arrancando.

—¡Fantástico! —repitió Brown.

Un adagio del Departamento de Policía sostiene que el mejor lugar y la mejor hora para que a uno lo maten en esta ciudad es a las doce de la noche de un sábado, a mediados de agosto, en la esquina de Landis Avenue y la calle Porter. Brown y Kling se alegraron cuando llegaron a aquella esquina a las doce de la noche de un helado día de febrero, si bien no les agradó tanto hallarse en Diamonlandia. A Brown todavía le gustaba menos que a Kling. Diamonlandia, en la zona de la comisaría 83, era un sector casi exclusivamente negro, y muchos de sus habitantes pensaban que un policía negro era el peor policía del mundo. Incluso los ciudadanos honrados, y había muchos más que proxenetas, rateros, camellos, drogadictos, ladrones armados, atracadores y prostitutas, pensaban que en caso de un quebrantamiento de la ley era preferible acudir a

un policía blanco que a un hermano de raza. Un policía negro era como una puta reformada, ya muy severa y remilgada.

—¿Cómo se llama el chico? —preguntó Brown.

—Andrew Fleet —respondió Kling.

—¿Blanco o negro?

—Negro.

—¡Fantástico!

La última dirección conocida de Andrew Fleet era una sucesión de casas de la St. Sebastian Avenue, que se iniciaba en el extremo oriental de Grover Park, y corría diagonalmente al noroeste, por un total de trece manzanas entre las avenidas Landis e Isola, hasta convertirse, de manera inexplicable, en otro barrio llamado Adams, seguramente en recuerdo del segundo presidente de los Estados Unidos, o tal vez del sexto. Todo el mundo llamaba al barrio St. Sab.

Aquel martes por la tarde, el barrio resultaba bastante descorazonador. Siempre era posible decir si un barrio de la ciudad era miserable a causa de que sus calles eran siempre las últimas en ser reparadas, o a causa de la basura, que especialmente durante el mal tiempo quedaba amontonada indefinidamente, presumiblemente en beneficio de la población ratonil. En Diamonlandia no era raro ver ratas del tamaño de un gato, cruzando atrevidamente las calles a mediodía. Cuando Kling estacionó el auto al lado de un montón de nieve delante de la casa donde vivía Fleet, eran las doce y diez minutos. No había ninguna rata a la vista, pero los cubos de basura desbordaban y las aceras permanecían repletas de detritus humanos, casi todos helados ya. Allí, la gente no utilizaba bolsas de plástico para la basura. Eran demasiado caras.

Cuando Brown y Kling se acercaron a los peldaños de entrada al edificio, había dos negros en torno a un fuego encendido dentro de una lata de gasolina, calentándose las manos. Los negros intuyeron de inmediato que se trataba de dos detectives. Por el olor. Brown y Kling comprendieron asimismo que los negros los habían olido. Por la simbiosis. Los dos negros ni siquiera levantaron la vista cuando Kling y Brown subieron los peldaños. Tampoco los detectives miraron a los

dos negros. La regla decía que si no has hecho nada malo, la Policía no puede meterse contigo.

Ya en el vestíbulo, consultaron los buzones. Únicamente dos tenían tarjeta.

—¿En qué apartamento te dijeron? —quiso saber Brown.

—Tres-B.

La cerradura de la puerta del vestíbulo estaba rota. Era natural. La lámpara que colgaba del techo no tenía bombilla. Era natural. El pasillo estaba a oscuras, lo mismo que la escalera, más oscura todavía, aunque sí flotaba en el aire el agresivo aroma de unos seres vivos viviendo apretujadamente, una presencia tan tangible como los muros de ladrillo del edificio.

—Puedo traer la linterna del coche —propuso Brown.

—Buena idea.

Luego, subieron al tercer piso.

Aplicaron el oído a la puerta del apartamento de Fleet. Nada.

Escucharon un poco más.

Nada.

Brown llamó.

—¿Johnny? —preguntó una voz.

—¡Policía! —gritó Brown.

—Oh…

—¡Abra!

—Sí, un momento.

Brown miró a Kling. Los dos se encogieron de hombros. Dentro sonaron unos pasos que se acercaban a la puerta. Oyeron cómo alguien hurgaba en una cadena. Oyeron descorrerse el cerrojo. Se abrió la puerta. En el umbral apareció un joven negro con tejanos azules y un suéter de cuello abierto sobre una camisa blanca.

—¿Sí…? —inquirió.

—¿Andrew Fleet? —preguntó Brown a su vez, enseñando sus credenciales.

—¿Y bien?

—¿Es usted Andrew Fleet?

—Sí.

—Tenemos que formularle unas preguntas. ¿Podemos entrar?

—Oh, seguro.

Fleet miró hacia la escalera un instante.

—¿Aguarda a alguien? —se interesó Kling.

—No, no, entren.

Se hizo a un lado para dejarles pasar. Entraron en una cocina pequeña. Una única ventana daba a la pared de ladrillo del edificio fronterizo. En el fregadero había platos sucios en una pila. En la mesa se veía una botella de vino vacía. De una pared a otra habían tendido una cuerda, de la que colgaban unos pantalones de *jockey*.

—Hace frío aquí —se disculpó Fleet—. Hoy tarda en subir el calor. Ya hemos llamado a la Ombudsman.

—¿Quiénes? —preguntó Brown.

—Un muchacho de la comisión de vecinos.

Por la otra puerta abierta de la cocina se divisaba una cama sin hacer. El suelo en torno a la cama estaba lleno de ropa sucia. En la pared, encima de la cama, había un cuadro de Jesucristo, en postura de bendecir a la humanidad, mostrando un corazón sangrante.

—¿Vive solo? —inquirió Brown.

—Sí.

—¿Sólo dos habitaciones?

—Sí, señor.

De pronto todo fueron cortesías, cosa que no dejaron de observar los dos detectives. El chico parecía asustado por algo…

—¿Podemos hacerle unas preguntas? —quiso saber Brown.

—Seguro… Pero…, hum…, en realidad sí espero a alguien —manifestó de repente.

—¿A quién? —se interesó Kling—. ¿A Johnny?

—Oh, sí.

—¿Quién es Johnny?

—Un amigo.

—¿Todavía te dedicas a la heroína? —preguntó Brown, prescindiendo de formulismos.

—¡No, no! ¿Quién ha dicho tal cosa?

—Pues…, tu ficha.

—¡Yo no tengo ficha! ¡Nunca he estado encerrado!

—Nadie ha dicho que estuvieses en la cárcel.

—Te detuvieron en el mes de julio pasado —le recordó Brown—. Acusado de robo.

—Sí, pero…

—Saliste libre, lo sabemos.

—Bueno, con una sentencia suspendida.

—Porque eras un pobre drogadicto, ¿no es eso?

—Oh, entonces sí estaba muy enganchado…, es verdad.

—¿Ya no?

—¡No, oh, no! Hay que estar loco para drogarse con esa mierda.

—Hum… —gruñó Brown—. Bien, ¿quién es ese Johnny, amigo tuyo?

—Un amigo.

—¿No será un proveedor?

—¡No, no! Vamos, hombre, no.

—¿Dónde estuviste el pasado sábado por la noche? —interrogó Kling.

—¿El sábado pasado por la noche?

—En realidad, la madrugada del domingo. A las dos de la madrugada del día catorce.

—Ya.

—¿Ya…, qué?

—Trato de hacer memoria. ¿Por qué? ¿Qué sucedió aquel sábado por la noche?

—Dínoslo tú.

—El sábado por la noche…

—O la madrugada del domingo, como quieras.

—¿A las dos de la madrugada? —inquirió Fleet.

—Exacto.

—Creo que estaba aquí.

—¿Acompañado?

—¿Es esto un Artículo doscientos veinte? —preguntó el joven negro, usando el número de la ley penal donde se define la drogadicción.

—¿Acompañado? —repitió Kling.

—¿Quién se acuerda de eso…? Eso fue…, ¿cuándo…, hace tres días…, o cuatro?

—Haz memoria, Andrew.

—Lo estoy intentando.

—¿Te acuerdas del nombre del hombre al que atracaste?

—Sí.

—¿Cómo se llamaba?

—Edelbaum.

—Prueba otra vez.

—Éste era su nombre.

—¿Le has vuelto a ver desde el día del atraco?

—Sí, en el juicio.

—Y crees que se llamaba Edelbaum, ¿eh?

—Sí, así se llama.

—¿Sabes dónde vive?

—No. ¿Dónde vive?

—¿No lo sabes, eh?

—¿Cómo voy a saber dónde vive?

—¿Te acuerdas de dónde tiene la tienda?

—Seguro, en North Greenfield.

—Pero no recuerdas dónde vive…

—No lo sé ni lo he sabido nunca. Entonces, ¿cómo puedo acordarme?

—Claro que si quisieras averiguarlo, buscarías en el listín telefónico, ¿verdad?

—Sí, claro, pero, ¿por qué he de querer saberlo?

—¿Dónde estabas el catorce de febrero a las dos de la madrugada?

—Ya lo he dicho: aquí.

—¿Acompañado?

—Si esto es un Artículo…

—¿Acompañado, Andrew?

—Estábamos liados con algo de droga, ¿de acuerdo? —exclamó Andrew—. ¿Es esto lo que desean saber? Sí, estábamos inyectándonos. Sigo siendo drogadicto. Ya lo saben… Oh, no… Pueden registrar el piso, si quieren, y no hallarán más que un poco de hierba. Apenas para un canuto, seguro. Adelante, echen un vistazo.

—¿Quién estaba contigo? —insistió Brown.

—¿Qué?

—¿Quién estaba contigo el sábado por la noche?

—Era Johnny, ¿de acuerdo? ¿Qué piensan, molestar a todo el mundo?

—¿Johnny… qué? —preguntó Kling.

Se oyó una llamada a la puerta. Andrew miró a los dos policías.

—Contesta —le ordenó Brown.

—¡Oigan…!

—Contesta.

Andrew suspiró y fue a abrir, descorriendo el cerrojo.

—Hola —musitó.

La muchacha negra no tendría más de dieciséis años. Llevaba un comando colorado sobre unos tejanos azules y botas altas. No carecía de atractivo, pero el carmín de sus labios resultaba exagerado, las mejillas estaban demasiado coloradas y los ojos mostraban un sombreado profundo, más propio de la noche que de las doce y veinte minutos del día.

—Adelante, señorita —le invitó Brown.

—¿Hay toros? —preguntó ella, comprendiendo al momento que eran policías.

—Nada de toros —replicó Kling—. ¿Quiere decirnos quién es usted?

—Andy[10]… —la muchacha consultó al joven negro.

—Aún no sé qué quieren —confesó Andrew, encogiéndose de hombros.

—¿Tienen mandamiento? —quiso saber ella.

—No lo necesitamos. Se trata de una investigación rutinaria y su amiguito nos ha invitado a entrar —explicó Brown—. ¿Por qué? ¿Tienen algo que ocultar?

—¿Es esto un Artículo doscientos veinte? —inquirió la chica.

—Los dos están muy familiarizados con ese artículo, ¿verdad? —se extrañó Brown.

—Bueno, vive y aprenderás —respondió la muchacha.

—¿Cómo te llamas? —quiso saber Kling.

Ella volvió a mirar a Andrew, el cual asintió.

—Corine.

—Corine…, ¿qué más?

—Johnson.

La luz se abrió paso lentamente, iluminando primero el rostro de Brown y luego el de Kling.

—Johnny, ¿eh? —pretendió aclarar Brown.

—Sí, Johnny.

—¿Así es como suelen llamarte?

—Si usted se llamara Corine, ¿le gustaría?

—¿Qué edad tienes, Johnny?

—Veintiuno.

—Prueba otra vez —le indicó Kling.

—Dieciocho, ¿de acuerdo?

—¿No serán dieciséis? —intervino Brown—. ¿O algo menos?

—Tengo edad suficiente —declaró Johnny.

—¿Para qué? —preguntó Brown.

—Para todo lo que quiera hacer.

—¿Cuánto tiempo llevas en la calle? —se interesó Kling.

—No sé de qué está hablando.

—Eres una prostituta, ¿eh, Johnny?

—¿Quién dice tal cosa?

Los ojos de la chica se tornaron tan opacos como el hielo que cubría la ventana. Tenía las manos metidas en los bolsillos del

comando. Tanto Brown como Kling hubiesen jurado que las tenía fuertemente apretadas.

—¿Dónde estabas el pasado sábado por la noche? —interrogóla Kling.

—Johnny, ellos…

—¡A callar, Andrew! —tronó Brown—. ¿Dónde estabas, linda señorita?

—¿Cuándo?

—Johnny…

—¡Te he dicho que calles! —volvió a tronar Brown.

—El sábado pasado, a las dos de la madrugada —precisó Kling.

—Aquí.

—¿Qué hacías?

—Me pinchaba.

—¿De veras? ¿No había clientes en la calle?

—La nieve —gruñó ella—. Hace que todos los tíos se queden en cama.

—¿A qué hora llegaste aquí? —inquirió Brown.

—Vivo aquí, chico.

—Creíamos que vivías solo, Andrew —exclamó Kling.

—Bueno, no quería causar problemas a nadie más —se defendió Andrew.

—Conque estuviste aquí toda la noche —concluyó Brown.

—No he dicho eso —protestó ella—. Fui a dar una vuelta…, ¿a qué hora, Andy?

—Andy no importa. Dilo tú.

—Hacia las diez, que es cuando suele empezar el jaleo. Esas malditas calles estaban tan vacías como el corazón de una puta. ¿Cuándo regresaste?

—A medianoche. Empezamos a pincharnos hacia medianoche, ¿verdad, Andy?

El chico iba a contestar, pero calló bajo la mirada de Brown.

—¿Y estuviste aquí desde medianoche hasta las dos? —preguntó Kling.

—Estuve aquí desde medianoche hasta la mañana siguiente. Vivo aquí.

—¿Salió Andrew del apartamento en algún momento de aquella noche?

—No, señor —respondió ella.

—No, señor —repitió Andrew, enfáticamente.

—¿Adónde fuiste a la mañana siguiente?

—Salí…, a ver si enganchaba algo.

—¿Enganchaste?

—Bah, la nieve dificultaba el tráfico —explicó ella. No se refería al tráfico automovilístico—. La droga viene de Florida, claro… pero esta nieve lo fastidia todo. A las prostitutas y a los drogadictos.

Brown pensó que la nieve dificultaba otras muchas cosas.

—¿Bert…? —murmuró.

Kling estudió a los dos chicos.

—Sí, larguémonos —dijo al fin.

Descendieron a la calle en silencio. Los dos negros continuaban junto a la lata de gasolina, tratando de entrar en calor. Cuando Kling puso en marcha el coche, el calentador gruñó y jadeó.

—Parecen limpios, ¿verdad? —preguntó Brown.

—Eso creo —asintió Kling.

—Ni siquiera se acuerda del nombre del muerto.

Quedaron callados.

—¡Es una maldita vergüenza! —proclamó Brown cuando se acercaban ya a la comisaría.

Kling comprendió que no se refería al hecho de no haber progresado en la investigación del caso Edelman.

10

El conserje del edificio donde viviera Sally Anderson había recibido la visita de varios policías desde que se cometió el crimen y ahora tenía que contender con un cura. El conserje no era hombre religioso, no le importaban un ardite el cielo o el infierno, y no le gustaba tener que conversar con un clérigo mientras él esparcía sal de roca por la acera, delante del portal, intentando fundir el hielo.

—¿Qué tenía que ver esa joven con usted? —le preguntó al Hermano Anthony.

—Pidió una Biblia.

—¿Una qué?

—Una Biblia. A la orden de los Pietistas Fraternos —inventó el Hermano Anthony, creyendo que el nombre sonaba muy sagrado.

—¿Y bien…?

—Pertenezco a esa Orden —expresó el Hermano Anthony con solemnidad.

—¿Y bien…?

—Quiero entregarle la Biblia. He subido al apartamento que indica el buzón y no he obtenido respuesta. Tal vez usted pueda decirme…

—No le contestará —fue la respuesta.

—¿No? Está bien.

—No le contestará nunca —añadió el conserje—. Al menos, ella.

—Ah… —se admiró el Hermano Anthony—. ¿Se ha mudado?

—¿No está usted en contacto?

—¿En contacto?

—Con Dios, claro.

—¿Con Dios?

—¿Dios no les envía boletines diarios a ustedes?

—No le entiendo, hermano.

—¿Dios no confecciona listas para ustedes, para que sepan quiénes han expirado…, y adónde la ha enviado a ella? —terminó el conserje, sin dejar de derramar sal de roca sobre la acera con gran celo ateo—. ¿No saben si está en el Cielo o el Infierno…, o en el Limbo?

El Hermano Anthony miró fijamente a su interlocutor.

—Sí, Sally Anderson na muerto —aclaró el conserje.

—Oh, lo siento —musitó el falso sacerdote—.*Dominus vobiscum*.

—*Et cum spiritu tuo* —acabó el conserje, que se había educado en el catolicismo.

—¡Dios se apiade de su alma! —añadió el Hermano Anthony para no ser menos—. ¿Cuándo murió?

—El viernes por la noche.

—¿Cuál fue la causa de la muerte?

—Tres agujeros de bala le produjeron la muerte.

El Hermano Anthony abrió los ojos desmesuradamente.

—En esta misma acera —puntualizó el conserje.

—¿Sabe ya la Policía quién lo hizo?

—La Policía no sabe cómo sonarse las narices —exclamó el conserje—. ¿No lee el periódico? Todos lo han publicado.

—No lo sabía… —confesó el Hermano Anthony.

—Sí, claro, demasiado ocupado con sus latines. Con sus *kyrie eleisons*.

—Sí —asintió el falso cura.

No había oído tales palabras en su vida. Sonaban bien. Decidió utilizarlas en el futuro. Unir unos *kyrie eleisons* con el *Dominus vobiscum. Et cum spiritu tuo*. Sí, era estupendo. De repente se le ocurrió que se trataba de una coincidencia muy notable: Paco López recibiendo un par de balas el martes por la noche, y la chica la noche del viernes, recibiendo una más.

Súbitamente, el asunto ya no le pareció de pequeñas patatas. Aquellas muertes llevaban el sello de la clase de acción en la que se hallaban inmersos los traficantes de drogas de origen hispánico. No le gustaba mucho verse envuelto en tal acción. Ciertamente, no

deseaba aparecer muerto dentro del maletero de un coche aparcado en el aeropuerto Spindrift. No obstante, presentía que había tropezado con algo grande, que indudablemente podía enriquecerles a él y a Emma. Siempre que supiesen jugar bien las cartas. Siempre que supiesen andar con pies de plomo. Al menos, al principio. Cuando viesen qué pasaba tendrían tiempo de moverse más de prisa.

—¿De qué vivía? —preguntóle al conserje.

Se imaginaba que si la chica estaba metida en algo grande con Paco López, tal vez algunos de los asociados de ella lo estarían también. Esto era un principio. Unas coincidencias tan notables no se dan todos los días.

—Era bailarina.

Bailarina, repitió el Hermano Anthony para sí, visualizando a alguien enseñando el tango en el salón de Arthur Murray. Una vez, mucho tiempo atrás, cuando él estaba casado con una dama que regentaba un restaurante, ella lo convenció para que fuesen ambos a un estudio de danza. No al de Arthur Murray. Ni al de Fred Astaire. Al de alguien llamado…, bah, no se acordaba. A aprender a bailar el cha-cha-cha, porque su mujer estaba loca por el cha-cha-cha. El Hermano Anthony tuvo una fuerte erección la primera vez que estuvo a solas en el salón con la profesora, una linda morenita que llevaba un vestido algo transparente, y que parecía más una ramera que una profesora de cha-cha-cha. La muchacha le dijo que él era muy ligero de pies, cosa que ya sabía. Tenía ya las manos rozando el transparente vestido cuando volvió su esposa y decidió abandonar el aprendizaje del cha-cha-cha. Step Lively, así se llamaba el salón. Ah, de esto hacía mucho tiempo, antes de que su esposa sufriese el accidente que a él le costó un año en Castleview, acusado de intento de homicidio. Había pasado ya mucha agua bajo el puente, pensó el Hermano Anthony: *kyrie eleison*.

—En el musical *Fatback* —agregó el conserje.

—¿Un musical?

—Sí, de mucho éxito.

El Hermano Anthony no se hallaba al corriente de los éxitos musicales de la ciudad.

—Es un espectáculo —continuó el conserje—. En el centro.

—¿Dónde del centro? —quiso saber el Hermano Anthony.

—No sé el nombre del teatro —reconoció el conserje—. Compre un periódico. Quizá haya alguno en latín.

—Dios le bendiga —se despidió el falso sacerdote.

El teléfono de la mesa de Kling empezó a sonar justo cuando él y Brown salían de la sala de detectives. Se inclinó por encima de la barandilla divisoria y cogió el receptor.

—Kling al habla.

—Bert, soy Eileen.

—Ah, hola. Iba a llamarte más tarde.

—¿Lo encontraste?

—Donde dijiste que podía estar. En el asiento trasero del coche.

—¿Sabes cuántos pendientes he perdido en los asientos traseros de los coches? —rió Eileen.

Kling no respondió.

—Hace años, claro…

Kling continuó callado.

—De adolescente…

El silencio se alargó.

—Bueno —decidió ella no seguir por aquel camino—, me alegro de que lo encontraras.

—¿Qué hago con él? —quiso saber Kling.

—Supongo que no tardarás en pasar por aquí…, ¿verdad?

—Pues…

—¿Un juzgado? ¿El laboratorio? ¿La oficina del fiscal?

—No, pero…

Ella esperó.

—En realidad, vivo cerca del puente —manifestó Kling.

—¿El puente del Calm's Point?

—Sí.
—Oh, magnífico… ¿Conoces El Panorama desde el Puente[11]?
—¿Qué?
—Está bajo el puente. En el Dix. Lleva el nombre de una comedia. Una taberna.
—Oh…
—Bueno, no deseo desviarte de tu camino…
—Yo…
—¿Te conviene a las cinco?
—Ahora salgo de la comisaría… No sé a qué hora…
—Está al final de la calle Lamb, bajo el puente, junto al río, no puedes perderte. A las cinco, ¿eh? Recibirás una recompensa, seguro.
—Pues…
—¿O tienes otros planes?
—No tengo otros planes.
—¿A las cinco?
—Está bien.
—Bravo —aprobó ella, colgando.
Kling mostraba una expresión de inmenso asombro en su semblante.
—¿De qué se trata? —se interesó Brown.
—Del pendiente de Eileen.
—¿Cómo?
—Olvídalo.

A las tres de la tarde ya habían registrado la pequeña oficina del segundo piso perteneciente a Edelman, tres veces…, cuatro contando la media hora extra que pasaron volviendo a examinar el escritorio. Brown decidió que debían marcharse. De pronto, Kling observó que todavía no habían mirado en el interior de la caja fuerte. Brown replicó que la caja fuerte estaba cerrada. Entonces, Kling llamó a la Safe, Loft y Truck Squad. Le respondieron que enviarían a

un técnico antes de media hora. Brown encendió un cigarrillo y volvieron a registrar la oficina.

La oficina era el primer apartamento del corredor, en lo alto de la escalera, lo que probablemente era la causa de que Andrew Fleet la hubiese elegido para dar su golpe del mes de julio anterior, puesto que un drogadicto ladrón solamente debía estar interesado en la oportunidad y la rapidez. En los cristales de la puerta de entrada se leía en caracteres dorados EDELMAN BROS y debajo PIEDRAS PRECIOSAS. La señora Edelman había dicho que su esposo trabajaba solo, por lo que Brown y Kling se imaginaron que la firma empezó, seguramente, como una sociedad entre hermanos[12], y que, o bien el hermano había fallecido o ya no figuraba en el negocio. Ambos tomaron, por separado, la decisión de llamar a la viuda y comprobar este extremo.

Más allá de la entrada había un espacio de un metro de ancho, aproximadamente, con un mostrador bastante alto, detrás del cual se extendía un enrejado fabricado con el mismo alambrado de acero que el de la sala de detectives de la comisaría 87, que formaba la jaula de los detenidos. A la izquierda del mostrador había una puerta cubierta con el mismo alambre protector. Al presionar un botón situado al otro lado del mostrador, se abría la puerta del despacho interior. Pero la alambrada, semejante también a las que suelen rodear los terrenos de juego de las escuelas, no podía impedir que un intruso introdujese una pistola por una de sus rendijas y exigiera que se abriese la puerta por medio de dicho botón. Presumiblemente, era esto lo sucedido aquel día de julio. Andrew Fleet entró en la oficina, apuntó a Edelman con su arma y le ordenó abrir la puerta. Aquella alambrada había sido tan eficaz como una barquita en medio de una tormenta.

La parte de oficina que dividía el mostrador parecía un armario de boticario, con docenas de cajoncitos, cada uno etiquetado con el nombre de la piedra preciosa que seguramente contenía. Desde la muerte de Edelman, nadie había entrado en la oficina, no obstante los cajones se hallaban sorprendentemente vacíos, lo que les hizo

pensar a Kling y Brown que Edelman encerró sus tesoros en la caja antes de salir aquella noche. Los dos detectives llevaban guantes de algodón para registrar el local. Era harto improbable que el asesino hubiese estado en la oficina de Edelman antes de tenderle la emboscada en el garaje, pero los expertos de Unidad del Crimen todavía no habían examinado la oficina completamente, y Kling y Brown no querían correr riesgo alguno. Si hallaban un residuo que remotamente pareciese cocaína, llamarían inmediatamente a los del laboratorio. Era esto lo que ordenaba el Manual. No hay que llamar a la Unidad del Crimen (a la que pertenecían los técnicos del laboratorio), a un lugar donde no se ha cometido ningún delito, a menos que haya buenos motivos para creer que también este sitio está relacionado con un verdadero crimen. Kling y Brown todavía no tenían motivos para sospecharlo.

El experto en cajas de caudales llegó cuarenta minutos más tarde, lo que no significaba una demora teniendo en cuenta las condiciones de las calles. Llevaba un abrigo de piel de oveja, un gorro con orejeras, guantes forrados de pelo de cordero, pantalones de lana muy gruesos, camisa de cuello muy alto y chanclos de goma negros. También llevaba una cartera negra, que dejó en el suelo, se quitó los guantes, se restregó vivamente las manos, murmuró: «Vaya tiempecito, ¿eh?», y alargó la mano derecha.

—Turbo —se presentó—. Turbo, amigos.

Estrechó primero la mano de Brown y luego la de Kling, quienes a su vez también pronunciaron sus nombres.

Turbo le recordó a Brown las imágenes de Santa Claus en la versión ilustrada de *La noche antes de Navidad*, que usualmente le leía a su hijo todas las vísperas de Navidad. Turbo era barbilampiño, lucía unas mejillas coloradas, y no era más alto que Hal Willis, aunque sí más grueso. Después de estrechar las manos, volvió a frotarse las suyas vivamente. Brown pensó que iba a probar la combinación.

—¿Dónde está? —inquirió Turbo.

—Allí, en el rincón —indicó Kling.

Turbo miró en la dirección señalada.

—Creí que sería vieja —musitó—. Al parecer, es de una marca nueva.

Se acercó a la caja.

—Una caja vieja la abriría en tres segundos. Con ésta, tardaré algo más.

Estudió la caja.

—¿Sabéis que encontraré aquí? —continuó—. Un eje de plomo con las tuercas lejos del eje, de forma que no podré golpearla a través del mamparo y romper las tuercas.

Brown y Kling se miraron mutuamente. Turbo hablaba, según ellos, en un idioma extranjero.

—Veamos —prosiguió el experto—. Pensáis que ese tipo pudo dejar la combinación de día, ¿verdad? Bah, no tendremos tanta suerte —iba a tocar el numerador cuando detuvo el gesto—. ¿Han venido ya los de la Unidad del Crimen?

—No —respondió Kling.

—¿Es por esto que lleváis esos guantes de Mickey Mouse?

Los dos detectives contemplaron sus manos. No se habían quitado los guantes para estrechar la mano de Turbo, una falta e tacto en la que no habían reparado.

—¿Cuál es el caso? —quiso saber Turbo.

—Homicidio.

—¿Y no ha venido la Unidad del Crimen?

—El suceso tuvo lugar en otra parte.

—Y la víctima trabajaba aquí… Comprendo.

—Exacto.

—¿Bajo qué responsabilidad he de abrir esta caja?

—Es nuestro caso.

—¿Y eso qué significa?

—Que la responsabilidad es nuestra —explicó Brown.

—¿Sí? Bien, eso se lo explicaréis a mi teniente —objetó Turbo yendo al teléfono.

Sabiendo que la Unidad del Crimen todavía no había examinado la oficina, Turbo abrió su cartera, sacó un par de guantes de algodón y se los puso. Ahora, los tres hombres parecían camareros de un restaurante de fantasía. Turbo levantó el auricular, marcó un número y esperó.

—Aquí Turbo —dijo al cabo—. Quiero hablar con el teniente —volvió a esperar—. Mike —dijo luego—, aquí Turbo. Estoy en North Greenfield, y dos detectives de la 87 quieren que abra una caja fuerte —miró a Brown y Kling—. ¿Vuestros nombres, pues no me acuerdo?

—Kling.

—Brown.

—Kling y Brown —repitió Turbo por teléfono. Volvió a escuchar—. ¿Qué comisaría?

—La 87.

—La 87 —repitió Turbo—. Un homicidio. No, estoy en el lugar donde trabajaba la víctima. ¿Qué hago? Hum… No, quería salvar mi propia responsabilidad, ¿entiendes, Mike? Dentro de poco, es fácil que esté cometiendo un robo… —escuchó—. ¿Qué formulario? ¿Quién tiene aquí un formulario? No, yo no… ¿Qué dices?… Hum hum… Que lo firmen ambos, ¿eh?… Hum… Hum…

Con esto bastará… Bien, Mike, tú eres el jefe, hasta la vista —colgó—. Necesito un formulario vuestro, chicos. Para que me autorice a abrir la caja. Una sola firma. Yo os lo dictaré.

Se lo dictó a Kling, el cual fue escribiendo en su libreta, firmando acto seguido al pie.

—Con la fecha, por favor —pidió Turbo.

Kling lo fechó.

—Será mejor que pongas también tu graduación y el número de placa.

Kling escribió su graduación y el número de placa bajo la firma.

—Lamento ser tan burócrata —manifestó el experto, embolsándose el papel, que Kling arrancó de la libreta—, pero si en la caja hay algo de valor y desapareciese…

—Sí, claro, estás cubriendo tu responsabilidad —concluyó Brown.

—Exacto —asintió Turbo, con una mirada malévola para el detective de color—. Bien, veamos si ese individuo dejó la combinación de día —se acercó de nuevo a la caja—. Muchos tipos que están abriendo y cerrando una caja todo el día, se conforman con darle una vuelta al numerador cuando la cierran. Esto les ahorra mucho tiempo cuando han de abrirla de nuevo —giró el numerador lentamente y tiró de la falleba—. No hay suerte. Probaremos el viejo cinco-diez.

Los detectives le contemplaron sin entender.

—Muchos comerciantes recuerdan los números con dificultad, por lo que al adquirir una caja, piden que la combinación sea de tres números en una tabla de multiplicar, como cinco, diez, quince… O cuatro, ocho, doce… O seis, doce, dieciocho… Casi nunca la tabla del nueve. Es difícil la tabla del nueve. ¿Cuánto son nueve por tres? —preguntó súbitamente.

—Veintisiete —respondió Kling.

—Bueno, la excepción confirma la regla. Bien, vamos a probar.

—¿Sabéis cuándo cumplía años ese fulano? —preguntó mientras probaba las combinaciones de la tabla de multiplicar.

—No —replicó Brown.

—A veces usan el aniversario, algo fácil de recordar. Si, por ejemplo, el sujeto nació el 15 de octubre de 1926, la combinación será quince a la izquierda, diez a la derecha y veintiséis a la izquierda. Así que no conocéis su fecha de nacimiento, ¿eh?

—No —repitió Brown.

—Echaré una ojeada al teléfono. ¿Cuál es el número?

—¿Qué? —se asombró Brown.

—El teléfono. El teléfono por el que acabo de hablar. Sobre el mostrador. ¿Cuáles son los seis primeros dígitos? A veces, usan los seis primeros dígitos del teléfono.

—¿Quieres que los anote?

—Sí, buena idea. No he llegado más que a la tabla del seis. Usualmente, no paso de la del once, porque las otras tablas no son

fáciles. ¿Quién diablos sabe cuántos son catorce por tres?

—Cuarenta y dos —respondió Kling.

Turbo le dedicó una mirada asesina.

—De acuerdo. Vamos, anota esos números —le dijo a Brown.

Un instante después, tenía en las manos los números anotados por Brown. Los empezó a probar.

—No hay suerte —masculló al fin—. Está bien, usaré la artillería pesada —abrió la cartera y extrajo un martillo de forma especial y un punzón—. Los mejores ladrones de la ciudad estamos en la Safe, Loft y Truck. Squad —añadió con orgullo. Con un solo golpe hizo saltar el numerador de la caja—. Sí, es de eje de plomo. Lo sabré dentro de un instante.

Empezó a golpear el eje, que ya estaba al descubierto, el cual se fue desgastando bajo el impacto de los golpes.

—Plomo, seguro. Es una de esas cajas llamadas «huchas», lo que significa que está construida con gruesas capas de acero, un eje resistente al punzón, y a veces, una maquinaria de doble cerrojo, o una lámina de acero en la puerta contra la que nada puede una lámpara de acetileno. A lo mejor, usaré nitro para abrirla —sonrió repentinamente—. Bah, estoy bromeando. Los buenos ladrones ya no emplean explosivos. Lo que he de hacer es ir rebajando el acero hasta obtener un agujero por el que introducir la palanqueta. Así podré abrir. Bueno, ponéos cómodos porque esto va para largo.

Kling consultó el reloj. Eran las cuatro y diez minutos, y le había prometido a Eileen reunirse con ella a las cinco. Estuvo indeciso entre si llamarla o no.

—¿No podéis encender la luz? —pidió Turbo—. ¿O sois socios del difunto?

Brown hizo funcionar un interruptor de la pared.

Turbo empezó a trabajar.

Veinte minutos más tarde había abierto la caja. Obviamente, se hallaba muy complacido consigo mismo, y Kling y Brown le felicitaron calurosamente antes de acudir a ver qué había dentro.

Ninguna piedra preciosa. O al menos muy pocas. Unas bolsitas con esmeraldas, rubíes y zafiros, y otra con diamantes. Sin embargo, en un pequeño estante del fondo, debidamente apilados, los detectives hallaron trescientos mil dólares en billetes de cien.

—Hemos encontrado lo que no buscábamos —se admiró Turbo.

El detective Richard Genero se mostraba muy diligente al responder por teléfono desde que inadvertidamente le gritó a un capitán dos días antes. Nunca se sabe quién está al otro extremo de la línea. Es éste el misterio del teléfono. También en la vida había otros misterios, por cuyo motivo su madre siempre le aconsejaba «que se ocupase de sus propios asuntos», advertencia absurda para un policía, cuya misión consiste en ocuparse de los asuntos ajenos. Cuando sonó el teléfono en la mesa de Carella a las cuatro de la tarde del martes, Genero no supo si contestar o no. Carella se hallaba en la otra punta de la sala, poniéndose ya el abrigo, dispuesto a salir. Pero, ¿y si fuese otra vez el capitán? Carella y el capitán eran buenos amigos. El primero se había reído mucho con el segundo por teléfono. ¿Y si el capitán reñía nuevamente a Genero? El aparato seguía llamando.

—¿Alguien quiere coger ese maldito teléfono? —gritó Carella, abrochándose el abrigo.

Como Genero era el único que estaba presente en la sala, levantó el receptor a disgusto, manteniéndolo a cierta distancia de su oído, por si acaso volvía a chillar el capitán.

—Diga… —murmuró, sin dar su nombre por si era el capitán.

—El detective Carella, por favor —dijo una voz al otro extremo de la línea.

—¿Quién pregunta por él?

—Dígale que soy Danny.

—Oh, sí, señor —asintió Genero, sin saber si Danny era o no el capitán que le había chillado el domingo…, o tal vez otro capitán—. ¡Steve —gritó—, es Danny!

Carella casi corrió hacia su mesa.
—¿Por qué llamará siempre cuando estoy a punto de largarme?
—Es el misterio del teléfono —sonrió Genero.
Carella cogió el aparato. Genero volvió a su mesa, donde se hallaba muy ocupado en un crucigrama, enfrascado en encontrar una palabra de cuatro letras que significara felino.
—Hola, Danny —dijo Carella.
—¿Steve? Supongo que no es una hora inconveniente…
—No, no…, ¿qué has conseguido?
Meyer entró en la sala, procedente del lavabo, subiéndose la cremallera del pantalón. Cruzó la barandilla divisoria y se dirigió al perchero. El gorrito de lana que su esposa le había regalado estaba en el bolsillo derecho de su abrigo. ¿Se lo pondría? Prefirió coger el sombrero, se lo encasquetó en su calva cabeza, se embutió el abrigo y se aproximó a Carella.
—¿Interesante? ¿Qué quieres decir? —preguntaba Carella en aquel momento.
—Bueno, pensé que podría hablar con esa chica…, esa amiguita de López… —explicó Danny.
—Juanita Cuadrado, sí.
—La misma. Pensé que deseaba adquirir un poco de polvo… Para que cantase, ¿entiendes?
—¿Qué es eso tan interesante, Danny? —quiso saber Carella.
—Bueno, probablemente ya lo sabes, Steve…, o tal vez no.
—¿De qué se trata, Danny? —se impacientó Carella.
Miró a Meyer y se encogió de hombros. Meyer respondió con el mismo gesto.
—El domingo por la noche la cortaron en varios trozos.
—¿Qué?
—Sí. Falleció ayer en el hospital, hacia las once.
—¿Quién te lo dijo?
—La mujer que vive en la puerta de al lado.
—Danny…, ¿estás seguro?

—Siempre lo compruebo todo, Steve. Llamé al hospital tan pronto como salí de aquella casa. Sí, está muerta. Todavía no ha ido nadie a reclamar el cadáver. ¿Tenía parientes?

—Un primo.

—Sí… —Danny hizo una pausa—. Steve, ¿todavía quieres que busque un treinta y ocho? Bueno, a esa chica la acuchillaron, Steve.

—Sigue buscando, Danny. Gracias, muchas gracias.

—Hasta la vista —dijo Danny.

La comunicación se cortó. Carella sostuvo un instante el teléfono antes de colocarlo sobre el soporte.

—¿Qué ocurre? —preguntó Meyer.

Carella respiró hondo. Movió la cabeza con pesar. Sin quitarse el abrigo, fue a llamar a la puerta del despacho del teniente.

—¡Adelante! —gritó Byrnes.

Carella respiró más hondo todavía.

El techo del Panorama desde el Puente estaba adornado con emparrados y vasos de vino, cada culo de vaso atrapado entre ranuras de la madera, formando una especie de arañas de cristal, que reflejaban la luminosidad procedente de la chimenea del local. Era una chimenea de ladrillos, y las paredes circundantes se hallaban tapizadas con madera, excepto la que daba al río, en la que había un enorme ventanal por el que Kling divisaba el agua y las barcas que se movían lentamente a aquella hora crepuscular. Según el reloj colocado encima de la puerta de entrada, eran las cinco y media. Kling había dejado a Brown encargado de ponerse al habla con el teniente, notificándole la asombrosa noticia de que la caja fuerte de Edelman contenía trescientos mil dólares en su interior.

La taberna, a aquella hora, se hallaba atestada de hombres y mujeres que, presumiblemente, trabajaban en los numerosos juzgados, departamentos municipales, oficinas legales y firmas de agentes de bolsa que se ubicaban en la estructura del poder judicial, económico, legal y gubernamental de la zona más antigua de la

ciudad. En el ambiente flotaba el zumbido de las conversaciones mantenidas en voz baja, con algunas risas intermedias, todo ello alentado por el cálido fuego y las temblorosas llamas de las velas, dentro de unas palmatorias extrañas, sobre cada mesa. Kling no conocía Inglaterra, mas supuso que aquel local imitaba a las tabernas londinenses, un lugar de descanso al cabo de un día de intensa labor. Vio a un ayudante de fiscalía que conocía, lo saludó, y buscó a Eileen.

La joven estaba sentaba a una mesa, junto al ventanal, contemplando el río. La llama de la vela arrojaba destellos tembleantes sobre su cabello rojo. Tenía la barbilla apoyada en la palma de la mano. Parecía pensativa y, por un momento, Kling no se atrevió a turbar el humor que la joven debía de compartir con las oscuras aguas del río. Se quitó el abrigo, lo colgó en una serie de perchas situadas al lado de la puerta, y cruzó el local en dirección a la joven. Al intuir su proximidad, Eileen dejó de mirar el río.

—Hola —dijo él—, siento llegar tarde.

—Oh, acabo de llegar —exclamó ella.

Kling sentóse en una silla, frente a ella.

—De modo que lo has encontrado…

—Sí, donde tú dijiste —Kling metió la mano en un bolsillo de su chaqueta—. Te lo daré antes de que vuelva a perderse.

Dejó el aro de oro sobre la mesa. Al instante observó que Eileen llevaba el compañero en la oreja derecha. Vio cómo ella cogía el pendiente de la mesa, se lo colocaba en la oreja izquierda, ayudándose en la tarea con ambas manos. El gesto le recordó a Kling el que tantas veces le viera efectuar a Augusta al ponerse o quitarse sus pendientes: la peculiar inclinación de la cabeza femenina, el cabello cayéndole a un lado como una cascada. Augusta tenía orificios en las orejas; los pendientes de Eileen eran de clip.

—Bien —sonrió ella, satisfecha.

De repente, miró a Kling con cierto embarazo, como pillada en la ejecución de un acto íntimo, cuando creía no ser observada. Su

sonrisa vaciló un instante. Luego, miró hacia donde un camarero atendía a otra mesa.

—¿Qué prefieres? —le preguntó a Kling—. ¿Blanco o tinto?

—Blanco, mejor. Oye, yo soy quien invita. No hay necesidad de que…

—Ni hablar —le cortó ella—. Después de las molestias que te he causado.

—De molestias nada…

—A callar.

Eileen llamó al camarero.

Kling calló. Eileen le contempló, estudiando su cara, de nuevo volvía a ser la mujer policía alerta ante cualquier cosa.

—Esto te molesta realmente, ¿verdad? —preguntó al fin.

—No, no…

—A lo de la invitación me refiero.

—Pues…, no.

Quería decir que sí. Una de las cosas que más le habían disgustado de su matrimonio con Augusta era el exorbitante salario con el que ella pagaba casi todos los lujos de que gozaban.

El camarero se acercó, con la lista de vinos en la mano. Sabedor de que era ella la que lo había llamado, y acostumbrado a ver cómo las damas eran las que solían pagar, le entregó a Eileen la lista de vinos.

—¿Qué desean? —solicitó.

—Creo que al caballero le gustará elegir —dijo Eileen. Kling la miró—. También pagará la cuenta.

—Naturalmente —convino el camarero, dándole la lista a Kling.

—Yo…, yo no sé escoger muy bien —se excusó Kling.

—Tampoco yo —sonrió Eileen.

—¿Qué prefieren, blanco o tinto? —preguntó el camarero.

—Blanco.

—¿Blanco…, seco?

—Pues…, sí.

—¿Puedo indicarle el Pouilly Fumé, señor? Es un blanco, seco, con cierto olor a ahumado.

—¿Qué dices, Eileen?

—Me parece estupendo.

—Sí…, bien, por favor, traiga ese Poui… Fu… ¡Oh, como se llame! —exclamó Kling, devolviéndole la lista de vinos al camarero—. Suena como un plato chino.

El camarero se alejó.

—¿Viste aquella película francesa…? —preguntó la joven—. Es un clásico… Olvidé el título. Con Gerard Phillippe y Michèlle Morgan… Ella es ya mayor y él es muy joven, la lleva a un restaurante francés…

—No, no la vi.

—Él quiere impresionarla y cuando el sumiller les lleva la lista de vinos, él pide uno de los más caros. El joven, ya con la botella en la mesa, vierte un dedito en su vaso y toma un sorbo, mientras la mujer y el camarero lo contemplan muy interesados. El joven paladea el vino y exclama: ¡Ese vino sabe a corcho! El sumiller lo mira. Bueno, se supone que los camareros franceses son unos canallas, vierte unas gotas de vino en su copa, a la que llaman catavinos, toma un sorbo, lo paladea, mientras todos los que se hallan en el restaurante observan a los amantes, porque no hay nada que guste más a los franceses que unos amantes. Finalmente, el camarero dice con solemnidad: «El señor tiene razón, este vino sabe a corcho». Va en busca de otra botella, Gerard Phillipe sonríe, Michèlle Morgan sonríe, y los demás también sonríen.

También Eileen sonreía.

—Es una escena preciosa —alabó.

—No me gustan mucho las películas extranjeras —confesó Kling —. Bueno, las que llevan subtítulos.

—Esta los llevaba, pero era estupenda.

—Sí, esa escena debía de serlo —asintió Kling.

—Creo que se titulaba *Le diable au corps*. Magnífica.

Kling la miró con estupefacción.

—El título —le aclaró ella— significa *El diablo en la carne*[13].

—Bonito título.

—Sí —concedió ella.

—El Pouilly Fumé —anunció el camarero, descorchando la botella.

Limpió el borde del gollete de la botella con la servilleta y sirvió un poco de vino en el vaso de Kling.

El detective miró a Eileen, levantó el vaso, se lo llevó a los labios, tomó un sorbo, lo paladeó, enarcó la cejas y exclamó:

—¡Este vino sabe a corcho!

Eileen estalló en una carcajada.

—¿A corcho? —se ofendió el camarero.

—Estaba bromeando —le calmó Kling—. No, es excelente.

—Porque si de veras es…

—No, no, de veras es excelente.

Eileen dejó de reír. El camarero frunció el ceño mientras le llenaba el vaso y después el de Kling. Todavía tenía la frente arrugada cuando se alejó de la mesa. Los dos levantaron los vasos.

—¡Por los días de oro y las noches de púrpura! —brindó Eileen, chocando su vaso con el de Kling.

—A tu salud.

—Eso lo decía mi tío Matt —explicó Eileen—. Oh, bebía como un cosaco —se llevó el vaso a los labios—. Sería gracioso que realmente supiese a corcho, ¿eh?

Tomó otro sorbo.

—¿Sabe a corcho? —preguntó Kling.

—No, no, es muy bueno, pruébalo. Bueno de verdad.

Kling bebió.

—¿Bueno? —inquirió ella.

—Sí.

—Oh, creo que era Micheline Presle —exclamó Eileen—. La protagonista.

Permanecieron en silencio unos instantes. En el río, una barcaza lanzó un pitido en la noche.

—Bien —quiso saber ella—, ¿en qué te ocupas ahora?

—En el homicidio de aquella noche de sábado, cuando te dejamos junto al metro.

—¿Y qué tal va?

—Muy extraño.

—Bah, esto es lo que hace interesante nuestro trabajo.

—Sí, claro.

—Mi trabajo, en cambio, no es interesante en absoluto. Buscar siempre a un imbécil violador, y esperar que se trague el anzuelo.

—No quisiera estar en tus zapatos —meditó Kling.

—Sí, alguna vez me asusto…

—Seguro.

—Y ahora pregunto, ¿quién me aconsejaría que fuese policía? —sonrió Eileen.

—¿Quién fue?

—Tío Matt. El de los días de oro y las noches de púrpura, el gran bebedor. Era policía. Yo lo quería a rabiar, de manera que quise ser también policía. Estaba en la 110 de Riverhead. Bueno hasta que una noche se vio envuelto en una pelea de bar. Ni siquiera estaba de servicio. Bebía su *whisky* cuando un tipo entró con una escopeta de cañones recortados y un pañuelo a cuadros en la cara. Tío Matt quiso sacar su revólver de servicio y aquel idiota lo mató. Bueno —Eileen hizo una pausa—, el atracador se llevó cincuenta y dos dólares con treinta y seis centavos de la caja. Sí, consiguió huir. Espero atraparle algún día. Una escopeta de cañones recortados y un pañuelo a cuadros. Lo mataría sin pestañear.

Eileen, no obstante, pestañeó.

—Resulta un lenguaje un poco duro para una dama, ¿verdad? —sonrió—. ¿Y tú? ¿Cómo te metiste en esto?

—Me pareció lo mejor entonces —respondió Kling, encogiéndose de hombros.

—¿Y ahora? ¿Todavía te parece lo mejor?

—Supongo que sí —Kling volvió a encogerse de hombros—. Claro… que desgasta.

—Hum…

—Sí, todo lo que te rodea…, desgasta —repitió él, cayendo en un profundo silencio.

Tomaron unos sorbos de vino.

—¿En qué trabajas ahora? —indagó él.

—No, hasta el jueves —replicó ella—. Empezaré el jueves por la noche.

—¿Por qué?

—Hay un tipo que viola a las enfermeras cuando salen del Worth Memorial. Camino del metro, cuando cruzan el parque que hay delante del hospital. ¿Conoces ese parque…, en Chinatown?

—Sí —asintió Kling.

—Un parque magnífico. Ataca a las que salen del hospital desde las cuatro hasta medianoche… Ha atacado a tres en los tres meses pasados, y siempre cuando no hay luna.

—Bien, por lo visto no habrá luna el jueves por la noche.

—No habrá luna. ¿Te gusta la canción?

—¿Cuál?

—*No habrá luna en absoluto*.

—No la conozco, lo siento.

—Bueno, esto no es ciertamente *A los dos nos gusta lo mismo* ¿eh?

—No sé de qué me hablas —confesó Kling.

—De cine. ¿Cuál es tu color favorito? El amarillo… También el mío. ¿Cuáles son tus flores favoritas? Los geranios. ¡También las mías! ¡Ah, a los dos nos gusta lo mismo!

Eileen se echó a reír.

—Pues…, al menos, a los dos nos gusta el vino —sonrió Kling por primera vez, volviendo a llenar el vaso de la joven—. ¿Te gustará vestirte de enfermera?

—Seguro. ¿No lo encuentras muy *sexy*?

—¿El qué?

—Los uniformes de las enfermeras, claro.

—Nunca se me había ocurrido.

—Muchos hombres se enamoran de las enfermeras. Supongo que es porque se imaginan que las enfermeras ya lo han visto todo. A hombres desnudos en las mesas de operación… Creen que las enfermeras poseen mucha experiencia.

—Hum… —gruñó Kling.

—No sé quién me dijo en cierta ocasión…, solía salir con ese individuo…, era editor de libros de bolsillo…, me dijo que con la palabra *enfemera* en el título de un libro, vendías un millón de ejemplares, garantizados.

—¿Es verdad?

—Eso me dijo.

—Supongo que sabría de qué hablaba.

—Pero a ti las enfermeras no te hacen tilín, ¿eh?

—No he dicho tal cosa.

—Tendré que dejarte ver qué tal me sienta el uniforme.

Eileen buscó los ojos de su compañero.

Kling calló.

—Seguramente eso está relacionado con el blanco —continuó ella—. Los uniformes de las enfermeras son blancos. Como los vestidos de las novias, ¿verdad?

—Es posible…

—Una imagen en conflicto, ¿entiendes? La virgen experimentada. Hoy día, hay pocas novias vírgenes —Eileen se encogió de hombros —. Nadie lo espera hoy día, ¿eh? Quiero decir, un hombre. Que su novia sea virgen…

—Supongo que no —concedió Kling.

—¿No has estado nunca casado?

—Lo estuve.

—No lo sabía.

—Pues sí…

—¿Y…?

Kling titubeó.

—No hace mucho me divorcié —terminó.

—Lo siento…

—Bien —Kling levantó el vaso, para evitar la mirada de la joven —. ¿Y tú?

Al formular la pregunta volvió la cabeza hacia el río.

—Estoy esperando al Caballero Andante —respondió ella—. Tengo una fantasía… bueno, no debo contarte tal cosa.

—Vamos, adelante.

—Oh, es una tontería.

Kling hubiese jurado que estaba ruborizada, aunque posiblemente fuese debido solamente al resplandor de la vela.

—Fantaseo con que alguno de esos violadores que persigo por las noches consiga sus propósitos… Que no tenga tiempo de sacar a tiempo el revólver, que logre sus fines…, y ¡oh, sorpresa!, resulta ser el Príncipe Encantador. Me enamoro de él y después…, vivieron felices comiendo perdices. Bueno, esto no se lo cuentes ni a Betty Friedan ni a Gloria Steinem. No estoy en favor de los movimientos feministas…, aunque figure en ellos.

—La fantasía de la violación —murmuró Kling.

—Salvo que yo trato con violadores reales. Y sé que no es ningún juego.

—Hum…

—Bueno, ¿por qué pensar en ello? He estado tantas veces a punto de…, ¿me entiendes?

—Tal vez esto sea la causa de tu fantasía —reflexionó Kling—. La fantasía torna menos horrorosa una violación. Es tu trabajo. Lo que has de hacer. Tal vez un día… —no acabó la frase, en cogiéndose de hombros.

—Estamos jugando a «No sé por qué te cuento todo esto», ¿eh?

—Sí, eso supongo —sonrió él.

—Alguien tendría que escribir un libro acerca de esa clase de charlas banales y siempre repetidas —murmuró Eileen—. Claro que la mejor de todas las escenas, según mi gusto, es aquella en que el asesino amenaza al tipo que le persigue, y le dice algo así: «Es agradable decirte esto ahora porque dentro de tres segundos

estarás muerto», y luego empieza a ufanarse de la gente que ha matado y por qué.

—Ojalá las cosas fuesen tan fáciles —observó Kling.

—O la escena que yo llamo de ¡Oh-Ah! Hay una esposa en cama con su amante, llega el marido y los otros dos exclaman: «¡Oh! ¡Ah! ¡Ya ha llegado!». ¿No te gusta esa escena?

Kling, que todavía sonreía, mostró de repente una expresión de tremenda gravedad.

Eileen le miró a los ojos, comprendiendo que acababa de cometer una terrible equivocación, sin saber por qué. Hasta aquel momento, Kling parecía estar disfrutando…

—Será mejor que pague la cuenta —susurró Kling.

Eileen se dio cuenta de que no debía presionarlo. Si poseía una virtud, era la paciencia.

—Oh, claro —asintió—. También yo tengo prisa. Gracias por traerme el pendiente, muchas gracias.

—Sin problemas —respondió Kling, sin mirarla.

Llamó, en cambio, al camarero con el gesto.

Estuvieron sentados en silencio mientras les traían la cuenta. Al salir, se estrecharon solemnemente las manos y se separaron en direcciones opuestas.

—No me gustan las escenas representadas fuera del escenario —masculló Meyer.

—Entonces, ¿por qué no me acompañaste? —preguntó Carella.

—Ya era bastante desagradable oírle chillar desde fuera —explicó Meyer—. Bien, ¿quieres decirme de qué se trata?

Estaban sentados en el asiento delantero de uno de los coches más nuevos de la comisaría. Cada vez que dejaban el coche, el sargento Murchison anotaba todas las muescas o arañazos recientes causados al auto. De esta manera, sabía quién era el responsable de los daños. Era un coche cálido, simpático. Hawes y Willis, que lo habían conducido últimamente, aseguraban que podía correr sobre el

hielo. Carella y Meyer, camino del apartamento de Timothy Moore, no tenían dificultades con la nieve.

—Vamos, oigamos de qué se trata —se impacientó Meyer.

—Es muy sencillo. La novia de Paco López fue apuñalada el domingo por la noche.

—¿Cómo?

—Falleció ayer por la mañana en el hospital.

—¿Dónde ocurrió?

—Bueno, el coche Charlie la descubrió fuera de su casa, en la Ainsley Avenue. Todo está en el Informe de Actividades. Un diez veinticuatro descrito como unas cuchilladas, siendo la víctima trasladada al hospital.

—¿A quién trataba de enganchar el domingo por la noche?

—Eso no importa. Los guardias la encontraron el lunes por la mañana. Eran las cuatro menos ocho minutos.

Carella hizo una pausa.

—La chica vivía aún cuando la encontraron. Por lo visto, murió hacia las once.

—¿Está también esto en el Informe de Actividades?

—No, hombre, no. Lo he sabido por Danny Gimp.

—¡Buena pieza! ¡Un soplón ganándonos por la mano!

—Las mismas palabras del teniente.

—¿Y ahora…, qué?

—Ahora vamos a preguntarle a Timothy Moore respecto del dinero extra que ganaba su novia.

—Mi pregunta se refería a Judita Cuadrado.

—La acuchillaron, Meyer. ¿Crees que se trata del mismo asesino?

—Tal vez ese tipo no tenía ya balas…

—Tal vez. O tal vez se trata de uno de los cien navajazos que tienen lugar cada día de la semana. Después veré o hablaré con su primo, que fue quien nos puso sobre la pista de esa Cuadrado cuando empezamos a investigar lo de López. Es posible que él sepa algo…

—Si es algo relacionado con cocaína…

—Quizá.

—Entonces, esto significaría una banda —opinó Meyer—. Y yo puedo pasarme muy bien sin las bandas.

—Vamos a hablar con Moore —propuso Carella.

Sabían que se trataba de una gran ciudad. Y en una gran ciudad es fácil que haya múltiples casos delictivos con sus respectivos errores. Cabía la posibilidad de que, incluso habiendo conocido la condición de Judita Cuadrado antes de que muriese, no hubiera sido capaz de contarles nada de valor respecto al caso…, o los casos que tenían entre manos. Es decir, haberla conocido a tiempo de interrogarla, tal vez consiguiendo de ella una declaración en su lecho de muerte, podía haber sido un ejercicio inútil. Claro que, incluso en una gran ciudad, era una ayuda saber cuantas más cosas mejor.

Carella, por ejemplo, sintióse feliz al enterarse por el teniente Byrnes que Brown y Kling encontraron trescientos mil dólares en billetes de cien, en la caja fuerte de Marvin Edelman, el último, o al menos el más reciente y esperaba que fuese el último, de los asesinatos cometidos con el mismo Smith y Wesson, calibre 38.

La presencia de un fajo tan grande podía atribuirse, claro está, a la naturaleza del negocio del muerto: un comerciante de piedras preciosas no acepta normalmente cheques que podrían resultar falsos. Pero lo que más intrigaba a los detectives era por qué el difunto guardaba tan gran cantidad de dinero en su caja de caudales en lugar de llevarlo a un Banco: bien ingresado en una cuenta corriente, bien dejándolo en una caja de seguridad. No les habría intrigado tanto si las otras víctimas no hubieran estado complicadas en un asunto de cocaína. Con esta droga por delante, siempre hay mucho dinero alrededor. Y el dinero guardado en la caja de Edelman era un buen fajo.

En la jerga callejera, al correr de los años, la cocaína había recibido diversos nombres: C, coca, nieve, polvo feliz, polvo de oro, Corrine, Bernice, «la chica», el copo, polvo de estrellas, soplo, dama blanca y, naturalmente, caramelos de nariz. Combinada con la

heroína la llamaban «bola rápida», aunque últimamente lo habían cambiado por «Cóctel Belushi». Con cualquiera de esos nombres, la cocaína era un verdadero dolor de cabeza. En la 87, o sea en su zona, los traficantes de heroína daban a su producto nombres nuevos. Uno adquiría una bolsita de plexiglás, y en ella había una etiqueta donde ponía «mercurio», «mierda del loco Edi», «cuerda de drogas» y otros nombres que no estaban consignados en el Departamento de Sanidad Alimenticia. Mas como los que vendían drogas eran criminales, y como no existe el honor entre ladrones, unas horas después de que la aterradora droga llegara a la calle con un nombre nuevo como, por ejemplo, «Diablo» o «Profecía», o también «Nuevas Admisiones», un proveedor de poca monta te vendía una bolsita con ese mismo nombre en la etiqueta, si bien con la heroína reducida a nada, una «bolsa rebajada» como solían decir los drogadictos y los traficantes a la par. Pero era heroína.

La cocaína era algo distinto.

El último informe general llegado a la 87 estimaba que en los Estados Unidos, solamente en el año anterior, habían entrado de contrabando sesenta toneladas métricas de cocaína, por un valor total de cincuenta mil millones de dólares.

La cocaína estaba de moda.

La cocaína era el mayor de los problemas. No era necesario ser un chico del arroyo para olería. Uno podía ser el dueño de unos grandes estudios de Hollywood, tomando decisiones de millones de dólares acerca de la próxima película a rodar, y por la noche estar sentado en tu casita de Malibú, escuchando el rumor del oleaje y los zumbidos de tu cabeza en tanto inhalabas cocaína en la cucharilla de oro que iba unida a una cadenita escondida bajo la camisa de seda. En realidad, uno deseaba traficar con cocaína, ya que era uno de los mayores negocios de toda la nación. Todos los policías conocían las matemáticas de la cocaína. Asimismo, todos los policías eran expertos en el sistema métrico decimal de pesos y medidas. Para entender la economía era preciso saber que una onza de cocaína era lo mismo que 28,3 gramos, y que un kilo equivalía a 35,2 onzas,

o 2,2 libras de peso. El agricultor colombiano vendía las hojas a un traficante a un dólar la libra, o sea, dos pavos el kilo[14].

Cuando esta materia cruda se transformaba en hidrocloruro de cocaína, y la iban diluyendo una y otra vez, hasta venderlo en paquetitos del tamaño de las bolsitas de azúcar de los bares, un gramo costaba entre cien y ciento veinticinco machacantes, según la calidad. El astronómico dinero conseguido con el negocio de la cocaína era atribuido a la extraordinaria cantidad de intermediarios entre el origen y el consumidor, así como a la irregular y caprichosa rebaja de la droga, desde un 90 a 98% de pureza en Sudamérica, al 12% solamente en las calles de la ciudad.

Tanto Meyer como Carella experimentaban sentimientos contradictorios respecto a la posible conexión de la cocaína con los asesinatos. Por una parte, estaban ansiosos por dar por terminado el expediente López/Anderson/Edelman (y posiblemente Judita Cuadrado). Por otra, si los asesinatos se hallaban relacionados con los gangsters sudamericanos que operaban en Majesta, al otro lado del río, en un distrito que la Policía denominaba Bogotá Bebé, no estaban demasiado interesados en destapar aquella lata de explosivos. El crimen organizado no era su fuerte, y el hampa colombiana era demasiado para dos desnutridos policías de una triste comisaría. Al llamar a la puerta del apartamento del segundo piso, donde vivía Timothy Moore en Chelsea Place, esperaban que el joven les diría que Sally Anderson se hallaba implicada en el gran negocio de la cocaína, siendo así como conseguía el dinero extra insinuado por Lonnie Cooper…, mas también esperaban que ello fuese tan sólo un infundio. Era preferible que el criminal fuese un loco que un agente colombiano.

Detrás de la puerta se oía música. Música clásica. Instrumentos de cuerda. Los dos detectives no eran expertos en esta clase de música, y no pudieron identificarla. Sonaba muy fuerte. Llegaba hasta el extremo del corredor. Volvieron a llamar.

—¿Sí? —gritó una voz.

—¡Policía! —respondió Carella.

—¡Ah, un momento!

Aguardaron. La música era penetrante, y la cuerda había cedido paso al metal, y luego a lo que Carella supuso era un oboe. Por debajo de la música, oyó cómo se descorría un cerrojo. Se abrió la puerta. La música sonó más alta.

—Hola, hola —exclamó Timothy.

Llevaba un suéter gris con el nombre y el sello de la universidad Ramsey y unos pantalones de pana y zapatillas caseras.

—Entren. Hace unos minutos que he llegado.

Era un apartamento de tres habitaciones, salón, dormitorio y cocina. En aquel sector de la ciudad, tan cerca de la universidad, probablemente le costaría a Timothy Moore seiscientos dólares al mes. La puerta de entrada daba al salón, amueblado con un sofá de tres asientos, sillones, una lámpara y varios estantes sin barnizar atestados de volúmenes gruesos que Carella supuso serían libros de medicina. En un rincón se balanceaba un esqueleto humano. En una mesita próxima al sofá, un teléfono descansaba al lado de la radio portátil que dejaba oír la sinfonía, el concierto, la sonata o lo que fuese. La radio era de marca japonesa, semejante a la de Genero en todos los aspectos, menos en uno: la de Genero solía estar sintonizada en una emisora dedicada al *rock*. Más allá del sofá, una puerta daba al dormitorio, cuya cama aparecía sin hacer. En la pared opuesta, otra puerta se abría a la cocina.

—Permitan que baje un poco el volumen —dijo Timothy, yendo hacia la radio.

Mientras bajaba el volumen, Carella se preguntó por qué no la desconectaba. No dijo nada.

—Ya está —murmuró Timothy.

El volumen seguía siendo alto. Carella pensó que tal vez el joven era duro de oído…, o si no estaría exagerando su tranquilidad. Lo único que Teddy, su esposa, tuvo que aprender, fue que a Carella le molestaba escuchar el tono de voz de una persona algo sorda.

—No quisimos molestarle en la universidad —gritó por encima de aquel estruendo.

Ahora tocaban los clarinetes…, ¿o eran las flautas?

—¿No podría bajar esto un poco más? —inquirió Meyer, no importándole herir los sentimientos del muchacho.

—Oh, lo siento —se disculpó Timothy, yendo de nuevo hacia la radio—. La tengo en marcha siempre y a veces me olvido del volumen.

—Se han realizado estudios —observó Meyer.

—¿Estudios?

—Sí, indican que la generación del *rock-and-roll* se está volviendo sorda.

—¿De veras?

—De veras —remachó Meyer—. Por los decibelios.

—Oh, yo todavía no soy sordo —sonrió Timothy—. ¿Puedo ofrecerles algo? ¿Licores…, café?

—Nada, gracias —denegó Carella.

—Bien, tomen asiento. Dijeron que intentaron ponerse en contacto conmigo en la universidad…

—No, no quisimos molestarle en la universidad.

—Se lo agradezco mucho. Estoy algo atrasado en los estudios y sólo me faltaría perder algunas clases —miró primero a Carella y después a Meyer—. ¿Qué ocurre? ¿Una buena noticia?

—Pues no —manifestó Carella—. No hemos venido, precisamente, por esto.

—Por un momento pensé que…

—No, lo siento.

—¿Cree…, cree que existe alguna posibilidad de que lo atrapen?

—Estamos intentándolo.

—Señor Moore —empezó Meyer—, ayer mantuvimos una larga charla con una chica llamada Lonnie Cooper, una de las bailarinas de *Fatback*.

—La conozco.

—Nos habló de la fiesta que ella dio en su apartamento el domingo, ahora hace una semana; fiesta a la que usted no acudió.

—¿Y bien…? —preguntó Timothy, intrigado.

—Nos confirmó que en dicha fiesta había cocaína.

—¿Lo confirmó?

—Ya nos habíamos enterado de ello por tres personas más.

—¿Sí?

Timothy aún parecía intrigado.

—Señor Moore —intervino Carella—, la última vez que hablamos con usted, le preguntamos si Sally Anderson tenía algo que ver con drogas. Usted respondió…

—Bueno, no recuerdo exactamente lo que dije…

—Le preguntamos específicamente si se hallaba complicada en algún asunto de drogas, y usted respondió taxativamente que no. También le preguntamos si estaba envuelta en alguna otra actividad ilegal, y su respuesta fue asimismo negativa.

—Por lo que sé, Sally jamás estuvo envuelta ni en drogas ni en ninguna otra actividad ilegal, eso es cierto.

—¿Sigue afirmándolo?

—Sí.

—Señor Moore, cuatro personas diferentes nos han dicho que Sally Anderson estuvo aspirando cocaína en aquella fiesta.

—¿Sally? —Timothy movió admirativamente la cabeza—. No, lo siento, no puedo creerlo.

—¿No estaba al corriente de su hábito?

—Bueno, la cocaína no crea hábito, y hablo desde el punto de vista estrictamente fisiológico. No existe la menor evidencia de una dependencia potencial para el metilester de benzoylecgonina. Ninguna en absoluto.

—¿Y la dependencia psicológica?

—Bien, sí; pero si me preguntan si Sally tenía un hábito…

—Le hemos preguntado si usted estaba al corriente de ese hábito, señor Moore.

—No me gusta la palabra hábito, eso es todo. De todos modos, contestando a su pregunta, no creo que Sally usara cocaína. Ni ninguna otra droga, en realidad.

—¿Y marihuana?

—Oh, no lo considero una droga.

—Hallamos restos de marihuana y semillas en su bolso.

—Es muy probable. Como dije, no considero que la marihuana sea una droga, *per se*.

—También hallamos residuos de cocaína.

—Eso sí me sorprende.

—¿Aun después de haberle contado lo de la fiesta?

—Ignoro quiénes pudieron decirles que Sally era dada a la cocaína…

—¿Quiere los nombres?

—Sí, por favor.

—Tina Wong, Tony Asensio, Mike Roldán y Lonnie Cooper.

Timothy sacudió la cabeza y suspiró con fuerza.

—No lo entiendo —musitó—. Naturalmente, no dudo de sus palabras, pero…

—¿No aspiró jamás cocaína en su presencia?

—Jamás.

—Por tanto, esto es una sorpresa total para usted.

—Sí. En realidad, estoy estupefacto.

—Señor Moore, en sus relaciones con la señorita Anderson, ¿la veía los domingos?

—¿Los domingos?

Sonó el teléfono.

—Perdonen.

Levantó el aparato.

—¿Diga?… Oh, hola, mamá, ¿cómo estás?… No, nada nuevo… En realidad, aquí hay dos detectives en este mismo instante… Sí… Los que se ocupan del caso… No, todavía no, nada —escuchó un momento—. Muy frío, sí, un tiempo espantoso. ¿Y ahí?… Bueno, mamá, doce grados no lo considero frío.

Volvió a escuchar, mirando al techo.

—No estoy seguro. Ahora estoy en medio de los exámenes. Tal vez durante las vacaciones de primavera… Ya veré… Sí, ya sé que hace algún tiempo que no nos vemos, mamá… Bueno, agosto no

queda tan lejos, mamá… No, no han sido ocho meses, sino seis. Bueno, menos de seis. ¿Te encuentras bien?… ¿Y tu brazo?… Oh, lo lamento… Lo hiciste, ¿eh? ¿Y qué dijo él?… Probablemente tenga razón, mamá. Es ortopédico… De eso sabe más que yo… Aún no, mamá… Sí, gracias, pero todavía no soy médico… Falta algún tiempo para… Una opinión mía vale muy poco ahora, mamá… Bueno…, hum…, eeehhh… Bueno, si tú piensas que le salvé la vida a aquel chico, estupendo. Pero esto no me convierte todavía en médico. Además, cualquiera pudo haberlo hecho… Me refiero a la Maniobra Heimlich… Heimlich… Oh, ¿qué importa cómo se deletrea, mamá?… —volvió a mirar al techo—. Mamá, he de colgar. Tengo a esos detectives… ¿Qué?… Sí, se lo diré, aunque estoy seguro de que son muy competentes, pero se lo diré… Sí, mamá… Te llamaré pronto… Adiós, mamá.

Dejó el teléfono en el soporte, suspiró aliviado y se volvió hacia los detectives.

—Mi madre —dijo sin necesidad.

—¿Judía? —se interesó Meyer.

—¿Mamá? Oh, no.

—Lo parecía —Meyer se encogió de hombros—. Creo que todas las madres son judías, ¿verdad?

—Está muy sola… —explicó Timothy—. Desde la muerte de papá…

—Lo siento —se condolió Carella.

—Bueno, no hace mucho. En junio pasado. Sin embargo, se dice que una persona tarda al menos un año en sobreponerse a una muerte o un divorcio…, y a ella todavía le dura el dolor. Sally era su único tónico, y ahora… —movió la cabeza con pesar—. Le echa mucho de menos. Ah, papá era un hombre maravilloso. Médico. Cirujano, lo que pretendo ser. Nos educó y cuidó como a príncipes. Hasta después de muerto. Se aseguró de que a mamá no le faltaría nada en absoluto, y a mí me dejó lo suficiente para mis estudios y poder montar después un consultorio. Un hombre maravilloso —volvió a sacudir la cabeza—. Lamento la interrupción. Me preguntaban…

—¿Qué fue eso de la Maniobra Heimlich? —quiso saber Carella.

—Cuando estuve allí en agosto —sonrió Timothy—, un niño empezó a ponerse amoratado en un restaurante. Un chico cubano, de doce años, que estaba allí comiendo con su familia. Vi que se estaba asfixiando, me levanté y le hice la Heimlich. Mi madre, al ver que lo cogía por detrás, pensó que me había vuelto loco… Bueno, supongo que conocen la maniobra.

—Sí —adujo Meyer.

—Le ayudó —terminó Timothy con modestia—. Sus padres se mostraron muy agradecidos. Cualquiera hubiera dicho que yo acababa de liberar Cuba. Naturalmente, desde entonces soy un héroe para mi madre.

—Su hijo, el médico —murmuró Meyer.

—Exacto —sonrió otra vez el joven.

—Ya —asintió Carella.

—Bien, ¿de qué hablábamos?

—De Sally y los domingos.

—Ah, sí…

—¿La veía los domingos?

—Ocasionalmente. Normalmente, estaba muy ocupada los domingos. Era su día libre, ya que no hay función…

—¿A qué se dedicaba los domingos?

—Oh, a recados… Iba de aquí para allá… Sí, nos veíamos, pero no siempre. Íbamos juntos de compras, o al zoo, a un museo… En realidad, a Sally le gustaba estar sola los domingos. Bueno, al menos durante el día.

—Señor Moore, ¿subió alguna vez con ella a la zona alta de la ciudad? Los domingos, cuando la veía…, ¿la acompañó alguna vez allí?

—Sí, claro… ¿A la zona alta?

—Muy arriba —precisó Carella—. A las Culver y Dieciocho.

—No, jamás.

—¿Sabe dónde están esas calles?

—Oh, sí.

—¿Y nunca fue allí con Sally?

—¿Por qué debía ir? Es uno de los peores distritos de la ciudad…

—¿Iba sola allí Sally…, los domingos?

—Es posible. Pero no comprendo…

—Lonnie Cooper nos dijo que Sally iba a la parte alta de la ciudad todos los domingos en busca de cocaína para sí y para otros miembros del espectáculo.

—Volvemos a la cocaína, ¿eh? Ya dije que, por lo que sé, Sally no tenía nada que ver con cocaína ni con ninguna otra droga.

—Excepto marihuana.

—Que yo no considero una droga —repitió Timothy.

—Pero decididamente nada de cocaína…, que usted considera que no crea hábito.

—No es una opinión mía, sino… Oiga, ¿pueden decirme de qué se trata exactamente?

—¿Sabía que Sally proveía de cocaína a ciertos componentes de esa compañía?

—No.

—Se lo ocultaba, ¿eh?

—No creo que hubiese secretos entre nosotros, aunque si estaba involucrada en…, en este tráfico ilícito…, o como lo llamen ustedes…

—Sí, ilícito —asintió Carella.

—Entonces, sí, me lo ocultaba. No tenía la menor idea…

—¿Gastaba mucho, señor Moore?

—¿Perdón…?

—¿Gastaba la señorita Anderson más allá de sus medios?

—¿Sus medios?

—De lo que ganaba como bailarina.

—No, que yo sepa. Bueno, vestía siempre muy bien, y no creo que se privase de muchas cosas… Señor Carella, si me dice qué es lo que busca, tal vez yo pueda…

—Alguien con quien hablamos insinuó que Sally ganaba un dinero extra. Estamos seguros de que, al menos de forma limitada, era una

proveedora de cocaína. Nos gustaría saber si sus actividades en el mercado de la droga se extendían más allá.

—Lo siento. Me gustaría ayudarles en esto, pero hasta este instante no he sabido que estuviese envuelta en un asunto de drogas.

—Excepto marihuana.

—Oh, sí.

—¿No se le ocurre ninguna otra manera por la que pudiese ganar un dinero extra?

—No, lo siento.

—No callejeaba, ¿verdad?

—¡Claro que no!

—¿Está muy seguro?

—Completamente. Estábamos muy unidos, pasábamos virtualmente todo el día juntos. Ciertamente, me habría dado cuenta…

—Pero usted nada sabía de lo de la droga…

—No, cierto.

—¿No le habló nunca de otra actividad? Algo que pudiese proporcionarle algunas ganancias…

—Estoy tratando de recordar… —murmuró Timothy.

—Sí, por favor.

El joven calló unos segundos, meditando, con la cabeza inclinada. Luego, de súbito, como si acabara de ocurrírsele una idea, asintió y miró a los detectives.

—¡Naturalmente! —exclamó—. En aquel momento no comprendí lo que me dijo…, pero tiene que ser esto.

—¿Qué?

—La manera cómo ganaba algún dinero extra…

—¿Cómo lo conseguía? —preguntó Meyer.

—¿En qué estaba metida? —inquirió a su vez Carella.

—En hielo —fue la respuesta.

11

No pudieron hablar con Allan Carter la noche anterior, y cuando llamaron por la mañana a su apartamento, se enteraron de que ya iba camino de su despacho. Consideraron aquella demora una racha de buena suerte, puesto que les daba tiempo de planear la conversación que pensaban mantener con el productor teatral. El cielo estaba raso y la temperatura era sorprendentemente buena para un 17 de febrero. Claro que esto era una mala noticia. Conociendo, como conocían, aquella ciudad, una bonanza de tiempo primaveral iría seguida inmediatamente de una tormenta. Dios daba con una mano y quitaba con la otra. Mientras tanto, la nieve y el hielo se estaban fundiendo.

El despacho de Carter se encontraba a una manzana al norte de Stem, en la zona de Midtown East. El edificio colindaba con un restaurante español a un lado y con una charcutería judía al otro. En el restaurante podía leerse: *We Speak English Here* (Aquí se habla inglés), mientras que en la charcutería se leía: *Aquí se habla español*. Meyer se preguntó si en el restaurante venderían *blintzes*. Carella se preguntó si en la charcutería servirían *tortillas a la española*. El edificio era antiguo, con puertas de bronce en el único ascensor del vestíbulo. Un indicador opuesto al ascensor les anunció que Carter Producciones, Ltd. se hallaba en el apartamento 407. El ascensor funcionaba sin ascensorista. Lo tomaron hasta la cuarta planta, buscaron el apartamento 407 y vieron que estaba en el centro del pasillo, a la izquierda del ascensor.

Una muchacha con el pelo ondulado permanecía sentada tras una mesa escritorio, junto a la entrada. Llevaba un vestido marrón y mascaba chicle mientras tecleaba.

—¿Qué desean? —preguntó, levantando la vista de la máquina.

—Ver al señor Carter —respondió Carella.
—No tenemos audición hasta las dos.
—No somos actores —sonrió Meyer.
—A pesar de todo… —gruñó la joven, procediendo a borrar una palabra de la hoja mecanografiada. Luego, sopló sobre el papel.
—Debería usar ese líquido de borrar —le aconsejó Meyer—. Si usa una goma, atascará la máquina.
—El líquido tarda mucho en secarse —contestó ella.
—Somos policías —intervino Carella, mostrando sus credenciales —. ¿Quiere comunicarle al señor Carter que están aquí los detectives Meyer y Carella?
—¿Por qué no lo dijeron antes? —se lamentó la chica.
Inmediatamente, levantó el teléfono interior. Mientras esperaba, se inclinó un poco sobre la mesa para examinar la placa de Carella más atentamente.
—Señor Carter —dijo por el aparato—, unos detectives que se llaman Meyer y Canela desean verle.
Escuchó y dejó el teléfono.
—Pueden pasar —dijo.
—Es Carella…
—¿Pues qué he dicho? —preguntó ella.
—Canela.
La muchacha se encogió de hombros.
Empujaron la puerta del despacho de Carter. El productor se hallaba sentado detrás de un enorme escritorio atestado de lo que Carella supuso serían libretos musicales. Tres paredes estaban cubiertas por posters que anunciaban los espectáculos presentados antes de *Fatback*, sin que Carella se acordara de ninguno. La cuarta pared era un ventanal por el que penetraba a raudales la luz matinal. Carter se puso de pie, señaló un sofá frente a la mesa, y dijo:
—Siéntense, por favor.
Obedecieron. Carella no se anduvo por las ramas.
—Señor Carter, ¿qué es el hielo?
—¿El hielo?

—Sí, señor.

Carter sonrió ampliamente.

—Lo que puede definirse como «aquello en que se convierte el agua cuando se hiela», valga la redundancia. ¿Se trata de un acertijo?

—Nada de acertijo —objetó Carella—. Conque ignora qué es el hielo, ¿eh?

—Oh…, se refiere al «hielo».

—Eso he dicho.

—Al «hielo teatral»[15], ¿verdad?

—Pues sí, sé qué es el «hielo».

—Igual que nosotros —afirmó Carella—. Corríjanos si estamos equivocados.

—Lo siento, pero no entiendo…

—Escuche, señor Carter.

—Estoy citado a las diez.

—Faltan quince minutos —observó Meyer, mirando el reloj de pared.

—No le entretendremos —prometió Carella—. Primero hablaremos nosotros, y después usted.

—Sí, pero no entiendo…

—Tal como nosotros lo entendemos —continuó Carella— hielo es una práctica común en el teatro.

—No en mi teatro —argüyó Carter.

—Es posible —concedió Carella, prosiguiendo como si no le hubieran interrumpido—. Una práctica común que aporta unos veinte millones de dólares al año en un dinero libre de impuestos y que no va a parar a manos de los accionistas de un espectáculo.

—Es una cifra muy elevada —comentó Carter.

—Hablo de una gran ciudad…

—Es elevada. El «hielo» no es práctico a menos que el espectáculo sea un tremendo éxito.

—Como *Fatback*…

—No irá a sugerir que alguien de mi compañía…

—Escuche, por favor, y diga si tengo razón —le pidió Carella.

—Estoy seguro de que la tiene —asintió Carter—. No es usted uno de esos que hablan de un tema sin conocerlo a fondo.

—Simplemente, quiero asegurarme de que entendí el asunto.

—Ya… —Carter gruñó con escepticismo.

—Por lo que sé —siguió Carella—, mucha gente del mundo del espectáculo se enriquece con la práctica del «hielo».

—Sí, corren rumores…

—Y la forma cómo funciona…, corríjame si me equivoco, es que alguien relacionado con la taquilla aparta una entrada, usualmente una butaca reservada, señor Carter, y la vende a un revendedor por un precio mucho más alto. ¿Es así?

—Según mis pocos conocimientos, así es.

—El precio actual de una butaca para ver *Fatback* es de cuarenta dólares. Al menos —continuó Carella— esto es lo que me costaron las entradas reservadas que usted me cedió tan generosamente.

—Sí —asintió escuetamente Carter.

—¿Cuántas butacas, aproximadamente, quedan reservadas para representación de un éxito musical?

—¿Se refiere a *Fatback*?

—O a cualquier musical. Tomemos *Fatback* como ejemplo.

—En cada función reservamos cien butacas.

—¿Quién se las queda?

—Naturalmente son de pago, pero están reservadas para el productor, el propietario del local, los proveedores, los intérpretes, algunos accionistas… Creo que esto ya lo hablamos una vez, ¿verdad?

—Deseaba ponerlo bien en claro —sonrió Carella—. ¿Qué pasa con esas butacas si las personas para quienes están reservadas no las adquieren?

—Se ponen a la venta en taquilla.

—¿Cuándo?

—En esta ciudad, cuarenta y ocho horas antes de la representación indicada.

—¿A la venta…, para todo el mundo?

—Exacto.

—¿Para el primero que llegue de la calle?

—Bueno, usualmente no. En realidad, son butacas especiales.

—¿Y qué pasa con ellas?

—Normalmente, las vendemos a los revendedores.

—¿Al precio de la entrada?

—Sí, claro.

—No, no está claro —objetó Carella—. Porque aquí es donde interviene el «hielo», ¿no es así?

—Si alguien relacionado con el espectáculo se halla complicado con el «hielo», sí, aquí es donde entra.

—En resumen, el encargado de la taquilla…

—En mi caso, el gerente de la compañía.

—Su gerente, o alguien del personal, puede coger esas butacas reservadas y no adquiridas, y venderlas a un revendedor, o a varios revendedores, a un precio más elevado del marcado en la entrada.

—Sí, esto sería el «hielo». La diferencia entre el precio de la butaca y el que el complicado en el «hielo» consigue.

—A veces se dobla el precio, ¿eh?

—Pues…, no sé. Como ya le dije…

—Ochenta dólares por un billete de cuarenta…, ¿es posible?

—Supongo que sí. Pero en un enorme éxito.

—Como *Fatback*.

—Sí, pero nadie…

—Y el revendedor se queda con la entrada que le ha costado ochenta dólares, para venderla a un presunto espectador por unos ciento cincuenta pavos, ¿verdad?

—Usted habla ahora del «escalpado»[16]. Esto va contra la ley.

Carter hizo una pausa antes de continuar.

—Un revendedor puede cargar legalmente dos dólares más sobre el precio de una entrada. Esto es legal: dos dólares.

—Pero muchos revendedores quebrantan la ley.

—Eso es asunto suyo, no mío —replicó Carter fríamente.

—Incidentalmente —argüyó Carella—, el «hielo» también va contra la ley.

—Es posible, pero en mi opinión no perjudica a nadie.

—Un delito sin víctima, ¿en? —intervino Meyer.

—En mi opinión.

—Como la prostitución —añadió Meyer.

—Bueno, la prostitución es algo muy distinto —observó Carter - Naturalmente, las chicas son unas víctimas, pero con el «hielo»… —se encogió de hombros—. Supongamos que alguien de la taquilla hace «hielo». En realidad, no roba las butacas reservadas. Si la butaca cuesta cuarenta dólares, pondrá esa cantidad en la caja antes de vender la entrada a un revendedor.

—Por el doble de su precio —le interrumpió Carella.

—Eso no importa. Lo interesante es que la caja no pierde los cuarenta dólares del precio de la butaca. La empresa no pierde dinero con esto. Los accionistas no pierden su dinero.

—Pero los que se dedican a la «operación hielo» sí ganan mucho dinero.

—No hay tanto dinero implicado —sonrió Carter, encogiéndose de hombros nuevamente—. A decir verdad, en algunos espectáculos producidos por mí, he tenido gerentes que me han propuesto la práctica del «hielo», pero siempre me he negado a ello, con lo que se han quedado helados…, y no es chiste —Carter volvió a sonreír—. ¿Por qué arriesgar una naranja con la ley cuando se ganan solamente unos piñones?

—¿Piñones? Usted dijo que se trataba de cien butacas…

—Exacto.

—A cuarenta dólares cada una, son cuatro mil dólares por representación. ¿Cuántas funciones se dan por semana, señor Carter?

—Ocho.

—Ocho veces cuatro mil suman treinta y dos mil dólares a la semana. Lo que hace… ¿Cuánto hace, Meyer?

—¿Qué?

—En un año.

—Oh, casi dos millones de dólares. Un millón seiscientos, un millón setecientos…

—¿Son piñones, señor Carter?

—Sí, pero usualmente el «hielo» se reparte. A veces entre cuatro o cinco.

—Dividámoslo entre cinco —propuso Carella—. Tocan doscientos o trescientos mil dólares por persona. Mucho dinero, señor Carter.

—No vale el ir a la cárcel por ello —argüyó el productor.

—Entonces —le espetó Meyer— ¿por qué lo hacen ustedes?

—No entiendo…

—¿Por qué practican el «hielo» en *Fatback*?

—¿Es una acusación? —se irritó Carter.

—Pues…, sí —asintió Carella.

—Será mejor que llame a mi abogado.

—Será mejor que antes nos escuche —objetó Carella—. Usted siempre tiene prisa por llamar a su abogado.

—Si me acusan de…

—Señor Carter, ¿no es cierto que Sally Anderson era una intermediaria en la «operación hielo»?

—¿Qué «operación hielo»?

—Nos han dicho que Sally Anderson entregó butacas reservadas a varios revendedores, que cobró el dinero y que se lo entregó al gerente de su compañía. ¿No es cierto, señor Carter? ¿No era efectivamente la señorita Anderson una intermediaria de su «operación hielo»?

—Si alguien de mi compañía gana dinero con el «hielo»…

—Hay alguien, sí, señor Carter.

—Yo no.

—Demos otro paso más, ¿quiere? —propuso Carella.

—No, voy a llamar a mi abogado —gritó Carter, levantando el receptor telefónico.

—Tenemos pruebas —murmuró Carella.

Mentía, no tenían ninguna prueba. Lonnie Cooper había insinuado que Sally ganaba algún dinero extra. Timothy Moore declaró que Sally era la intermediaria del «hielo» para Carter. Esto no eran pruebas. Mas las palabras de Carella detuvieron a Carter en seco. Dejó el receptor en su lugar. Cogió un cigarrillo del paquete que tenía sobre el escritorio y lo encendió. Exhaló una bocanada de humo.

—¿Qué pruebas? —preguntó.

—Retrocedamos un poco —propuso Carella.

—¿Qué pruebas? —insistió Carter.

—¿Por qué dijo que apenas conocía a Sally? —contraatacó Carella.

—¿Otra vez con eso? —se enojó el productor.

—Otra vez agitando las ramas del arbusto —sonrió Meyer.

—Supongo que lo hizo porque Sally estaba mezclada en la «operación hielo» —murmuró Carella.

—¡No sé nada de una «operación hielo»!

—Tal vez exigió un pedazo más grande del pastel…

—¡Ridículo!

—O amenazó con soltar la bomba…

—No sé de qué me hablan —rezongó Carter.

—De un asesinato.

—¿Asesinato? ¿Por qué? ¿Porque piensan que Sally estaba complicada en una «operación hielo»?

—Sabemos que estaba complicada —afirmó Meyer—. Y no un poco… Estaba complicada con usted, señor Carter. Hacía de intermediaria. Entregaba las butacas, cobraba y…

—¡Una vez! —exclamó Carter.

El despacho quedó sumido en un silencio absoluto.

Los detectives contemplaron fijamente a Carter.

—No tuve nada que ver con el asesinato —susurró aquél.

—Le estamos escuchando —dijo Meyer.

—Fue solamente una vez.

—¿Cuándo?

—En noviembre, noviembre pasado.

—¿Por qué sólo una vez?

—Tina estaba enferma.

—¿Tina Wong?

—Sí.

—¿Qué sucedió?

—Aquel día no podía efectuar sus rondas. Le pidió a Sally que la sustituyese.

—¿Sin saberlo usted?

—Me lo preguntó antes. Estaba en cama con la gripe, tenía fiebre. Accedí a ello. Sally era su mejor amiga. Creí que podía confiar en ella.

—¿Por esto negó conocerla?

—Sí, me imaginé…, bueno, si esto saliese a relucir…, ustedes pensarían…

—Pensaríamos exactamente lo que estamos pensando, señor Carter.

—No, están equivocados. Fue solamente una vez. Sally no quiso continuar. Tampoco me amenazó nunca…

—¿Cuánto obtuvo por sus servicios? —quiso saber Meyer.

—Doscientos pavos. Pero fue una sola y única vez.

—¿Cuánto ganaba Tina, su intermediaria normal?

—Lo mismo.

—¿Doscientos dólares por cada entrega?

—Sí.

—Mil doscientos a la semana.

—Sí.

—¿Y usted?

—Repartido entre cuatro.

—¿Quiénes?

—Yo, el gerente, el director de la compañía y el taquillero principal.

—¿Se reparten treinta y dos mil todas las semanas?

—Más o menos.

—O sea que usted se embolsa cuatrocientos de los grandes al año —calculó Meyer.

—Libres de impuestos —añadió Carella.

—Esto no perjudica a nadie —se defendió Carter.

—Exceptuando ahora a usted y a sus compinches —sonrió Carella—. Vamos, coja el abrigo.

—¿Por qué? —preguntó Carter—. ¿Están chiflados?

Los detectives se consultaron con la mirada.

—Oigamos las pruebas —exigió Carter.

—Un tal Timothy Moore está enterado de todo —empezó Carella—. Lo mismo que Lonnie Cooper, una de sus bailarinas, y tal vez Sally Anderson no era tan de fiar como creyó usted. Vamos, coja el abrigo.

Carter aplastó la colilla del cigarrillo y sonrió débilmente.

—Déjenme hacerles unas observaciones —dijo—. Si hay «hielo»…, y yo no me acuerdo de haber confesado nada hoy, ¿verdad?, y si Sally Anderson, una vez y hace mucho tiempo, realmente entregó unas entradas y cobró algún dinero… Bien, creo que se necesita algo más que un rumor de oídas como prueba, ¿verdad? Pongamos que ustedes van ahora directamente a la taquilla del teatro. ¿Saben qué hallarán? Que todos los revendedores, a partir de ese instante, están recogiendo solamente la cantidad de entradas que les permite la ley, y todo lo que se les venda aparte de esto, será al precio señalado en taquilla. La butaca más cara cuesta cuarenta dólares. Si enviamos una butaca reservada a un revendedor, la pagará. Cuarenta dólares. Todo honrado, todo claro. Díganme, caballeros, ¿van ustedes a seguir el rastro de un dinero que ha cambiado de manos varias veces desde que se estrenó la obra? ¡Imposible!

Los detectives volvieron a consultarse con la mirada.

—Con esto podemos ir a ver al fiscal —gruñó Carter—, ustedes y yo, claro, mas sin pruebas, quedarán los dos como unos verdaderos necios.

Carella empezó a abrocharse el abrigo.

Meyer se puso el sombrero.

—Y además… —siguió Carter.

Los detectives iban ya hacia la puerta.

—… un espectáculo caliente casi siempre origina «hielo».

—Nada perjudica a nadie, ¿eh? —masculló Meyer, ya en el corredor—. La «nieve» no crea hábito y el «hielo» es una cosa honorable. Maravilloso.

—Encantador —agregó Carella, apretando el botón de llamada del ascensor.

—Sabe que carecemos de pruebas, sabe que no podemos hacer nada. Y queda en libertad —rezongó Meyer.

—Tal vez esto ayudará a suspender la «operación hielo» —razonó Carella.

—¿Por cuánto tiempo?

Los dos callaron, oyendo cómo el ascensor subía. Por una ventana del final del corredor vieron cómo se desvanecía la luz del sol, cómo el día se tornaba gris.

—¿Qué opinas de la otra? —preguntó Carella.

—¿De Judita?

—Sí.

—Opino que Carter no tuvo nada que ver con ello.

—Pienso lo mismo.

Se abrieron las puertas del ascensor.

—¡No hay justicia en la tierra! —gruñó Meyer.

Años atrás, cuando el Hermano Anthony pasó cierto tiempo en la penitenciaría estatal de Castleview, acusado de homicidio, su compañero de celda fue un ladrón. Un tipo llamado Jack Greenspan. Lo llamaban «Big» Jack. Era judío. Casi nunca se hallan ladrones que sean judíos. «Big» Jack le enseñó un montón de cosas al Hermano Anthony, cosas que nunca imaginó pudieran servirle fuera de la cárcel.

Hasta hoy.

Hoy, todo lo que «Big» Jack le enseñó durante aquellos años era de inmenso valor para el Hermano Anthony porque planeaba entrar, fuese como fuese, en el apartamento de Sally Anderson. No era una idea repentina. La había discutido prolijamente con Emma el día anterior, tras saber que habían asesinado a Sally. Su visita anterior se debía al hecho de que Judita Cuadrado les había confesado que Sally era la proveedora de López. Era estupendo poseer una lista de clientes, mas éstos no valen nada si no se les puede vender algo. Por eso, el Hermano Anthony había ido ayer a casa de Sally con la idea de establecer con ella relaciones comerciales…, al menos. Allí descubrió que jamás lograría establecer tales relaciones.

El motivo de querer penetrar en el apartamento…, bueno, en realidad tenía dos motivos. El primero era que quizá la joven hubiera escondido cierta cantidad de droga que la Policía no había sido capaz de encontrar. No era probable, mas valía la pena comprobarlo. Los policías son tan negligentes como los demás, y tal vez la chica hubiese guardado un par de kilos, lo que equivaldría a encontrar dinero con una llave de paso, por valor de unos sesenta de los grandes. El segundo motivo era que, si la chica, era una proveedora por onzas, que era lo confesado por Judita, entonces, tan seguro como el cielo, Sally debía de obtener tales onzas de alguien más, a menos que se largara a Sudamérica todos los fines de semana, cosa que el Hermano Anthony dudaba mucho. El conserje había dicho que se trataba de una bailarina que trabajaba en un espectáculo de éxito, ¿verdad? Bien, las bailarinas no pueden ir a todas partes cuando quieren. No, según lo imaginaba, otra persona le pasaba la droga.

Por tanto…

Si la chica sacaba la droga de alguna otra persona, ¿no hallaría algo en su apartamento que le indicara de dónde la obtenía? ¿O de quién? Si lograba averiguarlo, ¿por qué no podía él ir a ver a esa persona y decirle que seguiría adquiriendo la droga de él, como hacía Sally? A menos que fuese dicho individuo el que la hubiese matado, en cuyo caso el Hermano Anthony haría el signo de la cruz, se recogería los bajos de la sotana y desaparecería como un árabe

en la noche. No quería tener nada que ver con un tipo que vivía en Bogotá Bebé, yendo a las malas.

En la faltriquera de la sotana llevaba dos cosas esenciales para irrumpir en un apartamento, según «Big» Jack, suponiendo que la cerradura de la puerta fuese una Mickey Mouse. Si la cerradura pertenecía a un tipo de los que no podía encargarse él, ya hallaría la manera de entrar…, como, por ejemplo, por la escalera de incendios, rompiendo una ventana… Claro que «Big» Jack le había dicho que romper ventanas era cosa de aficionados, algo que solamente hacían los ladrones espoleados por la droga. Las dos cosas que el Hermano Anthony llevaba en la faltriquera eran: un paquete de palillos y una tira de plástico que había arrancado del tapón de una botella de leche, esas tiras que fijan el tapón de rosca.

Los palillos eran su alarma portátil.

La tira de plástico, para abrir la puerta.

Tal como se lo explicó «Big» Jack, para abrir una puerta con cerradura sencilla, lo mejor era una tarjeta de crédito; si bien, asimismo servía cualquier tira de plástico bastante fina. Antes de inventarse las tarjetas de crédito de plástico, los ladrones revientapisos usaban tiras de celuloide para abrir las puertas. El Hermano Anthony no tenía ninguna tarjeta de crédito, ni estaba seguro de que la tira de plástico le resultara de utilidad. Sin embargo, «Big» Jack decía que cualquier tira de plástico era válida.

Antes de penetrar en el vestíbulo de la casa se aseguró de que el conserje no estaba a la vista. El día anterior, él había subido al apartamento de la chica, llamó y no obtuvo respuesta, de manera que sabía que era el apartamento 3-A; no obstante, consultó los buzones para estar más seguro, y acto seguido subió hasta el tercer piso, recorriendo el desierto corredor sin hacer ruido. «Big» Jack tenía razón al decir que la mayoría de edificios dedicados a apartamentos se hallaban vacíos durante el día. Si trabajaba bien, de acuerdo con las reglas dadas por «Big» Jack, no tardaría ni un minuto y medio en hallarse dentro del apartamento.

Tardó media hora.

Metió una y otra vez la tira de plástico en la ranura donde la puerta se unía a la jamba, forcejeando, estirando, tratando de retirar el pestillo, girando la tira de un lado, de otro, y empezó a sudar. Sacó la tira de la ranura, volvió a insertarla, sumamente inquieto, angustiado, y susurrando «Vamos, chiquita, vamos, mueve esa maldita cerradura», temeroso de que alguna inquilina saliera de su apartamento y empezara a chillar a pleno pulmón. Torciendo el plástico, atrapando el pestillo, perdiéndolo otra vez, sudando con más profusión, con la sotana pegada al cuerpo, las manos trabajando febrilmente…, media hora antes de que el pestillo finalmente comenzara a ceder («¡Cuidado, no lo pierdas ahora!»), hasta que lo sintió retirarse lentamente. Por fin, la cerradura se rindió completamente. La puerta estaba abierta.

El Hermano Anthony se hallaba empapado en sudor.

Penetró rápidamente en el apartamento, cerró la puerta a sus espaldas, se apoyó en ella respirando jadeante, escuchando y sudando. Cuando recobró el aliento, buscó en su faltriquera el paquete de palillos, lo abrió, sacó uno y abrió con cuidado la puerta para atisbar al pasillo de la escalera. Prestó oído atento. Nada.

Abrió más la puerta.

Introdujo el palillo en el agujero de la cerradura y lo rompió corriendo el pestillo. Cerró de nuevo la puerta. Según le había explicado «Big» Jack, si alguien deseaba entrar en el apartamento, intentaría meter la llave en la cerradura sin saber que había allí un palillo encajado, forcejearía con la llave tratando de hacerla girar, y la persona que estuviese dentro del apartamento oiría aquel ruido y saldría por la ventana lo más rápido y sigilosamente posible. La cocina siempre era una buena ruta de escape, de acuerdo con «Big» Jack. Algunas cocinas tenían salida a una escalera de servicio y otras a escaleras de incendio. No sabía por qué pero era así. El Hermano Anthony se dirigió a la cocina.

Se inclinó sobre el fregadero y miró por la ventana. No había escalera de incendios. Dio una vuelta por todo el apartamento, asomándose en busca de tal clase de escalera. La única escalera de

ese tipo se hallaba fuera de la ventana del dormitorio. Descorrió la falleba, abrió un poco la ventana a fin de poder abrirla rápidamente del todo en un caso de premura, y volvió al salón. Era muy bonito. El suelo alfombrado, muebles cómodos… Ojalá Emma pudiera vivir en un apartamento semejante. Carteles en todas las paredes y mullidos almohadones en el sofá de cuero negro. También vio varias fotos de una joven con pantalones de ensayo, y otra con un tu-tú de *ballet*. Debía de tratarse de la chica asesinada. Una buena moza. Cabello rubio, formas espléndidas, aunque algo delgada. Se preguntó dónde podría adquirir una de aquellas faldas tan vaporosas. Probablemente, en varias tiendas de la ciudad. Le gustaría comprar una para Emma y hacer que se paseara desnuda por el apartamento.

En la pared contigua al cuarto de baño había un cartel de una compañía de danza. Primero empezaría por el cuarto de baño porque «Big» Jack decía que muchas personas guardan sus bienes más valiosos en el depósito del agua, dentro incluso del agua. Bajó la tapa de la taza de porcelana (o imitación de porcelana), y atisbo dentro del depósito, situado inmediatamente detrás. Agua estancada y maloliente. Metió la mano dentro del agua y buscó en aquel interior. Nada. Retiró la mano, se la secó en la toalla colgada al lado del lavabo, y trató de recordar, siempre según «Big» Jack, dónde debía mirar a continuación.

Lo mejor era el dormitorio. «Big» Jack decía que muchos tocadores tenían el último cajón apoyado sobre el reborde del mueble, por la parte de abajo, claro. Debajo del último cajón ya no había nada, lo que significaba que quedaba un espacio libre de unos cinco centímetros entre el cajón y el suelo de la habitación. Mucha gente sacaba el cajón, y dejaban sus tesoros sobre el suelo antes de meter de nuevo el cajón. Un ladrón falto de experiencia buscaría en el mismo cajón, mas no pensaría en mirar en el suelo.

El Hermano Anthony sacó el último cajón del tocador. Lleno de sostenes y bragas. Bikinis de nylon de todos los colores. Los sostenes eran pequeños, lo que indicaba que los pechos de la chica

no eran muy grandes. Trató de imaginársela en bragas. Demasiado delgada, aunque ciertas delgadas, cuanto más está del hueso más sabrosa es su carne. Cogió unas bragas, de color púrpura, y las sostuvo en sus manos varios segundos antes de devolverlas al cajón. Había entrado allí por dos cosas: para hallar cierta cantidad de cocaína o un indicio de dónde la obtenía la difunta.

Se puso a gatas y avizoró el espacio vacío en el que estuviera el cajón. No vio nada. Se levantó, encendió la lámpara del tocador y volvió a ponerse a gatas. Lo mismo que antes: nada. Metió la mano por la abertura y empezó a registrar aquel vacío. Nada en el suelo. Cogió el cajón de donde lo acababa de dejar en el suelo, lo llevó a la cama —una hermosa cama con una colcha remendada— y volcó el contenido. No obtuvo más que bragas y sostenes. Maldita chica, debía de cambiarse de ropa interior tres veces al día. Tal vez fuese una obligación de las bailarinas. Al sudar hay que cambiarse de ropa interior.

Sacó todos los cajones del tocador y los volcó sobre la cama. Solamente prendas de vestir. Blusas, suéters, pantalones, camisas…, ropa femenina, mucha ropa femenina. Nada de cocaína. Ni un pedazo de papel con un nombre o unas señas. Probablemente, la Policía habría peinado bien el apartamento, llevándose todo lo que juzgaron interesante. Seguramente habían incluso vendido la droga, si la encontraron. Los policías eran más granujas que los honrados granujas de la ciudad. Se llevó las manos a las caderas y miró en torno. «¿Ahora qué?», se preguntó.

«Big» Jack había dicho muchas veces que en ciertas ocasiones, la heroína está en el azucarero…, y uno la encuentra si consigue irrumpir en él. Hallar una cantidad de droga es mucho mejor que encontrar dinero, tarjetas de crédito o incluso colecciones de monedas. Volvió a la cocina, miró en el azucarero que estaba en el último estante de una alacena y descubrió que estaba lleno de paquetitos de azúcar adelgazante. Vaya, que Dios se apiade de su alma, pensó, refiriéndose a la dueña del azúcar.

Buscó en las cajas de cereales de la alacena, imaginándose que dentro de una de ellas podían estar escondidos unos kilos de cocaína envueltos en plástico. Dejó caer el maíz en copos, los gérmenes de trigo…, pero no halló nada. Registró el refrigerador. No contenía más que un yogourt abierto y corrompido y varias verduras mustias. No dejó de registrar ni un solo cajón del salón, palpó por debajo de los tapetitos, figurándose que debajo podía haber algo. Nada. Regresó al dormitorio y abrió el armario.

La joven tenía más ropa que en una tienda de la Hall Avenue. Hasta un abrigo de pieles. De mapache, al parecer. Debió de comprarlo con el producto de la venta de la «nieve»… ¿Pero dónde estaba la maldita droga? Empezó a quitar los vestidos y las chaquetas, los abriguitos de los colgadores, palpando todos y cada uno de los bolsillos, arrojándolo después todo al suelo. Nada.

Abrió las cajas de zapatos. Zapatos muy *sexys*, dignos de una puta, con tacón alto y tiras en los tobillos. Pensó de nuevo en las bragas. En aquellas cajas no había más que zapatos. ¿Dónde…, dónde estaba? Buscó más adentro del armario.

Halló unas ropas masculinas colgando de una barra, casi arrinconadas. Sí, era natural. Una putita con bragas *sexys* y zapatos de tacón alto… Tenía algún fulano a su alrededor. Un suéter de lana, color marrón. El Hermano Anthony se lo habría llevado, pero le venía estrecho. Un par de pantalones a cuadros… Jamás se los pondría aunque fuesen de su medida. Un batín de seda negra con las iniciales T.M. en el bolsillo de pecho. ¿Un tipo sensual el tal T.M.? Él se ponía el batín de seda, ella las bragas, a aspirar un poco de polvo…, ¡y ambos en el cielo! Magnífico, T.M. Buenas prendas… Aunque no demasiadas, T.M., por lo tanto, no vivías aquí con ella, ¿verdad? Quizá venías de vez en cuando; tal vez fueses un corredor de bolsa casado que los miércoles por la tarde, al cerrar la Bolsa, le ponías los cuernos a tu digna esposa. Se acabó la diversión, T.M. Tu amiguita está muerta.

Una chaqueta de lanilla, suave al tacto, color castaño. Otro par de pantalones…, ¡verdes! ¿Quién llevaría unos pantalones verdes, a

no ser un irlandés el día de San Patricio? Un comando azul. Pequeño. Debía de ser de la chica, con uno de esos cuellos con cremallera que llevan un capuchón doblado por dentro, por si uno se resfría con el mal tiempo. Ah, ahí estaba el comando negro, como el batín, del fulano. Palpó todos los bolsillos de la chaqueta y la tiró al suelo, a sus espaldas. Palpó los bolsillos del comando de la joven, el azul. Nada. Iba a arrojarlo al suelo con todo lo demás cuando palpó algo raro en el cuello.

Lo asió con ambas manos y lo retorció.

Sí, dentro había algo duro.

Volvió a retorcer el cuello. Crujió algo. Aquel cuello contenía alguna cosa, aparte del capuchón. Llevó la prenda a la cama y sentóse al borde de la misma, rodeado por bragas y sostenes. Palpó de nuevo el cuello. Sí, decididamente algo había en su interior. Descorrió rápidamente la cremallera.

Al pronto, sintióse defraudado.

Lo que tenía en las manos era un sobre doblado a lo largo varias veces, formando una figura oblonga muy estrecha, que encajaba perfectamente dentro del cuello del comando. Desdobló el sobre una vez. Siguió desdoblándolo. La carta estaba dirigida a Sally Anderson. Estudió el remite del sobre. El nombre no le dijo nada, aunque la dirección sí provocó una reacción instantánea. Al momento, supuso que si no había hallado la cocaína, sí tenía en sus manos las señas del proveedor de la misma. Sacó la carta del sobre y empezó a leer. Podía oír el tictac de su reloj. Se dio cuenta de que contenía la respiración. De repente, se echó a reír.

«Ahora he de moverme, pensó. Chico, ya eres rico. Cadillacs, puros de La Habana, champán y caviar…».

Sin dejar de reír, se metió la carta en la faltriquera, consideró si sería prudente salir por donde había entrado, decidió que sí y se encaminó al apartamento de Emma para darle la buena nueva.

Alonso Cuadrado se hallaba desnudo cuando los detectives fueron a verle a las cuatro de la tarde. Esto, para ellos, era una ventaja. Un hombre desnudo se siente incómodo al hablar con otro totalmente vestido. Es por esto que los ladrones tienen una ventaja cuando sorprenden a un tipo dormido en su cama, y éste salta desnudo, enseñando cuanto le otorgó la naturaleza, frente a un intruso que lleva abrigo y empuña en la mano un revólver. Alonso Cuadrado se estaba duchando en el baño de la Y.M.C.A. (albergues para estudiantes pobres), de la Landis Avenue, cuando llegaron los dos detectives. Ambos llevaban abrigo. Y uno, incluso lucía un sombrero. Cuadrado no llevaba encima más que espuma de jabón.

—Hola, Alonso —le saludó Meyer.

Cuadrado se metió jabón en los ojos.

—¡Maldición! —gritó, echándose agua en la cara.

Era un hombre excepcionalmente delgado, con huesos estrechos y tez olivácea. El bigote estilo Pancho Villa que sombreaba su labio superior era casi mayor que él.

—Necesitamos hacerle unas cuantas preguntas —anunció Carella.

—Pues llegan en buen momento —trató de sonreír Cuadrado. Se duchó, quitándose el jabón con el agua que caía de la ducha de regadera. Cerró el agua, cogió una toalla y empezó a secarse. Los detectives aguardaban. Después, el joven se envolvió con una toalla seca hasta la cintura y se dirigió al vestuario. Los detectives le siguieron.

—Estuve jugando a balonmano —explicó. Sentóse en un banco y desde allí mismo, abrió una de las taquillas—. ¿Qué desean esta vez?

—¿Sabe que su prima murió? —inquirió Meyer.

—Sí, lo sé. El funeral se celebra mañana. No iré. Odio los funerales. ¿Han asistido alguna vez a un funeral español? ¿Con todas esas mujeres arrojándose llorosas sobre el ataúd? Eso no es para mí, la verdad.

—La acuchillaron, ¿lo sabía?

—Sí.
—¿Alguna idea de quién lo hizo?
—No. Si López viviera, diría que fue él, pero también ha muerto.
—¿No se le ocurre nadie más?
—Oigan, ustedes saben en qué estaba metida. Pudo ser cualquiera.
Se estaba secando los pies. De su departamento sacó un par de calcetines y se los puso. Meyer pensó que era interesante el modo cómo se vestía la gente. Como las diferentes maneras en que dos personas se comen una mazorca de maíz. No hay dos personas que la coman del mismo modo, como no las hay que se vistan igual. ¿Por qué empezaba ese joven por los calcetines? Calcetines negros, claro. ¿Tenía que ir a presentarse para tomar parte en un film porno? Meyer se preguntó si luego se pondría los zapatos, antes que el braslip y el pantalón. Otro pequeño misterio de la vida.
—¿En qué estaba metida? —quiso aclarar Carella.
—Bueno, no estaba metida en nada, todavía no. Lo intentaba.
—¿Qué intentaba?
—Probar suerte en la herencia de López.
—Hable claro —le exigió Carella.
Cuadrado volvió a meter la mano en la taquilla. Sacó unos calzoncillos de boxeo que colgaban de una percha y se los puso.
—El negocio de López —dijo, buscando los pantalones en la taquilla.
—¿Un negocio de drogas?
—Sí, ella tenía una lista.
—¿Una lista?
—De los clientes de López.
—¿Cómo la consiguió?
—Vivía con él, ¿no?
—¿Se trata de una verdadera lista? ¿Con nombres y direcciones? ¿Anotada en una hoja de papel?
—No, no…, ¿qué hoja de papel? Ella vivía con él y sabía quiénes eran los clientes. Me contó que iba a intentar aprovecharse de eso,

que intentaría sacar la droga del mismo sitio de donde la obtenía él…, que esto significaría para ella un pequeño cambio de posición.

—¿Cuándo le contó todo eso? —preguntó Meyer.

—Poco después de morir López —respondió Cuadrado poniéndose una camisa.

—¿Por qué no lo mencionó usted la última vez que hablamos?

—Porque ustedes no me lo preguntaron.

—¿Le pareció que era algo *nuevo* para ella? —se interesó Carella.

—¿Qué quiere decir?

—Una sociedad.

—Ya.

—Ella no trabajaba con él antes de que matasen a López, ¿verdad? ¿No eran socios?

—No, no… ¿Con López? ¿Cree que hubiese dividido sus ganancias con una chica? En absoluto.

—Sin embargo, le dijo a ella quiénes eran sus clientes.

—No, no se lo dijo. «Ese tipo compra cuatro gramos, este otro me pide seis…». …No, nada de eso. Bueno, quiero decir que no le entregó la lista en bandeja de plata. Pero cuando un individuo vive con una chica, hablan…, ¿me comprende? López pudo decirle: «Hoy he de entregarle tres gramos a Luis», o algo por el estilo. Hablaban, ¿no?

—Charlas en la almohada —comentó Meyer.

—Exacto, charlas en la almohada —asintió Cuadrado—. Buena definición. Judita era una chica lista. Cuando López hablaba ella escuchaba. Oiga, a decir verdad, Judita no pensaba que su asunto con López durara mucho… ¿me entiende? Y después de maltratarla él… Vamos, ¿cómo podía una muchacha soportarlo? López, en primer lugar, era un malnacido. Tenía otras mujeres aparte de Judita. Por eso, supongo que ella escuchó cuanto pudo. Claro está, ignoraba que iban a matar a López, pero opino que ella se imaginó que no haría ningún mal a nadie aprovechándose de cuanto sabía.

—¿Cómo lo sabe?

—¿Cómo sé…, qué?

—Que ignoraba que iban a matar a López.

—Lo supongo. ¿Les molesta que fume?

—Adelante —asintió Meyer.

—Me gusta fumar un poco después de jugar —explicó el joven.

Metió de nuevo la mano en la taquilla y extrajo una lata de Sucrets. Los dos detectives supieron qué había en la lata antes de que la abriese. Esto les sorprendió… aunque no demasiado. Hoy día, la gente incluso fumaba hierba en los bancos del parque, hasta en el que se hallaba situado casi delante de la comisaría. Vieron cómo Cuadrado lo encendía. Le dio una chupada. Soltó una nube de humo.

—¿Una chupada? —le ofreció a Meyer.

—Gracias —rechazó el detective judío—. Estoy de servicio.

Carella sonrió.

—¿Quiénes eran esas otras mujeres? —inquirió después.

—Jesús…, ¿cómo puedo contarlas? —se asustó Cuadrado—. Había esa buscona de una sola pata que también iba con él…, una tal Anita Díaz. Sí, es muy guapa, pero solamente tiene una pierna, por lo que la llaman *La mujer coja* por el barrio. En realidad, es la mejor puta del mundo si tienes la suerte de ir con ella. López iba. Y estaba…, ¿saben la pastelería de las Masón y Décima?… Pues López se entendía con la esposa del dueño. Todo esto viviendo con Judita. Lo que me maravilla es cómo lo soportó tanto tiempo —dio otra chupada al porro—. Supongo que estaba asustada de él, ¿verdad? Sí, López la amenazaba continuamente hasta que por fin le quemó las tetas con el cigarrillo, de manera que debía de estar asustada de él. Por eso debió cerrar el pico y dejar que fuese con la primera imbécil que encontrara.

—¿Cómo pensaba proveer a esas personas?

—¿A quiénes?

—A los clientes de López. ¿De dónde pensaba conseguir la droga?

—Del mismo sitio que López.

—¿De dónde?

—De la proveedora inglesa…, o algo así.
—¿Qué proveedora inglesa?
—La que había vivido con López. Judita siempre decía que la cama es la cama y el negocio es el negocio. Si la chica le suministraba la droga a López, ¿por qué no podía suministrársela también a Judita?
—Conque había una mujer, ¿eh?
—La rubia que había vivido con él, sí.
Carella miró a Meyer.
—¿Qué rubia? —preguntó.
—Ya se lo dije. La inglesa que vivió antes con él.
—¿Rubia? —insistió Meyer.
—Sí, una rubia —asintió Cuadrado—. ¿Qué les ocurre, amigos? ¿Son tardos de oído?
—¿Cuándo fue eso? —se interesó Meyer.
—Hace un año… Bah, ¿quién se acuerda? López cogía a una y dejaba a otra…, como los metros.
—¿Sabe el nombre?
—No —respondió Cuadrado.
Dio una última chupada al porro antes de arrojarlo al suelo. Iba a pisarlo cuando se dio cuenta de que únicamente llevaba puestos los calcetines. Meyer lo aplastó por él. Cuadrado volvió a sentarse, sacó de la taquilla un par de zapatos negros y se los puso, anudando los cordones.
—¿Dónde vivían? —inquirió Carella.
—En Ainsley. Por allí viven muchos ingleses… Los alquileres son baratos y muchos de ellos ganan poco, ¿comprenden? Son pintores o músicos medio muertos de hambre, o esos tipos que hacen estatuas… ¿Cómo se llaman?
—Escultores —le recordó Meyer.
—Sí, escultores —repitió Cuadrado—. Valiente nombrecito, ¿verdad?
—Pongamos esto en claro —terció Carella—. Ha dicho que hace un año…

—Aproximadamente.

—López vivía con una traficante o proveedora de cocaína rubia…

—No, entonces no.

—¿No vivía con ella?

—Vivía con ella. Es decir, vivió con ella, pero no cuando ella empezó a dedicarse a la droga. Entonces, no.

—¿Pues qué hacía entonces?

—Lo mismo que todo el mundo: buscarse el sustento.

—Buscarse el sustento…, ¿cómo?

—Creo que era bailarina…

Carella volvió a mirar a Meyer.

—Finalmente, según tengo entendido, se fue a vivir a otro sitio, separándose de López, porque le salió un contrato para un espectáculo —continuó Cuadrado—. Eso fue en el verano pasado. Se trasladó hacia el centro.

—Y volvió, digámoslo así, a reaparecer suministrando cocaína.

—Exacto.

—¿Cuándo?

—¿Lo de la cocaína? Debió de ser en otoño…, sí, el otoño pasado. Por octubre, creo.

—Suministrando coca a López.

—Sí.

—¿Quién le contó todo esto?

—Judita.

—¿Está seguro de que no era la chica rubia la que iba a la parte alta de la ciudad, o sea, por el sector donde ahora estamos, en busca de la droga?

—No, no. Era ella la proveedora a bastante gran escala. Era ella la que vendía la coca. Por esto, Judita se imaginó que, una vez muerto López, ella podría continuar con el negocio. Los mismos clientes, la misma fuente de suministro.

—¿Con qué frecuencia venía ella a traer la cocaína a López?

—¿La rubia? Todas las semanas.

—¿Es exacto?

—Lo sé porque me lo dijo Judita.

—Y la cosa empezó en octubre.

—Sí. Fue entonces cuando López inició su negocio. Bueno, esto también según Judita. Personalmente, yo no sé absolutamente nada de este asunto.

—¿Cuándo venía ella con la droga?

—Usualmente, los domingos.

—Y entregaba la cocaína.

—A veces hacía algo más.

—¿A qué se refiere?

—A recordar viejos tiempos…, en la cama.

—¿Con López?

—Sí, según Judita. ¿Quién sabe si es cierto o no? Cuando una mujer cuenta toda clase de chismes respecto a otra o a un tipo cualquiera, siempre se imagina cosas, ¿en? Encuentra bragas que no son suyas debajo de cada almohada…, si saben a qué me refiero. Empieza a oler otras mujeres en la cama. Esto le ocurrió a Judita. Oigan, mi prima estaba un poco mochales, a decir verdad. Y se comprende. Tenía que estar majareta perdida para vivir con un individuo como Paco López.

—No conoce el nombre de la joven, ¿eh?

—No.

—¿Sabe en qué espectáculo trabajaba?

—No.

—Pero está seguro de que había vivido con López.

—Segurísimo. Al principio, no. Ella tenía un apartamento en el edificio donde viven otros dos ingleses. Y después, se marchó a vivir con López. Sí, de eso estoy seguro. O sea, que lo han visto mis ojos.

—¿Qué vieron sus ojos?

—A él y a ella entrar y salir de la casa juntos, a todas las horas del día y de la noche. Todo el mundo sabía que López vivía con una rubia procedente del centro.

—¿Cuál es ese edificio? —preguntó Meyer.

—El edificio donde vivía López.

—¿Cuando lo mataron?

—No, no. Entonces vivía con Judita…, aunque llevaban algún tiempo separados. Con Judita vivía en Culver. La otra casa está en Ainsley.

—¿Conoce la dirección exacta?

—No, pero está cerca de un *drugstore*. En la esquina de Ainsley y la Sexta. El *drugstore* Tru-Way.

—¿Reconocería a la rubia si volviera a verla?

—¿La rubia? Oh, sí. Una chica estupenda. Lo que vio en López es otro misterio, ¿no es así?

—Alonso, ¿quiere hacernos un favor? —le pidió Meyer—. ¿Puede acompañarnos a la comisaría? ¿Solamente un minuto?

—¿Por qué? ¿Qué he hecho yo? —se asustó Cuadrado.

—Nada —le tranquilizó Meyer—. Vamos a enseñarle unas fotos.

12

A Arthur Brown no le gustaba lo que hacía. Arthur Brown quería contemplar la televisión con su esposa.

No le gustaba repasar todo aquel material que él y Kling habían conseguido, primero de la viuda de Marvin Edelman, y luego de la caja de seguridad del difunto joyero. De haber deseado Arthur Brown ser contable, no habría resistido tantos años de patrullero. La contabilidad aburría a Brown. Le aburría incluso su propia contabilidad. Normalmente, le pedía a Caroline que llevara las cuentas de la casa, cosa que ella realizaba maravillosamente bien.

Eran las once y veinte minutos.

Dentro de diez minutos darían las noticias, y después estaría en pantalla Johnny Carson. Brown tenía a veces la sensación de que ambos programas unían a los habitantes de los Estados Unidos: el programa de Johnny Carson y el boletín meteorológico. Ni siquiera una guerra nuclear haría que los buenos norteamericanos se sintieran más unidos que con Johnny Carson y el parte del tiempo. Este invierno había sido desastroso en todo el país. Si uno volaba hacia Minneapolis, el tiempo era el mismo. Daba la impresión de que esta ciudad y Minneapolis eran un solo lugar. La adversidad unía a la gente. Si uno volaba desde aquí a Cincinnati, también allí hacía mal tiempo, y al bajar uno del avión experimentaba al momento una intensa sensación de fraternidad. Después, al entrar en el hotel y pedir desde la habitación algo de beber al camarero de servicio, al deshacer el equipaje, al poner en marcha el televisor…, vaya, allí estaría el bueno de Johnny Carson a las once y media en punto, dirigiéndose a todo el país, y uno sabía que en Los Ángeles estaban viendo a Johnny Carson, que lo mismo hacían en Nueva York, en Kalamazoo, en Atlanta y en Washington, D.C. Todo el mundo contemplaba a Johnny Carson, lo cual le hacía a uno sentirse como

una parte esencial del país, del país más grande del mundo, todo el pueblo norteamericano sentado boquiabierto, contemplando a Johnny Carson.

Brown pensaba que si Carson se presentase para presidente, ganaría por gran ventaja. Lo que Brown deseaba hacer ahora…, bueno, dentro de diez minutos, era ver a Johnny Carson. No le gustaba la idea de continuar investigando y comprobando el contenido de la caja de seguridad de Marvin Edelman, contrastándolo con las declaraciones del Banco y los cheques cancelados del pasado año. Ésta era una tarea de contable. Lo que un policía debía hacer era sentarse en el sofá, con un brazo en torno a Caroline, mientras contemplaban a Lola Falana, que sería la invitada en el programa de Jonnny Carson, y a la que Brown consideraba la mujer negra más bella del mundo…, después de Caroline, claro. Nunca había comentado delante de Caroline lo que pensaba de Lola Falana. Tras tantos años en la Policía, había aprendido que no hay que abrir jamás una puerta sin saber antes con toda seguridad qué hay detrás de la misma, y no estaba muy seguro de lo que se escondía estos días detrás de la puerta de Caroline. En cierta ocasión, Brown mencionó que Diana Ross no era mal parecida, y Caroline le arrojó un cenicero. Él la amenazó con arrestarla por agresión y ella respondió que lo mejor que podía hacer era recomponer el roto cenicero. De esto hacía ya mucho tiempo, y desde entonces no intentó volver a abrir aquella puerta. Tenía la impresión de que detrás hallaría a la misma tigresa.

Estaba encantado de que la señora Edelman hubiese hallado una llave duplicada de la caja de seguridad de su esposo, porque esto les había ahorrado, a él y a Kling, la molestia de solicitar un mandamiento para abrir la caja, solicitud que a lo mejor les hubiese sido denegada, según el juez que aquella tarde estuviese de guardia. Según la Policía, algunos jueces parecían estar del lado de los *malos*. Por ejemplo, el juez «Walking» Wilbur Harris. Uno podía llegar al juzgado con un chico llevando un machete ensangrentado en una mano y una cabeza cortada en la otra, y Wilbur Harris se limitaría a

chascar la lengua y a decir: «Vaya, vaya…, hemos atrapado a un chico travieso, ¿eh? Preso libre por su propia admisión».

O bien le impondría la ridícula fianza de diez mil dólares al individuo que había matado a su madre, a su padre, a su perro de raza Labrador, y a todas sus carpas de la pecera. Con un juez como Wilbur Harris, un policía acababa por creer que su misión no tenía ningún sentido. Un policía arriesgaba su vida para atrapar a un criminal, y el juez Harris lo dejaba ir, y claro está, el criminal se largaba a China, sin que nadie volviera a verle nunca más. Entonces, ¿de qué servía ser policía? Brown estaba, pues, encantado de no haber tenido que pedir una solicitud de mandamiento para abrir la caja.

No se mostró tan encantado cuando vio la magnitud de papeles dentro de la caja, desencanto ya experimentado por él y Kling cuando la sopesaron. Ahora, todos los papeles se hallaban esparcidos sobre la mesa de su leonera, junto con las declaraciones bancarias de Edelman, sus cheques cancelados y una lata de cerveza.

Desde la otra habitación, donde su hija Connie jugaba de día, y donde él y Caroline contemplaban de noche la televisión, oyó la sintonía del programa de Johnny Carson. Prestó más atención. Oyó cómo Ed McMahon anunciaba la lista de artistas invitados (entre ellos Lola Falana), suspiró y escuchó el familiar: «¡Aquíiiiiiiiii Johnnnnnnnyyyyy!». Suspiró, tomó un trago de cerveza y empezó a separar los documentos sacados de la caja de seguridad.

La noche sería larga.

El teléfono, al sonar, sobresaltó a Kling.

El aparato se hallaba sobre una mesita de noche, y el primer timbrazo rompió el silencio del dormitorio como un pistoletazo, obligándole a sentarse de golpe en la cama, con el corazón palpitante.

Levantó el receptor.

—¿Diga?
—Aquí Eileen.
—Ah, hola.
—¿Estás falto de aliento?
—No…, esto es muy tranquilo y al sonar el teléfono me he sorprendido.
El corazón seguía latiéndole fuertemente.
—No dormías, ¿verdad? No te he…
—No, no, estaba tendido solamente.
—¿En la cama?
—Sí.
—Yo también estoy en cama —le informó ella.
Kling no contestó.
—Deseaba disculparme —continuó Eileen.
—¿Por qué?
—Ignoraba lo de tu divorcio…
—Bueno, no importa.
—No debí hablar como lo hice, pero no lo sabía.
Lo que significaba, pensó él, era que ignoraba las circunstancias del divorcio. Lo había averiguado el día anterior, ya que era de conocimiento común en el departamento, y ahora se excusaba por haber descrito la escena que ella llamaba de «¡Ah…! ¡Oh…!», la esposa en cama con su amante, el marido que llega…, o sea, lo mismo que le sucedió a Kling.
—Bah, no importa —repitió.
Sí importaba.
—Yo lo empeoré, ¿verdad? —preguntó ella.
Kling iba a decir: «No, no seas tonta y gracias por llamar», mas en realidad pensó: «Sí, lo empeoraste».
—Pues sí, lo empeoraste —pronunció en voz alta.
—Lo siento… Sólo quería…
—¿Qué te contaron?
—¿Quiénes?
—Vamos —se irritó Kling un poco—, los que te lo contaron.

—Bueno, me dijeron que tenías un pequeño problema.

—Hum…, ¿qué clase de problema?

—Únicamente un problema.

—Mi esposa poniéndome cuernos, ¿eh?

—Pues sí…, eso me dijeron.

—Magnífico —alabó él con tristeza.

Hubo un largo silencio en la línea.

—Bien —suspiró ella—, deseaba pedirte disculpas por lo de ayer, nada más. Sé que te trastornó.

—No me trastornó.

—Pues lo pareces todavía.

—Lo estoy, sí, lo estoy.

—Bert… —empezó Eileen. Vaciló—. Por favor, no me eches la culpa, no te enfades conmigo… ¡No, por favor!

Kling hubiese jurado que la chica estaba llorando. A continuación se interrumpió la comunicación.

Kling contempló el teléfono.

—¿Qué…? —murmuró en la habitación vacía.

Lo malo de los documentos de Edelman era que no concordaban. Claro que a lo mejor Brown no sabía hacerlos concordar. Fuese como fuese, las cuentas no ajustaban. Era como si hubiese una gran suma de dinero perdida por alguna parte. El factor constante de los cálculos de Brown eran los trescientos mil dólares encontrados en la caja fuerte de Edelman. Para Brown, esto indicaba, al menos, una transacción en dinero contante. Posiblemente, una serie de transacciones en dinero, puede que cincuenta mil dólares cada vez, que iba depositando en su caja de caudales antes de…

¿Antes de qué?

Según las declaraciones bancarias y los cheques cancelados, Edelman no efectuó grandes depósitos ni retiró grandes sumas de dinero el año anterior. Los gastos más conspicuos se debían a sus desplazamientos a Amsterdam, Zürich y otras ciudades europeas:

billetes de avión, cuentas de hotel, cheques entregados a comerciantes de piedras preciosas en aquella ciudad holandesa… No obstante, las compras llevadas a cabo (y él al fin y al cabo se dedicaba a la compra-venta de gemas preciosas) eran relativamente pequeñas: cinco mil dólares aquí, diez mil allí, un cheque algo mayor, por veinte mil dólares, para una firma holandesa… Los demás depósitos bancarios efectuados en Norteamérica demostraban que Edelman conseguía buenos, aunque no espectaculares, beneficios con sus compras europeas.

Por lo que se imaginaba Brown, Edelman barajaba en su negocio de doscientos mil a trescientos mil dólares al año. Todavía no tenía preparada su declaración de renta, puesto que era febrero solamente y las declaraciones no debían entregarse hasta el 15 de abril, como plazo máximo, mas en la última declaración figuraba un ingreso aproximado de doscientos sesenta y cinco mil quinientos veintitrés dólares con doce centavos aquel año, y unos impuestos exactos de acuerdo con dicha suma, una vez deducidos los gastos del negocio y otras cantidades deducibles. Un ligero cálculo le dijo a Brown que Edelman deducía un quince por ciento de sus ingresos. Por tanto, no tenía problemas con el Tío Sam[17], ya que su declaración de renta ascendía, en calidad de impuestos, a cien mil setecientos diez dólares con cincuenta y seis centavos. Un cheque firmado el 14 de abril indicaba que Edelman había satisfecho completamente su obligación con el gobierno…, al menos con los ingresos declarados.

Lo único que molestaba a Brown eran los trescientos mil dólares en billetes.

Obstinadamente, volvió a concentrarse en los documentos encontrados en la caja de seguridad de Edelman.

Kling contempló el teléfono largo tiempo.

¿Había llorado Eileen?

No quería que llorara por él, apenas la conocía… Se dirigió a la ventana y permaneció allí mirando los coches que avanzaban penosamente por el puente, sus faros horadando la noche. Estaba nevando otra vez. ¿No dejaría nunca de nevar? No, no quiso hacerla llorar. ¿Qué diablos le pasaba? La culpa era aún de Augusta.

Volvió a acostarse.

Habría sido mucho más fácil olvidarla si no hubiese visto siempre su semblante adonde quiera que iba. En una normal pareja divorciada, casi nunca vuelven a encontrarse los antiguos cónyuges, especialmente si no hay hijos. Y uno empieza a olvidar. A veces, incluso se olvidan los buenos momentos pasados juntos, lo cual es malo de por sí, pero entra en la naturaleza misma de la imbecilidad llamada divorcio. Con Augusta era diferente. Augusta era modelo. Era imposible pasar por delante de un quiosco de periódicos sin ver su rostro en la portada de una revista, al menos una vez al mes. Era imposible contemplar la televisión sin verla en un anuncio de peinados (poseía una cabellera tan maravillosa…), o de una pasta dentífrica, o como la última semana, anunciando un líquido limpiauñas. Las manos de Augusta subían hasta su cara, con las uñas largas y coloradas, como mojadas en sangre arterial, una sonrisa en su cara… Ah, una sonrisa tan maravillosa… Kling había decidido no volver a mirar la televisión, ya que Augusta parecía saltar del aparato hacia él, y esto le obligaba a recordar una y otra vez…, y también a llorar.

Permanecía totalmente vestido sobre la cama, en el pequeño apartamento que tenía alquilado cerca del puente, con las manos detrás de la nuca, la cabeza vuelta hacia el ventanal, viendo cómo circulaban los coches por el puente hacia Calm's Point. La gente salía de teatros y cines. Los espectáculos habían terminado y la gente regresaba a sus casas. La gente se iba a casa…, por parejas, siempre juntos. Respiró hondo.

Tenía el revólver en la sobaquera, sobre el tocador, al otro lado del dormitorio.

Pensaba mucho en el revólver.

Siempre que se acordaba de Augusta, pensaba en él.

No debía de haber permitido que Brown se llevara a casa aquel trabajo. Le habría sentado bien realizarlo él mismo, pues así habría tenido en qué ocuparse en lugar de pensar en Augusta y el revólver.

Brown odiaba el papeleo, de manera que Kling le habría hecho un gran favor quitándoselo de las manos. Sin embargo, Brown le había mimado un poco, como hacían todos ahora: «No, Bert, ya está bien. Anda, vete, distráete un poco, ¿eh? Esto ya estará listo mañana. Entonces, lo discutiremos…».

Sí, era como si alguien muy próximo a Kling hubiese muerto. Todos sabían quién había muerto, y se sentían incómodos en su presencia, igual que la gente se siente incómoda en los entierros, sin saber qué decir al dar el pésame. Sí, les haría un gran favor a todos, no sólo a sí mismo. Podía coger el revólver y…

«Vamos», pensó.

Volvió la cabeza y miró al techo.

Conocía aquel techo de memoria. Conocía cada resalte, cada fallo del enyesado, cada mancha, cada telaraña. No conocía a la gente como a aquel techo. A veces, cuando pensaba en Augusta, el techo se tornaba borroso, no lograba divisar su techo amigo por culpa de sus lágrimas. Si utilizaba el revólver, debería tener cuidado con la angularidad. No quería que la bala saliera de su cráneo y fuese a parar al techo, haciendo un agujero…, no en aquel techo, amigo suyo. Sonrió. Pensó que la persona que sonríe no se muestra muy dispuesta a usar un revólver. Fuese como fuese, todavía no.

¡Maldición, no había querido que Eileen llorase!

Sentóse bruscamente, cogió la guía telefónica de Isola, que se hallaba sobre la mesita de noche, la hojeó, sin esperar que estuviese alistado el número de Eileen, y por eso no le sorprendió no encontrarlo. En la actualidad, cuando los delincuentes salen de la cárcel a los diez minutos de ser encerrados, pocos policías deseaban que su número telefónico figurase en la guía de la ciudad. Marcó Comunicaciones, número que sabía de memoria, y le dijo a la telefonista que le pusiera con la extensión 12.

—Departamento de Información —murmuró poco después una voz femenina.

—Deseo el número de un oficial de policía —pidió Kling.

—¿Es una llamada oficial?

—Sí.

—Su nombre, por favor.

—Bertram A. Kling.

—Graduación y número de placa…

—Detective de tercera, siete cuatro cinco siete nueve.

—¿Y el otro oficial de policía?

—Eileen Burke.

Se produjo un silencio.

—¿Es una broma? —preguntó la voz al fin.

—¿Una broma? ¿Por qué?

—Porque esa señorita llamó hace unos diez minutos, preguntando cuál era su número, oficial.

—Bueno…, nos ocupamos juntos de un caso —mintió Kling, sin saber por qué mentía.

—O sea que ella ya le ha llamado alguna vez.

—Sí.

—Entonces, ¿por qué no le preguntó a usted el número?

—Se le olvidaría.

—O usted a ella el suyo.

—Sí, también se me olvidó.

—Tenga en cuenta que éste no es un servicio de contactos.

—Repito que trabajamos juntos en un caso —se irritó Kling.

—Oh, seguro… Un momento.

Kling esperó. Sabía que la encargada de aquel departamento estaba comprobando los datos suyos en una computadora. Tendió la vista hacia la ventana. Nevaba más que antes. «Vamos ya…», pensó.

—¿Oiga? —sonó en el aparato la voz de la mujer.

—Diga…

—Bueno, la computadora no funciona. He tenido que efectuar la comprobación manualmente.

—¿Qué, soy o no soy policía? —se mofó Kling.

—¿Quién sabe nada hoy día? Aquí tiene el número, anótelo, por favor.

Kling anotó el número, dio las gracias y apretó uno de los botones rojos del aparato para obtener señal de nuevo. Una vez conseguida, estaba a punto de marcar cuando vaciló.

«¿Qué pretendo hacer? —se dijo—. No quiero empezar nada nuevo… No estoy dispuesto a empezar nada…».

Volvió a dejar el receptor en su soporte.

El contenido de la caja de seguridad era muy interesante. Según Brown empezaba ya a entenderlo, el negocio de piedras preciosas de Edelman no era más que un bocado muy pequeño en comparación con lo que, al parecer, era su verdadero negocio: la acumulación de tierras en diversos países extranjeros. Las escrituras de tierras, fincas y edificios adquiridos en Italia, Francia, España, Portugal y Gran Bretaña databan hasta de cinco años antes, y las últimas de seis meses. En julio del año anterior, Edelman había comprado cuarenta mil metros cuadrados de tierra en un lugar llamado Porto Santo Stefano, por doscientos millones de liras. Brown ignoraba dónde estaba Porto Santo Stefano. Tampoco sabía cuál era el cambio de la lira seis meses atrás. Una ojeada a la página financiera del periódico de la ciudad le dijo que el cambio actual era de cien liras por doce centavos de dólar. Brown no tenía la menor idea de las fluctuaciones sufridas por la lira en aquellos seis meses; pero basándose en el cambio actual, Edelman debió de emplear unos doscientos cuarenta mil dólares en aquellas tierras.

Perfectamente, pensó Brown. Un hombre adquiere un olivar en Italia. Esto no va contra la ley. Pero, ¿dónde se hallaba el cheque cancelado, bien en dólares o en liras, por el trato que Edelman ultimó en Roma el ocho de julio del año anterior? Doscientos cuarenta mil

dólares, o algo más, si se piensa en los impuestos y en las tasas italianas para esa clase de operaciones.

¿Cuál era la procedencia de aquellos doscientos cuarenta mil dólares?

Kling iba dando vueltas por el dormitorio. ¿Debía disculparse con Eileen? ¿O no…? Finalmente, se acercó al teléfono y marcó el número.

—¿Diga…? —la voz de la joven sonó débil, baja.

—Soy Bert.

—Ah, hola —la voz continuó en el mismo tono.

—Bert Kling.

—Lo sé.

—Lo siento. Siento lo que ocurrió antes.

—Bah, no importa —respondió ella.

—Lo siento, de veras.

—No importa…

En la línea hubo un largo silencio.

—Oye…, hum…, ¿cómo estás? —preguntó Kling.

—Bien, supongo.

Otro silencio.

—¿Hace frío en tu apartamento? —quiso saber ella.

—No, se está muy bien.

—Aquí me estoy helando —murmuró Eileen—. Mañana por la mañana llamaré al servicio de calefacciones. Creo que no deberían apagar tan pronto la calefacción, ¿verdad?

—A las once.

—¿Son ya las once?

—Es casi medianoche.

—Otro día, otro dólar —citó ella, suspirando—. De todos modos, no deberían cerrarla completamente, ¿verdad?

—Un sesenta y dos, según creo.

—Los radiadores están fríos como el hielo —aseguró ella—. Tengo cuatro mantas en la cama.

—Deberías comprarte una manta eléctrica.

—Me dan miedo. Pueden incendiar la cama…

—Oh, no, son muy seguras.

—¿Tienes tú una?

—No, pero dicen que son muy seguras.

—O que te electrocutan —sonrió Eileen.

—Bueno, solamente deseaba estar seguro de que estás bien. Y, de veras, siento que…

—También yo —Eileen calló unos segundos—. Vaya, ésta es la escena de «Yo lo siento, tú lo sientes», ¿no es así?

—Sí, claro.

—Sí, lo es.

Nuevo silencio.

—Bien, ya es tarde —decidió él—. No quiero molestarte…

—No, nada de eso.

Otro silencio.

—No, no quiero molestarte. Voy a…

—No, no cuelgues. Sigue hablando conmigo.

A Brown le parecía evidente, tras estudiar los precios de compra de los diversos documentos de Edelman, una vez convertidos los francos franceses, las pesetas españolas, los escudos portugueses y las libras británicas en dólares norteamericanos, que Edelman se había embarcado en unas transacciones que sumaban unos cuatro millones en los últimos cinco años. Sus transacciones registradas, las compras y las ventas abarcaban varios cheques y depósitos subsiguientes, por valor de un millón doscientos setenta y cinco mil dólares en el mismo período de tiempo. Lo que dejaba casi tres millones de dólares sin declarar… ni siquiera a Hacienda.

Los viajes a Zürich, cinco en un solo año, de pronto tenían sentido, especialmente en vista del hecho fehaciente de que los

únicos gastos en que incurrió fueron para comida y alojamiento. Aparentemente, Edelman no tenía negocios en la ciudad de Zürich, es decir, negocios de joyería. Entonces, ¿por qué aquellos viajes? ¿Y por qué sus visitas a Zürich iban seguidas invariablemente de viajes a otras ciudades de Europa? Sus itinerarios, según los cheques firmados en cada ciudad, seguían una pauta constante: Amsterdam, Zürich, París, Londres, con algunas excursiones ocasionales a Roma, Madrid y Lisboa. Brown supuso que los viajes de Edelman a Zürich no se debían tanto al deseo de ver los Alpes como a la necesidad de vigilar su dinero…, o colocarlo.

No era posible averiguar si tenía o no una cuenta bancaria en Zürich, dado que los banqueros suizos son tan parcos en sus informaciones como las prostitutas en su comercio libre. Tal vez, la señora Edelman supiese algo más respecto a los viajes de su esposo a Europa y de sus propiedades (únicamente a nombre de él) en varios países extranjeros. Quizá supiera por qué Zürich era una parada esencial en todos sus desplazamientos. O tal vez, enfrentada con lo que parecía un caso simple de evasión de impuestos, alegaría ser una «esposa inocente», ignorante de las actividades comerciales de su marido.

De todos modos, Edelman parecía ser un comerciante en piedras preciosas bastante próspero que registraba todas sus operaciones en sus libros de contabilidad, deduciendo los gastos de sus beneficios, abonando religiosamente sus impuestos a la Oficina de Recaudación. Al mismo tiempo, gastaba grandes sumas de dinero en piedras preciosas compradas en Europa, piedras que vendía en los Estados Unidos (sin registrar tales transacciones), y empleando esos beneficios no en la adquisición de más gemas sino en la de tierras y fincas. No hacía falta ser un genio comercial para saber que un comprador con dinero al contado en el mercado inmobiliario actual, cuando los intereses hipotecarios eran algo astronómico en el mundo entero, sería recibido con los brazos abiertos en cualquier nación del globo. Edelman había comprado como un árabe borracho, y su

verdadero negocio le reportaba millones de dólares, que no declaraba al Tío Sam.

Brown cogió el teléfono de su mesa y marcó el número de Kling.

Comunicaba.

Eileen le había pedido que no cortara, que siguiese hablando. Pero Kling no supo ya qué decir. El silencio en la línea se fue alargando. Fuera, Kling oyó la inconfundible sirena de un coche-grúa de Emergencias-911, preguntándose si un desgraciado habría saltado por el puente o habría sido arrollado por el metro.

—¿Has estado asustado alguna vez? —preguntó Eileen.

—Sí.

—En tu trabajo…

—Sí.

—Yo lo estoy —confesó ella.

—¿Por qué?

—Por lo de mañana por la noche.

—¿Lo de la enfermera?

—Sí.

—Bueno, no sé…

—Lo cierto es que siempre estoy asustada, pero no tanto como en esta ocasión. Ése tipo… —titubeó un segundo— dejó ciega a una enfermera. A una de las que violó.

—¡Demonio! —exclamó Kling.

—Sí.

—Lo que has de hacer…, es tener mucho cuidado.

—Siempre lo tengo.

—¿Quién irá contigo?

—Serán dos. Lo pedí yo.

—Bien hecho —aprobó él.

—Abrahams y McCann, ¿los conoces?

—No.

—Son de la comisaría de Chinatown.

—Pues no los conozco.

—Buenos chicos, pero…, no podrán pegarse a mí, de lo contrario ese individuo al que intentamos coger huiría.

—Ya. Pero ellos estarán allí si los necesitas.

—Eso supongo.

—Oh, claro que sí.

—¿Se tarda mucho en sacarle a alguien los ojos? —inquirió Eileen.

—No temas, ni pienses en eso, porque no te va a ayudar. Asegúrate, eso sí, de tener bien a mano tu revólver.

—Sí, en el bolso.

—Donde lo lleves siempre.

—En el bolso.

—Asegúrate de tenerlo bien a mano. Con el índice en el gatillo.

—Lo hago siempre.

—Tampoco estaría mal que llevaras otro revólver.

—¿Dónde?

—Sujeto al tobillo. Lleva pantalones. A las enfermeras ya les permiten llevarlos.

—Sí. Pero a esos tipos les gusta ver un poco de pierna. No, llevaré uniforme. El uniforme blanco.

—¿Para atrapar a ese granuja?

—Sí. A esos individuos les gusta ver las piernas de la probable víctima. Eso les vuelve locos y les obliga a actuar.

—Ya.

—Llevaré un uniforme almidonado, con gorrito blanco y capa negra. Hoy me lo probé y cuando mañana llegue al hospital ya lo tendré allí.

—¿A qué hora?

—¿A qué hora llegaré o saldré del hospital?

—Ambas cosas.

—Llegaré hacia las once y estaré en el parque un poco después de medianoche.

—Ten cuidado.

—Lo tendré.

Durante breves segundos reinó un profundo silencio.

—Tal vez podría llevarlo dentro del sostén —dijo ella de improviso—. Me refiero al segundo revólver.

—Sí. Coge una pistola pequeña…

—¿Una Derringer?

—No, no sirven. Mejor una Browning o una Bernadelli, una pistola automática de bolsillo.

—Sí —asintió Eileen—, metida en el sostén.

—Para un caso urgente solamente.

—Sí.

—Las venden en todas las tiendas de armas —explicó Kling—. Cuestan de treinta a cuarenta dólares.

—Son de calibre muy pequeño, ¿verdad? Del veintidós o el veinticinco…

—El calibre carece de importancia. Una pistola del veintidós puede hacer más daño que un revólver del treinta y ocho. Cuando dispararon contra Reagan, todo el mundo dijo que tuvo suerte por ser la pistola una veintidós, pero la gente se equivocó. Yo estuve hablando con ese individuo de Balística… Dorfsman. ¿Conoces a Dorfsman?

—No.

—Bien, me contó que debemos pensar que el cuerpo humano es como una habitación amueblada. Si disparas con un treinta y ocho o un cuarenta y cinco contra una pared de la habitación, el proyectil la atraviesa y se empotra en otra pared. Pero si disparas con una veintidós o una veinticinco en dicha habitación, no tiene fuerza para atravesar la pared. Entonces, rebota a un sofá, al televisor, a una lámpara… Lo mismo que a distintos órganos del cuerpo humano, ¿entiendes? El corazón, los riñones, los pulmones…, la bala rebota dentro y causa grandes destrozos. Por consiguiente, no te preocupes por el calibre. Esas pistolas pequeñas son peores que veneno.

—Sí —vaciló Eileen—…, pero sigo estando asustada.

—No lo estés. Todo saldrá bien.

—Tal vez sea debido a lo que te conté ayer —se oyó la risita de la joven—. Mi fantasía. Jamás se lo había contado a nadie. Ahora me siento como si tentara a Dios… Porque lo dije en voz alta. Ya sabes…, a lo de desear ser violada.

—En realidad, no deseas serlo.

—Lo sé.

—Entonces, tu fantasía no tiene nada que ver con tu temor.

—Excepto como diversión.

—¿A qué te refieres?

—A ser violada.

—Oh…

—Sí… Ese tipo puede arrancarme las bragas y el sostén… Yo luchar un poco…, fingiendo solamente. Eso en mi fantasía.

—Claro —gruñó Kling.

—Para darle al asunto un poco de sal y pimienta —añadió Eileen.

—Ya.

—No de veras.

—No.

La joven calló unos segundos.

—Lástima que mañana por la noche sea una cosa real —musitó.

—Lleva la pistola —le aconsejó Kling.

—Sí, no te inquietes.

—En fin, creo que… —trató de concluir él.

—No, no cortes, sigue hablando.

De repente, por segunda o tercera vez, Kling no supo qué decir.

—Cuéntame qué ocurrió —le pidió ella—. En lo del divorcio.

—No me gusta hablar de ello.

—¿Me lo contarás algún día?

—Tal vez.

—Si quieres, claro. Bert… —titubeó Eileen—, gracias. Ahora me siento mucho mejor.

—Estupendo. Bueno, si quieres…

—¿Sí…?

—Llámame mañana por la noche. Cuando regreses a casa, Cuando todo haya terminado. Dime cómo ha ido, ¿eh?

—A lo mejor será muy tarde…

—Suelo estar levantado hasta muy tarde.

—Si lo deseas…

—Lo deseo.

—Será después de medianoche, ya sabes.

—Perfecto.

—Tal vez más tarde si lo atrapamos. Tendremos que llevarlo a la comisaría y levantar el atestado…

—Llámame a la hora que sea.

—De acuerdo.

—Buenas noches.

—Buenas noches —repitió ella.

Colgó.

Kling dejó el receptor en el soporte. El teléfono volvió a llamar casi al instante.

—¿Diga?

—Bert, soy Artie —dijo Brown—. No dormías, ¿verdad?

—No, no.

—Hace media hora que estoy tratando de hablar contigo. Pensé que a lo mejor habías desconectado el aparato. ¿Quieres saber lo que he averiguado?

—Vamos, dispara —le invitó Kling.

13

Eran las nueve de la mañana y los cuatro detectives se hallaban reunidos en el despacho del teniente, intentando deducir algo de todo lo averiguado hasta el momento.

En la calle había quince centímetros de nieve y el parte meteorológico anunciaba más. Byrnes pensaba que en Alaska debía de nevar menos. Estaba dispuesto a apostar que en Alaska nevaba menos. Los detectives ya le habían contado cuanto sabían y él tomó notas mientras tanto, primero sobre el relato de Meyer, después del de Carella y finalmente los de Kling y Brown. Byrnes, finalmente, pensó que él debía ahora conjuntarlo todo y ver si una cosa encajaba con la otra. Jamás había conseguido nada semejante.

—De modo que ese Cuadrado identificó a la chica, ¿eh? —gruñó.

—Sí, Pete —asintió Meyer.

—A Sally Anderson, ¿eh?

—Sí, Pete.

—Le enseñasteis las fotos ayer por la tarde.

—Cuatro fotos —recalcó Meyer—. La de ella y otras tres que sacamos del archivo. Todas rubias.

—Y escogió a la Anderson.

—Sí.

—Os dijo que vivía con López y que le suministraba la coca.

—Sí.

—Lo supo por su prima, ¿eh? ¿Por la muchacha que acuchillaron…?

—Únicamente lo referente a la cocaína. Lo demás lo sabía por sí mismo.

—¿Que López y la chica Anderson vivían juntos?

—Todo concuerda, Pete. Localizamos la casa donde vivió López, junto al *drugstore* de la Ainsley y la Sexta, y el conserje confirmó que la Anderson vivió allí con él hasta el mes de agosto pasado.

—O sea, cuando empezaron a ensayar *Fatback*.

—Exacto.

—Bien, ahí está la conexión —concluyó Byrnes.

—Si podemos fiarnos de eso —murmuró Meyer.

—¿Por qué no?

—Porque, según una de las bailarinas de *Fatback*, Sally Anderson iba todos los domingos a la parte alta de la ciudad a comprar cocaína.

—Pues ahora parece como si fuese a venderla —opinó Carella.

—Sí, hay una gran diferencia —admitió Meyer.

—Y ese Cuadrado lo supo por su prima… —reflexionó el teniente.

—Sí.

—¿Es de fiar?

—Tal vez.

—¿Su prima le contó que la Anderson iba todos los domingos a venderle cocaína a López?

—Más la que se quedaba para los miembros de la compañía.

—¿Cómo encaja esto con lo que declaró su novio? —se preguntó Byrnes más a sí mismo que a sus subordinados.

—¿Cómo? —se interesó Carella.

—En uno de vuestros informes…, ¿dónde diablos está? —se sulfuró Byrnes, rebuscando entre los papeles de su mesa—. ¿No dijo algo de una charcutería? Que la chica iba todos los domingos a comprar víveres a una charcutería…

—Sí, pero la Anderson pudo matar dos pájaros de un tiro.

—Ah, aquí está —exclamó Byrnes. Empezó a leer en voz alta: «Moore identificó la palabra *Del* de la agenda como…».

—Cierto —reconoció Carella.

—La charcutería de Cohen, Stem y North Rogers, donde ella adquiría queso, mantequilla…, todos los domingos.

—Lo cual no significa que no pudiera ir a llevarle más tarde la cocaína a López.

—Y el chico no lo sabía, ¿verdad? El novio…

—¿Lo de la cocaína? ¿O que estuviese viéndose con López?

—Las dos cosas —replicó Byrnes.

—Moore nos aseguró que no habían más hombres en la vida de Sally Anderson, y que lo único que fumaba eran porros.

—¿Es de fiar? —quiso saber Byrnes.

—Fue él quien nos habló de la «operación, hielo» —observó Meyer.

—Sí…, ¿qué hay de eso? —preguntó Byrnes—. ¿Alguna relación con los asesinatos?

—No creo —dijo Carella—. Esa chica, la Anderson, solamente ayudó a Carter una vez.

—¿Habéis hecho algo respecto a ese asunto?

—No hay pruebas —admitió Meyer—. Nos hemos limitado a prevenir a Allan Carter.

—Eso no servirá de nada —masculló el teniente. Suspiró profundamente—. ¿Qué hay de Edelman? —le preguntó a Brown—. ¿Seguro que revisaste bien todos los documentos?

—Tres veces —asintió Brown—. Sí, estafaba al Tío Sam, seguro. Y en los últimos cinco años gastó mucho dinero.

—Adquiriendo tierras y fincas en el extranjero, ¿verdad?

—Sí.

—¿Para qué crees que era el dinero que hallasteis en su caja de caudales?

—Para el próximo viaje.

—¿Alguna idea de cuándo iba a emprenderlo?

—Su esposa dijo el próximo mes.

—O sea, que pensaba guardar allí el dinero hasta entonces.

—Eso parece —admitió Brown.

—¿De dónde sacó tan de repente los trescientos mil dólares?

—Tal vez no fue tan de repente —opinó Kling—. Pudo conseguirlos en un período más largo de tiempo. Digamos que

Edelman regresa de Holanda con una bolsa de plástico llena de diamantes, bolsa que pasa de contrabando, y vende las piedras poco a poco: sesenta mil aquí, cincuenta mil allá…

—Y luego se larga a Zürich a ingresar el dinero en una cuenta numerada —concluyó el teniente.

—Hasta que está a punto para comprar más diamantes…, o más tierras —añadió Kling.

—De acuerdo —suspiró Byrnes—, un negocio…, fraudulento. ¿Cómo encaja, no obstante, con los otros dos asesinatos?

—Tres, si contamos a la chica Cuadrado.

—Murió por unos navajazos —objetó Byrnes—. A mí me parece un crimen aparte. Vamos a concentrarnos en los que fueron cometidos con el mismo revólver. ¿Alguna idea?

—Sí, eso es lo malo —manifestó Carella.

—¿Qué es lo malo? —preguntó Byrnes.

—No poder hallar la relación de los crímenes más que entre el de López y el de Sally Anderson. Y aun en éstos… —sacudió la cabeza—. Pete, estamos hablando de piñones. López tenía algunos clientes, la Anderson le suministraba la droga… Pero, qué, ¿una onza por semana? Incluso con lo que les daba a sus compañeros de trabajo, se trata de una operación pequeña. Entonces, ¿por qué matarla? Y a López… ¿Cuál es el motivo?

—Bien, es posible que, al fin y al cabo, sea obra de un chiflado —respondió Byrnes, suspirando de nuevo.

Los detectives no dijeron nada.

—Si se trata de un chiflado —continuó el teniente—, no podemos hacer nada hasta que efectúe otro movimiento. Si, por ejemplo, se carga a una lavandera de Majesta o a un camionero de Riverhead, sabremos que elige sus víctimas al azar.

—Lo cual haría que la relación entre la muerte de López y Sally Anderson…

—… resultara puramente casual —terminó Byrnes—. Suponiendo que las próximas víctimas sean un camionero y una lavandera.

—No me gusta la idea de tener que esperar a que ese tipo ataque de nuevo —rezongó Meyer.

—Tampoco a mí me gustan las casualidades —opinó Carella—. No, con López y la Anderson rondando en torno a la cocaína. Sí, ese loco podría ir escogiendo sus víctimas, una aquí, otra en otra parte de la ciudad, cuadriculándola toda y matando a la primera persona que se le presente. Pero no lo creo, estando por medio la cocaína. No, Pete, no me gusta.

—Tú me dijiste que la cocaína era una operación poco importante —comentó Byrnes.

—Sigue siendo cocaína —insistió Carella.

—¿Solamente le suministraba droga a López? —inquirió Byrnes.

Todos le miraron.

—¿O se trataba de una operación de mayor importancia de lo que suponemos?

Nadie dijo nada.

—¿De dónde obtenía esa chica la droga? —agregó Byrnes. Calló un instante y murmuró—: Creo que estamos pasando algo por alto. Tratad de saber qué es.

Emma y el Hermano Anthony lo celebraban por anticipado. Él compró una botella de vino de cuatro dólares, y estaban ahora brindando por su buena suerte. Emma había leído la carta, llegando a la misma conclusión que él: el que escribió la carta, el autor de la carta era el que le suministraba la cocaína. La carta lo decía muy claro.

—Ese tipo compró ocho kilos de cocaína —comentó el Hermano Anthony— y obtuvo más del doble de lo que pagó por ella.

—Cuando llega la coca a la calle —observó Emma—, ¿quién sabe hasta dónde puede llegar la ganancia?

—Bueno, ese individuo debía de ser un aficionado —prosiguió el Hermano Anthony—. Cuando la coca llega al usuario, normalmente sólo tiene un diez o quince por ciento de pureza… Los ocho kilos de

ese sujeto… ¿Crees que estuvo solo en la compra? ¿Con cuatrocientos de los grandes al contado?

—Estrictamente —opinó Emma.

—Bueno, ahí estamos nosotros —sonrió el Hermano Anthony.

—Cuatrocientos mil…

—Eres muy generoso.

—Cuando esos ocho kilos lleguen a la calle, o lo que quede de ellos, estarán tan adulterados que seguramente se habrán multiplicado en treinta y dos kilos. El drogadicto normal no sabe lo que compra. Tiene tanta necesidad de la droga que paga lo que le pidan por su gramo.

Emma volvió a considerar la carta, leyendo en voz alta:

«Lo primero que haremos, es celebrarlo. Hay un restaurante nuevo en lo alto del Edificio Freemont, y me gustaría ir allí el sábado por la noche. Muy elegante, muy continental. Sin bragas, Sally. Quiero que vayas elegante, a la última moda, pero sin bragas. Como aquella vez que comimos en lo de Mario, en el Quarter, ¿te acuerdas? Luego, al llegar a casa…».

Emma se encogió de hombros.

—Caprichos de enamorado —murmuró.

—Esa chica —comentó el Hermano Anthony— tenía más bragas que en una lencería. Un cajón lleno.

—¡Y él le pedía que no llevara! —rió Emma.

—Uno de estos días te compraré una de esas faldas tan vaporosas que llevan las bailarinas de *ballet* —ofreció el Hermano Anthony.

—Gracias, señor —dijo Emma, esbozando una reverencia.

—¿Por qué crees que esa chica guardó esa carta? —preguntó el Hermano Anthony.

—Porque es una carta de amor.

—Entonces, ¿por qué la escondió en el cuello del comando?

—Porque…, porque estaba casada.

—No, no.

—O tenía otro fulano.

—Yo creo que era por si acaso tenía que apretarle los tornillos al autor de la carta —razonó el Hermano Anthony—. La carta era su seguro de vida. La prueba de que él había comprado esos ocho kilos de cocaína. Un aficionado idiota —concluyó, moviendo la cabeza con pesar.

—Ahora, prueba tú.

—Sí, es lo mejor —concedió el Hermano Anthony.

Se levantó pesadamente, fue hacia el teléfono, consultó el pedazo de papel donde había anotado el número hallado en la guía, y marcó.

Emma contempló el movimiento de su dedo.

—Ya llama… —anunció él.

Emma siguió mirándole.

—¿Diga? —preguntó una voz al otro extremo de la línea.

El Hermano Anthony colgó inmediatamente.

—Está en casa.

—Está bien —aprobó ella—. Vamos, ve a verle, querido.

Lo curioso del caso era que, en el momento en que los detectives de la 87 almorzaban, sobre la una y media en la sala general, aquel jueves, alguien que no era policía sabía cuál era el eslabón «perdido», ese valioso eslabón que por desgracia los agentes desconocían.

Todavía trataban de encontrarlo, mientras que el Hermano Anthony ya lo conocía. El Hermano Anthony, en realidad, se hallaba mucho más adelantado que los que estaban devorando, respectivamente, el *pastrami* caliente con *whisky* irlandés, atún con salsa blanca, salchichas y pimientos enrollados, y jamón con gérmenes de trigo tostados. Bebían café en vasos de papel, servido también desde el restaurante de enfrente, costumbre que Miscolo trataba de quitarles porque lo consideraba un insulto al café que él preparaba y daba gratis en su oficina.

Cuando el Hermano Anthony bajó al metro, situado de su apartamento a seis manzanas de distancia, corriendo para coger uno

de los trenes cuando ya se cerraban las portezuelas, los detectives de la 87 continuaban comentando el caso (y devorando los bocadillos), intentando encontrar el eslabón perdido que les conduciría exactamente al sitio al que ya se dirigía el Hermano Anthony. Esto no decía mucho en favor del Departamento de Policía.

—Opino que el teniente tiene razón —dijo Meyer, masticando—. Tenemos que prescindir del caso de Judita Cuadrado.

—Salvo que intentaba heredar el negocio de López —le recordó Kling.

—Es imposible que mataran a López por eso —terció Carella—. ¿Por su negocio? Ahora no tratamos con colombianos…

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Brown.

—Porque ningún colombiano mataría a un miserable proveedor como López.

Y Carella le pegó un mordisco a su bocadillo de salchicha y pimiento.

(Era graciosa la forma cómo la comida se repartía étnicamente en la comisaría: Meyer comía el *pastrami* con *whisky*, Kling el atún con salsa blanca, y Brown jamón con germen de trigo tostado).

—De acuerdo, dejemos fuera por el momento a la Cuadrado —se conformó Kling.

—Y empecemos con la Anderson —propuso Meyer—. Sabemos más cosas de ella que de las demás víctimas.

—No es verdad —intervino Brown.

—Relativamente más —añadió Meyer.

—Relativamente, sí —concedió Brown—. Pero no olvides los trescientos mil de la caja fuerte de Edelman.

—¿Hiciste un buen trabajo, eh? —alabó Meyer—. ¿Qué pides, una medalla?

—Ser detective de primera —se ufanó Brown, sonriendo.

—Nómbrale detective de primera —le dijo Meyer a Carella.

—Ya está hecho.

—De manera que la chica… —insistió Meyer.

—¿Qué chica? —puntualizó Kling—. ¿La Anderson o la Cuadrado?

—La Anderson. Iba cada domingo, después de adquirir sus víveres en la charcutería de Cohen, a ver a López para acostarse con él y…

—Eso no lo sabemos con certeza —le interrumpió Carella.

—Ni es importante. Lo mismo da que durmiera con él o no — adujo Kling. Añadió—: Lo importante…

—Lo importante es que iba a venderle coca —terminó Meyer—. ¿Crees que no sé qué es lo importante?

—Su novio no sabía nada en absoluto —agregó Carella.

—Su novio no sabe distinguir el culo del codo —rió Brown—. Es el que pensaba que practicaba la «operación hielo» a gran escala, ¿verdad?

—Sí —asintió Carella.

—Os envió a una cacería de patos —comentó Brown.

—Tampoco importa lo que sabe o deja de saber —dijo Kling—. Lo que sí sabemos es que ella iba a venderle la droga a López.

—A pequeña escala —murmuró Meyer—. Una onza de cocaína en cada ocasión. ¡Bonita manera de perder un domingo!

—Es raro que él no supiese nada —musitó Carella.

—¿A quién te refieres? —quiso saber Kling.

—A Moore, el novio.

—¿Que ella se acostaba con López?

—O que iba a venderle cocaína. Supongo que eso debería de habérselo contado, ¿no es así?

—Sí, pero no lo hizo.

—A menos…, que el novio nos haya engañado.

—Si a eso vamos, ¿por qué mintió en lo del «hielo»? —inquirió Kling.

—¿Quién dice que mintió? —saltó Brown—. Tal vez creía de buena fe que la chica vendía esas entradas de manera regular.

—Sí, pero lo cierto es que lo hizo solamente una vez —le recordó Carella—. ¿No lo habría sabido él? Prácticamente, vivía con ella.

—O sea que ese tipo ignoraba *dos* cosas —concluyó Meyer.

—Que ella iba a venderle droga a López —señaló Kling—, y que practicó lo del «hielo» una sola vez.

—Tres cosas si contamos su lío con López —añadió Carella.

—Cuatro: tampoco sabía que se drogara.

—Dijo que únicamente fumaba hierba.

—Vivía prácticamente con la chica y no sabía que aspiraba coca.

—Y que la vendía.

—Debo recordaros que una de las víctimas fue un individuo que guardaba trescientos de los grandes en su caja de caudales.

—Vaya, Brown, ya vuelves con tus laureles —sonrió Meyer.

—Piensas que ese dinero está relacionado con cocaína, ¿verdad? —preguntó Kling.

—No. Pienso que alguien tuvo esa cantidad para entregársela a Edelman. Y pienso, sí, que en este caso hay cocaína por medio, y que esa droga siempre está relacionada con grandes sumas de dinero.

—No a pequeña escala, como la vendía la Anderson —razonó Meyer.

—Que es lo que sabemos *nosotros* —recalcó Carella.

—No tenemos ningún motivo para pensar que fuesen mayores las ventas —opinó Meyer—. A menos…

—¿A menos…?

—No, olvídalo. Acabo de recordar…

—¿Qué?

—Moore dijo que raras veces pasaban el domingo juntos, ¿no es así? Al menos, de día. Añadió que ella siempre estaba ocupada los domingos.

—¿Lo dijo? —preguntó Brown.

—Sí, lo dijo Moore, el novio.

—¿Y qué significa eso?

—Ocupada…, ¿en qué? —ponderó Meyer.

—En ir a la charcutería —respondió Kling.

—Y en hacer el amor con López —añadió Carella.

—Y en vender caramelos de nariz.

—Y esto la tenía ocupada todo el domingo, ¿no? —mascullό Meyer.

—Es muy posible —asintió Brown—. Un tipo como López sabía cómo tener muy ocupada a una muchacha.

—Bien, si estaba tan ocupadísima todos los domingos… —prosiguió Meyer.

—¿Qué? —le animó Carella.

—¿Qué diablos hacía todo ese tiempo? Todos los domingos anotaba *Del* en la agenda. ¿Tanta importancia tenía eso como para anotarlo siempre? ¿Anotar que debía ir a la charcutería en busca de algunos comestibles? Sí, admito que el establecimiento de Cohen es magnífico, pero ello no justifica esas notas en la agenda, a mi entender.

—Bueno, esa chica lo anotaba *todo* en su agenda. Las visitas al gimnasio, las llamadas a la madre de Moore a Miami, las clases de baile, las citas con su agente…, ¿por qué no sus visitas a una charcutería?

—Entonces, ¿por qué no ponía la palabra con todas sus letras? ¿Conocéis a alguien que escriba *del* por *deli*, al menos? Estamos hablando de una sola letra, la *i*, de la diferencia entre *del* y *deli*. ¿Por qué escribía *del* y no *deli*?

—¿Por qué? —quiso saber Brown.

—No sé por qué. Lo estoy preguntando.

—Moore nos aclaró que quería decir *deli*, de *delicatessen*.

—Sí, pero Moore no parece demasiado de fiar, ¿eh? —intervino Kling.

—Primero dijo que solamente fumaba hierba, después que estaba complicada en la operación fraudulenta de Carter, que iba todos los domingos a la deli… —enumeró Carella.

—Demasiado ocupada para salir él con ella.

—Demasiado ocupado él con sus estudios.

—Demasiado ocupado pesando corazones e hígados.

—Ocupados, ocupados…

—Todo el mundo estaba ocupado.

—¿Haciendo qué? —quiso poner Brown el dedo en la llaga.

—¿Te refieres a los domingos?

—Sí, a los domingos de la chica.

—La deli y la coca —respondió Kling, encogiéndose de hombros.

—Y con López sobre el colchón.

—Moore no tenía ningún motivo para mentirnos —alegó Meyer—. Probablemente, estaba equivocado.

—Sin embargo —replicó Carella—, estaban muy unidos.

—Sí, muy unidos.

—La chica incluso llamaba a la madre de Moore todas las semanas.

—Una viuda rica de Miami.

—Bueno, si tan unidos estaban, ¿cómo podía engañarse en tantas cosas?

—Piensas que debía estar al tanto de todo.

—¿Miami, has dicho? —se interesó Brown.

—¿Cómo?

—¿Allí vive su madre?

—Sí.

—Miami… —repitió Brown.

—¿Qué pasa con Miami?

—Estaba pensando en los trescientos mil de Edelman.

—Olvida la caja fuerte por un momento, ¿quieres?

—Pero supongamos…

—¿Suponer qué?

—Que esos trescientos mil eran dinero de cocaína…

—Es una suposición bastante alambicada.

—Estamos investigando dos delitos relacionados con cocaína.

—Está bien. Supones que ese dinero era o procedía de la droga.

—¿No te huele a droga cuando piensas en Miami?

Los demás le miraron fijamente.

—Sí —concedió Meyer.

—Sin embargo, esto es exagerar un poco —opinó Kling.

—No, un momento —intervino Carella.

—Sólo porque la madre de un individuo viva en Miami…

—Eh, eso no significa que…

—Ni siquiera es hispánico —les recordó Meyer—. Claro que si hubiese ido allí a comprar cocaína…

—¿Con qué? —gruñó Kling—. Estábamos hablando de trescientos mil dólares en una caja fuerte. Para conseguir aquí esa cantidad habría necesitado al menos la mitad de la suma para adquirir la droga en Miami.

—Su padre falleció no hace mucho —dijo Carella.

—¿Cuándo? —preguntó Brown.

—En junio pasado. Moore contó que había heredado algún dinero, lo bastante para instalar un consultorio al obtener el título.

—¿Cuánto heredó? —preguntó Kling—. Recordad la suma con la que tratamos. En aquella caja había trescientos de los grandes.

—Lo que decía —asintió Meyer—. Sólo porque su madre vive en Miami pensamos que el chico fue allí y gastó el dinero que le dejó su padre.

—¿Qué hay de raro en eso? —exclamó Brown—. A mí, si queréis saberlo, me parece bien. Claro que pudo comprar la droga…

—Una gran cantidad, si acaso —objetó Carella.

—Sí, una gran cantidad —admitió Brown—. La suficiente para ganar trescientos mil pavos.

—Que terminaron en la caja fuerte de Edelman.

—Le compró diamantes al joyero…

—Sin que exista registro de la transacción.

—Los dos jugaron bien sus cartas. Moore compra los diamantes con el dinero obtenido con la droga, y Edelman piensa comprar con ese dinero tierras en Europa.

—Muy bonito —sonrió Meyer—. Si creéis en los cuentos de hadas.

—¿Qué hay de malo en ello? —quiso saber Carella.

—Primero, no sabemos cuánto heredó el chico. Pudieron ser diez mil o veinte mil dólares, a lo sumo. Después, pensáis que un

estudiante de medicina logró relacionarse con la mafia colombiana de Miami y efectuar una compra importante de droga sin más trámites.

—Es posible —adujo Carella.

—Todo es posible —asintió Meyer—. Que el sol brille a medianoche, ¿por qué no? También pensáis que se puso en contacto con un tipo que traficaba en diamantes por bajo mano…

—Oh —exclamó Brown—, ésa es la parte más fácil. En esta ciudad hay centenares de individuos como Edelman.

—Tal vez. Pero, aun suponiendo que todo eso fuese posible: que Moore heredó mucho dinero, que entró en contacto con la mafia de Miami, que duplicó su dinero comprando cocaína pura y vendiéndola adulterada, que empleó el dinero en diamantes, rubíes o lo que sea… Bien, por el momento, aceptemos todo esto, ¿eh?

—No suena mal —opinó Carella.

—No, y esto explicaría por qué se equivocó en tantas cosas —observó Kling.

—De acuerdo —concedió Meyer—. Sin embargo, tenéis que explicarme cómo un hombre puede estar en dos sitios al mismo tiempo.

—¿A qué te refieres? —preguntó Carella.

—¿Cómo pudo estar aguardando a Sally Anderson delante del apartamento de la chica, y al mismo tiempo en su propio apartamento, estudiando y escuchando la radio? Steve, tú hablaste con ese muchacho, Loeb, y confirmó que estuvieron llamándose uno al otro casi toda la noche. Oía funcionar la radio de Moore…

Fue en aquel instante cuando el detective Richard Genero entró en la sala con su radio japonesa en la mano. Los detectives le miraron. Genero se dirigió a su mesa, dejó la radio en ella, miró hacia la puerta abierta del despacho del teniente, señal de que Byrnes había salido a almorzar, y puso la radio a pleno volumen.

—De acuerdo —exclamó Meyer—. ¡Vamos!

Dentro del apartamento sonaba la música muy fuerte. El Hermano Anthony volvió a llamar, ahora con el puño en la madera.

—¿Quién es? —inquirió una voz.

—¿El señor Moore?

—Un momento.

La música bajó de tono, señal de que alguien había manipulado la radio. El Hermano Anthony oyó unos pasos que se acercaban a la puerta.

—¿Quién es? —repitió la voz, desde detrás mismo de la puerta.

El Hermano Anthony sabía que en la ciudad, la gente no abría la puerta a extraños. Vaciló un instante. No quería derribarla.

—¡Policía! —proclamó.

—Oh…

Esperó.

—Un segundo —dijo la voz.

Oyó unos pasos que retrocedían. Aplicó el oído a la madera. Dentro hubo cierto movimiento. Estuvo a punto de abalanzarse contra la puerta. Decidió aguardar. Los pasos volvieron a aproximarse. Oyó girar una llave en la cerradura. Se abrió la puerta.

—¿El señor Moore?

Moore le echó una ojeada y empezó a cerrar nuevamente. El Hermano Anthony se arrojó con todo su peso contra la puerta, y ante aquel envite, Timothy Moore vióse obligado a retroceder hacia el salón. El Hermano Anthony le siguió, cerrando la puerta a sus espaldas, y la cerró con la llave. Timothy se hallaba bastante lejos, acariciándose el hombro dolorido por el empujón, y contemplando al Hermano Anthony. A sus espaldas, la radio, encima de una mesita, dejaba oír una música suave. El Hermano Anthony decidió que se la llevaría al irse.

—¿Hay alguien más aquí? —preguntó.

—¿Quién diablos es usted? —rugió Timothy.

—Tengo una carta escrita por usted —le espetó el Hermano Anthony.

—¿Qué carta? ¿De qué está hablando?

—De Miami. A una chica llamada Sally Anderson. Ya ha muerto —añadió el Hermano Anthony—. ¡Que Dios se haya apiadado de su alma!

Timothy calló.

—Sally obtenía cocaína de ti —afirmó el Hermano Anthony, tuteando ya a quien consideraba un hombre en sus manos.

—Ignoro a qué se refiere.

—Usted le daba cocaína y ella la vendía por su cuenta —agregó el Hermano Anthony—. A Paco López.

—No conozco a ningún Paco López.

—Pero sí conoces o conocías a Sally Anderson, ¿verdad? Le escribiste en agosto diciéndole que habías comprado una gran cantidad de cocaína en Miami. ¿Dónde está ahora la cocaína? La cocaína que Sally iba vendiendo…

—No sé nada de eso. No sé nada de que Sally vendiese cocaína…

—Amigo Moore —observó el Hermano Anthony—, no quiero hacerte daño. Conseguimos el nombre de Sally gracias a una chica llamada Judita Cuadrado, que recibió unas cuchilladas porque no confesó lo que necesitábamos saber con suficiente rapidez.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó Timothy.

—Eso no es asunto tuyo —replicó el Hermano Anthony con brusquedad—. Tu asunto consiste en decirme dónde está la coca. Éste es el único asunto del que has de preocuparte ahora.

Timothy le miró fijamente.

—Sí, amigo Moore.

—Ha desaparecido.

—Compraste ocho kilos…

—¿Dónde hallaron la carta? —quiso saber Timothy—. ¡Sally me dijo que la había quemado!

—Te mintió. Lo mismo que mientes tú. Si han desaparecido los ocho kilos, ¿de dónde sacaba ella la droga que vendía los domingos?

—Bueno… —admitió Timothy—, vendí seis kilos.

—¿Y los otros dos?

—Se los di a Sally. Se los llevó consigo, y no sé dónde están ahora.

—¿Regalaste dos kilos de cocaína? ¿Por los que pagaste cien mil pavos? Amigo Moore, eres un saco de mierda.

—¡Digo la verdad! Era mi novia y se los regalé.

—No.

—Lo que ella hizo con ellos *y no*…

—No, tú no le regalaste dos kilos de coca, amigo Moore. Nadie ama tanto a nadie. Bien, ¿dónde están?

—Sally se los llevó. Probablemente estarán en su apartamento. A menos que la Policía los haya confiscado.

—Sí, es una posibilidad —reconoció el Hermano Anthony—. De todos modos, te aseguro que no están en su apartamento. Sí, la Policía pudo encontrarlos. ¿Quién sabe con lo ladrones que son? —el Hermano Anthony sonrió—. Pero no lo creo. No creo que dejaras droga por valor de cien mil pavos a la vista, amigo Moore. No, cuando ya valía más del doble de lo que pagaste en Miami. Bien, ¿dónde está?

—¡Le juro que…!

El Hermano Anthony alargó súbitamente los brazos. Asió la mano de Moore con su mano derecha, atrajo al joven hacia sí, y colocó la mano izquierda sobre la de aquél, de manera que las tres manos formaron una especie de bocadillo, con la mano de Timothy Moore entre las otras dos. El Hermano Anthony empezó a apretar.

—Chist… —le avisó el Hermano Anthony—, no quiero que chilles —continuó apretando—, no quiero que acuda la gente —apretó más —. Pero te romperé la mano si no me dices dónde está la coca. Esto no es más que el principio. Después…, ya veremos qué otra cosa te romperé.

—Por favor… —susurró Timothy—, por favor…, suélteme.

—¡La coca!

—En el dor… dormitorio —logró articular Timothy.

El Hermano Anthony le soltó la mano.

—A ver… ¿cómo tienes la mano? —se interesó falsamente.

Luego, empujó al joven hacia la puerta abierta del dormitorio. Sobre la cama había una maleta.

—Te largabas, ¿eh? —sonrió el Hermano Anthony.

Timothy no contestó.

—¿Dónde está?

—En la maleta.

El Hermano Anthony probó los cierres.

—Está cerrada —gruñó.

—Le daré la llave —dijo Timothy.

Fue hacia el tocador, al otro lado de la habitación.

—Conque te ibas de viaje… —sonrió el Hermano Anthony.

La sonrisa se heló en su cara cuando Timothy se apartó del tocador con un revólver en la mano.

—¡Eh, no…! —gritó el Hermano Anthony.

Fue cuanto logró pronunciar porque Timothy Moore apretó el gatillo una vez, dos, tres…, y las balas del treinta y ocho penetraron en la cabeza del Hermano Anthony, una entrándole por debajo del ojo izquierdo, la otra rompiéndole los dientes y la encía superior, y la tercera incrustándose en el cráneo.

El Hermano Anthony, como un acto reflejo, levantó las manos y después cayó como un montón de carne y sotana a los pies de su asesino.

Timothy lo miró desdeñosamente.

—¡Estúpido hijo de puta! —murmuró.

Se metió el revólver en el cinturón y salió del dormitorio, atravesó el salón y entró en la cocina. No tenía ya tiempo de llevarse nada más, ya que los disparos debían de haber llamado la atención de los vecinos. Tenía que huir de prisa, llevándose los diamantes, lo que quedaba de la cocaína… Sí, salir de allí lo antes posible.

Abrió la portilla del congelador de la nevera.

En un estante del fondo del congelador había dos bandejas de cubitos. Cogió la de la izquierda y se dirigió al fregadero donde abrió el grifo del agua caliente. Dejó correr el agua unos segundos y

colocó bajo el agua la bandeja. Los cubitos empezaron a derretirse. Le pareció que tardaban siglos en fundirse del todo. Prestó oído atento a los posibles ruidos del pasillo exterior, mientras los cubitos se deshacían. Al final, cerró el grifo, derramó cuidadosamente el agua de la bandeja en el fregadero, y quitó la rejilla de plástico divisoria de los compartimentos de la bandeja. Los diamantes relucieron en el fondo de la bandeja. Los colocó sobre un paño de secar platos encima del mármol, y los estaba secando cuando oyó el ruido de madera al astillarse. Volvióse hacia el salón.

—¿Moore? —gritó una voz.

Salió de la cocina con el revólver en la mano, reconoció a Meyer y a Carella, ambos armados, divisó a otros dos hombres también armados detrás, uno blanco y otro negro, y hubiese tratado de defenderse de no haberle gritado Carella:

—Yo de ti no lo haría.

No lo hizo.

14

A las once del jueves por la noche se dieron cuenta de que solamente declararía lo que quisiera declarar y nada más. Por eso no pidió un abogado que estuviese presente durante el interrogatorio. Por eso no quiso escuchar las advertencias que se le formularon oficialmente, y contó lo que los detectives deseaban saber en relación con la droga hallada en su apartamento y la carta que le escribiera a Sally Anderson en el mes de agosto, sabiendo que podían acusarle como traficante de drogas, mas no de los asesinatos.

Ellos querían acusarle de cuatro, tal vez cinco, si también había matado a Judita Cuadrado, lo que constituía un Crimen en Primer Grado. Timothy buscaba ser acusado de un delito de la Clase A-I, por posesión de cuatro o más onzas de una sustancia controlada, delito penado con un mínimo de quince a veinte años y un máximo de cadena perpetua. Con un buen abogado podría conseguir ser acusado de un delito de la Clase A-2, con una pena mínima de tres años, para salir de la cárcel al cabo de dos.

En cuanto a la muerte del Hermano Anthony, alegaba defensa propia y esperaba salir absuelto. Los detectives querían acusarle de cuatro homicidios cuando menos. Timothy esperaba estar en la calle dentro de un futuro más o menos previsible. Las dos partes se enfrentaban en sus respectivas aspiraciones y en las versiones de lo ocurrido durante los últimos nueve días.

—Oigámoslo una vez más —decidió Carella.

—¿Cuántas veces tendré que repetirlo? —se quejó Timothy—. Al final me veré obligado a pedir un abogado.

—Puedes hacerlo —accedió Carella.

El expediente ya indicaba que Timothy Moore declaraba por su propia voluntad. Se hallaban en la Sala de Interrogatorios, con un

magnetófono en la mesa, entre el acusado y los cuatro detectives. Desde donde se hallaba, Carella podía divisar el espejo situado en la pared, más allá de Timothy, que estaba de espaldas al mismo. Era un espejo de doble visión, pero al otro lado no había nadie en aquel instante.

—¿Por qué he de necesitar un abogado? —desdeñó el joven—. Admito lo de la cocaína. Ustedes la encontraron.

—Dos kilos —observó Meyer.

—Menos —le recordó Timothy.

—Pero en Miami compraste ocho kilos. La carta que escribiste…

—No reconozco haber escrito tal carta.

—Sin embargo, la escribiste.

—No…

—Se trata de asesinatos —argüyó Kling.

—Sí, maté a un hombre que entró en mi apartamento con un revólver en la mano —declaró el acusado, casi de carrerilla—. Luchamos, le cogí el arma y disparé. Defensa propia.

—El mismo revólver que se utilizó en otros tres asesinatos —alegó Brown.

—No sé nada de otros asesinatos. Además, lo mío no fue asesinato sino defensa propia.

—Creí que eras estudiante de medicina —dijo Kling con sarcasmo.

—¿Por qué?

—¿Estudias leyes también?

—Conozco la diferencia entre asesinato a sangre fría y defensa propia.

—¿Mataste a Sally Anderson a sangre fría? —preguntó Carella.

—No maté a Sally.

—¿Y a Paco López?

—No conozco a ningún Paco López.

—¿Y a Marvin Edelman?

—Jamás oí tal nombre.

—Entonces, ¿cómo justificas los diamantes que hallamos en tu cocina?

—Los compré con el dinero que gané con la droga.

—¿A quién se los compraste?

—¿Qué importa eso? ¿Está penado por la ley comprar diamantes?

—Sí, si después uno mata al individuo que se los vendió.

—Los compré a un sujeto cuyo nombre no recuerdo. Creo que ni siquiera llegué a saber su nombre.

—Un comerciante en diamantes anónimo, ¿eh? —se burló Meyer.

—Que iba camino de Amsterdam, sí —asintió Moore.

—¿Cómo te pusiste en contacto con él?

—Él se puso en contacto conmigo. Se enteró de que yo deseaba emplear algún dinero.

—¿Cuánto? —inquirió Carella.

—Los ocho kilos me costaron cuatrocientos mil dólares.

—Una ganga —comentó Brown.

—Ya les dije que aquel hombre me hizo un favor.

—El de Miami.

—Sí.

—¿Cómo se llama?

—No tengo por qué declararlo. Me hizo un favor. ¿Por qué debo buscarle problemas?

—Porque salvaste la vida de su hijo, ¿verdad? —intervino Meyer.

—Exacto. El chico se estaba asfixiando. Le hice la Heimlich. El padre quiso hacerme un favor por agradecimiento.

—Y te introdujo en el negocio de la droga —concluyó Meyer.

—Así fue.

—¿De dónde sacaste los cuatrocientos mil dólares?

—De mi madre. Del dinero que le dejó mi padre.

—De manera que ella halló cuatrocientos mil pavos debajo del colchón…

—No. Parte del dinero fue obtenido con fondos del mercado de valores, y el resto de seguridades. Tenía un beneficio del trece por

ciento. Le prometí darle el quince al cabo de un mes.

—¿Le devolviste el dinero?

—Hasta el último centavo.

—¿Más los intereses?

—El quince por ciento.

—O sea que le diste… ¿A cuánto asciende esto, Artie?

—¿El quince por ciento de cuatrocientos mil dólares?

—Por un mes.

—Son cinco mil dólares —se adelantó Timothy.

—O sea que le devolviste a tu madre los cuatrocientos mil dólares más cinco mil —preguntó Carella.

—Exacto.

—¿Cuándo?

—A finales de setiembre. Se lo devolví a mamá poco después del estreno de *Fatback*.

—¿Es ése el tiempo que te costó adulterar y vender los ocho kilos de cocaína?

—Solamente seis.

—¿Cuántos sacaste de los seis?

—Doce kilos. A sesenta mil dólares el kilo.

—¿Cuánto suma esto, Artie?

—Setecientos veinte mil dólares —volvió a adelantarse el acusado.

—Y le devolviste cuatrocientos cinco mil a tu madre.

—Sí.

—Con lo que te quedaron…

—Trescientos quince mil.

—Trescientos mil de los cuales los empleaste en adquirirle diamantes a Edelman.

—No conozco a nadie llamado Edelman.

—Pero ésa es la cantidad que empleaste en la compra de diamantes, ¿verdad?

—Aproximadamente.

—Que obtuviste del holandés que estaba de paso aquí.

—Sí.

—¿Qué conseguiste a cambio de ese dinero?

—Unos veinticinco kilates. Tuve suerte por tratarse de una operación con dinero al contado.

—¿Cuántas piedras compraste?

—Unas tres docenas. Casi todas de cuarto y de medio kilate. Algunas de uno. De distintos tamaños y cortes, americanos, europeos…, en fin, ya las vieron.

—Suficientes para llenar una bandeja de cubitos, ¿eh?

—Eso se me ocurrió más tarde.

—El primer sitio donde miraría un ladrón —observó Meyer.

—¿Por qué elegiste diamantes?

—Son una buena inversión. En los últimos treinta años, antes de la crisis, los diamantes aumentaron de valor en más de un mil por cien. Pensé que estaban subiendo otra vez.

—O sea que eres un joven comerciante, ¿verdad?

Timothy Moore calló.

—¿Dónde vendiste los seis kilos?

—No tengo que declararlo.

—¿Por qué te quedaste con dos?

—Fue idea de Sally. Pensó que obtendría más por ellos vendiéndolos a proveedores de poca monta.

—Como Paco López.

—No conozco a ningún Paco López. Sally dijo que se tardaría más tiempo, aunque a la larga conseguiríamos cincuenta mil dólares más por los dos kilos, vendiéndolos por onzas.

—Otra joven con vista comercial —ponderó Brown.

—Sí, una joven emprendedora —añadió Meyer.

—Buena persona —masculló Kling.

—Bien, ¿por qué decidiste matar a esas personas? —volvió Carella a la carga.

—Yo no he matado a nadie, aparte del individuo que entró en mi apartamento —negó Moore—. En defensa propia. Ese tipo se

presentó violentamente, empuñando un revólver, luchamos, se la arrebaté y disparé. Intentaba atracarme. Fue defensa propia.

—Conque sabía que tenías dos kilos de droga en casa…

—Ignoro lo que él sabía. Además, eran menos de dos kilos, ya que los estábamos vendiendo por onzas desde que regresé de Miami.

—Vendiéndolos por la ciudad.

—Sally se ocupaba de eso.

—Efectuaba las entregas en domingo, ¿verdad?

—Sí.

—Por eso anotaba *Del* en la agenda, no por *delicatessen*…

—Sí, eran las iniciales de una frase convenida: *D*omingo *E*ntregar *L*ote.

—¿Le presentó Paco López otros camellos a Sally?

—No conozco a nadie llamado Paco López.

—¿Pues por qué lo mataste?

—No sé de qué me habla.

—¿Por qué mataste a Sally?

—No la maté.

—Y a Edelman.

—No sé quién es ese Edelman. Ustedes me han encontrado la droga, acúsenme de eso. Maté a un intruso en defensa propia. No pueden acusarme de nada más.

—¿Por qué no de homicidio? —inquirió Carella.

—Bueno, si matar en defensa propia es un homicidio, de acuerdo. Pero ningún jurado honrado…

—Eres un experto en el sistema de jurados, ¿eh? —intercaló Meyer.

—No soy experto en nada —objetó Timothy—. Hice una buena inversión y me aproveché de ella.

—Y decidiste protegerte matando.

—Solamente maté al individuo que penetró con violencia en mi apartamento. En defensa propia.

—¿Sabía que tenías diamantes en casa?

—Ignoro qué sabía.

—Entró en el apartamento al azar, ¿eh?

—Es lo que ocurre frecuentemente en esta ciudad, ¿no?

—No sabía que tenías droga, no sabía que tenías diamantes…

—No le había visto en mi vida, ¿cómo puedo saber cuál fue su motivo? Se abrió paso a punta de pistola. Luchamos…

—Sí, le arrebataste la pistola y disparaste.

—Sí.

—Un individuo robusto como un oso gris…, y pudiste quitarle su arma.

—Sé defenderme.

—Y muy bien, ya lo veo —suspiró Carella. Miró hacia el reloj de pared. Las doce menos diez minutos—. Está bien —propuso—. Vamos a empezar de nuevo…

Sentíase tonta con una pistola en el sostén.

Era una Llama del calibre veintidós, con capacidad para seis balas, mortales, suponía, en caso de necesidad. La longitud total del arma era de doce centímetros, lo bastante pequeña para acomodarse sin molestias entre sus senos. Pesaba trece onzas y media solamente, aunque dentro del sostén a Eileen le parecía que pesara trece libras y media. Además, el metal estaba helado. Por eso llevaba ella los tres primeros botones del uniforme desabrochados, por si tenía necesidad de sacar la pistola muy de prisa. El viento hacía ondear la capita que llevaba, un viento que soplaba directamente del Polo Norte, dirigido al escote de su uniforme sin clemencia alguna. Tenía los pechos helados, los pezones fríos y erguidos…, si bien esto podía ser debido a que estaba terriblemente asustada.

No le gustaba el plan, y lo había pregonado desde el principio. Desde el ensayo efectuado aquella tarde voceó sus quejas. Había tardado ocho minutos en cruzar el parque por el sendero que lo atravesaba más o menos en diagonal, caminando a un paso

ligeramente más veloz que el normal. Una mujer sola a medianoche cruzando un parque, siempre va más de prisa que durante el día. Pidió una vigilancia clásica, con un detective al frente, el otro detrás, a distancias razonablemente seguras. Los dos acompañantes suyos eran dos veteranos de la comisaría de Chinatown, ambos detectives de primera, Abrahams («Llámame Morrie», le dijo ya en la comisaría, cuando preparaban su estrategia) argüyó que con el plan propuesto por Eileen, el presunto violador huiría asustado. McCann («Me llamo Mickey», había dicho) objetó que si el violador se acercaba por detrás, divisaría al seguidor y se largaría. Eileen comprendió el valor de estos argumentos, mas, pese a todo, seguía sin gustarle el plan, que consistía en plantar a uno de sus acompañantes al extremo del sendero, y el segundo en el otro. Esto significaba que si el canalla atacaba cuando ella estuviese casi en el centro del parque, como hiciera en las últimas tres ocasiones, Eileen se hallaría a unos cuatro minutos lejos de cualquiera de sus protectores…, tal vez tres minutos a toda prisa.

—Si estoy en peligro —se quejó—, no llegaréis a tiempo. ¿Por qué no os situáis debajo de los árboles, escondiéndoos en medio del parque? Las últimas tres veces, ese tipo atacó allí. Estando bajo aquellos árboles, no estaremos separados a la distancia de cuatro minutos.

—Tres minutos —le rectificó Abrahams.

—Allí es donde atacó esas tres veces —repitió Eileen.

—¿Y si esta vez explora la zona? —preguntó McCann.

—¿Y descubre a dos individuos ocultos entre los árboles? —añadió Abrahams.

—Se largaría —concluyó McCann.

—Llevarás el transmisor en el bolso —le recordó Abrahams a la joven.

—Valiente ayuda si decide hincarme un pico en el ojo —exclamó Eileen.

—Es de voz activada —explicó McCann.

—Magnífico —se burló ella—. ¿Llegaréis antes? Yo gritaré «¡Al asesino!» y vosotros tardaréis tres minutos, como mínimo, para llegar desde los dos extremos del parque. En tres minutos, puedo ser ya un fiambre.

Abrahams se echó a reír.

—Muy gracioso, ¿verdad? —se enojó Eileen—. Claro, como solamente se trata de mí…

—Sí, tiene gracia —siguió riendo Abrahams.

—Esa radio capta un susurro a doce metros de distancia —declaró McCann.

—¿Y qué? —gruñó la joven—. Desde vuestros puestos vais a tardar tres minutos en llegar hasta donde yo estaré. Oye, Morrie, ¿por qué no ocupas tú mi puesto? ¿O tú, Mickey? Cualquiera de vosotros podéis hacer de señuelo y yo estaré sentada fuera del parque, escuchando la radio.

—Lo dicho —rió más Abrahams—, esta chica tiene gracia.

—Bien, ¿qué debemos hacer? —quiso saber McCann.

—Ya lo dije: los árboles. Ocultaos bajo los árboles.

—Sería inútil. Ese tipo primero recorre el parque, con toda seguridad; si nos descubre comprenderá que es una trampa. Por eso es mejor nuestro plan. O eso, o abandonarlo por completo.

—Y dejar que continúe violando a las enfermeras —agregó Abrahams.

Los dos detectives la miraron expectantes. Ella asintió.

Finalmente quedó concertado el plan. Eileen estaba decidida, por su parte, a demostrarles que era tan valiente como ellos, que estaba dispuesta a correr los mismos peligros que ellos en otras ocasiones.

—Está bien —suspiró al acceder.

—Será mejor que te quites los pendientes —le aconsejó McCann.

—Los llevaré.

—Las enfermeras no llevan pendientes. Nunca vi a una enfermera con pendientes, al menos tan grandes. Ese tipo se dará cuenta.

—Llevaré los pendientes —dijo ella simplemente.

De manera que allí estaba ella, enfrentándose con un loco seguramente. Lo único que realmente podía protegerla era el par de pendientes, que constituían su amuleto, más seguro que la pistola que escondía en el sostén, más que el revólver que tenía en el bolso y mucho más que el transmisor de frecuencia modulada que captaba un susurro a doce metros de distancia, según lo que McCann calculaba, estaría a dos minutos y medio de ella, en la esquina sudeste del parque, mientras que Abrahams se hallaría a tres minutos y medio, en la otra esquina.

«Si ese individuo decide atacar de nuevo, será aquí donde lo hará —pensó ella—, en el centro del parque, lejos de las luces de la calle».

Había árboles a cada lado del sendero, pinos, álamos, abetos *y más* allá el terreno cubierto de nieve. Podía saltar desde un árbol, arrastrarla fuera del sendero, como hiciera con las otras, pues era allí donde siempre solía ejecutar el ataque, y era allí donde volvería a hacerlo.

Las descripciones del individuo diferían bastante entre sí, como suele suceder cuando se trata de una violación. Una de las víctimas lo describió como negro, y otra como blanco. La muchacha que quedó ciega declaró entre sollozos, al oficial de la investigación, que su asaltante era bajo y robusto como un gorila. Las otras dos enfermeras insistieron en que era muy alto, con un cuerpo esbelto y musculoso, como un halterófilo. Lo describieron vistiendo un traje de hombre de negocios, con chaqueta de ante y tejanos, y con un traje deportivo, indistintamente.

Una de las enfermeras insistió en que tenía más de cuarenta años, otra calculó veinticinco, y la tercera no se había fijado en la edad. La primera enfermera violada dijo que su atacante era rubio; la segunda afirmó que llevaba un gorro de béisbol. La ciega dijo que… La mano de Eileen empezó a temblar sobre la culata del revólver que tenía en el bolso.

Era gracioso que sus manos sudaran siempre que se hallaba en una situación peligrosa. Se preguntó si a McCann le sudarían las

manos. Tres minutos lejos de ella, con Abrahams en el otro extremo del parque. Ignoraba si el transmisor captaría el ruido de sus pasos sobre el sendero asfaltado. Ya estaba libre de nieve, si bien todavía quedaban restos de escarcha. Eileen tuvo que dar un rodeo para no pisar el hielo de un hoyo y atisbo hacia la oscuridad del frente, pues sus ojos estaban ya acostumbrados a aquellas tinieblas, y creyó divisar algo bajo los árboles que allí se alzaban. Se detuvo en seco. Ah, no, esto no era propio de un buen señuelo. Un buen señuelo debía marchar directamente hacia el peligro, un buen señuelo debía permitir que el enemigo ejecutase el primer movimiento…

Al principio pensó que se imaginaba ruidos.

Apretó la mano sobre la culata del revólver.

¿Era alguien que silbaba?

¿Qué era aquello?

Continuó andando, escrutando las tinieblas, ya más allá del centro del parque, con McCann a más de tres minutos y medio detrás de ella, Abrahams a dos minutos y medio delante. Demasiado lejos todavía. De repente, divisó a un muchacho que avanzaba sobre una tabla-patín por el sendero, silbando al trazar graciosas curvas y manteniéndose milagrosamente en equilibrio encima de la tabla. Apenas tendría trece años, con un comando azul y tejanos, guiando con gran pericia su patín, con los brazos en cruz para guardar el equilibrio, silbando en medio del imponente silencio de la noche…, cada vez más cerca, siempre silbando. Eileen sonrió y su mano se aflojó sobre la culata del revólver.

De repente, el chico enfiló el patín hacia ella, doblándose por las rodillas, con todo el peso sobre la tabla que se deslizó adelante, sola, impulsada por la velocidad, en dirección a las pantorrillas de la falsa enfermera. Estaba sacando el revólver del bolso cuando el muchacho le pegó en la cara. El revólver saltó de su mano, aunque cayendo dentro del bolso, con lo que expulsó fuera unos cigarrillos, un chicle y los *kleenex*…, pero no la radio…, ¡no la radio!

Durante los treinta segundos siguientes, no pudieron ser más, el dedo índice de Eileen, en un rapidísimo reflejo, volvió a engarfiarse

en el gatillo del revólver, y la detonación quebró el silencio nocturno, esfumándose con el viento. Eileen iba recordando: «Es una parte del interjuego psicológico (el chico le pegó con ferocidad en el pecho), peligro de quedar tendida en tierra, muerta o al menos malherida (el revólver volvió a disparar), pero no es más que un crío (esta vez, el puño se abatió contra su boca)». Eileen sintió el gusto de la sangre, y cómo su atacante la asía por el brazo derecho, dándole la vuelta. Ahora estaba detrás de ella, obligándola a ponerse de rodillas. ¡Iba a romperle el brazo!

—¡Suéltame! —chilló—. ¡Suéltame!

Pero el muchacho presionó con más fuerza y el revólver cayó al suelo.

Cuando el chico dio la vuelta en torno a Eileen, la joven trató de incorporarse, pero él volvió a empujarla hacia tierra, golpeándola hasta dejarla sin respiración. Cuando trató de colocarse encima de ella, Eileen le alcanzó con una patada en un muslo. Casi de manera inconsciente se preguntó cuántos minutos habrían transcurrido, dónde estarían ya Abrahams y McCann. Les había dicho que aquel plan no era bueno, les había dicho… El muchacho continuaba pegándole con enorme fuerza. Intentaba forzarla, pegaba, movía las dos manos… Aquellos golpes eran más dolorosos que los primeros puñetazos. Unas manos callosas martirizaban sus mejillas, su barbilla, y a cada golpe, su cabeza se movía hacia atrás. Ahora, todo el peso del muchacho descansaba sobre su pecho, presionando los senos…, y la pistola. De pronto, se acordó de la pistola que escondía en el sostén.

Intentó zafarse del brutal abrazo, pero tenía los brazos sujetos a los muslos. Intentó volver la cabeza para esquivar los incesantes golpes, y observó tontamente el gorrito blanco en el sendero, abandonado al viento. No podía liberar los brazos ni las manos siquiera, no podía sacar la pistola.

Bruscamente, cesaron los golpes.

No había más que oscuridad, y el ruido de los jadeos de su atacante era lo único que ella oía. Las manos del chico se dirigieron

al escote del uniforme blanco. Asió la tela. La desgarró, haciendo saltar los botones, presionó los pechos por encima del sostén…, y dejó de moverse. Había palpado la pistola, sí debía de haberla visto o palpado. Su silencio resultaba aún más aterrador que su furia anterior. Una pistola significaba una trampa, o al menos que la atacada sabía que el parque era peligroso. Y además, había visto que tenía también un revólver. Eso solamente podía significar una cosa: la mujer era policía. El muchacho la libró de su peso. Eileen comprendió que buscaba algo en el bolsillo del pantalón. Algo que debía de ser un arma…

«¡Dios mío!, va a dejarme ciega…», pensó.

En aquel instante, el miedo se transformó en hielo. En un hielo duro, cristalino. En aquel instante, comprendió que no podía contar con una ayuda rápida de sus acompañantes, supo que estaban allí solos el chico y ella, y que nadie más que Eileen, nadie más que Eileen podía ayudarla. Aprovechó el movimiento del muchacho, que tenía ya la mano derecha en el bolsillo del pantalón, lo que le desequilibró una fracción de segundo, el tiempo suficiente para moverse ella a su vez, su hombro izquierdo elevado en perfecta simetría con la inclinación del cuerpo de su enemigo, sus cuerpos moviéndose al unísono durante un tiempo mínimo, como amantes fundidos en un solo ser, y de repente, ella se volvió levemente, concentrando todo su peso en el hombro izquierdo, añadiendo así dicho peso al del muchacho…, que finalmente resbaló al suelo.

Cuando ella logró levantarse, él aún tenía la mano derecha en el bolsillo del pantalón. Rodó por el sendero, al tiempo que sacaba la mano del bolsillo, con una navaja ya abierta en actitud de ataque, en el mismo instante en que Eileen extraía la Llama del sostén. Sabía que si el muchacho se movía, tendría que matarlo. Él vio la pistola en su mano, apuntada hacia su cabeza, y tal vez divisó también el centelleo furioso de aquellas frías pupilas, a pesar de no haber luna. Más adelante, a Eileen le gustó recordar que lo que sucedió acto seguido no tuvo nada que ver con el sonido de unos pasos en el sendero, nada que ver con la llegada de McCann y de Abrahams.

Soltó la navaja.

—¡No me hagan daño! —gimió.

—¡No se ensañen conmigo! —añadió al cabo de un segundo.

—¿Estás bien? —se interesó Abrahams.

Eileen asintió. Apenas lograba respirar. La pistola le temblaba en la mano.

—Le hubiese matado —susurró.

—¿Qué? —preguntó Abrahams.

—Un crío… —añadió ella.

—Tenemos que llamar a la camioneta —propuso McCann—. Y tal vez a una ambulancia. Me parece que estás un poco…

—¡Estoy bien! —gritó ella fieramente. Los dos detectives la miraron—. ¡Estoy muy bien!

En aquel momento sintióse terriblemente débil y comprendió que no debía desmayarse delante de aquellos dos detectives de la comisaría de Chinatown. Aspiró a bocanadas el aire tratando de superar aquella flaqueza y al final sonrió débilmente.

—¿Por qué no os movéis? —preguntó.

No terminaron con Timothy Moore hasta la una y cuarto, por lo que Kling no llegó a su apartamento hasta las dos de la madrugada. Esencialmente, habían conseguido lo que esperaban conseguir: lo único que Timothy admitía. En ocho horas aproximadamente, Carella y Meyer acompañarían al acusado al Juzgado de Delitos por Drogas, donde un secretario anotaría los delitos de que se le acusaba. La hoja acompañaría a Moore aquella misma mañana al tribunal, y continuaría permanentemente unida a su expediente. Mientras tanto, no podían hacer nada más hasta que las ruedas de la justicia se pusieran en marcha.

Se hallaba agotado, pero lo primero que hizo al entrar en el apartamento fue marcar el número de Eileen. No hubo respuesta. Llamó una docena de veces, colgó, llamó otras dos, dejó sonar el timbre hasta su extinción… Sin respuesta.

Buscó en la guía la *R*, y halló a Frank Riley, un policía que estuvo con él en la Academia y ahora era detective de segunda en la comisaría de Chinatown.

Marcó el número de dicha comisaría, se identificó al sargento de guardia, y preguntó si se sabía algo referente a la trampa preparada contra el violador de enfermeras del hospital Worth Memorial. El sargento de guardia no sabía nada. Puso a Kling en comunicación con la sala de detectives, y logró hablar con uno del turno de noche. Éste le contó que todo había salido de acuerdo con el plan, aunque ignoraba más detalles. Cuando Kling preguntó si la detective Burke estaba bien, el otro respondió que en la comisaría de Chinatown no conocían tal nombre.

Kling se preguntaba ya qué debía hacer a continuación cuando llamaron a su puerta. Fue a abrir.

—¿Quién es? —preguntó.

—Yo —respondió Eileen.

Su voz sonó débil, muy baja.

Kling quitó la cadena, descorrió el cerrojo y abrió la puerta. Allí estaba ella, con pantalones tejanos y una chaqueta azul marino, y botas negras. El cabello rojizo le colgaba en torno al rostro. Bajo la escasa luz del pasillo, Kling observó que tenía la cara magullada, con los labios hinchados.

—¿Puedo entrar? —indagó ella.

—Pasa. ¿Te encuentras bien?

—Cansada…

Kling cerró la puerta y colocó de nuevo la cadena. Cuando entró en el dormitorio, Eileen estaba sentada al borde de la cama.

—¿Cómo ha ido? —se interesó el detective.

—Lo atrapamos. Catorce años de edad. Por poco lo mato. Sus ojos se encontraron.

—¿Te molestaría mucho hacer el amor conmigo? —susurró la joven.

15

En algunas ciudades lo llaman «primera presentación». En esta ciudad es solamente una «comparecencia». Sea cual sea el nombre, se trata de la primera vez que un individuo acusado de un delito es presentado a un juez.

Anteriormente, habían discutido la estrategia a seguir con el ayudante del fiscal de distrito asignado al caso. Sabían que el abogado de Moore le aconsejaría declararse inocente de todos los cargos, y si bien estaban seguros de que la acusación de tráfico de drogas permanecería inmutable, no estaban tan seguros respecto a los asesinatos.

Este temor les hacía recelar de un juez demasiado blando, que pudiera aceptar la declaración de Moore por la muerte del Hermano Anthony, como cometido en defensa propia, y podía inclinarle a fijar una fianza por la acusación de traficante de drogas. Si bien los análisis de Balística no quedarían terminados hasta que el caso llegara a un gran jurado en la semana siguiente, análisis referentes al revólver Smith y Wesson, los detectives decidieron acusar a Moore también de los asesinatos, esperando que el juez se asustara ante la cantidad y calidad de la acusación, con lo que seguramente negaría toda fianza.

Si el revólver que había matado al Hermano Anthony resultaba ser el mismo que disparó las balas fatales contra Paco López, Sally Anderson y Marvin Edelman, tenían muchas probabilidades de que un gran jurado aceptara la acusación de los asesinatos. Cuando el caso llegase a juicio, sería la palabra de Timothy Moore la que podría impedir que pasara toda la vida en la cárcel. Ahora, lo importante era asegurarse de que no saliese libre del juzgado, puesto que una vez concedida la fianza, los detectives estaban seguros de que no volverían a ver al criminal.

El juez era «Walking» Wilbur Harris.

El secretario del juzgado, que en la ciudad llamaban «puente», sentóse delante del estrado del juez y leyó el nombre del acusado y los cargos que se le imputaban. Harris miró por encima de sus lentes sin montura.

—¿Son correctos esos cargos, oficial? —preguntó.

—Sí, Señoría —respondió Carella.

Los cuatro se hallaban frente al estrado, Carella con el ayudante del fiscal, Moore con su abogado. Harris volvióse hacia Moore.

—Usted tiene derecho a ser juzgado en este tribunal o a un aplazamiento a fin de conseguir la ayuda y el consejo de un abogado y de unos testigos…, o bien renunciar a este primer juicio y traspasar el caso a un gran jurado. ¿Tiene abogado?

—Sí, Señoría —asintió Timothy.

—¿Se halla presente?

—Yo represento al acusado —intervino el abogado.

—Ah, sí, señor Wilcox —exclamó el juez—. No le había reconocido.

Wilcox sonrió.

—Señoría… —se inclinó cortésmente.

—¿Qué alega contra esos cargos? —continuó Harris—. Primero, posesión criminal de una sustancia controlada en el Primer Grado, contrario a la ley penal. Sección dos-veinte punto veintiuno.

—No culpable, Señoría —murmuró Moore.

—Segundo, tercero, cuarto y quinto cargos. Asesinato en primer grado, contrario a la ley penal. Sección uno-veinticinco punto veintisiete.

—No culpable, Señoría.

—Pendiente de un juicio ante un gran jurado —pidió Wilcox, yendo directamente al grano—. ¿Puedo solicitar fianza para mi defendido?

—Este hombre puede ser acusado de cuatro asesinatos en primer grado —objetó el juez, sorprendido.

—En el primer caso actuó en defensa propia, Señoría, y no tiene nada que ver con los otros crímenes.

—¿Señor Delmonico? —preguntó el juez volviéndose hacia el ayudante del fiscal.

—Poseemos buenos y razonables motivos para creer que se usó el mismo revólver en los cuatro asesinatos, Señoría.

—¿Qué buenos y razonables motivos?

—El detective Carella posee unos informes de Balística que indican que se utilizó la misma arma en los asesinatos de Paco López, Sally Anderson y Marvin Edelman.

—¿Y el otro…, el de Anthony Scalzo?

—Ese hombre murió…

—El revólver se halla ahora…

—Uno a la vez —pidió el juez.

—Señoría, mi defendido lo mató en defensa propia —declaró Wilcox—. Estaba armado cuando irrumpió en el apartamento del acusado. Hubo una lucha durante la cual mi cliente lo desarmó y disparó. En defensa propia.

—¿Señor Delmonico?

—El revólver está ahora en la sección de balística, Señoría. Antes de que el caso se vea ante un gran jurado la próxima semana, tendremos el informe.

—¿Por qué piensan que es el mismo revólver? —indagó el juez.

—Se trata de un Smith y Wesson, calibre treinta y ocho, Señoría. La misma marca, el mismo calibre que el arma empleada en los otros tres asesinatos. El mismo revólver en todos los casos.

—Pero usted no sabe si fue el mismo revólver el que se usó en la cuarta muerte.

—Todavía no.

—Señoría… —exclamó Wilcox.

—Señoría… —gritó Delmonico.

—Un momento —les interrumpió Harris—. ¿Señor Wilcox…?

—Señoría —aclaró el abogado defensor—, no existe evidencia balística que relacione el revólver usado en los anteriores asesinatos con el disparo efectuado ayer en el apartamento de mi cliente. Mas,

si existiese tal evidencia, nosotros afirmamos que dicho revólver pertenecía a Anthony Scalzo y no a mi cliente.

—¿Señor Delmonico…?

—Señoría, sabemos que esa evidencia se producirá pronto. De todos modos, dada la gravedad de los cargos presentados ahora, respetuosamente creo que una fianza es poco aconsejable en estas circunstancias.

—Bien, entonces soy yo quien debe decidir —opinó el juez.

—Sí, Señoría.

—Se concede una fianza por la cantidad de cien mil dólares —sentenció Harris.

—Estamos preparados para satisfacer esa fianza, Señoría —sonrió Wilcox.

—Muy bien, que se lleven al acusado.

—¿Puedo cruzar unas palabras con mi cliente, Señoría?

—Llévele aparte. El caso siguiente.

Cuando el «puente» estaba leyendo el nombre y los cargos del caso siguiente, Carella observó a Wilcox, enzarzado en una conversación susurrada con Timothy Moore. Wilcox era un buen abogado y Carella sabía que ya había discutido antes con Moore lo referente a una posible fianza. Lo único que tenían que hacer ahora era entregar diez mil dólares al contado y el resto como diñero colateral, cosa fácil de obtener estando en posesión de diamantes por valor de veinticinco kilates, que valían en total trescientos mil dólares. ¿O se limitaría Wilcox a telefonear a la madre de Moore a Miami y pedirle que girase los cien mil pavos? Fuese como fuese, Moore estaría un día detenido en la Casa Municipal o en la cárcel de la calle Daley, o bien en la prisión de la isla Parsons, en medio del río. A la noche, ya estaría en la calle. Carella vio salir a Moore del juzgado. Vio cómo Wilcox hablaba con el secretario. Por la fianza, seguramente. Raras veces pensaba en italiano, pero la frase *La comedia e finita* (La farsa ha terminado) pasó por su mente. Se dirigió al fondo del juzgado, donde le aguardaban Meyer y Delmonico.

—Te lo dije —rezongó Meyer—. No hay justicia en la tierra.

Sin embargo, sí había justicia después de todo.

Apenas tenía que hacer otra cosa que preparar las maletas.

La tarde anterior lo tenía casi todo listo antes de verse interrumpido por el falso sacerdote, cuyo nombre ya sabía que era Anthony Scalzo. Nada había cambiado. Tenía que largarse de la ciudad lo antes posible, fuera asimismo del estado, tal vez del país. La única diferencia ahora era que su madre perdería los cien mil dólares que había girado para la fianza, una cantidad muy pequeña a cambio de su libertad. De todos modos, pensaba devolverle aquel dinero en la primera ocasión.

Cogió los artículos de aseo del armarito del lavabo, mientras revivía mentalmente su sesión con los detectives de la comisaría 87, cuatro de ellos jugando al gato y el ratón con él, todos ellos sabedores de que no tenían ni una sola posibilidad de acusarlo de los tres asesinatos, a menos que él confesara. Estuvo tentado…, casi aunque no del todo, a olvidarse de su huida y enfrentarse, en cambio, con un gran jurado. Alegaría defensa propia, pasaría una temporada, tal vez dos años, en la cárcel por tráfico de drogas… Sin embargo, suponía que en la cárcel no existen las temporadas cortas; en la cárcel el tiempo no pasa volando. Era mejor huir, salir del país, vender los diamantes… ¡Ah, qué pena! Dos años en la facultad de medicina perdidos. ¿Qué habría dicho su padre al saberlo? «Bien, papá —pensó—, vi mi oportunidad y la aproveché. Habría salido todo bien de haber podido conservar todo el dinero y obtener mi licenciatura…, pero…».

Fue por culpa de la única persona en la que confiaba plenamente.

Y esa persona en la que confiaba fue Sally.

¿Le habría escrito de no confiar en ella?

Pero confiaba en ella. «Me dijo —pensó Timothy— que no podíamos vender de una vez toda la droga… "Escucha, ¿sabes algo tú sobre la cocaína? Un niño perdido en el bosque en Miami, con ese

Portolés llevándome de la mano. Ah, te haré rico, *amigo*, por haber salvado a mi hijo. Coge esa droga, con la que yo ni siquiera sabía qué hacer. Cincuenta mil por un kilo, sin llegar a preguntar si era cocaína pura. Tiocianato de cobalto. Reacción azul. ¿Qué había dicho? Cuanto más azul, mejor la droga. La cocaína. La más pura que podía soñar, dijo. Ahora es tuya. Mía. También de Sally. Ella me dijo que debíamos reservar dos kilos, y venderlos por onzas, que conocía a alguien a quien le interesaría, alguien que la pasaría a otros clientes. Sabía más sobre cocaína de lo que yo hubiese sabido en toda mi vida. Explicó que ya la aspiraba antes de ponerse de moda, cuando estudiaba danza en Londres, que la compartía con un tañedor de oboe con el que vivió allí. Podía compartir la cocaína con sus amigos de esta ciudad y con uno que vivía en la zona alta. Confiaba en ella. Separa las piernas de una mujer y los secretos huyen de ella como mariposas. Se lo contó todo al otro. Incluso nuestro escondite, donde guardábamos los dos kilos de cocaína. Nuestro seguro de vida, lo llamaba ella. Seguro"».

Subió la cremallera del neceser y lo llevó a la maleta que tenía abierta en el dormitorio. La examinó, como si olvidara algo. ¿El revólver? Era graciosa la manera en que uno se acostumbra a usarlo. Ahora era de la Policía, una evidencia con una etiqueta… Bah, no les serviría de nada cuando viesen que había zarpado de la ciudad y del país, con veinticinco kilates de diamantes convertidos en dinero en cualquier lugar del globo. Naturalmente, solamente con que…

… conque Sally no hubiese compartido aquel secreto con el maldito portorriqueño, aquel granuja que pidió una parte del pastel, que la exigió, amenazando con ir a la Policía si no le daban un pedazo enorme del pastel, los dos kilos, el muy canalla… ¿Ceder una parte de lo que tanto había costado? Dijo que sabía dónde tenía los diamantes escondidos, en algún sitio de mi apartamento, dijo que los quería también, de lo contrario iría con el cuento a la Policía. Dijo que tenía pruebas, que sabía dónde podía conseguirlas. La carta, claro, Sally conservaba la carta. Y él había confiado en ella. Bien,

¿qué podía hacer? ¿Pasar una temporada en la cárcel porque Sally se lo había contado todo a su maldito amante, Sally en el colmo de la pasión…? ¡Sí, era estupenda en la cama! ¡Las bailarinas…!

Compró el revólver dos días después de la visita de Paco López. Fue en busca del tipo a quien le había vendido los seis kilos y le dijo que necesitaba un arma. Fácil. Le costó doscientos dólares. Nunca había utilizado un revólver. Jamás había tenido uno en la mano. Deseaba llegar a ser cirujano algún día, poseer buenas manos, firmes…, ah…, sí, bien… Sí, sabía dónde vivía el portorriqueño, puesto que Sally iba a entregarle la droga todos los domingos. Lo que no sabía era que también le entregaba todos los secretos, junto con su sexo. «Yo la esperaba delante de la casa. Bien, aquella vez le esperé, le seguí y disparé. Fácil. Murió casi en el acto.

»Ah, uno empieza a pensar, empieza a pensar…, para protegerse. No para proteger la coca, ni los diamantes, sino para protegerlo todo. El futuro. Sí, papá, yo quería ser médico. No era mal estudiante, sino que me rompía el culo sobre mis libros, tal como tú deseabas. Doctor Timothy Moore, eso quería ser. Y tenía que proteger mi futuro. Si ella se lo había contado todo a López, ya no podía confiar en Sally, ¿verdad? ¿Cuánto tardaría en comprender que era yo el que había eliminado al maldito portorriqueño? ¿Cuánto tiempo antes de que fuese a la Policía? No, tenía la radio… Ah, eso era lo que olvidaba… la radio».

Fue al salón donde se hallaba la radio junto al teléfono, la cogió, la sostuvo en la palma de la mano, contemplándola casi amorosamente. «Tan sencillo —pensó—. Ni en un millón de años, nadie hubiera relacionado el asesinato de un traficante en pequeña escala… Bueno, Sally sí, claro, ella lo habría relacionado más pronto o más tarde. Por eso tuve que hacerlo, por eso tuve que darle a ella el mismo trato. Claro que con ella sí hallarían una conexión. Con ella, la Policía me haría preguntas…, sí, me interrogarían. Necesitaba protección…, la radio…, necesitaba que alguien dijese que yo estuve hablando por teléfono y que mi interlocutor oía la radio en marcha… Ah, el bueno de Karl, sólido como una roca…, algún día sería un

buen médico. Saqué el teléfono de su conexión antes de salir de casa, llamé a Karl desde una cabina, con la radio en marcha, le llamé dos veces antes de matarla, pues la estaba aguardando tarde como de costumbre, volví a llamarle después de matarla, cuando llegué a casa continué llamándole, siempre con la radio a pleno volumen… Ah, bueno y confiado Karl…».

Llevó la radio al dormitorio y la metió en la maleta. «¿Algo más? ¿Olvido algo? Es tan fácil olvidarse de algo cuando tienes que empezar de nuevo, con tantas cosas por proteger, siempre con los ojos fijos en tu meta futura, sin importar el dinero… ¡Yo quería ser médico! Casi había olvidado a Edelman, el último eslabón de la cadena. Me acordé de él más tarde. Supongamos, pensé, que un agente de tasas revisa sus libros, pregunta dónde o a quién vendió los diamantes, veinticinco kilates, trescientos mil dólares en dinero al contado…, ¿a quién se los vendió…, a quién? Me hubiesen relacionado con aquel dinero, la Policía habría vuelto a interrogarme, de dónde había sacado tan gran cantidad… Tenía que protegerme. Tuve que matarle. Como a los otros. Para poder ser médico algún día. Como mi padre».

Cerró la maleta.

«Ya está», pensó.

Miró por todo el apartamento.

«Sí, ya está».

Cogió la maleta, salió del dormitorio, del apartamento y descendió a la calle.

Ella le aguardaba en el vestíbulo.

—La ópera no ha terminado —murmuró solamente.

Timothy frunció el ceño y trató de pasar adelante, tomándola por una loca que llevaba un gran bolso. La ciudad estaba llena de chiflados. Se asombró al ver la navaja abierta en su mano, se estremeció cuando comprendió que la navaja avanzaba hacia él, se aterró cuando vio su propia sangre manar de la herida de su garganta. Se llevó ambas manos a la herida. Le quedaron manchadas de sangre.

—Lo…, lo siento —tartamudeó—… papá.

Pero antes de terminar la última palabra ya estaba muerto.

La llamada de Fort Phyllis no llegó hasta el sábado por la mañana. Era la única calle frecuentada por homosexuales de toda la zona que rodeaba la universidad Ramsey y el Quarter, pero los policías de la comisaría 5 la llamaban Fort Phyllis. El que llamó fue el detective de tercer grado, Dawson. Pidió hablar con el detective Carella.

—Aquí Dawson de la quinta.

—¿Qué deseas? —inquirió Carella.

—Anoche tuvimos un homicidio, en Chelsea Place. Un chico llamado Timothy Moore.

—¿Qué? Repítalo otra vez. ¿Ha dicho Timothy Moore?

—Sí —continuó Dawson—. Por eso te llamo. Charlie Nicols, mi compañero, estuvo ayer en el juzgado durante la presentación de ese muchacho ante el juez, y dijo que tú debías enterarte de su muerte. Seguramente, está relacionado con los asesinatos que investigáis vosotros. Los crímenes de que acusabais a Moore.

—¿Cómo? —se asombró Carella—. ¿Cómo ocurrió?

—No lo sé —replicó Dawson—. Precisamente, es lo que te estoy preguntando.

—¿Un navajazo?

—Sí, eso dije antes. De oreja a oreja, muy limpio.

Carella recordó la muerte de Judita Cuadrado.

—¿Alguna pista? —preguntó.

—Oh, no. Sin testigos…, nada. Ese tipo llevaba diamantes en una maleta. ¿Estaba bajo fianza?

—Sí.

—Por lo visto se daba el bote, ¿eh?

—Eso parece.

—Bien, ¿qué debemos hacer?

—No sé a qué te refieres.

—¿Tenemos que pasarte el caso a ti?

«Ya estamos embarcados otra vez», pensó Carella.

—Veré qué dice el teniente.

—Es posible que ese chico no fuese el asesino, ¿me entiendes? —dijo Dawson—. Bueno, Charlie dijo que estaba acusado de cuatro asesinatos.

—Exacto.

—Es posible que los cometiese otra persona. Los cuatro. Quizá no fue Moore el criminal.

—Fue Moore.

—Está bien…

Se produjo un silencio en la línea.

—Hablaré con el teniente —repitió Carella.

—Pues dime algo más tarde —pidió Dawson.

Colgó.

La sala de detectives estaba muy sosegada aquel sábado por la mañana. Carella se puso de pie y se dirigió al depósito del agua fresca. Mientras estaba junto a las ventanas por las que se filtraba ya la luz del sol, se bebió el agua en un vaso de papel, lo arrugó y lo tiró a la papelera. Fue hacia la puerta del despacho del teniente y llamó.

—¡Adelante! —gritó Byrnes.

Carella cerró la puerta a sus espaldas. Le contó al teniente la noticia dada por Dawson: a Timothy Moore le habían cortado el gaznate al salir la noche anterior de su domicilio, no había testigos ni pista ninguna y los policías de aquella comisaría preguntaban si debían pasar el caso a la 87.

Byrnes escuchó atentamente. Calló unos segundos.

—Sin testigos, ¿eh? —preguntó al fin.

—Ninguno.

—¿La comisaría 5?

—Sí.

—Ya tenemos bastantes quebraderos de cabeza —concluyó Byrnes—. Ahora, que se preocupen ellos.



ED MCBAIN (New York, EE.UU., 15-octubre-1926 - Weston, Conneticut, EE.UU. 6-julio-2005).

Nacido como Salvatore Albert Lombino, en 1952 cambió legalmente su nombre por el de Evan Hunter, nombre con el que publicó varias novelas. A partir de 1956, cuando publicó «Cop Hater», la primera de sus 55 novelas basadas en Distrito 87, utilizaría el seudónimo de Ed McBain para la mayoría de sus obras.

Notas

[1] Clave de radio de la Policía norteamericana. *(N. del T.)* **<<**

[2] En español en el original. *(N. del T.)* **<<**

[3] Por hispánico el autor se refiere a los norteamericanos de habla castellana. *(N. del T.)* **<<**

[4] Charcutería. **<<**

[5] Referencia del autor a *Annie, Get the Guns*, una obra musical norteamericana, de enorme éxito en el Broadway neoyorquino. **<<**

[6] Un juego de palabras intraducible. *(N. del T.)* **<<**

[7] *Slit* en inglés significa «raja», por lo que el sentido del nombre es evidente. *(N. del T.)* **<<**

[8] *Bocadillo*: en el argot teatral, una frase o frases que pronuncia un actor durante un diálogo escénico. *(N. del T.)* **<<**

[9] *Walking*, en inglés, debe traducirse por Andarín, pero en este caso significa «el que sale por su propio pie». *(N. del T.)* **<<**

[10] *Andy*: diminutivo de Andrew. *(N. del T.)* **<<**

[11] Obra teatral, original del autor norteamericano Arthur Miller. *(N. del T.)* **<<**

[12] *Bros*, en inglés, es la abreviatura de Brothers, o sea, Hermanos. *(N. del T.)* **<<**

[13] Posiblemente éste es el título de la película en inglés, ya que en el original francés se titula «El diablo en el cuerpo». *(N. del T.)* **<<**

[14] La libra de peso británica y norteamericana es de 500 gramos. *(N. del T.)* **<<**

[15] Se trata de un término del argot teatral, puramente norteamericano. *(N. del T.)* **<<**

[16] Otro término del argot teatral exclusivamente norteamericano. *(N. del T.)* **<<**

[17] El Tío Sam es la personificación de los Estados Unidos, ya que las iniciales de dicho personaje, en inglés, son U.S. *(N. del T.)* **<<**